

C. A. Larmer

EL CLUB DEL CRIMEN





Lumen

El Club del Crimen
(1)

C. A. Larmer

Traducción del inglés de
Puerto Barruetabeña

Lumen

narrativa

Para los fans de Agatha Christie,
estéis donde estéis

Nota de la autora

Este libro se publicó originalmente con el título *The Agatha Christie Book Club*. Para evitar confusiones y ampliar el espectro de futuros argumentos, le he cambiado el nombre a la serie completa.

Pero en términos generales no he alterado el contenido, ni a mis queridos personajes, ni la trama, llena de giros inesperados.

Feliz investigación, amantes de los misterios…

PRIMERA PARTE

Estaba todo listo. La mesa puesta, las flores arregladas, el té English Breakfast esperando en una delicada tetera de porcelana y, a su lado, un plato de sándwiches de pepino y *crème fraîche* (con el pan sin corteza, por supuesto). Era el telón de fondo ideal para la reunión inaugural de El Club del Crimen.

«Y el punto de partida perfecto para un asesinato».

Mientras los siete miembros del nuevo club de lectura sostenían sus tazas de té y manoseaban sus gastados ejemplares del primer libro que habían elegido, *Maldad bajo el sol*, uno de ellos estaba examinando al grupo. A esa persona no le importaba la historia, en realidad le traían sin cuidado los libros de misterio, solo había fingido interés para poder entrar en el club y poner en marcha su malvado plan.

¡Y menudo plan! No tenía sentido andarse con falsas modestias a esas alturas. Le había llevado mucho tiempo y esfuerzo, pero todo merecería la pena al final. Si funcionaba («¿y cómo no iba a hacerlo?»), tenía potencial para destruir una vida, causar estragos en otra y acabar con aquel grupo de aficionados.

No sabrían ni de dónde les había venido el golpe.

El miembro de El Club del Crimen soltó una risita. Demonios, ni siquiera la gran Agatha Christie podría evitar devanarse los sesos…

SEGUNDA PARTE

1

Tres semanas antes…

Alicia Finlay estaba en el club de lectura equivocado.

Al principio no se había dado cuenta. Había asistido, religiosamente, durante los últimos tres meses, con una sonrisa forzada y la última novela ganadora del premio Pulitzer bajo el brazo, y había fingido que se lo pasaba bien. Pero allí no encontraba ninguna diversión. Por fin, el cuarto lunes por la noche, tuvo una revelación.

La culpa la tenía la botella de tinto.

Llevaba un rato sentada y callada, escuchando a medias un monólogo sobre los temas centrales de la novela (aparentemente tenía algo que ver con el imperialismo británico y la «inevitabilidad»), cuando le llamó la atención el cabernet sauvignon de 2007 de Margaret River. Parecía delicioso. Igual que la bandeja de aperitivos que habían colocado, junto con la botella y ocho copas de vino, en una mesa auxiliar, fuera de su alcance. En ella había minicrepes de salmón y queso de cabra, trocitos de espárragos envueltos en finas lonchas de *prosciutto* y algo que se parecía vagamente al paté.

Pero ya sabía cómo iba la reunión. Tendría que esperar a que acabara la charla seria. Miró el reloj disimuladamente. Cuarenta minutos todavía. Estaba salivando e intentó buscar apoyo en el hombre que tenía a su derecha, pero él estaba muy interesado en algo que estaba diciendo la mujer de su izquierda.

—La iglesia de cristal es, en mi opinión, un símbolo muy potente de la vanidad de Oscar y… eh… de la vulnerabilidad de su erróneo sistema de creencias —explicó la mujer, Verity, una nerviosa maestra

de escuela—. Es… ya sabéis… fuerte y frágil al mismo tiempo. ¿Estás de acuerdo, Alicia?

Ella apartó la vista de la mesa auxiliar, donde la había fijado de nuevo sin pretenderlo, y miró a la mujer de pelo canoso que había hablado y de repente le sonreía, incómoda.

—Oh, hum, yo… —Se quedó en silencio y rio bajito—. La verdad es que no estaba prestando atención, disculpadme. Creo que me vendría bien una copa de tinto.

—¿Tinto?

—Sí, vino tinto. —Se levantó—. ¿Alguien quiere tomarse una copa mientras charlamos? ¿Algo de comer?

La anfitriona del club, Kirsten, se incorporó en la silla bruscamente. Como siempre, iba vestida impecable, esta vez con un top beis de algodón, pantalones negros de lino y un collar de gruesas cuentas de resina rojas, que parecía sacado directamente del desplegable de una revista de moda para gente con dinero. Tenía el pelo negro meticulosamente peinado en una media melena lisa y tiesa que le llegaba a la altura del cuello, sin duda muy a la moda pero que, combinada con sus pómulos altos y su piel de porcelana, hacía que recordara un poco a una bruja. Lo único que le faltaba era el sombrero puntiagudo.

—Oh, perdona, Alicia —intervino la anfitriona—, pero todavía no es momento para el vino. Estamos aún en plena discusión. —Le dio dos golpecitos con el índice a su fino reloj de pulsera de oro.

—Ah —exclamó Alicia y volvió a su asiento—. ¿Y no podemos hablar y beber al mismo tiempo?

Kirsten sonrió, muy educada, miró a otro miembro del club (ya se habían mirado de la misma forma en otra ocasión) y negó con la cabeza: no. La melena corta negra no se movió ni un milímetro.

—¿Por qué no? —insistió, y la anfitriona pareció un poco desconcertada.

—Porque no es lo que hacemos nosotros… aquí —dijo, y buscó la hoja de papel donde tenía sus preguntas—. Bien, volvamos al asunto que nos ocupa. ¿Dónde estábamos? Creo que íbamos a abordar la pregunta cuatro… Sí, estilo de escritura. ¿Tienes algo que decir sobre el tema, Wilfred?

Miró fijamente a un hombre corpulento con una barba enmarañada y gafas con montura dorada, que estaba repantigado en un sofá frente a Alicia. Él se ajustó las gafas, se pasó una mano por la barba y después empezó a acariciársela amorosamente. Había estado esperando ese momento.

—Bueno, tengo que decir que nunca he sido un gran fan de Carey.

Creo que se esfuerza demasiado, pero no me parece que lo consiga. Su estilo… bueno… deja mucho que desear, ¿no os parece?

Unos murmullos de consenso se extendieron por el salón donde se estaba celebrando la reunión y, animado, él se lanzó a soltar su típico sermón sobre la ineptitud del autor moderno. Aparentemente no quedaba ni un solo escritor decente en el mundo; desde Hemingway y Salinger no se había publicado ni un libro bueno. Alicia no pudo evitar preguntarse qué sabría un microbiólogo sobre eso, pero apartó aquel pensamiento y suspiró profundamente.

¿Por qué no se había dado cuenta antes? ¿Por qué había necesitado cuatro sesiones y una botella de vino prohibida para ver lo que seguramente era obvio desde el primer día para todos los que estaban en ese salón?

Ella no encajaba allí.

Lo cierto era que a Alicia Finlay no le gustaba la alta literatura. Deseaba que no fuera así, como una mujer que cuando ve culebrones en la televisión se siente culpable y desea tener las fuerzas suficientes para cambiar y ver un importante programa de actualidad en la televisión pública, pero simplemente no le llamaba la atención.

Se puso a pensar en su estantería del atestado chalet adosado que compartía con su hermana, Lynette, y su labrador negro, Max. Era enorme, ocupaba toda una pared y se inclinaba hacia la derecha de una forma un poco insegura. Estaba a reventar de libros de bolsillo muy leídos, en su mayoría novelas policiacas de autores británicos tradicionales. Sonrió. Lo que realmente la hacía levantarse por la mañana y después la acompañaba a la hora de dormir por las noches era una buena novela de misterio de toda la vida. Y si resultaba que la había escrito Agatha Christie o P. D. James, mejor que mejor.

Contuvo una risita. Se podía imaginar lo que pasaría si proponía *Asesinato en el Orient Express* para la próxima sesión del club de lectura. A Wilfred le daría un ataque. A Kirsten se le atragantaría la manzanilla. Y ella estaría en la gloria, pensó.

«Se acabó. He tenido suficiente».

Alicia se levantó y fue hasta la mesa auxiliar. Cogió la botella de tinto y se sirvió una copa. Cuando lo hizo, todos los que estaban en el salón se quedaron en silencio y ella sintió, a pesar de que les estaba dando la espalda, que la atravesaban con la mirada. Se preguntó si Kirsten se lanzaría a por ella para tirarla al suelo y arrancarle la copa de las manos diciendo: «¡Todavía no es hora de beber!».

Se giró despacio y mostró su sonrisa más valiente. Kirsten tenía los ojos demasiado abiertos. Verity parecía nerviosa y miraba alternativamente a Alicia y a Kirsten. Wilfred había dejado de

acariciarse la barba.

—¿Qué estás haciendo, Alicia? —preguntó la anfitriona.

—Servirme una copa antes de irme —contestó.

Se bebió el vino de un trago, dejó la copa en la mesa y cogió su bolso.

—Pero… ¿adónde vas?

Alicia inspiró hondo.

—Mirad, lo siento. Lo he intentado, pero está claro que este club de lectura no es para mí.

Todos parecieron atónitos, como si no se les hubiera pasado por la cabeza, y Alicia se dio cuenta en ese momento de que tal vez así era. Estaban tan inmersos en su mundo que no se habían dado cuenta de lo más evidente. En la cara de Verity apareció una expresión nostálgica, y durante un segundo Alicia pensó que quizás ella también se levantaría de un salto y se iría.

—Pero… ¿Y tu libro? —preguntó Kirsten, que cogió el ejemplar inmaculado de *Oscar y Lucinda* que Alicia había dejado sobre la mesita de café de anticuario y se lo tendió.

—Oh, no, gracias, Kirsten, quédatelo, por favor. Tengo cosas mucho mejores que leer en casa.

Y dicho eso, Alicia Finlay salió del club de lectura de los lunes por la noche, dejó atrás sus asfixiantes normas y su aburridísima literatura, y volvió a su casa de un barrio popular, donde la esperaban su hermana, que estaba probando una receta de pato salteado crujiente, su perro, que la saludaría moviendo la cola frenéticamente y, en la mesilla, la última y tentadora novela de misterio que estaba leyendo, un ejemplar muy sobado del primer misterio de Vera de Ann Cleeves.

2

—Deberías empezar otro club de lectura —sugirió Lynette entre bocados de pato bien empapado en salsa y brócoli.

Alicia frunció el ceño y Max levantó las orejas con la esperanza de que la conversación estuviera girando en torno a él y la comida.

—No me has escuchado, Lynny. Te acabo de decir que odiaba ese club de lectura y no voy a volver. ¿Por qué me iba a torturar con otro nuevo? Sería de masoquistas.

—No, otro club de lectura como ese no, tonta. Digo que empieces uno por tu cuenta. Que se centre en lo que a ti te gusta.

—Pues tendría que ser básicamente de novela de misterio y, hasta donde yo sé, no hay clubes de eso.

Alicia cogió un trozo de pato de su plato y se lo dio a Max, que esperaba con la boca abierta. Después el perro volvió a tumbarse bajo la mesa, satisfecho.

Lynette la miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

—¿Por qué? —insistió.

Alicia se arrellanó en su asiento y miró a su hermana. De las dos, Lynette siempre había sido la intrépida, la que estaba siempre dispuesta a tirarse de cabeza en la vida, sin pensar en las consecuencias ni mirar atrás. Alicia, por el contrario, lo pensaba todo mil veces. De hecho tenía una imaginación tan fértil que siempre le añadía a todo un psicópata con un hacha, y, por si fuera poco, también un tsunami.

Por eso no le sorprendió a nadie que eligiera estudiar periodismo en la universidad y especializarse en escritura creativa. En ese momento, con treinta años y el cargo de redactora jefe de una revista, era cuatro años mayor que su hermana, pero también mucho más bajita, tenía el pelo rubio rebelde, una constitución menuda y unos grandes ojos marrones. Al igual que su imaginación, su trabajo era muy absorbente, y casi siempre tenía que quedarse hasta tarde, sobre todo cuando había un plazo que cumplir y no le quedaba más remedio que pasarse las horas muertas en su mesa, con los ojos pegados a una

maqueta hasta bien entrada la madrugada.

Lynette, por su parte, solía llegar a casa mucho antes de que oscureciera y se pasaba el tiempo sentada junto a la encimera, con sus largas piernas metidas bajo un taburete y los elásticos rizos rubios recogidos en un moño improvisado, repasando con sus ojos verde esmeralda los muchos libros de cocina que había ido coleccionando, como si fueran objetos decorativos, a lo largo de los años. Era una chef en ciernes, pero trabajaba la mayoría de los días sirviendo mesas en el restaurante Mario's, en la concurrida Oxford Street del barrio de Paddington, y las noches las invertía en perfeccionar sus habilidades culinarias en la cocina de su casa, pequeña pero sorprendentemente bien equipada. Eso les venía genial a Alicia (que odiaba cocinar) y a Max (al que le encantaba comer). Las creaciones de Lynette normalmente estaban deliciosas, aunque de vez en cuando se producía una catástrofe (un caldo muy salado o un postre muy ácido), que provocaba que la cocinera empezara a soltar una sarta de tacos, igualita que Gordom Ramsay, y que Max se acabara zampando las sobras, la mar de feliz. Alicia siempre estaba ahí para darle un abrazo de consuelo y algunos consejos algo más serios, que Lynette casi siempre ignoraba.

—Podrías apuntarte a ese curso de cocina que vi en el periódico el otro día —le había sugerido Alicia hacía poco, pero Lynette negó enérgicamente con la cabeza. Era de la generación Y. Eso significaba aspiraciones ilimitadas, pero con la paciencia de un bebé.

—He decidido presentarme a *MasterChef Australia* —anunció, y Alicia frunció el ceño.

—¿Un concurso de televisión? Es una forma bastante indirecta de entrar en la industria. Tendrías más suerte si te pusieras a llamar a las puertas de los restaurantes.

—Gracias por tu actitud positiva, Alicia.

—Lo siento, pero ya sabes lo difícil que es.

—Demonios, si puede ganarlo un chico con la cara llena de granos, no sé por qué no me iban a coger a mí.

Alicia dejó el tema. Miró la cocina, con sus libros manchados y las infinitas hojas de papel con los apuntes de las últimas creaciones de su hermana, y se preguntó si Lynette conseguiría triunfar algún día. ¿O estaría destinada a una vida de experimentos culinarios que solo probaba su agradecida familia?

Se encogió de hombros para apartar aquella idea y pensó en la pregunta de Lynette. Tenía razón, como siempre. ¿Por qué no organizar un club de lectura centrado exclusivamente en novelas de misterio?

—Me parece —siguió diciendo Lynette— que hay mucha gente a la que le gustan los libros de misterio. No eres la única, ni mucho menos.

—Seguro que hay más personas que leen novelas de misterio que pretenciosos mamotretos que ganan premios, pero que están llenos de lugares comunes. Solo hay que ver lo que ha pasado con la trilogía *Millennium* o con *Perdida*.

—¡Exacto! Así que seguro que no te costará formar un grupo. Pregunta por ahí. O entra en Twitter. Seguro que te llega una avalancha de respuestas. Y si no, a mí no me importa hacer de relleno. Siempre he sentido cierta debilidad por Miss Marple, ya lo sabes.

De hecho, las dos hermanas eran fans de Agatha Christie desde pequeñas, un legado que les había dejado su madre, Amelia, que tenía casi todos los libros de la autora y los leía y releía regularmente. Su padre, Tom, y su hermano, Monty (que compartía nombre con el mismísimo hermano de Agatha, nada menos), no sentían esa pasión por la reina del crimen, y preferían thrillers modernos con su intrépido agente de la CIA y una bomba nuclear que no llegaba a explotar, como mínimo.

Alicia dejó el tenedor. En ese momento solo podía oír su corazón, que de repente se había acelerado, como si acabara de cobrar vida.

—No sé cómo podría funcionar... —añadió Lynette, pero Alicia ya estaba más animada que ella.

—¡Yo sí lo sé! Oh, va a ser genial. Elegiremos nuestra novela de misterio favorita y nos centraremos en una distinta cada mes... No, cada quince días. No se tarda tanto en leerlas, así que ¿para qué esperar un mes? Yo empezaría con *Maldad bajo el sol* y después... —Se interrumpió y miró a ambos lados—. No, no, olvídalo. Mejor que elijamos nuestro autor de misterio favorito, nos limitemos a sus libros durante unos cuantos meses y después pasemos a otro. ¡Una especie de degustación de su obra! Yo elegiría a Agatha Christie. Y podríamos llamarlo El Club del Crimen.

Lynette pareció impresionada.

—Y yo elegiría a Ann Cleeves. Por cierto, ¿te está gustando *Una trampa para cuervos*?

—Me está encantando —reconoció Alicia—. Vera es como una versión británica de Colombo, o una Miss Marple de hoy en día. Y también me gusta esta idea tuya. Me parece que es la mejor que has tenido nunca.

—Pues creía que la mejor idea que había tenido era este plato de pato, al que voy a llamar Pato Mareado, por cierto.

Alicia empezó a pensar en el club y el corazón se le aceleró aún más. No se había emocionado tanto con nada desde hacía mucho

tiempo, probablemente desde que Ginny, la recepcionista del trabajo, la convenció para que ocupara su sitio en el club de lectura de los lunes.

Su corazón se refrenó un poco. Ya sabía cómo había acabado aquello. Hundió los hombros y se quedó mirando su plato.

—¿De verdad crees que podría funcionar?

Su hermana le guiñó un ojo.

—¡Claro que sí! Solo tienes que dar con la gente adecuada esta vez. Abre una cuenta de Facebook o empieza a escribir en Twitter a todos los que conoces.

—¿Y no te parece que es un poco... digamos, macabro?

—¿A qué te refieres?

Alicia se revolvió en el asiento.

—A eso de dedicar un club de lectura exclusivamente a los crímenes, la muerte y esas cosas.

Lynette se rio.

—En tu caso, en absoluto. Pero no te olvides, Alicia, de que es todo fantasía. «Ficción», ¿vale? No es que estés tratando con asesinatos de la vida real.

Alicia sonrió a su vez y masticó un tirabeque.

—Tienes razón, Lynette. No es más que un inocente club de lectura, ¿qué podría salir mal?

3

Una semana después, el entusiasmo de Alicia por su nuevo club de lectura se había convertido en amarga decepción. Ni un alma se había puesto en contacto con ella. A pesar de la sugerencia que le había hecho Lynette de que apelara al mundo digital, Alicia había decidido buscar miembros de la forma tradicional, como lo habrían hecho Agatha Christie o Dorothy L. Sayers: puso un anuncio en la sección de clasificados del periódico local.

Decía: «Amantes del misterio, uníos. Si quieres venir a la inauguración del club de lectura El Club del Crimen de Sídney, envíame un email con una lista de tus escritores de misterio favoritos y la razón por la que te gustan tanto. Las reuniones serán quincenales y tendrán lugar los domingos a las dos de la tarde».

Por una cuestión de comodidad, Alicia hizo la solicitud del anuncio online, para que saliera en la edición del día siguiente, y ya estaba a punto de lanzarlo al ciberespacio cuando se detuvo un momento a reflexionar y, en un arrebato, cambió la palabra «email» por «carta» y añadió su nombre y dirección. Pero se lo pensó de nuevo.

¿Y si algún loco la localizaba y aparecía en su puerta? ¿Y si empezaba a seguirla, a acosarla y se colaba en su casa y se ponía a rebuscar en el cajón de la ropa interior? O peor aún: ¿y si los únicos que respondían eran fans de esos thrillers trepidantes en los que había torturas y asesinos en serie psicópatas? Había que tener en cuenta que no todas las novelas de misterio eran iguales. Tal vez Alicia debería ser más selectiva y pedir que solo respondieran quienes fueran fans de las novelas de detectives y de las de misterio *cosy*...

Al final decidió olvidarse de todo ello, pagar el precio del anuncio y enviarlo. Pero días después se preguntó por qué se había puesto tan tiquismiquis; se habría conformado con un fan de un thriller cualquiera de Harlan Coben sin pensarlo dos veces antes que soportar aquel silencio.

¿De verdad los libros se habían convertido en una reliquia del pasado? ¿Realmente ya no quedaba nadie, aparte de su familia, que

todavía se sentara un rato a leer una novela de misterio decente? ¿Todo el mundo se había pasado a Netflix y a los blogs?

Hasta que, por fin, al octavo día, llegó su respuesta.

Era el final de la tarde del viernes y había tenido un día de trabajo extenuante. Los pensamientos de Alicia eran todo menos agradables mientras recorría el último tramo del agotador camino hasta su casa, en la parte baja de la antigua zona portuaria de Woolloomooloo. Pegado al puerto de Sídney, Woolloomooloo era un barrio residencial ecléctico en el que se mezclaban animados pubs y viviendas sociales de rentas bajas con lujosos apartamentos en almacenes reformados y restaurantes exclusivos que frecuentaban los famosos y los multimillonarios. Alicia vivía en la parte de las rentas bajas, así que siempre iba por la calle a paso rápido.

A pesar de ser la orgullosa propietaria de un automóvil Holden Torana de 1972 color hueso, casi nunca iba al trabajo en coche, prefería coger el autobús. Era mejor que soportar el estrés del tráfico, le daba la oportunidad de ponerse al día con el libro que estaba leyendo y, como la parada del autobús estaba a más de un kilómetro de su casa, hacía algo de ejercicio a diario, algo que le venía muy bien.

Pero esa tarde no estaba de humor. Mientras caminaba, la mente de Alicia empezó a imaginarse las situaciones habituales. Pensó que esa furgoneta, que iba conduciendo de una forma completamente normal por la carretera, de repente podía dar un giro brusco sin razón aparente (tal vez el conductor había tenido un ataque al corazón o estaba loco sin más) e ir directa hacia la acera, y ella se vería obligada a apartarse de golpe. Se encogió de hombros para apartar aquella imagen de su mente y siguió caminando. Un ruido de pasos sobre la gravilla le llamó la atención y, cuando miró, vio a un hombre mayor tirando la basura en un cubo. Él la miró a su vez, le sonrió y apartó la mirada. «¿Qué habría detrás de esa sonrisa?», se preguntó. «¿Y si decidiera ir tras ella sigilosamente, darle un golpe en la cabeza y tirarla también al cubo?». Nadie se enteraría. Se apresuró a cruzar la carretera y siguió caminando.

A unos metros de la puerta, a Alicia le llamó la atención algo que había en el buzón. Aceleró el paso, lo abrió con un chirrido y encontró un fajo de cartas sujeto con una gruesa goma elástica roja. En la de arriba estaba escrito, con letra manuscrita azul y emborronada: «El Club del Crimen».

Alicia dio un puñetazo al aire, exultante, se metió el montoncito

bajo el brazo y buscó en su bolso las llaves de casa para entrar. Max estaba tirado en el sofá y solo la saludó moviendo la cola patéticamente. Estaba claro que ya le habían dado de comer.

—¡Yo también me alegro de verte, Maxy! —lo saludó Alicia mientras se dirigía a la cocina, donde seguro que Lynette estaba muy ocupada.

—Ensalada de *vermicelli* con gambas y salsa de jengibre y chile —anunció su hermana, enseñándole uno de los crustáceos a medio pelar.

Alicia le mostró su botín.

—Un montón de cartas, ¡todas dirigidas al Club del Crimen!

Lynette soltó un gritito de placer.

—¡Venga, cuéntame! ¿Qué dicen?

—No lo sé, todavía no las he abierto. ¿No las has visto en el buzón al entrar?

—¿El buzón?

—Sí, esa cosa blanca oxidada que hay junto a la puerta. Diseñada para introducir en su interior la correspondencia escrita.

—Oh, ¿sirve para eso? —Lynette sonrió—. Vamos, ábrelas ya. A ver quién te ha escrito.

—No, no. Primero necesito una copa de algo.

Cruzó la cocina hasta el armario, sacó un vaso de licor de estilo marroquí, rojo con adornos dorados, y después fue a por la botella de merlot que había junto al microondas. Lynette la interceptó.

—Aléjate del tinto. Esta noche vamos a cenar marisco. Lo que necesitas es el chablis frío que hay en la nevera.

—Oh, sí, claro.

Volvió a dejar en su sitio el tinto, sacó el blanco de la nevera y se sirvió una copa. Se acomodó en un taburete de la cocina y centró su atención en las cartas, preguntándose mientras las abría por qué su generación había aceptado de tan buena gana cambiar el correo de toda la vida por los emails y los mensajes de texto. No había nada que pudiera sustituir la pura felicidad que se experimentaba cuando aparecía en el buzón un sobre de verdad, grueso, bien lleno, con ese olor del papel, y cuando lo sostenías en tus manos, intentando descifrar la letra y preguntándote de quién sería. Entonces le dabas la vuelta y ahí estaba la primera pista. Lo abrías, desdoblabas las páginas...

—¡Oh, vamos! —exigió Lynette, poniendo los ojos en blanco cuando Alicia se acercó la primera carta a la nariz.

Ignoró a su hermana, sacó un cuchillo de un cajón y abrió con mucho cuidado el sobre arrugado. Dentro había una hoja de papel rayado que sin la menor duda habían arrancado directamente de un

cuaderno. Estaba doblada varias veces. La extendió y leyó en voz alta:

—«Querida organizadora del club: ¡Qué guapo! Me ponen todos los crímenes, sobre todo si no me pillan (me parto). Me vendría muy bien que me hicieras *match* en tu club. Ahora mismo no estoy en ninguno; el último me dio la patada (y eso que eran amigos). No puedo los domingos, pero cualquier otro día de la semana me mola. Pero después de mediodía. ¿Cada uno lleva lo suyo o pones tú el papeo?

»Taneal

»PD: ¿Tienes email?».

Alicia dejó caer la carta sobre la mesa, se quedó mirando a su hermana, estupefacta, y las dos se echaron a reír.

—No es el comienzo más prometedor del mundo —dijo Alicia.

Le dio un largo sorbo al vino, sacó la siguiente carta y la estudió. La letra parecía normal y estaba escrita con una tinta negra muy clara. Dudó un segundo y después la leyó rápido en silencio.

—«Hola. Me encantaría unirme a su grupo. Mi autora favorita de todos los tiempos es Jane Austen. Menudo era el señor Darcy, ¿eh? ¡El héroe más sexy de todos!».

A continuación, la carta se explayaba con una larga disertación sobre la tensión sexual entre Darcy y Elizabeth, y al final firmaba:

—«Jane (no la señorita Bennett) Zantilopous».

Alicia gimió, hizo una bola con el papel y lo tiró al otro lado de la cocina.

—No es posible que sea otro desastre como el anterior —comentó su hermana, tras levantar la vista del fregadero.

—No preguntes —respondió Alicia y volvió a centrarse en el montón con desgana.

Las siguientes cartas eran de fans de los escritores de misterio modernos, como Lee Child y James Patterson, pero al menos tenían las cosas más claras. Sin embargo, carecían de esa pasión por lo genuino que ella buscaba. El entusiasmo de Alicia también estaba empezando a marchitarse cuando sacó la quinta y última carta.

Esta consiguió que recuperara la sonrisa.

Estaba escrita con una letra elegante, el sobre tenía un dibujo de campanillas, y al abrirla le llegó un dulce olor a fresias. Desdobló la hoja inmaculada, también adornada con campanillas, cruzó los dedos y empezó a leer en voz alta:

—«Querida Alicia:

»No se puede imaginar el placer que sentí cuando vi su anuncio ayer. ¡Un club de lectura de novela de misterio! Mis sueños acababan de hacerse realidad. Yo adoro todo lo que tiene que ver con el misterio, pero sobre todo a Agatha Christie y, si tuviera que elegir,

diría que *Maldad bajo el sol* es mi libro favorito. ¡Ese suspense! ¡Y el drama! ¡Las pistas falsas! Creo que ella podría enseñarles un par de cosas a muchos escritores modernos. Lo que más me gusta es que no se regodea en los detalles escabrosos ni en el vestuario glamuroso.

»Me gustaría conocer más detalles sobre su club. Yo tengo una tienda de ropa *vintage* en Victoria Street, puede pasarse cuando quiera a saludar. Si no le viene bien, tiene mis datos de contacto en el remite.

»Gracias por anticipado (y llenas de anticipación).

»Claire Hargreaves

»PD: Los domingos por la tarde me vienen estupendamente. ¿Té y algo para acompañar estaría bien?».

Alicia sonrió de oreja a oreja.

—Es perfecta —anunció—. Totalmente perfecta. Solo necesito otros cinco...

4

El jueves siguiente Alicia había recibido ya dieciséis cartas, unas divertidas, otras un poco locas y algunas simplemente aburridas. Pero había cuatro que prometían de verdad. Aparte de la propietaria de la tienda de ropa *vintage*, Claire, había una carta intrigante de un médico que confesaba que le gustaba cualquier escritor de misterio que utilizara veneno en sus libros.

En su carta decía: «Yo sé un poco sobre el tema, así que siempre estoy atento para pillar a los autores cuando se equivocan con los detalles, aunque hay una que no se equivoca nunca: la señora Christie. Por eso mi libro favorito es *Cianuro espumoso*. ¿No se ha convertido ese veneno ya en sinónimo de la mismísima Agatha Christie?».

Lo firmaba un tal doctor Anders Bright y fue directa al montón del «sí».

La tercera carta era aún más extraña, pero de una forma totalmente distinta. Era de una mujer que se llamaba Barbara Parlour y se autodenominaba «ama de casa aburrida de mediana edad». Escribía que los libros de misterio la habían mantenido cuerda durante «los muchos momentos tristes, e incluso trágicos, de su vida».

«¿Qué momentos tristes y trágicos?», se preguntó Alicia, muerta de curiosidad y deseando conocerla para saber más. Pero Lynette no estaba tan convencida.

—A mí me suena un poco patética —confesó—. ¿No se pasará todo el rato sollozando?

—Parece que necesita algo que la anime, nada más. Puede que el club le venga bien.

—Pero ¿le vendrá bien ella al club? Esto no es un centro de prevención del suicidio.

—Qué melodramática eres, Lynette. Seguro que la mujer solo lo comenta así, en general.

—Oye, ha empezado ella, no yo.

Al final, a Alicia las palabras de Barbara le provocaron una gran curiosidad y la añadió al montón del «sí». Quería conocer a esa mujer

triste que utilizaba a Agatha Christie para desconectar.

La última carta era una postal en blanco y negro con la silueta de un patíbulo y una horca en la parte delantera. Detrás, con una letra muy clara, decía: «Agatha es la reina del crimen, pero yo soy la reinona de Surry Hills (no tenemos la misma fama, lo sé, pero soy igual de fascinante, se lo aseguro). Para mí, cualquier libro de Hércules Poirot es la perfección en cuanto a misterios. Llámeme. Por favor, por favor. Con cariño, Perry».

Alicia soltó una carcajada. Ese tipo sonaba muy divertido, y era justo la antítesis de Barbara. Seguro que resultaba una mezcla interesante. Lo añadió a la lista y la repasó. Ya tenía seis miembros potenciales, incluidas Lynette y ella. Era cierto que casi todos se declaraban fans exclusivamente de Agatha Christie, pero eso para Alicia era una ventaja más que otra cosa. Y bastaba para empezar el club, así que esa noche, después de la cena, se sentó a escribirles a cada uno, a mano, una breve respuesta en su mejor papel de carta. En los mensajes les daba las gracias por su interés y les proponía que vinieran a tomar el té a su casa el domingo siguiente para hablar de cómo se iba a organizar el club.

Ella ya tenía en mente unas cuantas normas, no demasiado estrictas, que también incluyó en todos los sobres. Aunque odiaba la rigidez del club de lectura de los lunes, no eran tan inocente como para pensar que no eran necesarias unas cuantas directrices a fin de que el club funcionara sin problemas. Sin ellas solo haría falta una persona un poco dominante para que todos acabaran bailando a su son en el club. ¡Y no quería gente mandona como Kirsten en su grupo!

Alicia releyó las directrices del club y sonrió.

1.ª: Habrá un máximo de ocho miembros, masculinos o femeninos y de cualquier edad. Todos deben ser fans de los libros de misterio. (Alicia había pensado que si eran más de ocho, sería difícil que todos tuvieran oportunidad de hablar).

2.ª: Debido a las evidentes preferencias de los miembros, empezaremos el club centrándonos en Agatha Christie. Por turnos, cada miembro irá eligiendo el misterio de Agatha Christie que será objeto de lectura. Los miembros también se turnarán para ser anfitriones de las reuniones. (Pero nunca coincidirían en un mismo miembro las dos cosas a la vez. Sería demasiado trabajo).

3.ª: La persona que elija el libro preparará preguntas o, al menos, unos cuantos temas de discusión para el encuentro. Cada persona puede elegir su libro favorito de Agatha Christie o algún otro que quiera analizar en profundidad.

4.ª: La persona encargada de organizar la reunión podrá hacerlo en

su casa o en cualquier lugar de su elección, y se hará cargo de la comida. Los miembros pueden llevar la bebida que quieran. (¡El alcohol es más que bienvenido!).

5.ª: Los miembros del club pueden comer y beber durante la charla sobre el libro, en cualquier momento. No hay restricciones.

6.ª: ¡A divertirse! («Seguro que se divertirían mucho», pensó Alicia tras releer las directrices una última vez, y sintió un estremecimiento de placer).

A la mañana siguiente, Alicia echó las cartas al buzón de la esquina y se dirigió directamente a la biblioteca más cercana. Sabía que aquel desvío de su rutina iba a significar que llegaría tarde al trabajo, pero no pudo evitarlo. Aunque las hermanas Finlay tenían una buena colección de libros de Agatha Christie en casa, les faltaban unos cuantos, y Alicia quería ver con qué botín contaba la biblioteca para tenerlo en cuenta de cara al futuro.

La biblioteca de la zona donde vivía Alicia era un antiguo y magnífico edificio, con elegantes columnas e intrincados adornos, que databa de principios del siglo XX, pero había sido actualizado con comodidades modernas, como puertas automáticas, aire acondicionado y un sistema, bastante complicado, de devolución de libros fuera de hora, que era una especie de cajero automático situado en una pared exterior, donde lo primero que había que hacer era escanear el carnet de la biblioteca, lo cual agobiaba a la mayoría de los usuarios de edad avanzada. La biblioteca estaba solo a unas manzanas de su casa y, aunque a Lynette aquel lugar le parecía anticuado y siempre abogaba por los ebooks, los iPads y Amazon, era un rincón que Alicia adoraba. Nada podría sustituir nunca a un libro en papel de toda la vida, estaba segura.

A pesar de todo, entró sintiéndose culpable. Hacía mucho tiempo que no encontraba la ocasión para ir a explorar aquellos sagrados pasillos y su colección de obras, que parecía infinita. Un poco abrumada, fue al mostrador, y una mujer bajita y regordeta de veintitantos, con un pelo rojo chillón en el que tenía enterradas unas gafas con montura de estampado de cebra, se volvió para atenderla.

—¡Hola! ¿Qué venías buscando, guapa?

Alicia puso el bolso sobre el mostrador.

—Quisiera ver todos los libros de Agatha Christie que tengan.

—¿Tienes un mes libre? ¡Hay una selección enooorme! Para empezar, escribió más de sesenta novelas de detectives, pero eso seguro que ya lo sabes si eres fan. ¿Buscas algo en concreto?

—Solo vengo a ver qué hay aquí que no haya leído ya.

—Entonces pasamos a la siguiente pregunta, cielo. ¿Te gustan solo las novelas de misterio o estás abierta a otras cosas? También escribió otro tipo de ficción con el seudónimo de Mary Westmacott, ¿lo sabías? La mayoría de la gente no tiene ni idea. Son una especie de novelas románticas, creo que se podrían calificar así, y en su momento tuvieron mejores críticas que sus novelas de misterio. También tuvo éxito con sus obras de teatro. Pero lo que mejor se vendió fueron las novelas de detectives. —Se quedó callada un momento, parpadeó y frunció los labios—. ¿O tal vez buscas algo más general, de consulta? Tenemos la autobiografía de Agatha, por supuesto, que es una verdadera joya, aunque no tan reveladora como la biografía de la autora que escribió Thompson. Las biografías son muy interesantes, ¿verdad? Probablemente porque en ellas se pueden contar cosas que el autor no querría que la gente supiera. ¡Ja! ¡Es que nos encantan los detalles jugosos! Eso sí, es un libro mastodóntico, pero de verdad que su lectura resulta increíble, ¡totalmente fascinante!

Dejó de hablar un instante y Alicia se apresuró a decir:

—Pues todo eso, supongo.

La bibliotecaria soltó una risita y se bajó las gafas hasta la nariz.

—¡Fabuloso! Ven conmigo.

Apartó a un lado unos cuantos libros, abrió una especie de trampilla y salió a la sala principal. Llevaba un llamativo vestido largo con estampado de flores y un cinturón morado que hacía juego con sus zapatos sin cordones del mismo color, adornados con unas cuentas plateadas brillantes. Se dirigió al otro lado de la sala, a una sección que estaba junto a la entrada: en un lado había periódicos y revistas en sus expositores, y en el otro, unos enormes catálogos.

—Esta es la zona de consulta general. Solo tienes que ir a la sección de «Biografía» y buscar en la letra «C».

Hizo un amplio gesto con el brazo que abarcaba la hilera de libros y después se volvió bruscamente y se dirigió hacia el otro extremo, a la sección de ficción, con Alicia pisándole los talones. Se detuvo ante la letra «C» y dio unos golpecitos en los lomos con las uñas cortas pintadas de negro.

—No tenemos tooodas las novelas de Christie, obviamente. Y, como te puedes imaginar, muchas están prestadas; normal, ya que es una de las autoras más populares, pero eso ya lo sabes.

Se rio otra vez, y el pelo rojo rizado se sacudió y le cayó sobre la cara. Se lo apartó, se recolocó las gafas y volvió a mirar las estanterías.

—Aquí tienes mucho material para entretenerte, guapa. Si quieres

ver sus libros románticos, vete a la «W», que está allí al final.

—Muchas gracias —contestó Alicia, y la bibliotecaria regresó a su mesa.

Cuando empezó a examinar los títulos, a Alicia se le ocurrió algo. Se detuvo, se giró y le dijo a la bibliotecaria:

—Oiga, se me ha ocurrido algo... ¿Qué le parecen los clubes de lectura?

La bibliotecaria se dio la vuelta y se quedó mirándola con una sonrisa amplia e infantil.

* * *

Tres días después, en una zona de la ciudad muy diferente, cierta persona estaba leyendo atentamente las normas de Alicia, encantada de que la hubieran aceptado y llena de emoción.

¡Qué fácil había sido! Alicia había caído en su trampa, y los demás miembros del club lo harían también. El primer paso ya estaba dado.

Solo quedaban dos más para su venganza definitiva.

5

La mañana del domingo amaneció clara y soleada, y Alicia, decidida a que el club empezara con buen pie, se levantó temprano, se puso unos vaqueros y una camiseta vieja y devoró con prisa unos cereales antes de sacar la aspiradora y darle un buen repaso a la casa. Quería que todo estuviera perfecto.

Mientras Lynette preparaba sándwiches de pepino y *crème fraîche* y una hornada de *scones* recién hechos con mermelada de fresa casera y nata montada, Alicia limpió la rústica mesa de madera del comedor y la cubrió con un mantel limpio de cuadros. Después apartó las sillas (todas diferentes y pintadas de unos vivos rojos, azules y amarillos) para que el grupo pudiera acceder fácilmente al delicioso despliegue de Lynette, aunque la verdadera acción iba a tener lugar en el salón, que estaba justo al lado, la habitación en la que centró su atención después.

La habitación era de un estilo que podría llamarse «bohemio acogedor» o, lo que era lo mismo, estaba decorada con un batiburrillo de colores, texturas y estilos. En un rincón había un sofá de cuero de color chocolate muy gastada, con una manta de muaré color lavanda encima y un cojín con un estampado floral marrón y blanco en un lado. En el centro de la habitación tenían un sofá azul oscuro de tres plazas, con cojines alegres colocados al azar, y enfrente un baúl de madera pintado de azul metálico que hacía las veces de mesita de café, reposapiés y lugar de almacenaje de revistas, libros, periódicos, tazas de café o aparatos que hubieran utilizado durante la última semana.

Lo miró con el ceño fruncido y empezó a ordenar el desastre, colocando cada objeto en su lugar, con el fin de que hubiera espacio de sobra para que los invitados dejaran sus cosas cuando llegaran. En la otra esquina de la sala había un sofá más, recién tapizado con un algodón de calidad color cereza, que en otro lugar tal vez habría resultado un poco chillón, pero que allí iba muy bien para iluminar un poco aquel espacio amplio y oscuro. Alicia puso encima un cojín de

color caramelo, del mismo tono que la alfombra peluda del suelo, y encendió la lámpara de pie que había detrás del sofá de cuero, para que la habitación quedara bañada por su resplandor ambarino.

Alicia también se tomó la molestia de enderezar la vieja estantería de madera, quitarle el polvo a las baldas y reorganizar los libros. A pesar de su pasión por las novelas de misterio, las hermanas leían también muchos otros géneros, y dedicó un rato a poner todas las biografías en un estante, los clásicos en otro, y en el de más arriba, el que se usaba menos, las pocas novelas que habían ganado algún premio. También se tomó su tiempo para seleccionar la música de fondo. No podía ser demasiado animada, o los distraería de la conversación, pero tampoco quería que sus invitados entraran en coma. Al final se decidió por Nina Simone y pulsó el botón de *play*. Después corrió al piso de arriba para cambiarse de ropa y eligió unos pantalones de vestir, una camiseta blanca y bailarinas. Se aplicó un poco de brillo de labios y rímel y se puso unos pendientes de aro y un collar de plata con pequeños colgantes. Ya estaba bajando otra vez las escaleras cuando sonó el timbre de la puerta.

Max se puso a ladrar como un loco y Alicia miró el reloj de madera que había en la parte superior de la estantería. Sujetó al perro y lo sacó al pequeño patio exterior. La expresión de pena que puso el animal le partiría el corazón a cualquiera, pero tendría que quedarse ahí un rato; no quería que asustara a los miembros del club antes de que se hubieran unido de forma oficial. Una vez dentro, miró su reflejo durante un segundo en el espejo de la entrada, intentó amansar su pelo rebelde con una mano mientras se quitaba un poco de brillo de labios corrido con la otra, y abrió la puerta.

En el umbral estaba el doctor Anders Bright, con una sonrisa tímida en la cara. Se sentía un poco tonto, incluso había estado a punto de no ir, pero se convenció a sí mismo de que tenía que hacerlo si quería seguir adelante. El Club del Crimen iba a ser la solución a todos sus problemas, estaba seguro. Pero no se esperaba, aunque no sabía por qué, que la tal Alicia fuera una mujer tan joven y también tan atractiva, por eso la poca confianza que había conseguido reunir se evaporó en cuanto la vio, y con ella desapareció también su capacidad de hablar. Tragó saliva con dificultad. De repente se sentía como un adolescente.

—¿El doctor Bright? —preguntó ella, echándole un vistazo a los vaqueros y a la camisa azul de manga larga que llevaba.

—Anders —fue lo único que logró decir.

—Anders, estupendo, pasa. Eres el primero en llegar.

Abrió la puerta de par en par y él tuvo que agacharse un poco para cruzar el umbral, dado que medía casi uno noventa. Mientras la seguía al salón, se reprendió mentalmente: «Por Dios, hombre, te estás comportando como un chiquillo. Eres un médico con buena reputación, por todos los santos, ¡compórtate como tal!».

Cuando volvió a mirarla, su sonrisa transmitía un poco más de seguridad, dejando al descubierto unos dientes blancos perfectos que sugerían el uso de un complejo aparato dental durante años. Sus ojos eran de un color marrón dorado, amables, tenía las cejas pobladas y oscuras, como el pelo, que le caía sobre la cara, demasiado largo y desgreñado, no exactamente como se esperaría de un médico. Y aunque solo se podía decir que estaba delgado, casi escuálido, tenía unos hombros sorprendentemente anchos, que daban la sensación de que, si no era nadador, debería serlo. A Alicia le habría gustado ver esos hombros surcando el agua al estilo mariposa.

—Has llegado temprano —comentó, mientras intentaba que no se le cayera la baba. Oficialmente, todavía faltaban diez minutos para que empezara el club.

—Disculpa, es una mala costumbre que tengo. No puedo evitarlo.

—No se puede decir que eso sea una mala costumbre, ¿no? Siempre es mejor llegar pronto que tarde.

Su esposa no estaría de acuerdo, pensó él, y estuvo a punto de decirlo, pero se contuvo a tiempo y se limitó a sonreír.

—Siéntate donde quieras —le sugirió ella, y él fue directo a su sofá favorito, se dejó caer en él y pareció que encajaba a la perfección. El corazón de Alicia se aceleró; esperaba que él no pudiera oírlo por debajo de su camisa.

—Te dejo un momento —balbuceó—. Es que... eh... estamos preparando la comida.

—Haz como si yo no estuviera...

«No creo que pueda», pensó Alicia mientras entraba en la cocina, donde Lynette estaba vertiendo agua hirviendo en una cafetera de émbolo. Ella también había tenido tiempo de cambiarse y llevaba un diminuto vestido verde y unos botines con tacón de aguja que parecían más adecuados para un club nocturno que para uno de lectura, pero su hermana no tenía intención de mencionárselo. Lynette, como todas sus amigas, creía que cuanto más corto fuera el vestido y más altos los tacones, mejor. La comodidad no formaba parte de la ecuación.

—¿Qué? —preguntó Lynette—. ¿Tiene dos cabezas, como esperabas? ¿Alguien que se ha escapado del manicomio?

—Es el médico, Anders Bright.

—Ah, el experto en venenos. ¿Viejo y gruñón?

Alicia bajó la voz.

—Joven y resultón, la verdad. No se puede decir que tenga mala pinta. Treinta y tantos, diría yo.

—¿Y le gusta Agatha Christie? Bueno, no vamos a considerar eso como un defecto. —Lynette le puso la tapa a la cafetera—. Voy a presentarme.

A Alicia se le encogió el corazón. El doctor Bright vería a su hermana, más joven y más guapa, y hasta ahí habría llegado todo. Siempre pasaba eso con los hombres; se volvían locos por Lynette en cuanto la veían. Tenía el pelo más rubio, las piernas más largas y mucha más seguridad en sí misma. Su hermana estaba acostumbrada. La verdad era que normalmente ni le molestaba, pero había algo en ese hombre, en su extraña timidez, que la intrigaba. Se regañó mentalmente.

«¡Esto es un club de lectura, Alicia, no una cita a ciegas!».

Le llegaron risas desde el salón, suspiró y cogió una jarra de agua con hielo y menta. En ese momento volvió a sonar el timbre y Max se puso a ladrar como un perro rabioso.

—¡Ya voy yo! —gritó Lynette y después dijo—: ¡Max, cállate!

La siguiente persona que apareció fue Claire Hargreaves, la dueña de la tienda de ropa *vintage*, que iba vestida justo como cualquiera se esperaría de alguien que tenía ese tipo de negocio. La chaqueta corta y roja, estilo años cuarenta, tenía unas hombreras grandes y mullidas, botones negros brillantes y se ceñía a la cintura. En la parte de abajo llevaba una falda lápiz gris con unos zapatos de salón con plataforma también grises, a juego. Se había puesto pintalabios rojo mate y un montón de rímel en las largas pestañas que, si Alicia no estaba equivocada, eran postizas y rodeaban unos ojos felinos. Encima lucía unas cejas finísimas pintadas y completamente depiladas. Sonreía abiertamente, les estrechó la mano a las dos hermanas y después al doctor, y por fin examinó la habitación. Al ver la tetera y los *scones* aplaudió con unas manos cubiertas por unos guantes blancos, encantada.

—¡Justo lo que esperaba! —comentó la mujer de treinta y tantos mientras guardaba los guantes en un bolso de imitación de piel de cocodrilo—. ¡Y Nina Simone, además! ¿Me puedo sentar donde quiera?

—Sí, claro —acababa de decir Alicia cuando el timbre sonó de

nuevo.

Lynette volvió a la cocina a por el café y Alicia fue a abrir. Esta vez era la simpática bibliotecaria, Missy Corner, que soltó una de sus risitas y después abrazó a Alicia, como si fueran amigas de toda la vida.

—¡Hooolaaa! Seguro que pensabas que no iba a venir.

—Bueno, yo...

—¡No habrías podido evitarlo, aunque quisieras! —Se quedó callada un momento cuando oyó los ladridos—. ¿Tienes un perrito? ¡Me encantan los perritos!

—Sí, es Max, una bestia siempre hambrienta.

—¿Max? ¿En serio? ¿Como el señor Mallowan?

Alicia la miró fijamente, atónita.

—Sí que eres una experta en Agatha Christie. Sí, lo llamamos así por el segundo marido de Agatha Christie, Max Mallowan. Creo que nadie había hecho esa asociación. Jamás.

—¡Qué divertido! —exclamó Missy—. Pero, oye, ¿por qué no lo llamasteis Peter? Así se llamaba el perro de Agatha, ¿no? Oh, sí, adoraba a ese chucho. ¿Qué raza era? Oh, no, no me lo digas, seguro que me acuerdo. —Se apoyó dos dedos en la frente y entornó los ojos —. Debería saberlo, me leí su biografía hace poco. Oh, sí, ya lo sé... —Apartó los dedos y sonrió con aire victorioso—: ¡Un terrier! Un «foxterrier de pelo duro», decía en el libro, sea lo que sea eso. Deberíamos buscar una foto del perro. ¿Y el tuyo cómo es?

—Es un labrador negro. Inofensivo, pero protector, así que lo hemos encerrado en el patio de atrás para que no asuste a nadie.

—A mí no me iba a asustar, ¡me encantan los perros! Mi familia tenía el King Charles spaniel más mooono que te puedas imaginar. Se llamaba Poncy. —Se interrumpió—. Pero, perdona, me voy por las ramas. Interrúmpeme si divago mucho, es una cosa que hago constantemente.

Alicia se rio.

—No pasa nada. Entra para conocer a los demás.

Se volvió para cerrar la puerta, pero en ese momento vio a un hombre bajito y bien vestido que iba corriendo por el camino. Tenía una mano levantada y la agitaba frenéticamente.

—¡Perdona! —dijo al llegar—. No pretendía hacer una entrada triunfal, es que llevo un día...

Alicia sonrió.

—Perry Gordon, supongo.

Él dio una vuelta completa y después hizo una reverencia, momento en el que Alicia pudo ver fugazmente el forro, de color rosa

intenso, de su chaqueta negra hecha a medida. También llevaba vaqueros, como Anders, pero los suyos eran negros y muy ceñidos. Además, lucía una perilla que parecía esculpida, y un pendiente. Vestía como si tuviera veinte años, pero se notaba que tenía más de cuarenta.

—¡Ese soy yo! Y tú debes de ser la adorable anfitriona, Alicia Finlay.

Ella asintió y él le dio dos besos en las mejillas, sin llegar a tocárselas.

—Organizar esto ha sido una idea estupenda. Es que me encanta cómo suena lo de «El Club del Crimen». ¡Brillante! ¡No puedo creer que no se me ocurriera a mí! ¿Puedo pasar?

Señaló el interior de la casa y ella abrió la puerta del todo para que pudiera entrar.

En el salón, Missy ya estaba untando mermelada y nata en un *scone* recién hecho. Se detuvo en cuanto vio a Alicia.

—Huy, perdón. No te importa, ¿verdad? Es un poco maleducado por mi parte lanzarme sobre la comida así, pero es que estoy muerta de hambre.

Alicia se rio.

—No te preocupes. De hecho, eso es justo lo que quiero. Podéis serviros lo que queráis, y poneos cómodos, por favor. Hay té, sándwiches y *scones*. También tenemos café o agua, si os apetece. Solo falta una persona y, en cuanto llegue, podremos empezar.

Mientras el pequeño grupo se iba acomodando, Lynette se llevó a Alicia a la cocina.

—Esa Claire es un modelo de estilo. ¿Has visto el sombrero?

—Sí, precioso. Es la dueña de una tienda de ese tipo de ropa.

—Y nadie le hace mejor publicidad que ella misma. ¿Quién falta?

—Si no me equivoco, Barbara Parlour —Lynette la miró sin reconocer el nombre—. El «ama de casa aburrida».

—Ah, vale. Esto va a ser interesante.

—Me alegro de que supongamos un buen entretenimiento para ti, Lynette.

Ella se rio.

—¡Va a ser genial! Vamos, voy a intentar que fluya la conversación.

Pero resultó que no hizo falta. Con Missy y Perry en la sala, la conversación animada sería constante. Los dos eran un torrente de energía; Missy con su risita, contando historias de sus aventuras en la biblioteca (el préstamo de libros era más entretenido de lo que podía parecer), y Perry intentando superarla con las suyas de su «travieso

compañero de piso y su ruidosa forma de hacer el amor».

—Lo digo en serio, ese hombre es un animal —aseguró con una mano sobre el corazón, fingiendo estar horrorizado.

Y así pasaron los diez minutos que tardó en llegar la última persona, aunque el grupo apenas se dio cuenta.

Barbara Parlour llamó a la puerta con tanto cuidado que solo los ladridos frenéticos de Max los alertaron de su presencia. Tenía más de cincuenta años y llevaba un vestido azul sencillo, un collar de una sola hilera de perlas al cuello y el pelo rubio ceniza recogido en una simple coleta.

Sonrió, como con vergüenza, cuando Alicia la acompañó al salón y la presentó:

—Amigos, esta es Barbara Parlour.

Se produjo un repentino silencio en el grupo. Los ojos de gata de Claire se volvieron aún más felinos cuando los entornó y quedaron reducidos a dos finas franjas curiosas. También aparecieron unas arrugas en su frente perfecta. El doctor Anders pareció incómodo de repente, se revolvió en el asiento y evitó mirarla a los ojos. Pero Missy sonrió ampliamente.

—¡Oh, hola! ¡A ti te conozco! —saludó.

La cara de Barbara se volvió escarlata.

—Creo que no… —contestó.

—Sí, estoy segura de que te he visto en alguna parte —insistió Missy—. ¿Has pasado por la biblioteca últimamente?

—No, no, nunca voy a las bibliotecas —dijo Barbara, apartando la vista para centrarla en la mesa—. Todo está precioso, Alicia.

—Gracias —respondió, preguntándose por esa reacción tan curiosa que había producido la llegada de Barbara—. ¿Te sirvo un té?

—Ya me sirvo yo —contestó Barbara, que se acercó a la mesa y se puso una taza. Alicia no pudo evitar notar que a la mujer le temblaban las manos mientras se servía el líquido turbio.

—Ven, siéntate —le propuso, señalando el sofá en el que ya estaban acomodadas Claire y Missy. Claire se apartó un poco para hacerle un hueco y la recibió con una sonrisa amable.

—Sí, ven. Puedes ser la rosa entre dos espinas, como diría mi prometido Charlie —comentó Claire, y Missy la miró con un ceño juguetón.

—Oye, eso lo dirás por ti. ¡Yo no soy una espina!

Alicia se rio y miró a Perry, que estaba sentado frente al sofá, con una taza de té en el regazo. Y entonces notó un estremecimiento recorriéndole la espalda. Perry estaba mirando fijamente, con la boca

abierta, en dirección al sofá donde Barbara se estaba acomodando al lado de Claire; parecía que hubiera visto un fantasma.

El estremecimiento de Alicia se intensificó.

«Pero ¿qué está pasando? ¿Es que Perry también conoce a Barbara? ¿Y Anders y Claire?». Antes de que tuviera tiempo de analizarlo, Lynette le dio unos golpecitos en la rodilla.

—¿Estás bien, Alicia? —preguntó, mirándola con su expresión de «vuelve a la realidad».

Alicia carraspeó.

—Perdona, sí, estoy bien. Pues empecemos, ¿os parece? —Inspiró profundamente—. Hola a todos y bienvenidos a nuestra primera sesión del Club del Crimen.

Missy vitoreó de forma algo escandalosa, lo cual por suerte sirvió para mejorar el ambiente al instante, y Alicia sintió que se relajaba un poco.

—Sé que ya os envié una lista de directrices, pero tened en cuenta que lo que pretendo es que este grupo sea lo más relajado posible, así que esas directrices son flexibles y solo un punto de partida, nada más.

—A mí me parece que están muy bien —comentó Anders, y todos se volvieron para mirarlo—. Bueno, siempre hace falta un poco de orden, ¿no? Para empezar al menos.

—Sí, es verdad —reconoció Perry, que había recuperado la compostura y observaba al doctor con una mirada traviesa.

Alicia frunció el ceño. Parecía que la competencia por las atenciones del doctor estaba reñida. Carraspeó otra vez y prosiguió:

—El objetivo de la reunión de hoy es conocernos un poco mejor, hablar de los libros de Agatha Christie con los que queremos empezar y decidir en qué otros autores centrarnos después de ella. Cuando tengamos eso establecido, os puedo enviar un calendario y podremos organizar el primer club de lectura propiamente dicho. Pero antes, sugiero que os presentéis formalmente y nos contéis un poco quiénes sois y por qué habéis decidido uniros al grupo. —Se produjo un incómodo silencio—. Empiezo yo, ¿vale? —Volvió a inspirar profundamente—. Como ya sabéis, me llamo Alicia Finlay, esta es mi casa, que comparto con mi hermana menor, Lynette, y con esa criatura que está fuera haciendo tanto ruido que se llama Max.

Como si aquello fuera una señal, el perro se puso a ladrar y todo el mundo se echó a reír.

—¡Cállate, Max! —gritó Lynette.

—Gracias, Lynette. ¿Qué más? Me gano la vida trabajando como redactora jefe de una revista, pero mi gran pasión es leer novelas de misterio y tengo una especial predilección por Agatha Christie, algo

que no le sorprenderá a nadie.

—¿Qué te llevó a empezar este club?

La pregunta la había hecho Claire, que estaba sentada al borde del sofá, con la espalda muy erguida y las manos unidas en el regazo.

—La verdad es que fue una sugerencia de Lynette. Es una larga historia, pero se puede resumir en que tuve una experiencia muy decepcionante con otro club de lectura y decidí que sería mejor reunirme con gente que tuviera gustos más afines a los míos. Pero ya he hablado bastante de mí. ¿Lynny?

Se volvió para mirar a su hermana, que acababa de meterse medio sándwich en la boca.

—Mientras ella te mira con el ceño fruncido, ¿te parece que me presente yo? —intervino Perry con un guiño, y Alicia asintió.

—Bien, pues soy Perry, tengo cuarenta y seis años, soltero, aunque espero que no por mucho tiempo... —Le dedicó a Anders otra de sus miradas, que hizo que el pobre hombre se ruborizara, incómodo—. Yo también he tenido malas experiencias con otros clubes de lectura, así que gracias. Que te gusten los libros no implica necesariamente que seas aburrido, ¿verdad? A mí también me encantan los libros de misterio, pero tengo que ganarme la vida, guapos, así que trabajo en el Museo de Sídney, en el departamento de Paleontología, palabra que significa básicamente viejo y fosilizado.

Missy soltó una exclamación.

—¡Muy apropiado! A Agatha Christie le encantaban los fósiles. Estaría muy impresionada. Pasó varias temporadas muy felices de su vida en excavaciones en Oriente Próximo, ¿os lo podéis creer? Eso fue con su segundo marido, Max, claro...

—Sí, la verdad es que tengo que confesar que Agatha sirvió para darle un empujoncito a mi amor por todas las cosas viejas y polvorientas. Es un trabajo un poco aburrido, pero mi vida social lo compensa con creces. Tengo una casa fabulosa en Surry Hills que, como ya os he contado a algunos, comparto con un chico extremadamente fogoso que, cuando no está echando polvos incansablemente con su guapísimo novio, me ayuda a pagar las facturas. Es un escritor en ciernes a punto de conseguir su primer gran...

Se quedó callado de repente y algo cruzó su cara. A Alicia le pareció que era culpa o vergüenza, pero antes de que le diera tiempo a identificarlo, desapareció.

—Pero me estoy yendo por las ramas —concluyó—. ¡Te toca, hermanita!

Y señaló con un gesto a Lynette, que se estaba limpiando las migas

de los dedos. Ella se apartó los rizos rubios para colocárselos detrás de un hombro, cruzó las piernas y sonrió.

—Gracias, Perry. Hola a todos. Como parece que ya ha quedado claro, soy la hermana pequeña y la menor de todos, con mis veintiséis años, y estoy soltera... ¡No hay muchos hombres fabulosos ahí fuera, os lo aseguro!

—¡Estoy de acuerdo, chica! —añadió Perry con otro guiño.

—Como al resto de vosotros, me encantan los libros de misterio, pero lo que me gusta aún más es cocinar. Podéis agradecerme esos *scones* después... Entre comida y comida, sirvo mesas en Mario's, en Paddington.

—¿Sirves mesas? ¿En serio? Deberías cocinar allí —le aseguró Claire, señalando el *scone* a medio comer que tenía en la mano.

—Ojalá —contestó Lynette tristemente y su sonrisa se redujo un poco.

—El dueño de Mario's es imbécil —explicó Alicia—. Lleva años prometiéndole que la va a pasar a la cocina, pero el problema es que Lynette es una camarera genial. Deberíais ver lo que gana en propinas a la semana. Y yo no soy capaz ni de abrir una botella de vino sin romper el corcho.

—Yo tampoco —confesó Anders, riendo—. Tengo un título de medicina, pero eso no te prepara para saber usar un sacacorchos. Le doy gracias a Dios por los tapones de rosca, no puedo decir más.

—Bueno, ya que has intervenido, ¿por qué no nos hablas más sobre ti? —aprovechó Alicia. Él se ruborizó un poco y carraspeó.

—Está bien... eh... qué puedo decir... Me llamo Anders Bright y tengo que admitir que estoy fuera de mi zona de confort aquí. A mí me gustan todos los tipos de ficción de misterio, pero no he leído muchos libros de Agatha Christie, la verdad. Aunque los que he leído me han gustado. Como dije en la carta que le escribí a Alicia, admiro especialmente la pasión que tenía por los venenos. En la época de Agatha Christie había muchos en la despensa de cualquier casa bien surtida, donde se podía encontrar arsénico y veneno para ratas, ese tipo de cosas. Hoy en día las administraciones públicas sanitarias han prohibido muchos de ellos, lo que complica considerablemente la tarea de quitarse de en medio a ese marido infiel o a la hija molesta.

Una taza de porcelana chocó sonoramente con su platillo y Alicia, al levantar la vista, vio que Barbara estaba intentando arreglar el desastre que había provocado encima del baúl que hacía las veces de mesita.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras Barbara limpiaba el té derramado con una servilleta de papel.

—Oh, sí, es que soy un poco torpe, no pasa nada. Qué tonta soy. Anders, continúa, por favor.

Él miró a Barbara, vaciló, y después apartó la vista.

—Eh... sí... Hum... ¿Qué más puedo decir? Ah, sí, yo nunca he participado en un club de lectura. Pero estoy deseando probar. —Se apartó un mechón de pelo de los ojos—. Soy médico de familia en la ciudad, por cierto, trabajo cerca de aquí, y estoy seguro de que mis colegas médicos se reirían de mí con ganas si supieran que me he apuntado a este club.

—¡Bueno, intentaremos no ofendernos por eso! —comentó Perry fingiendo indignación. Anders pareció desconcertado.

—Perdón, mi intención no era... es que... Es que esto no va mucho con ellos...

Perry le dio una palmadita en uno de sus anchos hombros.

—¡Te estaba tomando el pelo, chico! —le aclaró sonriente—. Pero no nos has dicho cuál es tu estado civil.

Miró a Anders con expresión pícara y el doctor pareció nervioso de nuevo.

—Oh, bueno... —Vaciló y después dijo en voz baja—. Estoy soltero, supongo.

Alicia sintió un hormigueo de felicidad. «Eso sí que son buenas noticias, por lo menos». Perry era un provocador tremendo y Alicia ya tenía claro que Anders no sabía qué hacer con él, pero se alegró de que el primero hubiera hecho la pregunta. Conociéndose como se conocía, a Alicia le habría llevado dos años enterarse de lo que Perry había tardado menos de dos minutos en descubrir.

—¿Quién se atreve ahora? —preguntó, intentando sonar espontánea.

Missy levantó la mano y Alicia asintió. Entonces le contó al grupo con mucho detalle cómo había conocido por casualidad a la anfitriona:

—Ella me suplicó que viniera, y yo pensé, ¿por qué no? —Soltó una risita—. ¿Qué otra cosa tengo que hacer una tarde de domingo, aparte de quedarme en mi casa dándole de comer a Fudge y a Pudge? Son mis peces de colores, por cierto, no es que les haya puesto nombre a mis muslos.

Se partió de risa tras decir aquello, y sus gafas con estampado de cebra estuvieron a punto de salir volando. Se las recolocó y continuó.

—Yo también estoy soltera. —Se quedó callada un momento—. Empieza a parecer un requisito para pertenecer a este club, ¿eh?

—Eso es porque, si tuviéramos pareja, tendríamos cosas mejores que hacer con nuestro tiempo que leer libros de misterio —sentenció

Perry, y ella soltó otra de sus risitas antes de continuar.

—Como vosotros, por lo que veo, y aunque leo toda clase de misterios, adoro todo lo que tiene que ver con Agatha Christie, aunque si habéis leído su autobiografía, o cualquiera de sus biografías en realidad, sabréis que no era ninguna santa. ¡Y creo que eso hace que aún me guste más!

—Sí, amigos, somos muy afortunados de tener a Missy con nosotros. Es una verdadera experta en todas las cosas que tienen que ver con Agatha Christie —informó Alicia, y Missy intentó quitarle importancia con un gesto de la mano.

—¿Y cómo es trabajar en una biblioteca? —preguntó Barbara, y Missy sonrió muy complacida.

—¡Me encanta! ¿Cómo no me iba a encantar? Tengo toda la oficina llena de libros. ¿Qué más podría pedir una lectora voraz como yo?

—¿Las condiciones y el sueldo son buenos? —insistió Barbara, con una ceja enarcada.

Alicia se preguntó si estaría buscando trabajo.

—Bueno, pagan lo justo para vivir —reconoció Missy—. Pero me dejan salir a comer a veces, normalmente a eso del mediodía, por si alguien quiere venirse a tomar un café o algo. Estoy al final de la calle. ¡A tiro de piedra! Podríamos quedar para comernos un sándwich o un kebab. Hay un local pequeñito estupendo… Perdón, ya estoy yéndome por las ramas otra vez.

Esbozó una sonrisa nerviosa, y miró al techo.

La siguiente fue Claire. El tono suave de su voz y su forma de hablar dejaban entrever un leve acento británico.

—Soy Claire Hargreaves, treinta y cinco años, y me temo que voy a ser quien rompa la norma. Llevo cuatro años prometida con el hombre más maravilloso del mundo, que trabaja en el mundo editorial.

Missy soltó otra risita, pero al instante se tapó la boca con la mano.

—Perdón —dijo, avergonzada—. Es que… cuatro años me parece un compromiso un poco largo, la verdad.

—Estoy de acuerdo —intervino Perry—. ¿Cuál es el problema?

Las cejas perfectas de Claire casi se unieron. Se alisó la falda con una mano y con la otra se ajustó el dobladillo y escondió un hilo suelto.

—No hay ningún problema *per se*. Solo estamos esperando el momento adecuado, nada más.

Una nube de oscuridad cruzó su cara, y antes de que Missy y Perry pudieran seguir metiendo el dedo en la llaga, Alicia se apresuró a cambiar de tema.

—Háblanos un poco de tu tienda. La mencionabas en tu carta.

—Oh, sí, mi preciosa boutique. —La nube desapareció—. Se llama Timeless Vintage Clothing Store y está en Victoria Street, en Potts Point.

—¡Oh, la conozco! ¡Y me encanta! —gritó Missy, que estaba claro que intentaba arreglar las cosas—. Me compré unos vestidos de los años cincuenta fabulosos el verano pasado.

—Sí, seguro que alguno de vosotros ha pasado por allí en algún momento. Lleva ya abierta un tiempo. —Su mirada se posó en Barbara —. Tenemos ropa de todas las décadas que os puedan gustar, pero también hay una cafetería muy pequeñita al fondo de la tienda, así que, igual que Missy, os invito a pasaros a tomar un café conmigo cuando queráis. Al primer *caffè latte* invita la casa. Tengo que añadir, además, por si os lo estabais preguntando, que sí, nací en Gran Bretaña, de ahí mi acento, pero mi madre es hongkonesa y ahora vive en París, que es el sitio de donde traigo muchos de los modelos de mi tienda. La verdad es que soy una mezcla un poco ecléctica.

—¡Y que lo digas! —exclamó Missy, pensando que sería genial tener una herencia tan exquisitamente exótica. Ella había nacido y se había criado en Oatley, Sídney, y se sentía tan poco exótica como una bota de la marca Ugg.

—Gracias, Claire —retomó Alicia—. ¿Quién falta? Oh, Barbara. Te toca.

Todos se giraron para mirar a la mujer, que en ese momento dejó su taza de té a un lado con un leve repiqueteo.

—Hola a todos. Me llamo Barbara Parlour. Y no se me da muy bien hablar en público, me temo.

—¿En qué trabajas? —le echó una mano Alicia.

—Soy ama de casa, nada más.

—Experta en actividades del hogar, señora —añadió Perry con un guiño.

—No, ama de casa sin más —respondió ella, con tono cortante—. O al menos eso es lo que dice mi marido. Él trabaja en la banca, pero espera poder entrar en política pronto.

—¿En política? ¿De verdad? —preguntó Anders, un poco alarmado.

—Sí, a final de año se va a presentar para la preselección del Partido Conservador del estado.

Sonrió, pero era una sonrisa forzada, de esas que no se reflejan en los ojos, del tipo que sin duda su marido acabaría dominando en su papel de político.

—¿Qué más os puedo contar? La verdad es que mi vida es muy aburrida. Oh, bueno, tengo una hija. Tiene dieciséis, aunque se comporta como si tuviera veintiséis. —Miró al médico un segundo y se

le escapó una risa nerviosa—. Nunca escucha nada de lo que le digo, pero lo cierto es que su padre tampoco. Y también tiene bastante mal carácter…

Barbara se interrumpió y se miró el regazo. En la habitación reinó un silencio sepulcral. Alguien tosió. Ella sacudió un poco la cabeza y siguió hablando:

—Pero, bueno, esto no viene a cuento. —Otra risa nerviosa—. Como el doctor Anders, yo no he participado nunca en un club, pero cuando vi el anuncio pensé que podía probar y que tal vez me serviría para animarme un poco.

Sonrió un segundo y después volvió a mirarse las manos, que no había dejado de mover durante todo el tiempo.

—¡Estupendo! —exclamó Alicia, procurando animar el ambiente—. Pues hechas las presentaciones, pasemos a la selección de los libros, ¿os parece? ¿Alguien tiene muy claro en qué libro querría centrarse primero?

Y así, la conversación empezó a girar en torno a todo lo que tenía que ver con Agatha Christie, y el ambiente mejoró. Una hora después ya tenían una lista con los seis primeros libros. Empezarían el domingo siguiente con *Maldad bajo el sol*, que había elegido Claire, pero que era el favorito de todos los que estaban en aquel salón. Acordaron reunirse cada quince días, porque nadie quería retrasarlo todo un mes, y también estuvieron de acuerdo con todas las directrices que Alicia había sugerido.

—Yo seré el primer anfitrión, si os parece bien —se ofreció Perry, jugueteando con su pendiente.

—No —repuso Barbara, de repente—. Me gustaría que la primera reunión se hiciera en mi casa, si no os importa.

Él dejó el pendiente y se encogió de hombros.

—¿Estás segura? —preguntó Anders—. A mí no me importaría…

—No, insisto. Prefiero hacerlo ya, y estar tranquila durante los meses siguientes.

A Alicia le pareció comprensible.

—Vale. ¿A todo el mundo le viene bien?

Todos asintieron, así que quedó fijado que se verían a las dos de la tarde del siguiente domingo en casa de Barbara, al este de Sídney. Ella prepararía el té y algo de comer, y Claire se encargaría de las preguntas para la charla. Todos intercambiaron datos de contacto y empezaron a despedirse.

Barbara se fue la primera, mirando su reloj con aire preocupado, y al poco salieron el doctor Anders y Claire. Solo quedaron Missy y Perry, que ayudaron a las hermanas a recoger y a fregar.

—Es un poco rara —comentó Perry, mientras enjuagaba unas piezas de la vajilla en el fregadero.

—A mí me parece muy triste y sola —dijo Missy, cogiendo el platillo que Perry acababa de pasarle y secándolo con un trapo limpio.

—Con suerte este club le dará el empujoncito que necesita —opinó Alicia, a quien no le gustaba que se pusieran a cotillear sobre los miembros tan pronto.

—¿Y qué sabemos de la señorita Claire Hargreaves? —preguntó Perry levantando una ceja.

—No mucho, aparte de lo que ha contado ella —contestó Alicia—. ¿Por qué?

—Oh, por nada. —Estuvo a punto de decir algo, pero vaciló, y al final guardó silencio.

Alicia le cogió el trapo a Missy.

—No hace falta que os quedéis. Lynny y yo podemos acabar lo que queda.

Los acompañó a la puerta y después volvió con su hermana.

—Tiene razón, ¿verdad? En cuanto a Barbara. Es un poco rara.

—Creía que eso te daba igual.

—Sí, pero, no sé, hay algo perturbador en ella.

Lynette se encogió de hombros, se quitó los botines y se masajeó los tobillos.

—Seguro que no le pasa nada. No pueden ser todos fabulosos y divertidos como Perry y Missy. Además, ha sido muy inteligente por su parte insistir en hacer la primera reunión en su casa. Seguro que estará más cómoda allí. Ya verás cómo todo va genial.

* * *

Unas horas más tarde, cuando Barbara volvió a casa, se sentía muy incómoda. Había alguien en aquel grupo al que no esperaba encontrarse, alguien que había reconocido de «antes». Un leve estremecimiento le recorrió la espalda. De repente se preguntó si estaba a salvo. Pero apartó inmediatamente ese pensamiento. Estaba dejando que su imaginación se desbocara otra vez. No iba a pasar nada, el grupo le vendría bien, todos parecían gente muy simpática, buenas personas, sinceras y amables.

No había nada de lo que preocuparse. Todo iba a salir a la perfección.

Pero cuando cogió el libro que tenía en la mesilla y lo abrió por donde tenía el marcapáginas, Barbara no pudo evitar dejarse llevar por un temor que se negó a abandonarla...

6

Missy Corner estaba tan muerta de hambre como aburrida, dos estados que no casaban nada bien con su carácter alegre. Miró el reloj. Todavía quedaban diez minutos para la hora de comer y no estaban pasando todo lo rápido que le gustaría. Le encantaba su trabajo en la biblioteca, pero a veces las cosas eran un poco… monótonas. Sobre todo los días tranquilos, en los que los únicos que perdían el tiempo deambulando entre las estanterías eran los sospechosos habituales, que se inclinaban sobre sus libros favoritos y se sugerían autores entre ellos furtivamente, como si se estuvieran contando secretos de Estado. A veces las cosas se animaban un poco: entraba algún mochilero sueco cachas que quería usar uno de los ordenadores, o llegaba uno de los superventas que llevaban mucho tiempo esperando y Missy podía registrarlo en el sistema, forrarlo con mucho mimo y colocarlo orgullosamente en una de las estanterías para que los interesados se pelearan por él.

O, como había ocurrido unas semanas atrás, venía una mujer a preguntar y acababa invitando a la bibliotecaria a unirse a su club de lectura. ¿Qué probabilidad había de que eso ocurriera?

El humor de Missy mejoró. El Club del Crimen era lo más emocionante que le había pasado en meses. Se miró el esmalte negro un poco descascarillado en sus uñas mordidas y se metió una en la boca para seguir arrancándoselo con los dientes. En realidad, era la cosa más sensacional que le había pasado desde que la contrataron en ese trabajo, hacía dieciocho meses. Antes de eso había ido dando tumbos por la vida, trabajando de vez en cuando en algún bar, pasando el tiempo redecorando el dormitorio de su casa y viajando algún que otro fin de semana a la costa con compañeros del colegio. Nada especial.

Y de repente estaba pasando algo muy especial en su vida, ¡y además cada dos semanas! Eso le daba un objetivo renovado, una nueva dirección. Estaba deseando que llegara el siguiente club de lectura de ese domingo, la primera reunión oficial; ya se había leído el

libro varias veces, así que tenía mucho que aportar. Solo tenía que aprender a cerrar la bocaza durante más tiempo para que los miembros del club no se cansaran de ella, como le había pasado muchas veces con sus amigos.

No se acordaba de la última vez que la invitaron a irse de viaje con ellos un fin de semana.

Missy sintió un nudo en la garganta y tragó saliva con dificultad para intentar eliminarlo. A veces le gustaría ser como los demás, saber dónde estaba el botón de apagado y usarlo de vez en cuando, como su padre solía decirle. Sorbió por la nariz, decidida a no dejarse llevar por la melancolía otra vez. Hacía varios meses de su último bajón y no estaba dispuesta a hundirse de nuevo.

Tenía El Club del Crimen. No había razones para estar triste.

Missy miró su reloj. Mediodía ¡Yuju! Cogió su mochila de color dorado y observó a su jefa, que estaba muy concentrada en uno de los ordenadores, comprobando los libros que habían devuelto los usuarios.

—¡Me voy a comer, guapa! —dijo, rodeándole brevemente los hombros a la mujer mayor con el brazo.

—Pásatelo bien —murmuró Geraldine sin apartar los ojos de la pantalla.

Le caía bien Missy, pero prefería el rato en el que tenía la biblioteca para ella sola (sus oídos disfrutaban del silencio). Esa chica no paraba de hablar, un rasgo que no era ideal para una bibliotecaria. «En la entrevista de trabajo no habló tanto, por desgracia. Si no, tal vez no le habría ofrecido el puesto», pensó Geraldine. Pero suspiró y siguió tecleando.

Cuando Missy salió hacía un día soleado, así que buscó en su mochila las gafas de sol graduadas y las cambió por las de ver en un segundo. Después se dirigió sin pensarlo al puesto de kebabs que había en la misma calle. Ese día tenía ganas de pedir uno de ternera, y por el camino ya se estaba imaginando la salsa *tzatziki* empapando la cebolla y el tomate. Tal vez por eso no oyó el repentino rugido de un motor a su espalda, ni el grito de «¡cuidado!» de un transeúnte cuando un coche fue directo a por ella.

En solo unos segundos, Missy estaba tirada justo en la puerta abierta de una tienda, retorcida e inerte.

El transeúnte, un señor mayor con una densa mata de pelo canoso y los ojos muy abiertos con expresión de desconcierto, le contaría después a la policía que el coche aceleró y se salió deliberadamente de

la carretera para subirse a la acera e ir a por la desprevenida bibliotecaria.

Missy, que recuperó la consciencia enseguida, con un terrible dolor en la cabeza y en el brazo, no dio la misma versión. Dijo a los agentes que solo había estado en el lugar equivocado en el peor momento, nada más. Lo que no se podía discutir era que había tenido mucha suerte. Había mirado por encima del hombro un segundo antes del impacto, había logrado ver el capó que se acercaba y tuvo tiempo de dar un salto en dirección a la tienda. Aterrizó con todo su peso sobre la muñeca izquierda y le dio el susto de su vida al propietario de la tienda de ultramarinos, un hombrecillo coreano que hablaba el idioma con poca fluidez.

Entretanto, el vehículo que había cometido la infracción, un BMW azul oscuro o negro (dependiendo de a quién le preguntaran), corrigió el rumbo, volvió a la carretera y se alejó a toda velocidad, sin detenerse siquiera para ver si Missy estaba viva o para prestarle ayuda.

Un atropello con fuga de manual.

Missy estaba conmocionada, pero mantenía la calma.

—No ha sido más que un estúpido accidente —le aseguró a la policía, que llegó momentos después del incidente, con la ambulancia.

—¡No, no, no! —gritó el dependiente coreano—. ¡Coche a por ti!

—Estoy de acuerdo —intervino el hombre mayor—. El conductor iba muy decidido.

—¿Conductor? —preguntó el agente, un hombre corpulento de mediana edad que parecía tan poco contento de verse en aquella situación como Missy.

—Bueno, no pude ver lo que era, el coche tenía las ventanillas oscuras…

—¿Oscuras? —insistió la segunda agente, una mujer joven con el pelo teñido de rubio y un cierto brillo de interés en los ojos.

—Tintadas, creo que las llaman —siguió explicando el hombre mayor—. Pero cuando pasan estas cosas siempre es un hombre joven, ¿no? Los que llevan la L van por ahí causando problemas en las carreteras todo el tiempo.

—Entonces ¿llevaba una L? —preguntó la agente, emocionada.

El hombre la miró sin decir nada durante unos segundos.

—Eh… No, no estoy seguro de eso tampoco.

—No, no, ¡no L! —aseguró el coreano—. Loco, asesino. ¡Querer matar mujer! Gánster seguro. ¿Mafia? ¡Coche negro siempre mafia!

Aquello dejó a los dos agentes sin palabras, y Missy, mientras un amable sanitario le estaba vendando la muñeca, tuvo que intervenir.

—Todo esto es una tontería —dijo con una risita, a pesar del dolor—. ¿Por qué iba a querer atropellarme la mafia, o cualquier otra persona? No soy más que una aburrida bibliotecaria.

Los agentes parecieron creerla y, tras anotar los datos de contacto de los testigos, se despidieron. Tal vez creer que había sido un accidente facilitaba su trabajo, o quizás estaban de acuerdo con Missy en que las aburridas bibliotecarias muy pocas veces resultaban ser objetivo de conductores lunáticos de la mafia. Fuera por la razón que fuera, le aseguraron que lo más probable era que hubiera sido la víctima inocente de un conductor borracho que había huido de la escena para que no lo pillaran.

—No sería la primera vez —añadió el agente corpulento con un suspiro, tras lo cual se guardó la libreta en el bolsillo de la chaqueta y la miró con una expresión cansada que indicaba que ya lo había visto todo en esta vida.

Cuando Missy volvió a la biblioteca, dos horas y una muñeca vendada después, ya había dejado de temblar. De repente se acordó de que tenía hambre. La única angustia que le provocaba el conductor enloquecido a esas alturas provenía de su estómago vacío.

—Salgo un momento y te traigo algo, hija —se ofreció Geraldine, que se sentía culpable por los pensamientos críticos sobre su compañera que había tenido horas antes—. Quédate ahí sentada y relájate. Cuando vuelva, lo mejor será que salgas pronto hoy y te vayas a casa. Has sufrido un buen shock, Missy.

—Oh, me recuperaré, Geraldine —le aseguró Missy mientras se sentaba en la silla que había frente a su ordenador—. Ha sido una suerte que haya sido el brazo izquierdo, así todavía puedo teclear más o menos. Pero tendrás que ocuparte tú de levantar pesos.

Cuando Geraldine salió para traerle algo de comer, Missy se puso a escribir en el ordenador con su única mano buena, pero no pudo evitar repasar en su mente el accidente una y otra vez, paso a paso: el destello del coche oscuro, el golpe de su cuerpo contra el umbral de la puerta, la histeria atónita de los testigos. No se acordaba muy bien de todo lo que habían dicho, pero había una frase que se había quedado grabada en su cerebro: «Loco, asesino. ¡Querer matar mujer!».

Era una afirmación ridícula, estaba segura de ello, pero ¿por qué seguía entonces tan alterada?

7

La «casa» de Barbara era en realidad una lujosa monstruosidad encajada entre otras dos horrendas mansiones modernas en la arbolada avenida Woollahra. A Alicia y a Lynette las pilló por sorpresa. Volvieron a mirar la dirección que llevaban apuntada y después la enorme construcción de dos plantas, con sus pilares de arenisca y la chabacana fuente con cascada en forma de sirena que había delante, rodeada por un caminito de entrada adoquinado, flanqueado por unos setos podados meticulosamente.

—No parece muy deprimente —comentó Lynette mientras abría la puerta que daba acceso al jardín.

Se iban a reunir para el primer club de lectura oficial y Alicia había aparcado su Torana a una manzana de allí, porque no esperaba encontrar un aparcamiento más cerca, pero no pudo evitar fruncir el ceño cuando vio que había uno justo al lado de la casa. A los pocos segundos, un Saab plateado empezó a dar marcha atrás para aparcar en el hueco libre; el doctor Anders salió de su interior y cerró el coche con la llave electrónica.

—¿No hay nadie en casa? —preguntó con tono animado.

—Estábamos a punto de entrar —confesó Alicia, que empujó la puerta y cruzó el umbral.

Mientras recorrían el camino de acceso pasaron junto a un garaje para tres coches, donde había un Jaguar verde oliva, un reluciente Mercedes plateado y una variopinta colección de bicicletas, bolsas de palos de golf viejas y cajas de almacenaje, hasta que llegaron por fin a la enorme puerta principal. Había un portero automático a un lado. Alicia pulsó el botón una vez y esperó unos segundos. Una voz alegre respondió entre crujidos:

—¡Hola-hola! ¿Quién es?

O a Barbara le habían hecho un trasplante de personalidad, pensó Alicia, o esa tenía que ser su hija. Le dijo quién era.

—Hemos venido al club de lectura —añadió.

—¿El qué?

—El club de lectura. ¿Está Barbara en casa?

Se oyó un silencio y después un pitido que indicaba que se había abierto la puerta.

—¿Entramos? —dijo Lynette, y empujó la puerta justo en el momento en el que Barbara tiraba de ella para abrirla desde el otro lado.

—Hola, bienvenidos —los saludó, haciéndoles señas con una mano para que pasaran.

Ese día Barbara iba vestida con unos pantalones negros, una camisa blanca sencilla y un grueso pañuelo de color lila que le daba varias vueltas alrededor del cuello. Hacía un día cálido, estaba a punto de empezar el verano, así que Alicia no pudo evitar preguntarse si la casa tendría el aire acondicionado muy alto o si Barbara no se había dado cuenta del calor reinante. Alicia había elegido deliberadamente unos pantalones caqui holgados y una blusa de algodón con vuelo, y ya notaba que estaba sudando.

—Tienes una casa preciosa, Barbara —comentó Anders, mirando alrededor, y Barbara le sonrió.

—Gracias. Pasad. Os enseño la casa mientras esperamos a los demás.

—Oh, no hace falta —dijo él, pero ella lo ignoró y los llevó a un lujoso salón con ventanas de persianas blancas, una gruesa alfombra de color crema y muebles de color blanco perla.

Todo estaba demasiado inmaculado para el gusto de Alicia. Max habría hecho trizas la alfombra persa *vintage* en menos que canta un gallo, y ella se pasaría el día estresada, intentando evitar que los sofás de ante blanco acabaran llenos de huellas de patas. La habitación estaba decorada magníficamente con unas enormes obras de arte, fotografías enmarcadas y grandes jarrones llenos de azucenas, rosas rojas, orquídeas asiáticas. También había un reluciente piano de cola negro en una esquina.

Encima del piano había una enorme fotografía enmarcada que llamó la atención de Alicia, la cual no pudo evitar sonreír al verla. Era un retrato especialmente llamativo de la familia Parlour, vestida con sus mejores galas. En él se veía lo típico: todos los miembros de la familia con ropa que no se ponían normalmente (por exigencias de la madre, sin duda), fotografiados por alguien a quien no conocían. El resultado, aborrecido por todos ellos, colgaría en una pared durante los siguientes cinco años, hasta que la madre insistiera de nuevo en hacer una actualización. En esa fotografía, a Barbara se la veía unos años más joven, bastante más rubia y mucho más glamurosa, con un top rojo y dorado brillante y cubierta de joyas de oro. Su rostro

exhibía una sonrisa amplia y segura. Había cambiado mucho desde entonces.

La hija de Barbara, Holly, llevaba un vestido de lunares azules y una diadema ancha a juego. Parecía tener unos doce años, pero en sus ojos ya asomaba la rebeldía adolescente. También sonreía, pero solo lo justo. La sonrisa de Arthur se veía forzada; él tenía esa imagen de galán de *Dinastía*, tan propia de los años ochenta: traje, corbata, tirantes… todo el conjunto. Se suponía que debía ser el retrato de una familia feliz, pero a Alicia no le transmitía nada. Cuando miró a Anders se dio cuenta de que él también parecía incómodo.

Debajo del retrato, en una mesita auxiliar alta y blanca, había un montón de medallas y trofeos y Alicia vio que al menos dos eran de Barbara, entre ellos uno bastante grande de tenis con las palabras «Mejor evolución» grabadas.

Antes de que tuviera tiempo de observarlos más detenidamente, Barbara los llevó un poco a regañadientes hasta el ostentoso comedor, con su resplandeciente lámpara de araña y una mesa de madera reluciente, en la que fácilmente cabían doce comensales, y después a la cocina más grande que habían visto en su vida. A Lynette casi se le salían los ojos de las órbitas.

Barbara tenía todos los aparatos que un chef en ciernes pudiera desear: un horno de tamaño profesional, una nevera gigante de dos puertas con dispensador de hielo en una de ellas, una máquina de expresos contra una pared y un mastodóntico microondas donde cabría, e incluso tendría espacio para girar, un asado entero, con sus verduras de guarnición incluidas.

—Mataría por esta cocina —le confesó Lynette a Barbara, que miró a su alrededor como si nunca se hubiera fijado—. Lo tiene todo.

—Oh, gracias —contestó ella—. Tengo que reconocer que no cocino mucho. Para eso tenemos a Rosa.

—¿Rosa?

—La asistenta. —Sonrió con cierta timidez y se apresuró a añadir —: Solo viene unas horas al día, por la tarde, a preparar la cena para toda la familia y organizar un poco la casa. Poca cosa. Normalmente se va a eso de las tres. Pero es una joya. Cocina un *coq au vin* delicioso, el favorito de Arthur… Arthur es mi marido. Yo solo vengo aquí para hablar por teléfono.

Señaló el manos libres plateado que estaba en su soporte, en un extremo de la encimera de mármol. A su lado había una pizarra grande con varios números escritos con rotulador azul, además de unos cuantos mensajes, entre ellos uno destinado a Holly para que llamara «al entrenador».

Sonó el timbre y el ruido sobresaltó a Barbara, que se acercó la mano al cuello y se recolocó el pañuelo.

—Serán los demás. Salid al patio, por favor. Hoy nos reuniremos ahí.

Les señaló unas puertas acristaladas que daban a un jardín, parcialmente en sombra, con una mesa de hierro muy elegante y sillas a juego con cojines. El patio estaba enlosado con baldosas de terracota, y alrededor había plantados helechos gigantes, drácenas rojas, alegres mimosas amarillas y jazmines blancos y fragantes. Detrás de las plantas, rodeada por un seto, se distinguía una piscina y algo parecido a una pérgola de estilo balinés. Cuando se hubieron sentado, Barbara volvió adentro para ir a recibir a los demás invitados. Pocos minutos después se unieron Missy y Perry, que habían venido juntos en el Mazda deportivo de color rojo de Perry, y también Claire, que llegó en su impoluto Volkswagen Escarabajo azul claro *vintage*.

Missy todavía se estaba recuperando de su lesión y llevaba el brazo izquierdo vendado y pegado al pecho, con un cabestrillo que le subía por la espalda y le colgaba del cuello.

—Pero ¿qué te ha pasado? —preguntó Anders, incorporándose para ayudarla a sentarse.

—Oh, me he torcido la muñeca tontamente —explicó, y logró esbozar una sonrisita—. Bueno, en realidad no ha sido culpa mía. Un loco intentó llevárseme por delante.

Todos se quedaron mirándola, atónitos, pero Missy soltó una de sus risitas.

—Oh, no es para tanto, ¡estoy exagerando!

Missy les contó que, unos días antes, cuando iba a comer, un «loco» se subió a la acera y ella salió volando.

—Puse la mano para amortiguar la caída y aterricé sobre mi pobre muñeca. Al menos he tenido suerte de estar tan mullida por todas partes, de lo contrario me habría hecho más daño. —Volvió a reírse y se acomodó en la silla.

Alicia sintió que aquello era una confirmación de los pensamientos que la asaltaban de vez en cuando. «¡Esas cosas pasan!». Sus imaginaciones no eran tan descabelladas después de todo. El accidente de Missy era una de las situaciones que Alicia se había imaginado cientos de veces cuando iba andando del trabajo a casa, de tiendas o al cine...

—¿Estás segura de que fue un accidente? —le preguntó, y Lynette la miró con el ceño fruncido—. ¡Solo es una pregunta!

—Tuvo que serlo, chicas —contestó Missy—. Pero el coche no se

detuvo, así que tal vez ni siquiera se dio cuenta de que me había atropellado.

—¿Viste la matrícula? —insistió Alicia—. ¿O al conductor?

—La verdad es que no tengo ningún recuerdo claro. Solo vi que era un BMW de color oscuro. Ya sabéis, ¿no? Esos que llevan las ventanillas tintadas. Mi madre las llama «ventanillas de traficante» y tiene razón. ¿Quién necesita ocultarse cuando va conduciendo por ahí? Si quieres parecer culpable, ¡pon ventanillas oscuras en tu coche!

—Pero ¿crees que te conviene estar aquí? —preguntó Claire, que también parecía preocupada—. Puede resultarte un poco estresante después de lo que te ha pasado. ¿No necesitas descansar, tomarte un tiempo…?

El doctor Anders no se mostró tan comprensivo.

—Claire, no es más que una torcedura de muñeca. Es posible que tenga dañados los ligamentos, pero ni siquiera le han puesto una escayola, así que no estará tan mal. Seguro que Missy puede arreglárselas. Te han dado antiinflamatorios, ¿verdad?

Ella asintió.

—Anders, la han atropellado —intervino Barbara—. Puede que tenga una conmoción.

—No, Anders tiene razón —interrumpió Missy—. Mi médico me ha dicho que estaré como nueva dentro de unas semanas. Además, no creo que haya sido algo personal, a pesar de que todo el mundo intentara convencerme de lo contrario.

—¿Todo el mundo? —preguntó Alicia enarcando una ceja.

—Bueno, es que hubo un par de testigos que tenían la extraña teoría de que iba a por mí.

—¿De verdad? —exclamó Claire—. ¿Y podrían tener razón? ¿Crees que quisieron atropellarte de forma deliberada?

Missy volvió a reírse.

—¡Dios mío, hay partidarios de las teorías de la conspiración por todas partes! ¡Chicos, estoy bien, bien del todo, de verdad!

Todos la miraron preocupados, excepto Anders, que había visto accidentes como ese antes, y Perry, que ya había tenido esa conversación con ella en el trayecto de ida y estaba harto del tema.

—En ese caso, ¿hincamos el diente a unos crímenes más jugosos? —sugirió mostrando su ejemplar de *Maldad bajo el sol*.

Todos asintieron, se sentaron y sacaron sus ejemplares de los bolsos, mochilas y, en el caso de Anders, de un bolsillo grande que tenía oculto en el interior de la chaqueta. Alicia se preguntó qué más tendría ahí, y si habría sitio para dos.

Se abofeteó mentalmente por aquel pensamiento, y cuando miró a

su alrededor vio que Barbara estaba entrando en la casa otra vez, así que se levantó de un salto y la siguió. La mujer estaba en la cocina, peleándose con un paquete de galletitas para el queso y soltando maldiciones por lo bajo, así que Alicia le quitó el paquete y lo abrió.

—¿Todo bien? —le preguntó, y Barbara asintió muy seria—. Has sido muy amable ofreciéndote a ser la primera.

—Encantada —contestó y miró a Alicia esbozando una sonrisa incómoda, que le recordó el retrato del salón.

Barbara le señaló una bandeja blanca y grande en la que había una mezcla de quesos, patés y aceitunas, y Alicia añadió las galletitas y un puñado de uvas que Barbara le pasó. Mientras la anfitriona preparaba un cuchillo para el queso y unos platitos, Alicia se paseó por la espaciosa cocina, admirándola. No hacía falta ser un chef en ciernes para reconocer que tenía un diseño maravilloso.

—¿Tu marido está por aquí o lo has echado de casa?

Barbara la miró alarmada.

—¡Nunca me atrevería a echarlo de su propia casa! Pero sí le he dicho que seguramente no querría andar por esta zona.

—¿Y tu hija?

—¿Qué pasa conmigo? —respondió una voz indignada desde el otro lado de la cocina.

Alicia se dio la vuelta y vio a una adolescente alta y con un ligero sobrepeso, con la piel llena de granos, el pelo negro brillante, un *piercing* en la nariz y una marcada arruga en la frente, que acababa de entrar por una puerta lateral. La edad del pavo ya había alcanzado a Holly de lleno.

—¡Oh, Holly, cariño, qué susto me has dado! Creía que hoy ibas a salir.

—Pues obviamente no —contestó mirando a su madre con cara de que era evidente.

—Ven que te presente a Alicia. Es la organizadora del nuevo club de lectura del que te he hablado.

—Sí, ya, me da igual —dijo y se dirigió a la nevera—. Mierda, no hay zumo.

—No te preocupes, cielo. Le pediré a Rosa que traiga más cuando venga mañana.

—¿Rosa? ¿Por qué no puedes ir tú? Tampoco es que tengas nada urgente que hacer. —Miró a Alicia—. Ah, vale, estás muy ocupada con tu club de lectura nuevo, qué importante.

Salió de la cocina poniendo los ojos en blanco, y Barbara se volvió y miró a Alicia, avergonzada.

—Perdona, normalmente no es así de maleducada. —Se

interrumpió, y sus labios esbozaron una media sonrisa—. Bueno, la verdad es que sí que lo es, pero esperaba que no tuvieras que ser testigo de ello. Vamos a sacar esta comida antes de que el resto de los miembros del club se pregunten qué ha sido de nosotras...

De repente, Holly reapareció. Estaba muy pálida.

—¿Qué demonios está pasando? —chilló, sorprendiendo a Alicia.

—¿Qué...? ¿De qué estás hablando, cariño? —preguntó Barbara al tiempo que dejaba la bandeja sobre la encimera con un golpe seco.

—¡No te hagas la ignorante conmigo, mamá! Sabes exactamente de qué estoy hablando. Ahí fuera, en el patio... —Holly se fijó un segundo en Alicia y después fulminó con la mirada a su madre, que se encogió ante su furia.

—¿Te refieres al club de lectura?

—Me refiero a «él». ¿Qué está haciendo aquí?

—Holly, cariño, lo siento. No sabía...

—¡Gilipolleces, mamá! Claro que lo sabías, por Dios. Tú sabes todo lo que pasa aquí. Lo has organizado todo, ¿verdad? ¿Verdad?

Alicia dio un paso adelante, dispuesta a defender a Barbara, aunque en realidad no tenía ni idea de por qué Holly estaba gritando. ¿De verdad podía estar tan alterada porque unos amigos de su madre estuvieran ocupando el patio?

—Se supone que este es un lugar seguro, ¿cómo me puedes estar haciendo esto? —seguía gritando la adolescente.

—Holly, por favor...

Antes de que pudiera decir nada más, salió en tromba de la cocina y se perdió en las entrañas de la casa, dejando atrás dos rostros desconcertados.

—Lo siento mucho —repitió Barbara, incapaz de mirar a Alicia a los ojos.

—No te preocupes —respondió en tono conciliador—. Todo el mundo sabe que las adolescentes hacen siempre montañas de un grano de arena. Vamos, salgamos con los demás.

Alicia ayudó a Barbara con los platos y lo sacaron todo al patio, donde el grupo seguía charlando. La observó mientras disponía la comida en la mesa y repartía las servilletas. Parecía perdida en sus pensamientos.

—Oh, vaya, se me ha olvidado la limonada casera —exclamó, saliendo de su ensimismamiento—. Alicia, ¿te importa traerla de la cocina mientras yo voy un momento al baño? Está en la nevera, en una jarra. Y necesitaremos unos vasos también.

Volver a entrar en la boca del lobo no le parecía a Alicia muy buen plan, así que miró a su hermana y señaló la cocina con la cabeza.

Lynette se quedó mirándola confundida durante un par de segundos, pero se levantó de un salto.

—Voy a ayudarte, ¿vale?

—Me vendrá muy bien, gracias, Lynny —contestó Alicia, que entró la primera.

De nuevo en la cocina, Alicia miró a su alrededor para asegurarse de que Holly no andaba por allí cerca y finalmente resopló.

—¿Va todo bien? —preguntó Lynette

—Luego te lo cuento —murmuró—. Vamos a volver fuera lo más rápido posible. ¿Dónde estarán esos vasos...?

Mientras Lynette sacaba la jarra de la nevera, Alicia buscó en unos cuantos armarios hasta que encontró un juego de ocho vasos nacarados de color rosa y puso siete en una bandeja que había apoyada contra el microondas. Cuando Lynette cerró la puerta de la nevera, se echó a reír. Allí había unas cuantas fotos sujetas con imanes, entre ellas varias de Barbara con una raqueta de tenis en la mano y otras de Arthur en el campo de golf, una foto familiar en un barco blanco y grande y varias de Holly cuando era pequeña, una de ellas lamiendo un helado rosa y otra tirándole un beso a quien hacía la fotografía.

—Es una monada —comentó Lynette, y Alicia se acercó a mirar.

—Tan mona como una serpiente de cascabel —susurró—. Acabo de conocerla y ahora abulta el doble y es una niñata de mucho cuidado. Casi ni me ha mirado y le ha montado una buena a su madre, cualquiera sabe por qué.

Además de las fotos, en la nevera había las cosas habituales: una carta del colegio, unos cuantos imanes de publicidad, uno de un fontanero local, otro de un *spa* de lujo, y una factura de teléfono que tenía varias páginas.

—Vaya, alguien ha estado cotilleando un montón.

Como si fuera una señal, el teléfono de la cocina empezó a sonar. Alicia miró el aparato, después a Lynette y al final el teléfono otra vez.

—¿Deberíamos contestar?

Lynette se encogió de hombros.

—No es nuestra casa. Seguro que alguien...

—¡Yo lo cojo! —gritó Barbara desde el interior de la casa y apareció corriendo en la cocina, agarró el teléfono y contestó, casi sin aliento—. Hola, Barbara Parlour.

Hubo un silencio y después repitió:

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Alicia y Lynette se miraron mientras Barbara se quedaba contemplando el teléfono, sin entender. Al final la mujer colgó con el

ceño fruncido.

—¿Se han equivocado? —dedujo Alicia.

—Hum, no lo sé. Solo se oía una respiración al otro lado, y después nada. Y es la cuarta vez que pasa esta semana. No lo entiendo.

Por la puerta lateral entró un hombre grande. Tenía el pelo canoso muy bien cortado y llevaba un polo rosa claro, pantalones con raya y náuticos.

—¿Quién llamaba? —preguntó bruscamente, pero en cuanto vio a las hermanas se frenó en seco y su tono se suavizó considerablemente —. Oh, hola, no las había visto.

Miró de arriba abajo a ambas hermanas y después se centró en Lynette, o al menos en la parte protuberante que asomaba por debajo del cuello. No es que ella estuviera bien dotada en ese aspecto, pero eso no pareció importarle.

Barbara empezó a revolverse, inquieta, y se llevó la mano al cuello de nuevo.

—Oh, Arthur, eh... No sé quién era. Solo... ha colgado. Otra llamada en la que no contesta nadie, me temo.

Él apartó los ojos, volvió a mirar a su mujer y frunció el ceño.

—¿Otra? ¿Es que ha habido más?

—Ya te lo he dicho, cariño. Pero, perdonad, qué maleducada soy... —Señaló con una mano temblorosa a las dos hermanas—. Arthur, estas son Alicia y Lynette, dos miembros de mi nuevo club de lectura.

—¿Club de lectura?

—Sí, te lo conté ayer. —Lo miró con aire preocupado.

—El Club del Crimen —anunció Alicia y se acercó para estrecharle la mano. Estaba decidida a caerle bien al menos a un miembro de la familia de Barbara—. Tiene una casa preciosa. Gracias por dejarnos invadirla durante un rato.

Una amplia sonrisa apareció en la cara bien afeitada de Arthur.

—¿El Club del Crimen? —Ellas asintieron y su sonrisa se volvió maliciosa—. Es cierto, Barbara me ha hablado de su último proyecto. No sabía que le gustaran las novelas de misterio. Creía que las biografías eran más de su estilo. En cualquier caso, ¿de verdad podemos llamarlo club de lectura?

Tenía el tono condescendiente de un profesor universitario de literatura y, aunque Alicia intentó reírle la gracia, Lynette no estaba por la labor.

—No sé por qué no iba a llamarse así —respondió, cortante.

Él rio entre dientes.

—No se ofendan, señoras, pero no van a tener gran cosa que discutir. No sé si a eso se lo puede calificar como literatura siquiera.

—Por eso nos encanta —replicó Lynette—. Porque es para gente que no está tan pagada de sí misma que no reconocería una buena historia ni aunque le mordiera el culo.

Barbara soltó una exclamación y pareció que se le iban a salir los ojos. Alicia sintió una profunda lástima por esa mujer. Su familia era un horror. No le extrañaba que tuviera que recurrir a Agatha Christie para desconectar.

—Oh, bueno… —balbuceó Barbara, obviamente intentando recuperar el control—. Será mejor que volvamos afuera.

Y las dirigió hacia el patio, pasando por delante de su marido, que las miraba con el ceño fruncido.

Cuando casi habían llegado a la mesa, Barbara se dio la vuelta. Una vez más, en su cara se veía claramente una desgarradora expresión de vergüenza.

—Perdonad a mi marido. Puede ser un poco… no sé… cínico… con las cosas que me interesan. No os ofendáis.

—¿Y a ti no te molesta? —preguntó Lynette.

—Bueno, sí, supongo que a veces. Pero no pasa nada, estoy acostumbrada. Tengo una buena vida, de verdad que sí.

Alicia se preguntó a quién quería convencer, si a ellas o a sí misma.

—Disculpadnos —dijo Barbara dirigiéndose a los demás miembros, que seguían sentados tranquilamente esperando a que comenzara la diversión—. ¿Qué os parece si empezamos?

Y el resto de la tarde trascurrió en relativa paz. Claire sacó una hoja completamente mecanografiada con «temas que tratar» sobre *Maldad bajo el sol* y todos fueron hablando por turnos de una amplia variedad de cosas, desde la ambientación hasta el argumento.

—Me encanta esta frase del libro —dijo Claire en un momento dado, abriendo el libro por una página que tenía marcada con un pósit amarillo—. Como todos sabéis, el detective Hércules Poirot se ve atrapado con un grupo de personajes sospechosos en un hotel con encanto de una isla remota. Uno de ellos, «la atlética y curtida Emily Brewster», está hablando de que el lugar es demasiado hermoso y tranquilo para que ocurra nada malo. Pero Poirot discrepa. —Claire leyó las palabras de Poirot—: «Sin embargo, olvida, señorita Brewster, que la maldad puede darse en cualquier lugar bajo el sol». —Levantó la vista y miró a los presentes—. Y yo me pregunto: ¿creemos eso de verdad? ¿Que la maldad está acechando en cada rincón?

Lynette resopló.

—No, eso solo lo dice para darle un efecto dramático. Agatha lo hace en todas sus novelas. Es para crear suspense.

—Estoy de acuerdo, creo que solo es un recurso literario —

coincidió Anders.

Alicia se fijó en que ese día estaba especialmente guapo, con vaqueros negros y una camiseta de color gris oscuro ajustada; cuando se quitó la chaqueta, ella notó que esa prenda acentuaba sus anchos y musculosos hombros. Anders la pilló mirándolo, así que se ruborizó y apartó la vista.

—Yo sí lo creo —respondió Barbara inesperadamente y con vehemencia. Todos se volvieron para mirarla.

—¿En serio? —preguntó Missy, que se miró la muñeca vendada y después volvió a alzar la vista—. ¿De verdad crees que hay maldad por todas partes? ¿Incluso aquí, en esta casa tan bonita?

—Aquí más que en ninguna otra parte —respondió en voz baja, tan baja que solo los que estaban a su lado (Alicia y Anders) pudieron oírla. Los dos se miraron, esta vez con cierta inquietud.

—Yo tengo otra cita —intervino Perry, y cogió su ejemplar gastado. Lo abrió por una página que tenía subrayada con lápiz—. Esta frase es del reverendo Stephen Lane... ¿No os encanta que haya siempre por ahí un clérigo que resulta sospechoso?

—Bueno, no sé si eran todos sospechosos, pero en esos pueblecitos ingleses siempre había un clérigo rondando —repuso Claire—. De hecho, todavía los hay. Y muchas veces todo en el pueblo parece girar alrededor de ellos. Son una especie de brújula moral.

—Sí, pero en este libro no están en uno de esos pueblecitos —recordó Missy—. Están en un resort de lujo, ¿no? Un sitio un poco raro para que haya un tipo como ese. Pero ¿cuál era tu cita, Perry?

—Ah, sí. El reverendo está hablando con Poirot sobre esa idea de la maldad bajo el sol y dice... —Perry hizo una pausa y puso una voz grave, acompañada de su mejor acento pomposo—: «Pero, *monsieur* Poirot, el mal es real. ¡Es un hecho! Yo creo en el mal tanto como creo en Dios...».

Mientras leía, la voz de Perry fue subiendo de intensidad, e incluso alzó un puño para imprimirle un efecto dramático. Al final de la cita, todos los miembros del grupo se rieron y aplaudieron.

Todos menos Barbara.

Ella se quedó allí sentada, mirando fijamente a Perry con los ojos muy abiertos y asintiendo con la cabeza, como si no pudiera estar más de acuerdo.

* * *

Esa noche, cuando Alicia se acostó con su último libro, recordó la expresión de Barbara, sus palabras y la sensación de desasosiego que

había transmitido durante toda aquella jornada. Era casi como si hubiera algo malvado en aquella casa de Woollahra, algo que ponía a Barbara de los nervios.

Pero Alicia no era capaz de identificar el qué. Su familia era horrible, sí, pero ¿serían malvados?

Le echó un vistazo al segundo misterio protagonizado por Vera que sostenía entre sus manos y se regañó mentalmente.

«Tienes que tomarte un respiro de tanta novela de misterio, señorita», se dijo. Pero a continuación se tumbó sobre la almohada e ignorando su propio consejo reanudó la lectura donde la había dejado.

8

El siguiente club de lectura, quince días después, se iba a organizar en la casa del doctor Anders. Alicia estaba deseando que llegara el día, y no solo porque estaba un poco encaprichada del anfitrión del nuevo encuentro. Ese día iban a hablar de *El misterioso caso de Styles*, el primer libro en el que aparecía Hércules Poirot, y ya tenía un montón de comentarios escritos en su ejemplar, lista para deslumbrarlos a todos con sus inteligentes impresiones. Aquel libro lo había elegido Barbara. Había insistido, con cierta razón, en que debían «volver a los orígenes», y Alicia estaba deseando saber qué interpretación le había dado la mujer. Pero, por desgracia, no tuvo oportunidad.

Barbara Parlour no apareció.

El resto del grupo estuvo sentado en el salón de Anders durante veinte minutos, charlando y tomando unos aperitivos, que únicamente consistían en queso y galletitas, que además el doctor había presentado en un plato con poca gracia. Lo que se encontró no era ni mucho menos lo que se esperaba Alicia, sobre todo la casa. Aquello no era un piso de soltero. Había cuadros alegres, estatuas étnicas y coloridas y alfombras indonesias con diseños ikat en varias zonas. Al mirar alrededor se preguntó si tendría una hermana que lo había ayudado a decorar, pero se reprendió a sí misma por ser tan sexista.

A diferencia de la casa de Barbara, no había nada personal a la vista, lo cual también le pareció extraño. No había fotos felices de sobrinas monas, ni de hitos deportivos (Anders sujetando un enorme pez o completamente equipado con ropa de esquí y gafas). Lo que sí había era un impresionante piano de pared Steinway en un rincón, además de una estantería grande llena hasta los topes. La mayoría de los libros parecían clásicos (*El guardián entre el centeno*, *Moby Dick*, esas cosas), muchos de ellos de tapa dura. Le dio la impresión de que era coleccionista. Anders también había escogido música para la reunión, pero su elección fue un blues nostálgico, y eso también la sorprendió. Ella habría dicho que el doctor era un loco del jazz o un aficionado a la clásica.

Estaba claro que aún le quedaba mucho por aprender sobre Anders Bright.

—¿Qué tal va tu muñeca? —le preguntó Anders a Missy, tras fijarse en que ya no llevaba el cabestrillo.

—Todavía me duele un poco, pero va bien. Gracias por preguntar. —Sonrió con picardía y añadió—: Ah, por si alguien se lo preguntaba, no, no han vuelto a atentar contra mi vida. ¡Toco madera! —Se tocó la cabeza y soltó una carcajada.

Alicia también se rio, hasta que reparó en un reloj que había en la pared. Eran las 2.20 de la tarde. Borró la sonrisa de su rostro y cogió su libreta. Sacó los datos de contacto de todos ellos, que había impreso previamente, y marcó el número del móvil de Barbara en su teléfono. Esperó a que empezara a sonar. Asumió que llegaba tarde por alguna razón o que estaba totalmente perdida. Pero no lo cogió, la llamada fue directa al contestador.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Lynette, pero Alicia negó con la cabeza.

—Bueno, pues que le den a Barbara —sugirió Perry—. Empecemos sin ella.

—Pero era ella quien tenía que traer las preguntas, ¿no te acuerdas? —puntualizó Missy, y él frunció el ceño.

Siguieron charlando otros diez minutos, y al final Alicia tuvo que volver a recurrir a su lista de contactos.

—Tengo el número de su casa. Supongo que puedo llamar allí también.

—Ya habrá salido, seguramente —dijo Anders.

—Puede que esté en la cama enferma. O que se le haya olvidado —sugirió Claire.

Lynette asintió.

—O tal vez su horrible marido sepa dónde está. Llama a su casa, hermana, a ver si saben algo.

Buscó el número de la casa de Barbara y llamó. Sonó, sonó y sonó. Estaba a punto de rendirse, cuando respondió una voz femenina que sonaba un poco agitada.

—¿Sí?

—Oh, hola, disculpe que la moleste. Estoy buscando a Barbara.

—¿Y usted quién es?

Alicia se estaba preguntando lo mismo sobre la dueña de la voz. No era Barbara ni su hija. Y tenía mucho acento.

—Soy Alicia Finlay, de su club de lectura. —Como la mujer no dijo nada, añadió—: Es que Barbara no ha aparecido en la reunión y nos preguntábamos si había algo que le ha impedido venir.

Otro silencio.

—Un minuto, ¿vale?

Dejó el auricular, Alicia oyó unos pasos que se alejaban y, poco después, otros más pesados que se acercaban.

—Hola, ¿es usted Alissa?

—Alicia, de su club de lectura. ¿Arthur?

—Sí, soy yo. ¿Barbara está contigo?

—¿Cómo?

—Barbara —repitió, impaciente—. Mi esposa, ¿está contigo?

—No, por eso llamo. Llevamos un rato esperándola. ¿No está en casa?

—Ahora mismo no. —Bajó la voz—. ¿No sabrás donde está, verdad?

—Eh... no, lo siento. ¿Puedo...?

—No importa, la habrán entretenido en alguna parte. Gracias.

Vio que iba a colgar, así que dijo:

—Un momento. Perdona, pero ¿me estás diciendo que ha desaparecido? —Se produjo un silencio—. Arthur, ¿dónde está Barbara?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

Una risa irónica.

—¡No ha desaparecido! Solo habrá salido, nada más.

Alicia cambió de estrategia.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera entonces?

—Desde anoche, pero no te preocupes por eso. Le diré que has llamado cuando vuelva.

Y entonces colgó. Alicia se quedó mirando el teléfono, confundida. Todos estaban pendientes de ella.

—¿Y bien? —preguntó Perry—. ¿Viene ya la reina del drama?

Alicia negó con la cabeza.

—Ha desaparecido.

—¿Cómo?

Alicia les repitió la conversación que acababa de mantener con el marido de Barbara y todos se quedaron reflexionando un momento.

—Qué raro —exclamó Claire por fin, metiéndose un rizo suelto en el pequeño sombrerito tipo *pillbox* que llevaba y que combinaba muy bien con su vestido morado estilo años cincuenta—. Su pobre marido estará como loco. Si mi prometido desapareciera una noche, yo lo estaría.

—¿En serio? —preguntó Perry—. ¿Tu prometido no desaparece alguna que otra noche?

Claire lo atravesó con una mirada inescrutable, entornando un poco los ojos.

—Últimamente no.

Las hermanas se miraron y Alicia tomó la palabra:

—No es lo mismo, Claire. A nosotras no nos dio muy buena impresión Arthur en la última reunión, ¿verdad, Lynny? Fue muy condescendiente y un poco brusco. Tengo la sensación de que Barbara le tiene miedo.

—Tal vez eso sea exagerar un poco —intervino Lynette—. Pero no, no me pareció el tipo de marido cariñoso y que se preocupa.

—Vamos, chicos, ¡seguro que aparece! —aseguró Missy sin darle importancia—. Si lo que decís del marido es cierto, probablemente hayan discutido y ella se habrá ido a casa de su madre para darle una lección. Da la sensación de que es un bestia.

—Puede que un bestia infiel —añadió Alicia—. ¿Te acuerdas de aquella llamada extraña que se produjo cuando estábamos en la cocina, Lynny? Barbara respondió, y solo oyó una respiración al otro extremo de la línea. A mí me pareció alguien que no quería hablar con ella. Tal vez fuera la amante, que pretendía hablar con Arthur.

—Pero ¡eso no lo sabes, Alicia! Tienes una imaginación desbordante, la verdad —dijo Lynette, espantada—. Seguro que aparecerá. Estará liada en alguna parte o puede que se le haya olvidado. Ya es un poco mayor…

—Tiene cincuenta y tantos, Lynette —respondió Perry, el mayor de todos los que había en el salón—. Todavía no es una candidata a sufrir demencia. Sea como sea, estoy convencido de que, si llamas esta noche, Alicia, la encontrarás en casa, superavergonzada y deshaciéndose en disculpas.

—Seguro que tienes razón —concedió, guardó el teléfono y cogió su ejemplar del libro—. Bueno, vamos a lo nuestro. No creo que ninguno de nosotros necesite las preguntas de Barbara para empezar a hablar de este tesoro que tengo en las manos. Anders, ¿por qué no nos cuentas lo que más te ha gustado de *El misterioso caso de Styles*?

Dos horas, dos tazas de té, seis galletitas con queso y un gintonic después, Alicia dio por finalizada la reunión del club y todos se despidieron.

—¿Vas a llamar a Barbara luego? —preguntó Claire, y Alicia asintió.

—Os escribiré un mensaje en cuanto hable con ella, para confirmaros que está bien. Seguro que Lynny tiene razón, se le habrá

complicado alguna cosa.

—Esperemos que no esté en la mazmorra de nadie —comentó Perry, provocando que Missy se echara a reír a carcajadas de nuevo.

Alicia lo miró, puso los ojos en blanco y después se volvió hacia Anders.

—Gracias por esta reunión tan estupenda. Nos veremos otra vez dentro de quince días. ¿A quién le toca ser el anfitrión? Se me ha olvidado.

—¡A mí, por fin! —contestó Perry—. Todos tenéis mi dirección, pero llamadme si os perdéis.

Les dio un beso en la mejilla sin llegar a tocarla y todos se fueron.

De vuelta en Woolloomooloo, con Max bien paseado y alimentado y Lynette ocupada preparando una cena ligera en la cocina, Alicia volvió a coger el teléfono y marcó el número del móvil de Barbara. Volvió a sonar hasta que saltó el contestador. Le dejó otro mensaje, e intentó que sonara informal y alegre, pero en realidad sonó como si fuera una acosadora en pleno ataque de pánico.

—¡Llama al ogro del marido de nuevo! —gritó Lynette desde la cocina—. Ya habrá llegado a casa.

Alicia inspiró profundamente y llamó. Esa vez lo cogió la hija.

—¿Mamá? —Sonaba más enfadada que preocupada.

—Eh... No, Holly, soy la amiga del club de lectura de tu madre, Alicia. ¿No ha aparecido todavía?

—No, todavía no. —Se notaba su irritación.

—¿Se te ocurre dónde puede estar?

—No.

—¿Puedo hablar con tu padre?

Hubo un silencio.

—No está.

—Oh, vale, ¿ha salido a buscarla?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Creía que había desaparecido...

—No ha desaparecido. ¡Oh, Dios mío! Solo se ha... ido para evitarnos a papá y a mí. Nos odia, ¡y por mí le pueden dar por saco!

Y colgó. Alicia se sentó, sobresaltada.

—¿Ha habido suerte? —preguntó su hermana, que estaba a punto de meter unas pizzas caseras en el horno.

Alicia dejó el teléfono, fue hasta donde estaba ella en la cocina y se sirvió un vaso de agua.

—No, su hija cree que los está evitando, aunque no sé qué quiere

decir con eso. El marido no estaba.

—Probablemente haya salido a buscarla.

—Sí, seguro. Al menos eso espero.

Lynette cogió un trozo suelto de queso de cabra que había en la tabla de cortar y se lo metió en la boca.

—Suenas preocupada.

—Lo estoy. Intento no estarlo, pero justo después de lo de Missy... No puedo evitarlo.

Lynette acercó una silla y se sentó.

—¿Missy? ¿Y qué tiene que ver con eso?

—La atropelló un lunático desconocido, acuérdate. Y ahora otro miembro del club desaparece. Resulta sospechoso, ¿no te parece?

Lynette se quedó mirando fijamente a su hermana, como si acabara de hablar en un idioma desconocido.

—¿Quieres decir que alguien va a por los miembros de nuestro club? ¿Que intentan matarnos?

Alicia se sonrojó. Dicho así, se daba cuenta de lo absurdo que sonaba.

—No, no, claro. No es eso lo que quiero decir. Solo que me parece raro, nada más.

—Es una coincidencia, Alicia. Hechos que no tienen ninguna relación. Ya has oído lo que Missy ha dicho: que lo que pasó fue un estúpido accidente, un idiota que perdió el control. Y Barbara se ha ido sin avisar y no sabemos por qué. Lo más probable es que esté perfectamente.

—No, tienes razón. Lo sé. Pero no puedo evitar pensar lo peor. Es que tuve una sensación muy extraña la última vez que vi a Barbara. Estaba muy nerviosa y muy rara.

—Tal vez ella siempre sea así. Apenas la conocemos.

—Lo sé, lo sé...

—¿Qué pasa?

Alicia torció la boca.

—¿Y si Arthur le ha hecho algo?

—¿Cómo?

—Ya sabes, si la ha descuartizado y la ha enterrado en el jardín o algo así.

Lynette miró con cara de lástima a su hermana.

—A mí eso me parece un guion de Alfred Hitchcock. Y, dime, ¿por qué iba a hacer algo así?

—No lo sé. Pero esa familia no es exactamente *La tribu de los Brady*. Creo que sabe más de lo que dice.

—Ya empiezas otra vez...

—Sí, sí, mi imaginación es terrible, lo sé. Pero ¿no es extraño que alguien desaparezca y que su marido y su hija no tengan ni idea de dónde pueda estar? Durante veinticuatro horas. Resulta muy sospechoso, solo digo eso.

—¿Y qué podemos saber nosotras? Tal vez sea normal que las amas de casa aburridas y tristes se vayan por ahí. —Lynette se agachó para comprobar las pizzas y después se irguió de nuevo—. Pero, sea lo que sea, tienes que dejar de intentar relacionarlo con el accidente de Missy. Es un asunto que no tiene nada que ver.

Alicia asintió, porque su hermana tenía razón.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lynette

—Sé lo que no vamos a hacer —dijo Alicia.

—¿Ah, sí?

—No voy a dejar de preocuparme por Barbara hasta que sepa que está sana y salva. Y no me pienso disculpar por eso.

En el preciso momento en el que pronunció esas palabras, Alicia tuvo una sensación lúgubre otra vez. A pesar de lo que había dicho Lynette, no podía dejar de creer que estaba pasando algo malo, ni de preguntarse si todos ellos estarían a salvo.

9

—¡Claro que está a salvo! —exclamó Arthur, plantado en el umbral de su casa.

Eran las 8.00 de la mañana posterior al encuentro del club de lectura, y el marido de Barbara no pareció muy contento de encontrarse a Alicia en su puerta tan temprano, haciéndole lo que él calificó de «preguntas impertinentes». Ya estaba vestido para ir a trabajar, con un traje gris y una corbata un poco floja alrededor de su grueso cuello.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Alicia.

—Porque mi mujer es una reina del drama de primer nivel. Pero tú no lo sabes, claro. ¿Hace cuánto que la conoces, cinco minutos?

—Unas semanas.

Él resopló y se puso a juguetear con la corbata.

—Pues deja que te ponga al día sobre el carácter de la chiflada de Barbara, ¿te parece? No es la primera vez que se larga dejándome así, y tampoco será la última. Seguro que ahora mismo está en alguna parte partiéndose de risa.

—¿En alguna parte? ¿Dónde?

Dejó de toquetearse la corbata y respondió:

—No lo sé. En casa de alguna amiga o algo así.

—¿Qué amiga?

Él se lo pensó.

—No sé, tal vez esté en... hum... casa de Wanda. Hablando mal de mí en este mismo momento.

Alicia lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y si no? ¿Y si está en peligro o, yo qué sé, está pensando en suicidarse o cualquier cosa por el estilo?

Él la miró con la boca abierta.

—¿Suicidarse? Creo que estás yendo demasiado lejos. Si Barbara quisiera acabar con su vida, no se iría a hurtadillas, lo haría aquí mismo, de alguna forma muy escandalosa, para que todo el mundo lo viera. ¡Sobre todo mis futuros votantes!

—Tal vez la policía no lo vea como tú. ¿Qué te han dicho de todo este asunto? —Él la miró, inexpresivo—. Los has llamado, ¿verdad? Ya han pasado dos días. Tienes que denunciar su desaparición.

Arthur suspiró profundamente y miró su impresionante reloj de oro.

—No tengo tiempo para estas tonterías. Debo irme a trabajar. Alguien tiene que pagar todos sus malditos vestidos de diseño.

«¿Qué vestidos de diseño?», pensó Alicia. Las dos veces que había visto a Barbara iba vestida con ropa muy discreta. No parecía que le interesara la moda lo más mínimo.

—Mira, llamaré a la hora de comer —dijo Arthur mientras intentaba cerrar la puerta—. Si no está en casa, llamaré a la policía local. ¿Contenta?

—Por ahora —dijo cuando le cerró la puerta en las narices.

Alicia se fue al trabajo, pero no pudo dejar de preguntarse por qué parecía que era la única a la que le importaba dónde estaba Barbara y si se encontraba bien. Pero cuando aparcó el coche y entró en su oficina, se dio cuenta de que no era la única: todos los miembros del club de lectura le habían dejado mensajes en el móvil para tratar de saber sobre Barbara.

Alicia saludó con la mano a Ginny, la recepcionista, que puso los dedos en forma de pistola y fingió dispararse con ellos mientras escuchaba a alguien al otro lado del teléfono. Fue directa a su mesa, dejó sus cosas y se puso a escribir un mensaje al grupo en su móvil: «Hola, miembros de El Club del Crimen. Aún no se sabe nada de B. Su marido va a llamar ahora a la policía. Preguntaré después. ¡Cruzad los dedos! Abrazos. AF».

Lo envió e intentó centrarse en el trabajo con todas sus fuerzas, pero fracasó estrepitosamente.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó unas horas después Ginny en la sala de descanso, junto a la máquina de café.

Alicia estaba haciendo espuma de leche para su café y Ginny acababa de meter un recipiente con fideos en el microondas.

—Sí, estoy bien —contestó—. ¿Y tú?

—Ah, solo las cosas habituales: suscriptores furiosos, revistas perdidas, esas cosas. Lo mejor sería que no se quejaran tanto y se lo tomaran con calma. —La miró enarcando una ceja—. ¿Y cómo va tu nuevo club de lectura?

Ese gesto y el tono sarcástico de su voz indicaban que esperaba que la respuesta fuera negativa, y Alicia no tenía ánimos para contarle lo

de Barbara. A Ginny le había parecido absurda la idea del club de lectura desde que se la contó, unas semanas antes, y respondió con un resoplido desdeñoso cuando le sugirió que participara.

—Prefiero que me arranquen las uñas lentamente antes que sentarme a hablar de una señora británica de otra época —fue su respuesta—. Además, no conozco a nadie que desee hacer algo así. Tienes que enfrentarte a la realidad, Alicia. La gente ya no lee tanto. Kirsten probablemente necesite tres meses para encontrar a alguien que te sustituya en el club de lectura de los lunes, si es que lo consigue. La gente no lee libros, punto. Hoy en día todo el mundo está pegado a YouTube, viendo a algún idiota tirando a su bebé en alguna parte. Tendrás mucha suerte si encuentras a ocho personas que no solo lean libros, sino que, además, sean de misterio y encima de la aburridísima Agatha Christie.

Pero Alicia no parecía estar convencida.

—Pero ¡si es la escritora de misterio más vendida de todos los tiempos!

—Eso es irrelevante —replicó Ginny—. ¡Es que la gente no estará dispuesta a admitir que le gusta, por Dios!

—¿Ah, no?

—Dios, no, eso sería muy provinciano. Además, ¿cuándo era muy famosa? ¿En el siglo XIX?

—No empezó a escribir hasta la década de los veinte del siglo XX, en realidad, pero ¿qué importa un siglo más o menos?

—Es igual. ¿Crees que alguien la sigue leyendo, en serio?

—Obviamente yo la leo. Y Lynette.

—Eso era justo lo que quería decir.

En ese momento, como si aquel gesto sirviera para apoyar su argumento, Ginny miró de arriba abajo a Alicia con sus ojos negros muy maquillados, desde la blusa sin hombros hasta los vaqueros ceñidos, después volvió a fijar la vista en su cara y, finalmente, se encogió de hombros, como si no hubiera nada más que decir.

Por suerte, las palabras de Ginny no habían sido proféticas, y Alicia había conseguido encontrar a seis personas que adoraban a Agatha Christie tanto como ella. Tal vez por eso le preocupaba mucho perderlas.

Mientras seguía con su espuma, Alicia no pudo evitar sentir una nueva punzada de ansiedad.

¿Le habría pasado algo terrible a Barbara Parlour?

—Cuéntame, ¿qué te preocupa? —insistió Ginny observando con impaciencia sus fideos, que seguían girando en el microondas.

Alicia suspiró y le contó lo de la persona del club que había

desaparecido.

Para su enorme sorpresa, lo único que hizo Ginny fue reírse.

—Tienes una baja. Eso es todo.

—¿A qué te refieres?

Se oyó el pitido del microondas, Ginny cogió un guante de horno y sacó el recipiente humeante.

—Ha ido solo a una reunión, ¿no? Es obvio que lo odia, pero no tiene valor para decírtelo, así que no ha aparecido en la siguiente reunión y ya está.

—Pero su marido dice que tampoco ha pasado por casa...

Ginny rio entre dientes.

—El marido la está cubriendo. A los dos les da demasiada vergüenza deciros que vuestro club es aburridísimo —argumentó encogiéndose de hombros otra vez.

—Ya, eso dices tú —replicó Alicia, molesta, mientras vertía un poco de espuma en su taza y pensaba en lo que Ginny acababa de sugerir—. La verdad es que no creo que sea eso. Barbara parecía demasiado educada... demasiado adulta... para simplemente dejar de venir sin decir nada. Aunque de ti sí que me lo creería.

—¡Oye! —exclamó Ginny—. Yo no desaparecí sin decir nada del club de lectura de los lunes. Es que no tuve oportunidad de decirle a Kirsten que no iba a volver... Y justo entonces tú te ofreciste a ocupar mi sitio y todo quedó arreglado. —Hizo una pausa—. Hasta que desertaste también. ¡No me puedo creer que los dejaras tirados! ¿Qué dijo el quejica de Wilfred?

—La verdad es que nada —confesó Alicia—. Solo pareció estreñido.

—Siempre lo parece. Pero, aun así, ¡te bebiste su vino! ¡Y antes de que fuera oficialmente la hora de beber! ¡Eres una anarquista!

Alicia le dio un sorbo al capuchino.

—Ya, pero todo eso no tiene nada que ver con mi problema. Estoy preocupada por Barbara.

—Sí, vale, pues deja de preocuparte, porque no te va a servir de nada. —Ginny sorbió sus fideos y soltó una exclamación—. ¡Huy, están calientes! ¿En qué estás trabajando este mes? ¿Un suplemento de sudokus? ¿Una revista con un póster desplegable de Justin Bieber?

Alicia hizo una mueca.

—No te lo vas a creer.

—Tú prueba.

—Gatitos. Toda una revista dedicada a la adoración de los cachorros de gato.

Ginny soltó una fuerte carcajada, con la boca muy abierta y un

brillo de placer en sus ojos pintados.

—La verdad es que te tocan unos encargos muy locos. No me interpretes mal, los gatitos son muy monos, pero no sé si yo querría editar una revista entera sobre esos animalitos. ¡No me extraña que te gusten los libros de asesinatos! Yo también tendría ganas de matar a alguien todos los días al salir del trabajo. De hecho, por ahí viene uno al que querría matar yo...

Miró hacia la puerta, por donde acababa de entrar un hombre de mediana edad con el pelo canoso muy corto, unos vaqueros que le hacían bolsas y una sudadera con capucha negra. Era Hamish Keener, el redactor jefe de una horrible revista masculina, que trabajaba al final del pasillo. Tenía un fuerte acento barriobajero, una impresionante barriga cervecera y un ego del tamaño del Uluru.

—Oh, pero qué puñetera sorpresa, la cotorra de Ginny está en la sala de descanso. —Miró a Alicia y sonrió—. ¿Cómo os va, pollitas?

Ella sacudió la cabeza.

—Eres francamente repugnante, Hamish, lo sabes, ¿verdad?

Él le guiñó un ojo.

—Por eso me pagan una pasta gansa. —Miró a Ginny de nuevo—. Perdona que te estropee la fiesta, nena, pero esos teléfonos no se cogen solos. ¿Crees que podrías encontrar un ratito en tu apretadísima agenda para hacer tu trabajo?

Ginny lo miró con cara de asco.

—Que te den, Hamish.

—No, gracias, guapa. Eso ya lo hemos probado y no funcionó.

Y desapareció dejando a Ginny con la boca abierta. Ella salió corriendo hacia la puerta y gritó desde allí:

—¡Sí! ¡Y fue la mayor decepción de mi vida!

Volvió a mirar a Alicia y sonrió, aunque estaba un poco alterada por la conversación.

—Será mejor que vuelva al trabajo antes de que Hamish se queje al director —dijo mientras cogía su cuenco de fideos—. Te apuesto cinco dólares a que tu miembro del club aparece antes de que acabe el día.

«Ojalá», pensó Alicia mientras regresaba a la atestada oficina que compartía con un variopinto grupo de redactores jefes de revistas temáticas y otros redactores a tiempo parcial que no encajaban del todo en sus respectivas publicaciones. Así era la oficina central de Sídney del grupo editorial internacional de revistas Arial; aparte de la revista para hombres de Hamish, *Macho*, había otras catorce en un edificio de tres plantas, entre las que se podían encontrar revistas dedicadas a mujeres, adolescentes y fans de los ordenadores, así como publicaciones temáticas, como el número trimestral de *El mundo de los*

gatitos que tenía ocupada a Alicia esos días. Trabajaba mano a mano con un diseñador gráfico que la ayudaba a montar los números en cuestión de semanas, a veces incluso días. Pero este estaba resultando más laborioso de lo habitual, probablemente porque ella no sentía ninguna afinidad por los gatos, por muy monos que fueran. Si la revista tratara de perros, seguro que se escribía sola...

Alicia se dejó caer en la silla frente a su mesa; estaba preocupada y, gracias a Ginny, también confusa. ¿Tendría razón la recepcionista? ¿Barbara solo pretendía abandonar el club? Le parecía una forma un poco rara de hacerlo, pero sin duda ella era una persona bastante extraña.

Se irguió en su asiento. Solo había una forma de averiguarlo. Miró a su alrededor, sabiendo que debería estar ocupando su tiempo con «20 juegos perrrrrrfectos para gatitos inquietos», pero cogió el bolso y salió. Quería volver a casa de Barbara para ver si Arthur había cumplido su promesa. La sensación de que estaba pasando algo malo llevaba veinticuatro horas creciendo en su interior y había llegado al límite. Por eso decidió que si para entonces Arthur no había llamado a la policía, lo haría ella.

Con la mejor de sus sonrisas iluminándole el rostro, Alicia pulsó el timbre de la puerta de la mansión en la que Barbara Parlour vivía, en Woollahra. Esta vez abrió la puerta una mujer filipina menuda, de edad indeterminada. Llevaba un vestido fresco con un estampado floral sencillo y un delantal encima, y se había teñido un lado de la larga melena morena de un escandaloso tono naranja. Probablemente debía de tratarse de un intento de decoloración que había salido mal, sospechó Alicia. El maquillaje tampoco estaba bien escogido: un colorete rojo chillón, una gruesa capa de brillo de labios rosa y unas extrañas rayas negras donde antes debían de estar las cejas. Su apariencia resultaba casi cómica, pero el rictus de su cara no lo era en absoluto. Mascaba chicle sin parar, y llevaba un iPod Touch colgado del cuello, con un solo auricular puesto.

—Sí, ¿qué quiere? —preguntó, impaciente, blandiendo el otro auricular en dirección a Alicia, que pudo distinguir una música enlatada y a todo volumen saliendo del aparato.

—Hola. Tú debes de ser Rosa. Hablamos ayer por teléfono un momento. Soy Alicia, una buena amiga de Barbara.

Aunque estuviera retorciendo un poco la verdad, ella se sentía sinceramente vinculada a la triste ama de casa, y a esas alturas estaba segura de que era una de las pocas amigas con las que Barbara podía

contar. La asistenta pareció sorprendida, miró a Alicia de arriba abajo y siguió mascando.

—¿Ha vuelto Barbara?

Sin dejar de mascar, Rosa entornó los ojos mal maquillados y dijo:

—No. ¿Quiere dejar mensaje?

Alicia negó con la cabeza.

—¿Está Arthur en casa?

—Está ocupado.

—Vale. ¿Sabes si ha llamado a la policía?

La pregunta pareció desconcertarla y, cuando estaba a punto de responder, la voz de Arthur llegó desde el interior de la casa.

—¡Rosa, bonita! ¿Dónde está ese whisky?

Alicia miró dentro y después otra vez a la asistenta, que volvió a entornar los ojos. Cerró un poco la puerta, como para evitar que intentara entrar.

—El señor Parlour está ocupado…

Alicia puso el pie en el umbral.

—La verdad es que no suena muy ocupado, Rosa. Quiero hablar con él. Ahora.

La asistenta se lo pensó un momento y frunció el ceño.

—Espere.

Cerró la puerta y dejó a Alicia allí de pie durante varios minutos, hasta que la puerta volvió a abrirse y apareció Arthur, con una sonrisa tensa en la cara.

—Ah, pero si es Alissa de nuevo.

—Alicia —rectificó.

—Eso es lo que he dicho, Alicia. Ya veo que no nos vamos a librar de ti fácilmente.

—Perdona que siga viniendo por aquí, pero solo quiero hacerte una pregunta y ya no volverás a verme.

Él se quedó mirándola fijamente, a la espera, y ella se sintió un poco tonta.

—Puede parecer raro, pero… eh… ¿es verdad que Barbara «ha desaparecido»?

—¿Cómo dices?

—Quiero decir… ¿es posible que ella… bueno… me esté evitando… esté evitando el club de lectura?

Arthur frunció el ceño.

—No, ya te lo he dicho. No ha aparecido por casa desde el sábado por la tarde.

A Alicia se le hizo un nudo en el estómago.

—Bien, pues entonces hay razones para preocuparse y,

sinceramente, me sorprende que no estés más alterado. Es lunes. Ya lleva dos días desaparecida.

Su ceño se hizo más profundo.

—Oye, Alicia, no hagas una montaña de todo esto. Ya he llamado a la policía y vienen hacia aquí. ¿Satisfecha?

—No estoy satisfecha con nada de lo que está pasando, Arthur. Soy consciente de que hace poco que conozco a tu mujer, pero cuando una persona, cualquier persona, desaparece, se me disparan todas las alarmas. Alguien debería ocuparse de ello.

—Y eso es justo lo que estoy haciendo —respondió pronunciando las palabras despacio y con desprecio, como si estuviera tratando con una imbécil.

Alicia estaba a punto de estallar cuando apareció un coche de policía en la entrada.

Vio cómo dos agentes uniformados bajaban despacio y se acercaban a la casa. Arthur la miró con una sonrisita que sin duda significaba «te lo dije», y a continuación extendió una mano para estrechar la de los policías.

—Gracias por venir, agentes. Soy Arthur Parlour. Pasen, por favor.

—¿Y usted es...? —le preguntó a Alicia uno de los agentes.

—Ah, es una amiga de Barbara —contestó Arthur, como restándole importancia.

Alicia le sonrió al agente más joven y también le tendió la mano.

—Una amiga muy preocupada, en realidad. Soy Alicia Finlay. Se suponía que Barbara tenía que asistir a mi club de lectura ayer a las dos de la tarde y no apareció. Estamos todos muy alarmados.

Arthur, que seguía a su lado, suspiró profundamente, pero ella lo ignoró y buscó una tarjeta de visita en su bolso.

—Estos son mis datos de contacto, por si me necesitan.

—¿Y por qué te iban a necesitar? —preguntó Arthur.

—Nunca se sabe.

Alicia se despidió y volvió a su coche. Cuando entró, cogió el teléfono y envió otro mensaje al grupo: «Queridos miembros del club: aún no hay señales de B, pero la policía está en ello. Si alguien quiere hablar del tema, venid a mi casa a las 6 p. m. Abrazos. AF».

10

Todos los miembros de El Club del Crimen querían hablar del paradero de Barbara, pero no solo eso: cada uno tenía sus propias teorías, a cuál más descabellada.

—¡Ha sido la hija! —anunció Perry mientras se quitaba la chaqueta blanca de raya diplomática y se remangaba la camisa de vestir, también blanca. Era obvio que acababa de salir del trabajo—. Tiene mala pinta.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Anders, que también llevaba su traje de ir al trabajo y se dejó caer en el sofá tras soltar una enorme bolsa de deporte.

—Durante la reunión en su casa, mientras el resto de vosotros intentabais impresionar a los demás con vuestros ingeniosos discursos, yo me escabullí por un lado de la casa para fumarme un cigarrillo, ¿os acordáis? Y sí, doctor Anders, ya sé que eso me va a restar quince años de vida, pero ¡qué a gusto voy a vivirla!

Anders se limitó a resoplar.

—Hay una pista de tenis en la parte de atrás, nada raro, pero allí vi a la señorita, raqueta en mano, besuqueándose con un hombre que parecía su entrenador.

Se quedó mirándolos a todos con cara de estar muy orgulloso de sí.

—¿Y...? —repuso Anders—. Tener un lío con el entrenador de tenis no te convierte en asesina.

—Sí, si tu mamaíta no quiere que andes con un hombre mayor. Él debe de tener al menos diez años más que la niña. Y mucha iniciativa también, debo añadir. Tal vez Barbara los pillase y le dieron un golpe demasiado fuerte en la cabeza con la raqueta.

—¡Oh, por todos los santos! —exclamó Claire al tiempo que se quitaba un sombrero de paja de ala ancha y liberaba su brillante melena negra, que a continuación se peinó cuidadosamente con las manos cubiertas por unos guantes.

—¿Qué pasa? No me digas, Claire, que eres de esas que creen que todo el mundo es siempre inocente —dijo Perry, que se había girado

para poder mirarla de frente—, que la gente nunca finge ser quien no es.

Ella lo miró a su vez, desconcertada.

—Eso no es lo que quiero decir.

—Olvidaos de la hija —zanjó Anders—. Yo tengo una idea mejor. —Y sacó una botella de vino tinto de su bolsa.

—Oh, ¡esa idea sí que es buena! —exclamó Lynette y fue corriendo a la cocina a por unas copas mientras todos se sentaban alrededor del baúl que hacía las veces de mesita, como en la primera reunión. Anders se echó a reír.

—Emborracharnos no era la idea que pensaba proponeros —puntualizó—. Aunque tampoco es una mala opción, dadas las circunstancias. Pero, veréis, cuando Barbara nos estuvo enseñando la casa a Alicia, a Lynette y a mí el día de la reunión, me fijé en un detalle. Puede que ya no valga la pena mencionarlo a estas alturas, puesto que… en fin, ya ha desaparecido, pero… —Guardó silencio un momento—. Había un teléfono escrito con unos números bastante grandes en la pizarra que había junto al teléfono de la cocina.

—Había más de uno —repuso Lynette, que acababa de volver con las copas—. ¿Y qué?

—Uno de ellos era el número gratuito de un centro de acogida.

—¿Un centro de acogida?

—El Women's Harmony Center. Un centro de acogida para mujeres maltratadas.

—Yo no lo recuerdo —dijo Lynette.

—No parecía nada claro. Solo estaban escritas las iniciales, WHC, y un número que empezaba por 1-800.

Todos se quedaron callados un instante. La emoción de aquel misterio empezaba a convertirse en otra cosa al chocar con la dura realidad.

—Oh, madre mía —exclamó Alicia—. ¿Crees que alguien la estaba maltratando?

Anders levantó ambas manos en una especie de gesto defensivo.

—Yo no pienso nada. Me remito a las pruebas. No se le veía ningún hematoma, ni ninguna señal de fractura en una extremidad, pero sí que me fijé en ese número. Y estaba escrito de forma llamativa, así que no pretendía ocultarlo. Pero, claro, si no sabes lo que significa WHC…

—¿Y cómo lo sabes tú? —preguntó Lynette—. Podrían ser las iniciales de una compañía de alquiler de coches o de cualquier otra cosa.

—Era el Women's Harmony Centre, seguro. Por desgracia me sé el

número de memoria porque lo he tenido que dar muchas veces en la consulta. Nunca a Barbara, por supuesto, eso quiero dejarlo claro. Ella nunca ha sido mi paciente.

—Vamos a ver si lo he entendido —recapituló Alicia—. ¿Barbara tenía escrito y a la vista el número de un centro de acogida para mujeres maltratadas, pero tú no crees que la estuvieran maltratando?

—Solo digo lo que vi, no sé nada con certeza, pero sí que me hago algunas preguntas.

—Es verdad que ese día llevaba un pañuelo que le tapaba el cuello —observó Missy.

—Sí, yo también me fijé —corroboró Alicia—. Hacía mucho calor y me pareció un poco raro. ¿Crees que lo llevaría para ocultar algún cardenal?

La bibliotecaria enarcó ambas cejas en señal de asentimiento.

—Bueno, chicos, yo he visto a personas mayores venir a mi consulta con un abrigo de lana en pleno verano —comentó Anders—. No creo que podamos sacar muchas conclusiones basándonos en un pañuelo. —Tras lo cual, al ver sus caras de decepción, añadió—: No digo que no sea una mujer maltratada, solo que debemos analizar las cosas con cuidado. No queremos ir por ahí señalando a nadie hasta que tengamos pruebas sólidas. Nada de conjeturas. Pero lo que es seguro es que Barbara tenía el número de un centro de acogida para mujeres maltratadas junto a su teléfono. No sabemos por qué ni para quién. Tal vez fuera para ella. Tal vez se lo fuera a dar a una amiga. O quizá no tenga nada que ver con este asunto. Pero hay otra cosa: Alicia, ¿recuerdas que dijo que había maldad en su propia casa?

Alicia se quedó pensativa durante un segundo, y entonces lo recordó.

—¡Es verdad! —exclamó mirando al resto del grupo y reprodujo lo sucedido—: Claire leyó una cita de *Maldad bajo el sol* y preguntó si creíamos que la maldad podía estar acechando en cualquier rincón. La mayoría dijisteis que no, pero Barbara afirmó categóricamente que sí. Y Missy le insistió.

—¡Sí, tienes razón! Le dije que seguro que no podía haberla en un lugar tan bonito como esa casa. Pero no me acuerdo de qué respondió a eso.

—Yo sé lo que dijo exactamente —intervino Anders—. No se me ha olvidado porque me puso la piel de gallina. Dijo: «Aquí más que en ninguna otra parte». —Miró a Alicia para que corroborara sus palabras y ella asintió—. No sé lo que querría decir, nadie lo sabe, pero creo que deberíamos tomar nota de ello, junto con lo del número del centro de acogida.

—Muy buena idea —respondió Alicia—. Voy a tomar notas.

Se levantó para ir a por su libreta mientras Anders les servía vino a todos y Lynette volvía a la cocina para calentar las sobras de la pizza de la noche anterior.

Al cabo de diez minutos no faltaban las teorías, a cuál más elaborada. Todos estaban de acuerdo en que había algo raro. Tal vez Barbara se hubiera peleado con la asistenta y esta le había asestado un golpe en la cabeza con un rodillo. Quizá la asistenta y el marido tenían una relación y estaban en el ajo.

—¡Amantes! —sugirió Missy—. Decididos a librarse de la horrible arpía. He leído un montón de historias así, es muy común. Al menos en la ficción. Agatha era muy fan de ese tipo de situaciones. —Guardó silencio unos instantes—. Me pregunto si tendrá seguro de vida...

—Yo sigo pensando que la hija ha tenido algo que ver. No me gusta su pinta. Ni un poquito —insistió Perry.

—Seguro que a ella tampoco le gustó la tuya —bromeó Anders, y Missy soltó una risita—. Pero ¿qué estamos haciendo? —preguntó de repente, interrumpiendo la conversación.

—Estamos investigando, ¿no? —respondió Perry.

—Como haría Agatha —añadió Alicia, y todos asintieron.

—¿Y creéis que es aconsejable? —añadió Claire—. Quiero decir: ¿lo deberíamos hacer? ¿Inmiscuirnos? ¿No está la policía para eso?

—Sí, pero seguro que no hace ningún daño que nosotros reflexionemos sobre el tema —dijo Alicia—. Nos encontramos en una posición única: no estamos implicados en nada de esto y por eso podemos darle cierta perspectiva al caso.

—¿De verdad creéis que aquí hay un caso?

Alicia no dudó ni un segundo.

—Sí, Anders, yo lo creo. A mí me parece que Barbara Parlour ha desaparecido de la faz de la tierra. Su marido, su hija y su asistenta (que no es la típica asistenta poco agraciada que cabría esperar, debo añadir) parecen estar muy tranquilos al respecto. Demasiado tranquilos. Me pregunto si Barbara se uniría a nuestro grupo por alguna razón en concreto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lynette mientras se llenaba la copa de nuevo.

—Quiero decir que a lo mejor sospechaba que su vida estaba en peligro. Tal vez esperase que nosotros velásemos por ella.

—Creo que eso es imaginar demasiado —discrepó Lynette, pero Perry asentía enérgicamente mientras se acariciaba la perilla negra.

—Creo que Alicia ha dado en el clavo. ¡Pensadlo! Se empeñó en que hiciéramos la primera reunión en su casa, ¿os acordáis? Yo me

ofrecí primero (en mi casa la reunión habría sido fabulosa, chicos, os va a encantar), pero ella insistió en que fuéramos a su pretenciosa casucha. ¿Por qué? Al principio creí que intentaba impresionarnos, pero tal vez supiera que el matón de su marido quería acabar con ella y esperaba que nosotros encontráramos las pistas durante nuestra visita. Y también está la elección del libro de ayer, otro detalle en el que insistió mucho.

Todos lo miraron sin entender a qué se refería, así que añadió:

—Vamos, chicos maravilla, ¡no me seguís! *El misterioso caso de Styles*. Caso, ¿es que no lo veis?

—Perry, Perry, Perry... —exclamó Lynette entre risas—. ¡Tienes una imaginación tan desbordante como la de Alicia! Barbara eligió ese libro porque era el primero en el que aparecía Poirot. Es muy lógico.

—O tal vez estuviera intentando decirnos algo sobre su horrible marido o su terrible hija —sugirió enarcando las cejas.

Anders levantó una mano, como pidiéndoles a todos que fueran más cautos.

—No acusemos a los miembros de la familia tan pronto.

—¿Y por qué no? —exigió saber Perry—. ¿Por qué no paras de defender a esos dos?

—No, no, Anders tiene razón —intervino Missy—. El culpable casi nunca es la primera persona de la que se sospecha.

—No era eso lo que quería decir, ni mucho menos —respondió Anders entre risas—. Me refería a que antes necesitamos contar con pruebas sólidas. Y, además, aún puede aparecer. No ha pasado tanto tiempo. Alicia, ¿no has dicho que su marido cree que podría estar en casa de una amiga?

—Sí, cómo se llamaba... Wendy, creo. No, Wanda. Eso es.

—¿Por qué no comprobamos eso primero? Tal vez Wanda pueda aclarar todo este lío.

Todos estuvieron de acuerdo en que era una buena idea.

—Pero ¿cómo vamos a conseguir su número? Tendría que molestar a Arthur otra vez, y no le va a gustar.

—¡Llámalo ahora mismo! —la animó Perry.

Alicia miró su reloj. Aún no eran las siete de la tarde; con suerte, Arthur acabaría de sentarse a cenar. Cogió el teléfono y llamó. Respondió Rosa y, en cuanto Alicia se identificó, la asistenta empleó el mismo tono reticente de la otra vez.

—Sí, está aquí —dijo tras un largo silencio—, pero no está contento con usted.

—Lo siento, Rosa, pero necesito hablar con él. ¿Puedes decirle que se ponga? Es importante.

Tras un rato que le pareció interminable, Arthur apareció al otro lado de la línea y, como había predicho Rosa, no estaba nada contento de volver a saber de la señora metomentodo del club de lectura. La buena noticia fue que tampoco quería hablar con ella más de lo necesario, así que en unos pocos segundos le dio el nombre completo de la amiga de Barbara (Wanda Birchin) y el número de su casa.

—¡Y ahora déjame en paz de una vez! —le gritó, y colgó.

—No le ha costado mucho encontrar el número —comentó Claire, intrigada.

—Estaba deseando librarse de mí —concluyó Alicia, mientras marcaba el número en su teléfono y pulsaba el botón de llamada.

—Hola, soy Wanda Birchin —respondió una mujer con ese fingido acento británico que Alicia siempre esperaba oír cuando se trataba de mujeres casadas y ricas de los barios residenciales del este de la ciudad.

Se presentó.

—Estoy buscando a Barbara Parlour. ¿Por casualidad no sabrás dónde está?

—¿Barbara? No, claro que no. ¿Has llamado a su casa? ¿Le has preguntado a Arthur?

—Sí. Hace días que no aparece por casa.

—Oh, ya veo. —El tono de su voz se volvió cauto—. Perdona, ¿quién me has dicho que eras?

—Una amiga de su nuevo club de lectura. Ayer no se presentó en la reunión y su marido no tiene ni idea de dónde está. Pensamos que tal vez tú lo sabrías.

—¿Y por qué lo iba a saber yo?

—Se nos ocurrió que podría estar quedándose unos días en tu casa.

Alicia frunció el ceño al reparar en que tal vez se estuviera excediendo, pero, aun así, le pareció que merecía la pena arriesgarse. Se produjo un largo silencio al otro lado, y entonces se apresuró a añadir:

—Oye, no queremos inmiscuirnos. Lo que pasa es que estamos muy preocupados por ella.

Wanda suspiró profundamente.

—Sí, sí, claro. —Su voz sonó un poco más suave—. ¿Podrías pasar a verme? ¿Mañana? ¿A mi casa?

—Claro.

Alicia cogió la libreta y el boli. Los otros miembros del club no le quitaban el ojo de encima. Apuntó la dirección, colgó y miró al grupo.

—¿Qué? —preguntó Perry—. ¡Suéltalo ya!

—La trama se complica —anunció Alicia—. Creo que la señora

Wanda Birchin tiene algo que contarnos.

A Claire se le escapó una exclamación.

—Entonces ¿crees que Barbara está allí?

—No lo sé, puede que sí o puede que no, pero lo que está claro es que Wanda sabe algo. Quiere verme en persona, así que iré a su casa mañana, en mi descanso para comer, a ver qué puede contarnos.

—Registra la casa cuando llegues —sugirió Perry.

—Sí, seguro que me va a dejar rebuscar por todas las habitaciones de su casa, Perry —respondió Alicia, poniendo los ojos en blanco.

—Alguien debería ir contigo —sugirió Anders con un leve ceño fruncido—. Yo tengo que estar en la consulta, por desgracia.

—Iré contigo —se ofreció Claire—. Puedo cerrar la tienda un par de horas.

—Genial, gracias. ¿Te recojo a eso de la una y cuarto?

—Vale. —Claire cogió su bolso de paja, que, como advirtió Alicia, iba totalmente a juego con el sombrero, y sacó una tarjeta con las señas de la tienda—. Te estaré esperando. Pero ¿y si no está allí? ¿Y si ella no tiene ni idea de lo que le ha pasado a Barbara?

—Entonces ¡seguiremos el ejemplo de la entrometida Miss Marple y nos pondremos a investigar! —anunció Alicia, y todos alzaron sus copas para brindar por ello.

* * *

Mientras los miembros del grupo brindaban y acordaban que seguirían investigando, la policía estaba haciendo averiguaciones por su cuenta. Acababan de encontrar el Mercedes Benz plateado de Barbara Parlour aparcado cerca de una estación de tren en North Shore. Estaba cerrado y en el interior había varios objetos personales a la vista.

Pero no había ni rastro del ama de casa desaparecida.

11

Wanda Birchin era la antítesis de Barbara Parlour. Vestida con un caftán suelto de diseño con estampado de leopardo, unas sandalias brillantes de Chanel, el pelo con gran abundancia de mechas sujeto en la parte alta de la cabeza y los labios gruesos, perfilados y retocados con bótox, hizo pasar a las dos mujeres a su casa con un gesto de la mano cubierta de joyas.

—Salgamos a la piscina —sugirió con voz suave—. Hace un día tan bonito...

Mientras cruzaban la casa (otra mansión gigante, aunque esta había sido decorada con varios tonos de rojo, negro y dorado y estaba ubicada junto a un exclusivo campo de golf), Alicia y Claire permanecieron atentas por si detectaban alguna pista de Barbara, pero no había señales de vida en ninguna de aquellas enormes habitaciones.

—Habrás visto los periódicos... —dijo Wanda, y les señaló unas sillas de mimbre blanco a la sombra de un cenador de madera reluciente.

Al otro lado se veía la larga piscina rectangular, con azulejos turquesa y aguas resplandecientes. La imagen resultaba muy atractiva, y Alicia no pudo evitar una punzada de envidia. A veces era mejor no ser testigo de cómo vivía la otra mitad de la humanidad.

Apartó la vista y la fijó en la mesa de mimbre en la que había varios periódicos locales abiertos con artículos que hablaban de la mujer desaparecida y asintió con tristeza. Alicia había oído la noticia en la radio esa mañana y se había puesto al día de los detalles en el trabajo, vía internet. A esas alturas todo resultaba un poco vago. Habían encontrado el coche de Barbara abandonado en la estación de ferrocarril de Hornsby, en la zona de North Shore (a muchos kilómetros de su casa), y la policía había lanzado un llamamiento público para que cualquiera que tuviese información sobre el coche o su propietaria se pusiera en contacto con ellos.

—Obviamente no saben por dónde tirar —dijo Wanda echándole

un vistazo a los periódicos y después a Alicia—. Espero de verdad que ella esté bien. Pero, cuéntame, ¿cómo te has visto tú metida en todo esto?

Alicia le contó a Wanda lo del recién formado Club del Crimen y que habían estado esperando que Barbara apareciera para la última reunión, pero que no lo hizo. Después le contó detalladamente sus conversaciones con Arthur y su preocupación por la seguridad de Barbara.

—Me preguntaba si tú tienes alguna idea de dónde podría estar. —Vaciló antes de proseguir—. No está aquí contigo, ¿verdad?

—¿Aquí? —Wanda parpadeó varias veces, desconcertada—. Ya me lo has preguntado antes, y no, aquí no está. No sé cómo has podido pensarlo.

—Se me había pasado por la cabeza que pudo haber discutido con su marido y venir aquí para alejarse unos días. El propio Arthur lo sugirió.

A Wanda le pareció divertido.

—¿Arthur ha sugerido esa posibilidad? ¡Menudo canalla!

—Bueno, eres su mejor amiga, ¿no?

—¿Su mejor amiga? ¿De Barbara? —Volvió a parpadear—. ¿Arthur te ha dicho eso también?

—Bueno, dejó entrever...

—Pues será mejor que te lo aclare. Barbara no es mi mejor amiga. Alguna vez, en el pasado, nos hemos sentado a cotillear y a reírnos con una copa de champán en el club, pero de eso hace tiempo. Nosotras... nos peleamos, la verdad.

—¿Por qué?

Wanda miró a Claire como si acabara de darse cuenta de su presencia y, tras decidir, sin ocultarlo en absoluto, que no le gustaba lo que tenía delante (una mujer más joven y guapa, que parecía una modelo, seguramente no era bienvenida en aquel ambiente), volvió a fijarse en Alicia y dijo con frialdad:

—Eso no es asunto de nadie más que nuestro.

—Claro —se apresuró a decir Alicia, intentando mantener la paz—. ¿Puedes hablarnos un poco de Arthur, al menos?

Antes de que tuviera tiempo de responder, apareció una mujer corpulenta y regordeta apretujada dentro de un sencillo vestido blanco y con unos zapatos planos del mismo color. Tendría sesenta y tantos, el pelo corto y canoso y unos brazos con «alas de murciélago», de esos que se bambolean al menor movimiento. Parecía una niñera, y sin ninguna duda formaba parte del servicio (o como quiera que llamara la gente rica a las personas más pobres que se ocupaban de hacer todo

lo que a los otros se les ocurría).

Sin molestarse en presentarla, Wanda le dijo:

—Gracias a Dios que estás aquí, Florrie. ¿Qué haría yo sin ti? Me vendría genial un gintonic. ¿Y vosotras, chicas? ¿Os apetece uno? ¿O un vino tal vez?

Alicia se aguantó las ganas de mirar el reloj, pero, a fin de cuentas, apenas era la hora del almuerzo, así que pidió un refresco. Claire también y Wanda pareció decepcionada.

—Qué aguafiestas —comentó, y asintió mirando a Florrie. Cuando la asistenta volvió dentro, preguntó—: ¿Y qué es lo que quieres saber de Arthur?

—¿Podría estar implicado de alguna forma? —preguntó Alicia—. No quiero parecer alarmista, pero la verdad es que no me parece que esté lo bastante preocupado.

Wanda se encogió de hombros.

—No se puede decir que sea un marido abnegado, ni en el mejor de los casos. Pero hay algo que te puedo decir con seguridad: ahora sí que está preocupado de verdad.

—Y debería. Sobre todo después de que hayan encontrado el coche de Barbara —respondió Claire.

Wanda la ignoró.

—La policía se está poniendo muy seria. Incluso se lo han llevado esta mañana a la comisaría para interrogarlo. Y eso no le va a hacer ningún bien a sus aspiraciones políticas.

—¿En serio? ¿Para interrogarlo formalmente? —preguntó Alicia.

—No te emociones, porque todavía no lo han encerrado. Pero sí, le están haciendo un montón de preguntas incómodas. Acabo de hablar con él por teléfono. Está furioso. Te echa la culpa a ti de todo.

—¿A mí? —dijo Alicia, atónita.

Wanda se rio. Al hacerlo, Alicia se fijó en que solo podía mover una parte muy pequeña de la cara, lo que dejaba claro que se había retocado algo más que los labios.

—Oh, sí. Arthur me ha dicho… a ver si lo recuerdo bien… que eres una «cotilla del demonio» y una «maldita zorra metomentodo que está revolviendo el gallinero».

Volvió a reírse, y en ese momento Alicia tuvo ganas de arrancarle aquella sonrisa tiesa de sus mastodónticos labios.

—No me voy a disculpar por preocuparme por Barbara. Alguien tenía que hacerlo —respondió.

—No te ofendas, chica. Creo que es admirable por tu parte, sobre todo después de lo que acaba de saberse. Conozco a Barbara y estoy segura de que no dejaría su querido Mercedes por ahí, donde alguien

pudiera reventárselo. ¿Y, además, qué podría estar haciendo en Hornsby? No es uno de los lugares que ella suela frecuentar, diría yo. Es muy sospechoso, o al menos a mí me lo parece. Pero, dicho esto, también tengo que reconocer que Arthur tiene un poco de razón.

—¿En lo que ha dicho de mí?

—No, cuando habla de Barbara. Esa mujer puede ser un verdadero grano en el mismísimo cuando quiere, y es un poco temperamental. Él cree que se ha largado para tomarse unas vacaciones y nada más.

—¿Vacaciones? ¿Y por qué iba a dejar su coche tirado en Hornsby? Además, ¿se iría así, sin decírselo a nadie?

—Se lo dijo a alguien, al parecer. Antes de desaparecer le mencionó algo a su asistenta, esa bruja. De verdad que no entiendo por qué Barbara deja entrar en su casa a ese tipo de mujeres. Son carne de cañón para Arthur, me parece.

—Un momento —intervino Claire—, ¿estás diciendo que Arthur está teniendo una aventura con su asistenta?

Wanda miró fijamente a Claire y después volvió a centrarse en Alicia.

—No tienes ni idea de nada de esto, ¿verdad?

Las dos mujeres del club se miraron un instante y enseguida volvieron a centrarse en Wanda.

—Ponnos al día —le propuso Alicia.

—No hay mucho que decir —respondió Wanda con un suspiro—. A Arthur le gusta juguetear un poco. Nada de importancia.

—Entonces ¿está «jugueteando» con Rosa?

—No lo sé con seguridad. Tampoco es que ella sea una jovencita. No es una mujer que llame la atención, pero habría sido mejor no habérsela puesto a tiro a Arthur. Siempre ha tenido un gusto pésimo. No sé en qué estaba pensando Barbara cuando contrató a una mujer como esa. Yo solo contrato matronas viejas y gordas. Es mucho más seguro. ¡Oh, hablando de la reina de Roma!

Florence reapareció, con los brazos sacudiéndose como si estuvieran hechos de masa fresca, mientras sujetaba una bandeja con las bebidas, que dispuso sobre la mesa sin decir palabra, manteniendo una expresión neutral en el rostro. Le había traído a Alicia y a Claire limonada y había añadido unas rodajitas de limón en un plato. Las dos le dieron las gracias, pero ella no respondió, solo se volvió y se fue. Wanda cogió su gintonic, le dio un buen trago, como si su vida dependiera de ello, y les guiñó un ojo.

—No creo que tenga que preocuparme mucho por ella —comentó refiriéndose a la asistenta, y Alicia sintió náuseas. Tal vez sí que fuera mejor no conocer cómo vivía la otra mitad.

—Nos estabas contando —intervino Alicia, intentando tomar de nuevo el control de la conversación— lo que le dijo Barbara a Rosa.

—¿Qué?

—Has mencionado que antes de desaparecer le dijo algo a la asistenta.

—Oh, sí. Por lo visto (esto me ha llegado de tercera mano a través de Arthur, así que hay que aceptarlo con reservas, ¿vale?) le dijo a Rosa que se iba a Europa o algo así.

—¿Europa?

—Lo sé. Obviamente esa idiota lo tuvo que entender mal. Como si se fuera a largar a París, o a cualquier otra parte, así, de repente. No, Arthur me ha dicho que la policía no se cree ni una palabra. Y tampoco es que su coche haya aparecido en el aeropuerto. No, no, ellos creen que ha ocurrido algo mucho más siniestro.

—¿Y qué crees tú? —preguntó Alicia.

Wanda revolvió el hielo en el vaso, después sacó un trocito y se puso a masticarlo mientras pensaba.

—Yo no sé qué pensar, pero sí os puedo decir una cosa: Arthur tiene razón, Barbara es muy impredecible. Nunca sabes qué va a hacer. A veces monta líos enormes por las cosas más insignificantes.

—¿Porque la maltratan, por ejemplo? —dijo Claire, que ya no podía contener su furia creciente.

—¿Maltratarla? ¿Quién?

—Su marido, por supuesto.

—¿Arthur? ¿Maltratar a Barbara? —Wanda parpadeó varias veces, sacudiendo sus largas pestañas negras, y se echó a reír con esa risa congelada de nuevo, como si nunca hubiera oído nada más ridículo. Al ver la expresión contrariada de las otras mujeres, se tapó la boca con una mano enjoyada.

—Lo siento, chicas, pero es que... por favor... ¿Arthur? Sería más bien al revés. Barbara puede dar mucho miedo cuando se le mete algo en la cabeza.

Aquella afirmación sorprendió a ambas, e intercambiaron una mirada, sin saber qué decir. Tanto Wanda como Arthur parecían estar describiendo a una mujer muy distinta de la que ellas habían conocido en las dos reuniones del club.

—Entonces ¿tú no crees que él haya podido hacerle daño? —insistió Claire, como tratando de obtener una confirmación.

—Lo dudo mucho. Apenas la toca, en realidad; yo diría que eso es parte del problema. No, no, no, Arthur puede ser un idiota mujeriego, pero no es violento. Ni mucho menos.

—Es que en su casa vimos escrito el número de un centro de

acogida para mujeres maltratadas —explicó Alicia—, y además ella, desde que la conocemos, siempre ha parecido un poco temerosa.

Wanda siguió negando con la cabeza y haciendo girar la bebida en el vaso una y otra vez.

—Me parece que esas especulaciones son demasiado sórdidas. No sé ni qué decir. No, no puedo creer eso de Arthur. Aunque la hija... Esa sí que es una buena pieza, capaz de darle un par de bofetadas a su madre si tuviera la más mínima oportunidad.

—¿En serio? —exclamó Claire, que estuvo a punto de atragantarse con su bebida.

Wanda dejó de darle vueltas a la suya.

—Estoy exagerando, guapa. ¿Es que no tienes sentido del humor?

—Lo perdí más o menos al mismo tiempo que desapareció Barbara —contestó Claire, airada.

Wanda la miró de arriba abajo y volvió a dirigirse a Alicia.

—Mira, sé que estás preocupada y creo que es muy amable por tu parte. Pero estoy segura de que está perfectamente.

—¿Aunque haya abandonado su coche?

Encogió un solo hombro, y el cuello del caftán se resbaló, dejando al descubierto una piel muy curtida y abrasada por el sol.

—Entonces ¿tienes alguna idea de lo que puede haberle pasado o de dónde podría estar ahora?

—Ninguna. Y así se lo diría a la policía si se molestara en llamarme. Sé que sus padres ya no viven, aunque creo que tiene un hermano, o una hermana, por ahí, del que no habla mucho. Es menor que ella y le causaba muchos dolores de cabeza, si no me equivoco.

—¿Dolores de cabeza?

—Problemas de dinero, esas cosas. —Guardó silencio un momento, pensativa—. No recuerdo si era hermano o hermana, la verdad.

—¿Sabes dónde podríamos encontrarlo?

Wanda vació su vaso y miró a su alrededor, a la espera de que Florence volviera a materializarse. Después miró a Alicia.

—Tampoco puedo ayudarte con eso. Tendrás que preguntarle a Arthur. Seguro que estará encantadísimo de volver a verte.

Y se rio entre dientes, sin mover tampoco ni un músculo en esta ocasión.

12

Arthur no tuvo oportunidad de demostrar lo encantado que estaba; no apareció por ninguna parte cuando, diez minutos después, Claire y Alicia llamaron a la puerta de su casa. Pero Rosa sí estaba allí, esta vez con un vestido elástico de nailon negro que quedaba muy bajo por arriba y muy alto por abajo para una mujer de su edad. No llevaba el delantal, pero su cara sí lucía el ceño habitual.

—No sé nada de su familia —contestó—. Arthur está demasiado ocupado para esto ahora. Han encontrado el coche, ¿lo sabéis? Está muy estresado.

—Claro, lo entiendo —respondió Alicia, fingiendo que se hacía cargo—. Solo dile que ya lo llamaré luego.

La asistenta sacudió su pelo negro y naranja chillón y les cerró la puerta en las narices.

—¡Qué maleducada! —exclamó Claire—. Y eso que no es la dueña del lugar.

—Pero actúa como si lo fuera, la verdad.

Justo en ese momento oyeron un grito que provenía de un lado de la casa y Alicia se imaginó a Barbara con una herida sangrante en el corazón, caminando, tambaleante y medio muerta, hacia ella. «¿Por qué no me ayudaste?», gritaría. «¿Por qué tardaste tanto?».

Se estremeció y fue tras los pasos de Claire, que dobló la esquina hacia el lateral donde, al otro lado de una valla de seguridad, se distinguía la pista de tenis. No había rastro de Barbara, pero sí vieron a Holly, raqueta en mano, gritando a un hombre mayor vestido de blanco.

—Debe de ser el entrenador de tenis con el que estaba coqueteando —susurró Alicia, pero Claire miraba fijamente a Holly, como hipnotizada.

—La he visto antes —aseguró.

—Sí, en la reunión del club de lectura. Estaba en la casa, ¿te acuerdas?

Claire negó con la cabeza.

—No, ese día no la vi…

Se acercaron para ver mejor y se agazaparon detrás de un arbusto que había justo delante de la pista de tenis.

—¡Tenemos que decírselo! —gritó Holly con los dientes apretados —. ¡No podemos ocultárselo!

—Ni siquiera sabes si ha sido culpa mía —respondió él, en un tono de voz tan bajo que apenas pudieron oírlo.

—¡Por supuesto que has sido tú! —chilló ella y lo golpeó con la raqueta en el hombro. Él hizo un gesto de dolor.

Alicia se volvió hacia Claire.

—Wanda tiene razón. ¡Esa niña da miedo!

Obviamente lo dijo demasiado alto, porque Holly se quedó callada de repente y se volvió.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Las dos mujeres dudaron, se miraron, suspiraron y se pusieron en pie cuando Holly ya iba directa hacia ellas, con el entrenador de tenis pisándole los talones. Se detuvo al llegar a la valla y se quedó mirándolas con la boca abierta.

—Oh, Dios mío. ¡Son las brujas entrometidas del club de lectura otra vez!

«Menuda boca tiene la niña», se dijo Alicia, intentando mostrar una sonrisa tranquilizadora.

—Hola, Holly. Perdona, no queríamos molestarte. Solo nos preguntábamos si ya había vuelto tu madre…

—Pues sí que me habéis molestado, y no, todavía no ha vuelto, maldita sea. —Holly miró a su alrededor—. ¿Quién más está ahí? —Entornó los ojos como si quisiera ver algo que había detrás de ellas—. ¿Está él con vosotras? ¿Por eso habéis venido?

Alicia estaba confundida.

—¿Él? ¿A quién te refieres? ¿De qué estás hablando?

Holly se quedó mirándola y, por un momento, su gesto fue de total indefensión. Parecía a punto de llorar, y Alicia se acercó y extendió un brazo a través de la valla, pero Holly se zafó y, de pronto, su expresión se volvió furiosa.

—¿Por qué no os vais todos a la mierda y dejáis de espiarme? —chilló.

—Cálmate, Holly —dijo el entrenador, que acababa de llegar a su lado—. No tienen mala intención…

Holly se dio la vuelta y se quedó mirándolo.

—Entonces ¿por qué no dejan de una vez por todas de meter sus feas narices?

Él la ignoró, se acercó, se apoyó en la valla y les dedicó una amplia

sonrisa. Tenía una cara atractiva y juvenil, pero Perry estaba en lo cierto, debía de ser al menos quince años mayor que su alumna, a juzgar por las finas arrugas que podían apreciarse bajo sus ojos azul claro. Tenía la piel bronceada, el pelo castaño con unos reflejos rubios y los hombros anchos y musculosos de un atleta. Solo su nariz, torcida por culpa de alguna pelea en el colegio o tal vez por un partido de rugby, le estropeaba la imagen de chico perfecto que pretendía dar. Cuando sonreía (tal como estaba haciendo en ese momento, sin apartar los ojos de Claire), mostraba unos dientes brillantes y tan blancos como su atuendo de tenis.

—Buenas tardes, señoras. Soy Jake Smith, entrenador de tenis.

Le sostuvo la mirada a Claire un poco más de lo necesario.

—Hola, Jake. Yo soy Claire —respondió, algo turbada—. Y esta es Alicia. Somos del club de lectura de Barbara. No teníamos ninguna intención de espiar a Holly. Solo estamos preocupadas por su madre, nada más.

Holly frunció el ceño del todo.

—¿Por eso estáis aquí? ¿Por mi madre? —Parecía que no acababa de creérselo.

—Sí, Holly —corroboró Alicia—. Estamos muy preocupadas por ella. Tú debes de estarlo también, seguro.

—¡Claro que sí! —Se sorbió la nariz y se la frotó con una mano—. Todo el mundo cree que odio a mi madre, pero estoy muy preocupada. Hace tres días que se fue, y ahora han encontrado su coche abandonado. Eso es... no sé... superraro. Nunca dejaría su Mercedes tirado por ahí, ni hablar, ni tampoco desaparecería tanto tiempo. Me llamaría. ¿Dónde demonios estará?

—Muy buena pregunta, Holly, y eso es lo que intentamos averiguar —dijo Alicia—. ¿A tu padre se le ocurre algún sitio?

—¡No! Y no sé por qué todo el mundo cree que él tiene que saberlo. Mi padre no tiene nada que ver con esto. Es a mi maldito tío a quien deberíais estar espiando.

—¿Ah, sí?

—¡Oh, claro que sí! ¡Él es quien se va a beneficiar, y mucho, de la muerte de mi madre!

—¿Es que crees que está muerta? —preguntó Claire.

Holly se calló de pronto, parecía nerviosa.

—Eh... no sé... —balbuceó—. Pero la policía sí lo cree, y le están haciendo a mi padre un montón de preguntas absurdas, como si él fuera culpable o algo así. Pero he oído a mi padre hablar con su abogado y estoy segura de que él no tiene ninguna razón para matarla, porque mi madre se lo ha dejado todo a su hermano. Yo no

cuento para nada. El único que importa es el cabeza de chorlito del tío Niles.

—¿Estás hablando de su testamento? —insistió Alicia.

—¡Claro! —Holly la miró como si nunca hubiera hablado con alguien tan idiota—. Todo se lo deja a él. ¿Te lo puedes creer?

—¿Y no sabrás por casualidad dónde podríamos encontrarlo? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—No, y por mí se puede pudrir en el infierno. Venga, Jake, me he saltado las clases para esto, así que vamos a lo nuestro.

Holly se fue hacia la pista y las dos mujeres se dieron la vuelta, dispuestas a irse, pero Jake las llamó.

—Escuchad, yo sí sé dónde podéis encontrar a Niles, el hermano de Barbara.

—¿Ah, sí?

—Tiene una cafetería en Balmoral, cerca de la costa. Barb me lo comentó una vez. La llamaba El Fondo Perdido.

—Seguro que no se llama así de verdad... —comentó Claire, y a él le hizo gracia el comentario. Se pasó una mano bronceada por el pelo y le dedicó una sonrisa estudiada.

—No, el nombre tiene algo que ver con la arena, la playa o algo así... Refugio Playero, así se llamaba. Un nombre espantoso, ¿no? Barb decía que no hacía más que pedirle préstamos para poder mantenerla. La ponía de los nervios.

—¡Jake! —gritó Holly desde la pista, y él se volvió para ir hacia donde ella estaba.

—Gracias, has sido de gran ayuda —aseguró Alicia.

—No hay de qué —respondió, dedicándole a Claire una última sonrisa prolongada, y salió corriendo hacia donde estaba Holly.

—Vaya, vaya. Alguien está coladito por ti —bromeó Alicia cuando las dos iban de vuelta al coche.

Ella resopló.

—Me da la sensación de que el señor tenista coquetea con todas las mujeres que se le ponen a tiro, sobre todo con aquellas a las que cree que puede sacarles algo.

—¿Como Holly Parlour, por ejemplo?

—Y tal vez, aunque solo tal vez, también Barbara Parlour.

—¿Tú crees?

—Parece saber mucho sobre su familia y sus negocios; además, ¿no te has dado cuenta de que la ha llamado «Barb»? Muchas confianzas para un entrenador. Da que pensar, ¿verdad? Es solo eso.

Alicia entornó ligeramente los ojos.

—Tal vez estaba teniendo un lío con la madre y con la hija a la vez, y Holly lo descubrió y mató a su madre en un ataque de celos. Ya hemos visto lo violenta que puede llegar a ser.

Cuando se acercaban al coche, Claire se detuvo de repente y agarró a Alicia del brazo.

—¡Ya sé dónde la he visto antes! —exclamó.

—¿A quién? ¿A Holly?

Negó con la cabeza.

—No. Bueno, sí. Mira, reconocí a Barbara cuando la vi por primera vez en tu casa, pero no fui capaz de recordar por nada del mundo dónde la había visto. No era el tipo de mujer que compra ropa *vintage*. No es su estilo. Pero al ver a la hija me he dado cuenta de que fue Holly la que vino a mi tienda y Barbara estaba con ella. Debió de ser hace unos seis meses, por lo menos. —Se quedó pensativa un momento—. Sí, eso es. Holly quería vestir estilo años cincuenta y su madre estaba intentando convencerla de que no lo hiciera. Le dijo que no estaba lo bastante delgada o algo por el estilo.

—Un encanto.

—Eso es lo que yo pensé, pero Holly tampoco es que fuera muy amable con su madre, si no recuerdo mal. La insultó. Nunca había visto a una niña hablarle así a su madre. Me resultó chocante. Yo no le habría dicho esas cosas a mi madre ni en sueños. Pero Barbara parecía acostumbrada a oírlo, y al final las dos se fueron. Ahora bien, el recuerdo no me ha venido a la mente por la madre. Si he de serte sincera, no habría sido capaz de distinguir a Barbara en una rueda de reconocimiento, pero a esa adolescente maleducada no he podido olvidarla.

Las dos se rieron y entraron en el coche. Cuando arrancó el Torana y dejaron atrás la casa, Alicia dijo:

—Me pregunto de qué iría la discusión que estaban teniendo.

—Barbara creía que a su hija no le sentaría bien el largo de la falda...

—No, no, me refiero a por qué estarían discutiendo Holly y Jake, el entrenador, hace un momento. Antes de que nos descubrieran, se estaban gritando. No dejo de pensar en qué querría decir Holly con aquello de «tenemos que decírselo». ¿A quién? ¿Decirle qué? ¿Estaría hablando de su padre?

Claire ladeó la cabeza.

—Muy buenas preguntas. ¿Y a qué se refería él con lo de «ni siquiera sabes si ha sido culpa mía»? Eso ha sonado muy sospechoso.

Ambas estuvieron cavilando unos minutos mientras conducían en silencio, hasta que por fin Claire suspiró y dijo:

—A veces creo que estamos sacándole demasiada punta a todo. Podrían estar hablando de haber roto una raqueta cara o de cualquier otra cosa. Quizás no fuera nada. Aunque, por la forma en la que la vi lanzarse a la yugular de su madre ese día, tengo claro que Holly tiene un temperamento de mil demonios. Y no hace falta gran cosa para hacerla saltar.

Alicia gruñó.

—Tienes razón. Yo también la he visto en acción. —Le contó a Claire el episodio en la cocina de Barbara el día de la reunión del club y cómo Holly le gritó a su madre sin razón aparente—. Estaba claro que no quería que estuviéramos allí, en su patio, invadiendo su casa. Obviamente tiene problemas para gestionar su ira. Pero no, debemos ceñirnos a los hechos. Eso es lo que haría Hércules Poirot.

—¿Y ahora qué? ¿Vamos de visita a Balmoral, a ver a su hermano?

—Me encantaría, pero, por desgracia, tengo una revista que montar. No se hacen solas...

—Te entiendo —aseguró Claire, sacó un espejito de su bolso y se miró—. Será mejor que yo también vuelva al trabajo. Tengo que vender unos cuantos vestidos si quiero pagar el alquiler de esta semana. Pero es una pena, alguien debería ir a ver a ese tal Niles.

—No te preocupes —exclamó Alicia—. Conozco a la persona perfecta para esa tarea.

—Está bien, lo haré —accedió finalmente Lynette esa misma noche, mientras comían un mejunje con chile que sabía un poco como la ternera korma y recordaba mucho al curry massaman. Lynette pensaba bautizar aquel plato como «Tailindia».

—¿Lo pillas? Un cruce entre un plato tailandés y uno indio.

—Ya lo había entendido —respondió Alicia mientras masticaba—. Y quiero repetir, por favor. Pero, volviendo «al cabeza de chorlito del tío Niles»... ¿Te parece bien lo de ir allí, pedirte un café y hablar un ratito con ese hombre?

—Sí, tampoco es que tenga nada mejor que hacer con mi tiempo. —Miró a su hermana y añadió, poniendo los ojos en blanco—: Pero ¿por qué yo?

—Tú eres la elección más obvia.

—¿Porque trabajo en una cafetería y sé cocinar?

—Más o menos.

Puso los ojos en blanco de nuevo.

—Le voy a preguntar por su hermana, no por cómo se flambea una crepe.

—Aun así. Pertenecéis al mismo círculo, y seguramente se sincerará más con otra amante de la comida.

Lynette sonrió, burlona.

—Vale, pero primero debo hacer unas llamadas. El nombre de Refugio Playero me suena…

De hecho, esa cafetería era famosa entre la gente de la hostelería de Sídney por ser el peor negocio de la zona de North Shore, y aun así seguía funcionando, inexplicablemente. Después de hablar con Mario, su jefe, Lynette se enteró de que el dueño era un tal Niles Blakely y que el negocio había estado a punto de irse a pique varias veces, pero siempre había alguien que acababa sacándolo a flote.

—Mario dice que no funcionará nunca. Por lo visto está mal gestionado, y la comida tampoco es que sea muy buena. Pero ahí sigue, nadie sabe cómo.

—Creo que a quien hay que darle las gracias por ello es a Barbara. Según han dicho Wanda y Jake, lleva años sacando a su hermano de todos los líos.

—¿Y ahora es el beneficiario de su herencia?

—Si está muerta, sí.

—Claro. Pero seguimos sin estar seguros de que sea así. —Lynette dejó el tenedor en la mesa y suspiró profundamente—. Sé que estás disfrutando con todo esto, Alicia…

—«Disfrutar» tal vez sea exagerar un poco, Lynette. No estoy encantada de que haya desaparecido.

—Perdona, lo que pretendía decir era que si estás realmente segura de querer implicarte en todo esto. Bueno, a mí no me agobia, ya me conoces, pero tú eres de esas personas que se estresan y empiezan a imaginarse todo tipo de cosas truculentas. Por eso tal vez este caso no sea lo más indicado para ti.

Alicia dejó también su tenedor, cogió la copa de vino, le dio un largo sorbo y dijo:

—Necesito hacer esto, Lynette. Mi imaginación ya está desbocada. No te imaginas las cosas horribles a las que se ha visto sometida Barbara en mi subconsciente a estas alturas. Créeme, descubrir la verdad seguramente será un alivio.

—Vale, vale. Solo me preocupaba por tu salud mental.

—Eso, en mi caso, es un oxímoron —dijo, solo medio en broma—. En cuanto a lo de repetir tu Tailindia…

Cuando Lynette volvió a la cocina, Alicia miró su reloj. Eran las siete de la tarde pasadas y estaba deseando saber si había alguna noticia de Barbara. Se levantó, encendió el televisor del salón, que estaba al lado, y volvió a la mesa del comedor.

—A mamá y a papá no les gustaría nada lo que estás haciendo —dijo Lynette mientras llevaba dos cuencos medio llenos a la mesa—. Siempre decían que no había que poner la televisión mientras se cenaba…

—¡Chist! —la interrumpió Alicia.

Acababa de ver a Arthur Parlour en las noticias de la ABC, y no tenía buena cara.

13

Alicia y Lynette cogieron sus cuencos y se arrodillaron delante del televisor, con los ojos fijos en la pantalla, intrigadas. Arthur estaba dando una rueda de prensa en directo desde su mansión de Woollahra y hacía muy bien el papel de marido abnegado y afligido.

—Barbara, te suplico que vuelvas a casa —decía, mirando directamente a la cámara—. Holly y yo estamos muy preocupados. Solo queremos que vuelvas, mi vida. Te echamos mucho de menos.

Entonces la cámara enfocó a un hombre con la cara muy seria que estaba al lado de Arthur. Tendría cincuenta y muchos, era corpulento, llevaba un traje gris y lucía un impresionante bigote de tipo inglés, que parecía más propio de un miembro de una banda de moteros que de un inspector de policía. En un letrero en la pantalla apareció su nombre: inspector Kenneth Ward.

—Si alguien tiene información sobre la señora Parlour o sobre su paradero, que se ponga en contacto con nosotros.

Y apareció sobreimpresionado en la parte de abajo de la pantalla el número de teléfono de la policía.

—Inspector Ward, ¿cree que le ha pasado algo malo a la señora Parlour? —preguntó a voces un reportero desde detrás de una cámara.

—Estamos preocupados por la seguridad de la señora Parlour, y nos vendría bien cualquier ayuda de la gente que nos está viendo.

—Señor Parlour, ¿cómo responde a las afirmaciones de que lo vieron discutiendo con su mujer justo antes de que desapareciera? —preguntó otra voz, y la cámara se movió para centrarse en el marido, que de repente parecía nervioso.

Alicia se dio cuenta de que era la primera vez, desde que desapareció Barbara, que lo veía realmente preocupado.

—Lo niego categóricamente —respondió molesto—. Mi esposa y yo estamos muy enamorados, y estoy muy preocupado por ella.

—¿Y qué hay de los rumores de que usted tiene una aventura...? —empezó a preguntar otro reportero, pero el inspector lo interrumpió.

—Eso es todo por ahora. Gracias por venir.

Y se llevó hacia la casa a un Arthur que parecía estar en shock, mientras las cámaras intentaban seguirlos, pero se interpusieron unos fornidos agentes de policía. En ese momento desapareció la imagen y volvieron a la mesa de la presentadora, a la que estaba sentada una mujer rubia muy bien vestida y con la expresión muy seria. Detrás de su hombro izquierdo asomaba una foto de Barbara. Alicia se quedó sin aliento cuando la vio. No se parecía en nada a la mujer que ella conocía. Obviamente debieron de hacérsela en los años ochenta, y en la imagen Barbara aparecía con el pelo muy corto y un gran flequillo que le daba un aire adusto, como de directora de colegio. Arthur no había elegido la fotografía más reciente ni la más favorecedora para facilitársela a los medios.

—Acabamos de asistir en directo a la rueda de prensa realizada en la casa del famoso banquero Arthur Parlour —dijo la presentadora mientras revolvía unos papeles—. La esposa del señor Parlour, Barbara, lleva desaparecida desde el sábado por la tarde y, según acabamos de saber, la policía teme por su seguridad. Eh… Hannah, ¿estás ahí?

La pantalla se quedó en negro durante un segundo, antes de que apareciera la reportera de la ABC con la casa de los Parlour de fondo. Tenía algo en la oreja y miraba a la cámara con los ojos entornados.

—Sí, aquí estoy. Pregunta, Fran.

—¿La policía ha dicho algo más sobre lo que creen que le ha podido suceder a la señora Parlour? ¿Tienen alguna pista sobre su paradero?

—En esta fase no. No nos han dado mucha información, pero, como acabas de decir, resulta evidente que están preocupados por su seguridad. —La reportera consultó un cuaderno que tenía en la mano —. El señor Parlour nos ha dicho, fuera de cámara hace un rato, que él cree que su mujer está bien y que espera que vea la rueda de prensa y vuelva a casa. Pero está claro que los inspectores de la policía no se muestran tan optimistas.

—Muy bien. Vamos a cambiar de asunto. Gracias, Hannah.

Cuando las noticias pasaron a centrarse en otra historia que no tenía nada que ver, las hermanas apagaron el televisor y volvieron a la mesa del comedor.

—¿Qué es eso de que se pelearon antes de que desapareciera? —preguntó Lynette, y Alicia se encogió de hombros.

—Primera noticia. Pero parece claro que toda su historia ya se ha hecho pública. —Entrecerró los ojos—. ¿Sabes? En la televisión, los miembros de la familia siempre aparecen devastados, pidiendo que vuelva su «ser querido» y, pasadas solo unas semanas, resulta que

meten en la cárcel a alguno de esos mismos familiares... Yo ya no sé a quién creer.

Lynette tomó un bocado de curry y pensó en lo que acababa de decir mientras masticaba.

—¿No tienes la impresión de que Arthur le estaba hablando directamente a su esposa, suplicándole que volviera a casa? Como si ella estuviera escondida en alguna parte. Odio decirlo: o es muy buen actor o de verdad cree que ella va a volver.

—Como ha dicho la reportera, los policías están seguros de que no lo hará. Pero me alegro de que al final se lo haya tomado en serio.

—No le quedaba más remedio, ¿no? Sobre todo cuando ya están circulando rumores de que le ha sido infiel. Eso no le va a servir de ayuda en absoluto de cara a la preselección de futuros miembros del Gobierno a la que pensaba presentarse.

—Wanda también lo dijo. Tal vez por eso Barbara haya desaparecido. Quizá lo amenazó con contarle a la prensa lo de sus aventuras. Y por eso tuvo que librarse de ella.

Lynette no estaba segura de que hubiera sucedido de ese modo.

—Si ese fuera el caso, no le ha funcionado. Ahora todo el mundo no solo sabe lo de sus aventuras, sino también que es sospechoso de asesinato. Y eso es peor, ¿no crees?

A Alicia se le hizo un nudo en el estómago. A su hermana no le faltaba razón. Nada de eso tenía sentido, y a ella no le gustaba ni una pizca.

* * *

Al otro lado de la ciudad, otra persona había estado viendo las noticias con mucho interés, enarcando las cejas por la impresión. Arthur podía decir lo que quisiera, suplicar hasta hartarse, pero Barbara no iba a volver a casa.

Ella se volvió, observó el rostro silencioso de Barbara y después sonrió; su labio superior se curvó un poco, delatando una sensación de placer que no podía ocultar. «Pero ¡qué suerte he tenido!», pensó. Ni en sus mejores sueños se habría esperado aquello. Por fin había llegado su tren.

Por fin tenía el control. «Ahora soy yo la abeja reina».

Había llegado su momento de brillar.

Dejó escapar una risita, se detuvo y miró a Barbara otra vez. Un relámpago de miedo recorrió sus venas y le estropeó la diversión.

—No te precipites —se dijo en voz alta—. Todavía no ha acabado. Ni mucho menos.

Cogió las relucientes tijeras que había encontrado en el costurero de Barbara, se volvió hacia la mujer y empezó a cortar…

14

El día siguiente, miércoles, amaneció lluvioso y oscuro, pero Lynette no podía estar más contenta. Sabía cómo funcionaban las cafeterías junto a la playa, y cuanto más feo estuviera el día, menos gente habría y más oportunidades tendría ella de poder charlar un poco con Niles.

Se vistió de manera informal, con una camiseta rosa claro, un collar de cuentas de colores y unos pantalones vaqueros cortos que solo alguien como Lynette, con sus piernas largas y perfectas, podía lucir. Tomó prestado el Torana a Alicia y cruzó el Sydney Harbour Bridge hacia la playa de Balmoral. Era una bahía pequeña y muy cuidada, en la parte norte de Sídney, muy pija, pero no le llegaba ni a la suela de los zapatos a Bondi Beach, decidió ella, en cuanto aparcó y se puso a caminar por el paseo marítimo. «Está demasiado limpia y parece muy aburrida».

Varias madres con ropa de Nike iban corriendo por la acera, empujando el último modelo de cochecito deportivo de tres ruedas y seguidas por unos perros de diseño atados con una correa. Había grupitos de familias bien vestidas haciendo pícnic sobre mantas en la hierba que crecía en el suelo arenoso, niñeras que vigilaban a bebés igual de bien vestidos en el inmaculado parque infantil y algunas personas mayores cruzando la playa, empapadas tras un baño. De vez en cuando, se veía pasar a algún operario con una hamburguesa y una Coca-Cola en la mano y gafas de sol con un cordón rodeándole la cabeza, que obviamente estaba haciendo tiempo antes de volver a su fontanería, su alicatado o lo que fuera que lo había llevado a ese extremo tan pijo de la ciudad.

Lynette se dio cuenta de que había varios restaurantes en el paseo marítimo y, tal como se esperaba, todos estaban relativamente vacíos ese día. Refugio Playero era el último de su manzana, al final de la carretera y justo antes de llegar a un enorme parque público. No era difícil de encontrar. Lynette había buscado la dirección en el GPS de su iPhone. También había memorizado la cara del propietario, Niles Blakely, a partir de una foto, para poder reconocerlo cuando llegara. A

juzgar por la foto, no muy buena, que había en su web, no le costaría identificarlo: parecía al menos diez años más joven que su hermana, era pelirrojo y tenía unas llamativas pecas. Él sí que sería fácil de identificar en una rueda de reconocimiento, pensó.

Eran algo más de las 10.30 y había pasado la hora punta del desayuno (por eso Mario había aceptado a regañadientes darle unas cuantas horas libres), pero esa cafetería estaba prácticamente desierta. Solo había una clienta, una mujer mayor en una mesa de la terraza, que se enfrentaba a los elementos con la ayuda de una chaqueta de lana verde claro y una tetera humeante. Lynette eligió una mesa dentro y esperó a que apareciera el hombre de cuarenta y tantos, pelirrojo y con pecas. Lo hizo poco después, con un trapo sucio colgando del hombro.

Niles parecía mayor que en la foto de la web, y cualquiera diría que hacía semanas que no dormía, porque tenía unas ojeras muy oscuras y el pelo disparado en todas direcciones. También tenía una profunda arruga vertical entre las cejas que daba la impresión de que pasaba mucho tiempo sumido en pensamientos oscuros e infelices. Pero en cuanto vio a Lynette, la arruga desapareció como por ensalmo.

—Hola —dijo muy alegremente—. ¿Quiere ver el menú o ha venido a tomar un café?

—Un expreso me vendría estupendo, gracias —pidió, y esperó a que volviera con la bebida antes de decidiese.

—Sé que esto te va a sonar raro —empezó a decir, pero vio cómo se le iluminaban los ojos—. Soy amiga de Barbara y me gustaría hablar contigo.

La luz de sus ojos se apagó y volvió a aparecer la arruga.

—Oh, vale. ¿Conoces a mi hermana?

—Sí, y estoy intentando encontrarla. No sabrás dónde puede estar, ¿verdad? —Él se quedó mirándola sin entender y ella añadió—: Ha desaparecido, lo sabes, ¿no?

Niles miró alrededor y vio que su única clienta estaba distraída con las vistas.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó, señalando la silla vacía.

Ella asintió y él se dejó caer en el asiento.

—Claro que lo sé. Me ha llamado la policía y estoy preocupadísimo. Me han hecho todo tipo de preguntas raras, como si yo la estuviera escondiendo o algo así. Es ridículo.

—¿Siguen sin tener ninguna pista?

—Eso parece. —La miró de arriba abajo—. ¿Y qué interés tienes tú en esto? No serás periodista, ¿no?

—No, no. Soy parte de un grupo de amigos muy preocupados por Barbara.

Ella esperaba que él no quisiera saber mucho más, porque le daría vergüenza tener que reconocer que apenas conocía a la mujer, aunque sospechaba que, como la mayoría de los hermanos, él no conocería mucho a los amigos de su hermana y aceptaría sin más lo que acababa de decirle. Y así fue, porque asintió.

—Sí, es verdad, es muy preocupante, ¿no? Lleva desaparecida más de cuatro días, y eso es muy extraño.

—¿No es típico de ella?

—Dios, no. —Se inclinó hacia ella para estar más cerca—. No puedo evitar preguntarme qué tiene que ver Arthur en todo esto. ¿Lo viste en la tele anoche? «Mi esposa y yo estamos muy enamorados»... Pero ¡qué sarta de mentiras! No podían ni verse. Ya sabes cómo son.

«La verdad es que no», le habría gustado decirle, pero asintió.

—¿Cuándo viste a tu hermana por última vez?

Niles respondió sin dudar:

—Unas tres semanas antes de que desapareciera. Ya se lo he dicho a los policías. Era martes. Pasó por aquí para ver qué tal estaba, hizo unos recados y se marchó. No noté nada fuera de lo común, parecía estar bien. Hablé con ella un par de veces durante la semana siguiente, y después, nada. Desapareció sin más. Muy raro.

—¿Ya le has contado todo esto a la policía?

—Sí. También quisieron saber dónde estaba yo cuando desapareció.

—¿Y cuándo fue eso?

—Buena pregunta. Según Arthur, ella salió en algún momento de la tarde del sábado y nunca volvió. Pero no se sabe con seguridad. Además, nadie cree una palabra de lo que dice Arthur.

—Veo que no te cae muy bien.

—Es un cerdo, y aún me quedo corto. A los policías les dije que estuve aquí todo el sábado y también el domingo. Y es verdad.

—Entonces ¿aquí también sirves cenas?

Él la miró sin entender.

—¿Qué? No. Bueno, quiero decir que cerré a las cinco. Seguramente no sepas cómo funcionan las cafeterías, pero...

—La verdad es que trabajo en Mario's, en Paddington.

—¿Ah, sí? —La miró con una repentina sensación de respeto—. Sí, conozco el local. Hacen un *risotto* estupendo. Pero, bueno, entonces sabes que aquí no se cierra la puerta sin más y después te vas a ver el atardecer. Tienes que quedarte a limpiar, hacer caja, comprobar el inventario y esas cosas. Además del cocinero, normalmente tengo una

chica que me ayuda los fines de semana, pero las cosas no han ido muy bien… Ya sabes. Así que no salí de aquí hasta muy tarde. Oh, espera un momento.

Se levantó y fue corriendo a la terraza, donde la clienta estaba agitando una mano en el aire como si estuviera escribiendo. Los dos hablaron un momento, se rieron y él volvió dentro a por su cuenta.

Unos minutos después regresó con Lynette.

—¿Quieres otro café?

Ella asintió, y como sintió que necesitaba justificar su presencia, le pidió también una magdalena.

—Tienen unos cuantos días, así que te la regalo —dijo cuando la sacó de debajo del mostrador. Lynette intentó no fruncir el ceño.

No le extrañaba que el negocio le fuera mal. Mario nunca regalaría nada, pero tampoco serviría comida rancia. Eso solo causaba mala impresión a los clientes.

Niles también se sirvió un café para él y volvió a sentarse con ella.

—Han encontrado su alianza, ¿lo sabías?

—¿En serio? ¿Dónde?

—Se la dejó en casa, junto a su cama.

—Quizá se peleó con Arthur, se quitó el anillo y se fue. Y ahora está escondida hasta que se calmen las aguas.

Él negó con la cabeza.

—Si se hubiera peleado con Arthur y quisiera dejarlo, me lo habría dicho. Me lo contaba todo. No me puedo creer que se haya ido sin decir nada. Ella no haría algo así. Y no se dejaría la alianza, eso te lo puedo asegurar. A Arthur le costó una fortuna, y ella no renunciaría a esa joya sin presentar batalla.

—¿Y si ella…? —Lynette dudó, porque no quería alterarlo más, pero él vio por dónde iba.

—Barbara no se ha suicidado, si es lo que estás pensando. Si hubiera estado deprimida me lo habría dicho, pero nunca lo mencionó. La última vez que la vi estaba feliz. —Niles se frotó la frente, nervioso—. La verdad es que estoy un poco agobiado. Por la forma en la que hablaban los policías… no pinta bien.

—Solo han sido unos días. Puede haber pasado cualquier cosa.

—¿Qué? No, si me refería a mí. —Le dio un sorbo a su *latte macchiato*—. Creo que piensan que yo he tenido algo que ver.

—¿En serio? ¿Por qué? —Intentó que su voz sonara tranquila. Y como él se limitó a encogerse de hombros, insistió—: ¿Es porque saldrías beneficiado?

Él la fulminó con la mirada durante unos instantes, pero su expresión se relajó enseguida.

—Te lo ha contado, ¿eh? Veo que sois muy amigas. Sí, Barbara me ha dejado a mí su parte de la casa. También hay un pequeño fideicomiso para su hija, pero, sí, yo heredaría la mitad de la propiedad, o eso me han dicho los policías.

—No me gusta tener que decirlo, pero eso podría considerarse un móvil —aventuró Lynette haciendo una leve mueca, porque sabía cómo respondería a su insinuación.

Tal como se esperaba, él se irguió en el asiento y el enfado hizo su arruga aún más profunda.

—¡No he matado a mi hermana por su maldita casa! Quiero a Barbara, ella lo es todo para mí. Es casi más una madre que una hermana. Y, maldita sea, la necesito. Es la razón por la que este lugar sigue funcionando, por todos los santos... Ella me ha ayudado mucho, y nunca me ha puesto ninguna pega. ¿Por qué iba a querer matarla?

—Niles, solo digo que sé lo que cuesta mantener un restaurante. El dinero de tu hermana te podría venir muy bien para invertirlo en un negocio como este.

—El dinero de mi hermana no me sirve de nada ahora —respondió —. Al menos mientras viva Arthur.

—¿Qué quieres decir?

—Lo mismo que les dije a los policías. Es cierto que heredaría la mitad de aquel montón de ladrillos tan feo que llaman casa, pero no creo que Arthur tenga intención de irse a ninguna parte. Seguro que no quiere venderla y darme mi parte, ¿no te parece?

—Así que, aunque encontraran a tu pobre hermana... bueno... fallecida... ¿tú no obtendrías nada?

Se pasó una mano por el pelo desaliñado.

—No, a menos que Arthur se muriera de repente. Así que, para serte totalmente sincero, mi hermana me sirve mucho más viva que muerta. O desaparecida, en realidad. Bueno, si ya hemos acabado la conversación, tengo trabajo que hacer.

Apartó la silla, se levantó dando un resoplido y desapareció por la puerta de la cocina. Lynette se acabó su café y su magdalena y se levantó para ir a pagar la cuenta, pero Niles no aparecía. Lo llamó y, al no obtener respuesta, asomó la cabeza por la puerta de la cocina, tratando de localizarlo. No lo veía por ninguna parte. Cuando ya estaba a punto de darse la vuelta para salir, vio una enorme mochila y un saco de dormir enrollado apoyados en una pared. Mientras se preguntaba si él estaría a punto de irse de viaje, notó que alguien le daba unos golpecitos en el hombro. Lynette se volvió y allí estaba Niles, mirándola fijamente.

—¿Qué miras? —preguntó.

Ella tragó saliva con dificultad.

—Nada, perdona. Solo quería pagarte la cuenta.

Él se quedó mirándola unos segundos, y por fin dijo:

—No te preocupes. Invita la casa.

«No me extraña que esté en la ruina», pensó de nuevo, pero antes de salir echó unas monedas en el bote de las propinas que había junto a la cafetera.

Mientras volvía al trabajo, Lynette tuvo que admitir que, aunque Niles sin duda era un empresario incompetente y una persona más bien inquietante, todo cuanto le había dicho tenía mucho sentido: a primera vista no ganaba nada matando a su hermana. No, a menos que Arthur apareciera muerto de repente, claro.

¿Y qué posibilidades había de que eso sucediera?

15

Más o menos a la misma hora en que Lynette interrogaba a Niles, Missy decidió husmear un poco por su cuenta. Eran poco más de las once de la mañana y, sin muchas dificultades, había logrado convencer a la asistenta para que la dejara entrar en la mansión Parlour; varios periodistas, que observaban aburridos desde la acera, contemplaron su maniobra, atónitos. Mientras miraba a su alrededor, Missy pensó que una de las ventajas de que los demás la consideraran «tontita» era que también suponían que era inofensiva y normalmente creían en su palabra, aunque solo fuera para que dejara de hablar cuanto antes.

—¿Lo encuentra? —preguntó Rosa, que acababa de entrar en el salón sosteniendo su iPod Touch en una mano y se estaba quitando los diminutos auriculares con la otra. Ese día llevaba otro vestido ceñido que enseñaba demasiado, la cara cubierta por una gruesa capa de maquillaje y el pelo sujeto con un pasador de plástico de color rosa con forma de hibisco que contrastaba de una forma espantosa con su pelo naranja.

Missy le había contado un cuento chino sobre que había perdido un libro, y Rosa se limitó a quedarse mirándola como si nunca hubiera oído algo tan aburrido en su vida, y le dijo: «Pase y búsquelo». La acompañó al salón y la dejó sola con su búsqueda, tras decirle que tenía que irse a leer sus emails.

Missy se quedó mirándola desde donde estaba, revisando una mesita auxiliar, y dejó escapar un suspiro muy teatral.

—No, no he encontrado el libro, y me voy a meter en el lío más gordo de mi vida…

—¿Qué libro era? ¿Cuál es el título?

—Se titula *Maldad bajo el sol,* pero es de tapa dura, una de las primeras ediciones que tiene la biblioteca donde trabajo, así que es muuuy especial, y no debería habérselo prestado a Barbara, pero ella no lo tenía, lo necesitaba para el club de lectura y prometió que me lo devolvería inmediatamente después. Oh, Dios mío, Dios mío, Dios

mío… Me van a matar si no lo encuentro. ¡Me voy a quedar sin trabajo!

—Tal vez se llevase el libro —sugirió Rosa, enarcando una de sus cejas pintadas, y Missy fingió estar aún más alarmada.

—Entonces sí que estoy metida en un buen lío porque, bueno… ¿Dónde está Barbara? ¿Alguien tiene alguna idea?

Rosa se encogió de hombros, como si le diera totalmente igual.

—Vale —dijo la asistenta con un suspiro—. Voy a ayudarla.

—¡Muchísimas gracias! —exclamó Missy, sin dejar de fingir que seguía revisando la estantería—. Qué suerte tengo de que estés aquí. No sabía si te encontraría.

Rosa se volvió para mirarla y enarcó ambas cejas.

—¿Y por qué no voy a estar aquí? ¿Quién iba a alimentar al señor Parlour y a la señorita Holly? ¿Quién los cuidaría? ¡Es mi trabajo!

A Missy le sorprendió la vehemencia con la que lo dijo.

—Bueno, hasta que Barbara vuelva, claro.

—¡Bah! —resopló, y volvió a ponerse los auriculares—. Voy a mirar en el dormitorio.

Rosa volvió a desaparecer, gracias a lo cual Missy tuvo una nueva oportunidad de inspeccionar los trofeos que estaba examinando antes. Había un par de golf de Arthur, dorados, pero de consolación, y varios de fútbol, atletismo y natación infantil, junto con algunas medallas, que pertenecían a Holly. Pero no se veía ninguno de Barbara. Tampoco había fotos suyas.

—¿Quién demonios es usted y qué está haciendo en mi salón?

Missy se dio la vuelta bruscamente y se encontró frente a Arthur, de pie en el umbral, con las manos en las caderas y un brillo furioso en los ojos. Tenía aspecto de no haberse afeitado hacía varios días y llevaba el nudo de la corbata flojo, como si no tuviera la suficiente energía para hacer el esfuerzo de apretarlo o de quitársela.

—¡Ah, hola! —lo saludó Missy, volviendo a su papel de tontita y agitando sus rizos rojos—. Usted debe de ser el marido de Barbara. Yo soy Missy, una amiga de su mujer, del club de lectura. Solo estaba…

—¿El club de lectura? ¿Otra vez? —Se quedó boquiabierto y sacudió la cabeza, sin dar crédito—. Pero ¿qué pasa con vosotros?

—Perdóneme, no quería molestarlo, señor Parlour. Solo he venido a buscar un libro que le presté a Barbara hace unas semanas…

Missy le explicó toda la historia de la novela de Agatha Christie perdida, pero, a diferencia de Rosa, Arthur no pareció creérsela, porque la fulminó con la mirada y se mostró escéptico.

—¿Y ha mirado en la estantería? —Su voz sonaba cargada de sarcasmo.

—Sí, pero no lo he visto. Aunque la verdad es que mi madre siempre dice que sufro de ceguera en el hogar: pido la sal a gritos cuando la tengo justo delante…

—Mire, señora, no es un buen momento.

—Oh, por supuesto, lo siento mucho. Seguro que está siendo todo muy difícil para usted con lo de la desaparición de Barbara y todo eso.

Rosa regresó y pareció sorprendida de ver a su jefe. Se arrancó los auriculares de las orejas y escondió el reproductor tras la espalda. Arthur la atravesó con la mirada, y la expresión de su cara hizo retroceder incluso a Missy.

—¿En qué estabas pensando cuando dejaste entrar a una extraña y le permitiste que se pusiera a rebuscar por la casa? —le gritó.

—Perdón… eh… señor Parlour, es que creí…

—Pues ¡no creas! No te pago para eso. No eres la señora de esta casa, así que deberías consultarme antes de dejar entrar a nadie aquí. ¿Lo has entendido?

Missy miró a Rosa. Tenía la cara muy roja y parecía a punto de llorar, así que intervino.

—Perdone, no ha sido culpa de Rosa, de verdad que no. Me puse muy pesada para que me dejara entrar. Ella solo quería ayudarme.

—Ayudarla tampoco es su trabajo. Ni ninguna otra cosa, aparte de fregar los platos y prepararme la cena. Y usted debe irse inmediatamente. Si encuentro su maldito libro, ya se lo comunicaré.

—Claro, sí, perdóneme…

Missy salió del salón tras él y ambos cruzaron el recibidor de mármol hasta la puerta principal. Mientras caminaba, miró atrás y lo que vio en los ojos de Rosa la sorprendió. La vergüenza había desaparecido, dando paso a una expresión más fría y distante. La bibliotecaria se preguntó si aquella expresión era por su culpa o se debía al enfado de su jefe.

Arthur abrió la puerta de par en par, se detuvo y se volvió para mirarla, con los ojos aún llenos de ira.

—Estoy hasta las narices de que la gente de su grupo venga a mi casa a fisgonear. Si vuelvo a ver a algún miembro de su maldito club de Jane Austen…

—Es El Club del Crimen, en realidad.

—¿Qué?

—Perdone, es que ha dicho Jane Austen y nosotros somos El Club del Crimen. No tiene nada que ver.

La miró como si quisiera retorcerle el pescuezo y ella tomó nota mental de aquel detalle: no era difícil enfurecerlo. Como si le hubiera leído la mente, o tal vez al ver que los equipos de periodistas cogían

sus cámaras y sus micrófonos y corrían hacia la valla con una expresión de placer y de incredulidad en sus rostros, se apresuró a cerrar la puerta e inspiró profundamente. Transcurrieron varios segundos antes de que hablara, pero, cuando lo hizo, su voz parecía mucho más controlada. Y sonaba mucho más amable, casi suplicante.

—Discúlpeme por este arrebato. Espero que lo entienda, es un momento extremadamente difícil para mí. No sé qué le ha pasado a mi esposa, pero estoy convencido de que se encuentra bien y de que volverá a casa pronto.

—Pensaba que usted estaría contento de haberse librado de ella —aventuró Missy sin inmutarse, consciente de que estaba pisando un terreno peligroso, pero animada por el cambio de actitud del marido y por los reporteros que seguían fuera. «Si se le ocurre hacerme algo, ellos oirán mis gritos».

Arthur se la quedó mirando, sorprendido.

—¿Librarme de ella? ¿Y por qué iba a querer yo eso? Estoy a punto de iniciar una campaña para convertirme en gobernador del estado el año que viene y necesito a Barbara a mi lado, en el lugar que le corresponde. No puedo permitir que me salpique ni el más mínimo escándalo. Eso es lo último que quiero. ¡Y puede repetirle lo que acabo de decir, palabra por palabra, a sus amiguitos «del crimen»!

* * *

Los «amiguitos» en cuestión no se creyeron nada. Al menos Perry no lo hizo.

—Eso es lo que tiene que decir, ¿no? —comentó, mientras cogía un trocito de chocolate negro del cuenco de cristal rosa que Claire acababa de dejar sobre la mesa—. Se está cubriendo las espaldas. —Perry se metió el chocolate en la boca y se chupó los dedos con delicadeza.

El Club del Crimen se había reunido en la diminuta cafetería de la tienda Timeless Vintage Clothing Store de Victoria Street, en Potts Point, donde todos se apretujaron como pudieron. Claire, que no quería que las hermanas Finlay tuvieran que ser siempre las anfitrionas, se había ofrecido amablemente para que la siguiente reunión se hiciera en su tienda. Colgó el cartel de «Cerrado» en la puerta y los acompañó a todos hasta la zona de la cafetería, al fondo. Aunque era pequeñita y discreta, la cafetería había tenido mucho éxito entre sus clientes desde que la montó, unos años antes, para que los acompañantes aburridos de sus clientas pudieran tomarse un café, leer algo y hacer tiempo mientras su «otra mitad» se probaba en paz

una prenda tras otra.

Así todos estaban contentos y la caja registradora funcionaba sin parar.

Alicia miró a su alrededor. En el centro del espacio había una sola mesa redonda, rodeada por unas cuantas sillas de hierro forjado con un diseño muy delicado; junto a las paredes había revisteros, libros y varios taburetes de acero cromado y vinilo, y al fondo se veía una minúscula cocina donde se preparaba el café y también se vendían magdalenas, pastelitos y otras delicias.

La cafetería estaba separada de la tienda por unas cortinas de terciopelo granate. Ese detalle, junto con la alfombra persa, los grabados en blanco y negro y una lámpara de cristal de Tiffany, le transmitía al cliente la sensación de estar en un bar clandestino de París en los años cuarenta. Pero allí todos los muebles llevaban etiquetas con el precio.

La tienda estaba a reventar con una colección impresionante de ropa, zapatos, bolsos y pañuelos *vintage*, todo en perfecto estado. A las mujeres, y también a Perry, les costó ignorar la mercancía cuando pasaron entre los percheros. Claire les explicó que iba varias veces al año a París a visitar a su madre, y allí rebuscaba por sus fabulosos mercadillos en busca de tesoros que después enviaba a Sídney. Tras echar un vistazo a varias etiquetas con el precio mientras pasaba, Alicia reparó en que no se trataba de la típica tienda económica de segunda mano. Los precios eran muy elevados para tratarse de ropa usada.

Aquel día parecía que Claire acababa de salir de una calle de París: llevaba una blusa de seda con lunares negros y blancos, falda negra y el pelo recogido en un moño suelto. Sirvió bebidas para todos antes de sentarse con los demás, alrededor de Alicia y su libreta, para repasar las «pruebas hasta el momento».

Tras enterarse de la conversación de Missy con Arthur en su salón, algunos de los miembros del club la reprendieron.

—No deberías haber vuelto a casa de Barbara sin decírnoslo —la regañó Anders.

—Perdón. Es que pensé que podría ser de ayuda, eso es todo. A veces me siento como un cero a la izquierda, sentada en la biblioteca todo el día, sin hacer nada. Se me ocurrió husmear un poco, a ver qué encontraba.

—Y te agradecemos que quieras ayudar —intervino Alicia para calmar las aguas—, pero no sabemos con qué tipo de hombre estamos tratando. ¿Y si te hubiera pasado algo? Nosotros no sabíamos dónde estabas.

—Oh, pero allí había un montón de periodistas, Arthur no podía hacerme nada. De hecho, si ponéis esta noche las noticias del Channel Ten, igual veis mi hermoso trasero entrando en la casa.

—Tal vez alguien se crea que tienes una aventura con él —sugirió Perry, burlón, y Missy fingió una arcada.

—¡No, gracias! Menudo cerdo. Lo único que le importa es su preciosa carrera política. Por eso le creo cuando dice que quiere que Barbara vuelva. La necesita en casa para hacer de esposa perfecta, como en *The Good Wife*.

—Tiene sentido —aceptó Alicia—. Y aparte de corroborar que tiene muy mal genio, ¿qué otra cosa has descubierto?

—Hum… nada en realidad. Y eso es lo que me pareció más raro.

Todos miraron a Missy, perplejos. Ella se quitó las gafas y se puso a limpiarlas con una esquina de su chaqueta de algodón rosa claro con brillos.

—No sé exactamente por qué, pero no puedo evitar tener la sensación de que faltaba algo…

—Sí, faltaba su mujer, Barbara, ¿ya se te ha olvidado? —bromeó Perry.

—Hum, tal vez eso sea lo único que no encajaba. —Volvió a ponerse las gafas—. O quizá debería volver y echar otro vistazo.

—¡Nooo! —respondieron varios a la vez.

—Está bien, está bien —claudicó Missy, haciendo un esfuerzo por no ofenderse—. De todas maneras, dudo que Rosa me dejara cruzar el umbral otra vez después de que Arthur le echara esa bronca. ¡Cómo se puso! Ahora que lo pienso, ella también actuó de una forma extraña. Me recordó a la suegra de mi hermana.

—¿A quién? —volvieron a decir unos cuantos al mismo tiempo.

—A Mildred, la suegra… Bueno, una señora que es bastante simpática, si no eres de su familia, pero, por desgracia, Henny, mi hermana, sí que forma parte de ella. Pero a lo que iba: un día Henny se fue a pasar un fin de semana de chicas, ¿vale? Y cuando volvió, un poco antes de lo previsto, se encontró a Mildred en su cocina, cocinando como una loca. Eso no tendría por qué ser un problema, ¿verdad? ¿A quién no le encantaría que alguien le llenara la nevera de guisos deliciosos? Pero no fue solo eso: había resintonizado la radio para poner su emisora favorita (una de esas de música clásica tan aburridas) y, además, había movido los muebles para ponerlos a su gusto. Solo había estado allí dos días cuidando a los niños y se había hecho... ¡la dueña de la casa! Pues Rosa está actuando de forma similar.

Todo el grupo se quedó mirándola, desconcertado. Anders tosió

discretamente y miró a Alicia.

—Ya, creo que te hemos entendido, Missy —se apresuró a intervenir. La verdad era que no estaba muy segura de lo que quería decir, pero necesitaba cambiar de tema, así que se volvió hacia su hermana—. Lynny, ¿por qué no nos cuentas cómo fue tu visita al hermano de Barbara?

—Claro —respondió Lynette—, pero antes tengo que decir que creo que Arthur y Niles tienen el mismo problema. Ninguno de los dos ganará un premio a la sensibilidad, pero ambos parecen sinceros cuando dicen que quieren a Barbara viva y de regreso. Realmente los beneficiaría a ambos.

Entonces les contó cómo fue su visita a la cafetería de Niles.

—Parecía preocupado de verdad por la desaparición de Barbara, pero, como os he dicho, estaba más ansioso por cómo afectaba a su vida que por lo que le hubiera pasado a su hermana. Lo que le obsesiona en este momento es quién pagará a partir de ahora las facturas que se le acumulan. También lo agobiaba mucho que la policía le hiciese tantas preguntas. No me causó buena impresión ese hombre, es muy victimista, supongo que entendéis lo que quiero decir, pero no me parece un asesino.

—Nos estamos quedando sin sospechosos —anunció Perry, apenado.

—Todavía nos queda el profesor de tenis —recordó Claire, y a Perry se le iluminaron los ojos.

—Oh, sí, me había olvidado de él. ¿Te parece que ha podido tener algo que ver con esto?

Claire se encogió de hombros, y a continuación les contó su visita a Wollahra con Alicia y la extraña conversación entre Holly y Jake que habían oído. Todos estuvieron de acuerdo en que sus palabras podían considerarse sospechosas.

—¿Qué crees que Holly quería decir con eso de «No podemos ocultárselo»? —preguntó Missy.

—Tal vez Holly sospeche que Jake mató a su madre y quiere que se lo confiese a su padre —sugirió Perry.

—O quizá sea algo que no tiene nada que ver con el caso —apuntó Claire.

Perry sonrió, burlón.

—¡Señorita Hargreaves, nos estropea la diversión!

—Parece claro que podemos estar completamente despistados —reconoció Alicia—. Tal vez haya sido alguien que tenía algo en contra de ella de lo que ni siquiera tenemos noticia. Incluso podría ser obra de un extraño, tampoco sería raro. No sé, un autoestopista loco que

ella recogió en alguna parte.

—La mayoría de los asesinatos los comete gente del entorno cercano —señaló Missy—. Es muy triste y trágico, pero es la verdad. Solo una fina línea separa el amor del odio, amigos. Hay infinidad de historias, y no me refiero a las de Agatha Christie, sino a casos de la vida real, en los que las mujeres matan a sus maridos, los maridos matan a sus hijas, y la lista sigue y sigue…

«Como tú», pensó Anders, que ya se estaba cansando de aquella bibliotecaria que hablaba demasiado, aunque lo que dijo en voz alta fue otra cosa:

—No debemos olvidar que, en este momento, ni siquiera sabemos si Barbara está muerta.

Se oyeron algunas exclamaciones de desaprobación.

—Si al menos encontraran el cadáver… —sugirió Perry, que al ver la cara de horror de Claire añadió—: Lo siento, Claire, sé que es macabro, pero debemos afrontar los hechos. ¿Qué posibilidades existen de que siga viva? En serio.

Nadie tenía la energía ni la inocencia suficientes para sugerir esa posibilidad. Ya habían transcurrido más de cuatro días.

—Pero eso no significa que tengamos de dejar de intentar encontrarla… Independientemente de lo que le haya pasado. Sea como sea, se merece que la encuentren —aseguró Alicia, y todos estuvieron de acuerdo.

El problema era que no tenían ni idea de por dónde seguir con la investigación.

Claire, que era muy amante de la legalidad y las normas, apuntó:

—Personalmente creo que deberíamos hablar con la policía.

—De hecho, me sorprende que aún no nos haya llamado nadie —comentó Alicia—. Les conté a los agentes lo del club de lectura y les di mi número.

—Tal vez deberías ir tú a la comisaría —sugirió Anders.

—¿Para decirles qué? No es que tengamos nada revelador que contar.

—*Au contraire!* —exclamó Perry—. Seguramente sepamos mucho más que ellos. —Alzó una mano rechoncha y empezó a enumerar con los dedos—. Para empezar, ¿se han enterado de que Barbara tenía anotado en su casa el teléfono de un centro de acogida para mujeres maltratadas? Tal vez haya algún historial de violencia de género que nosotros no conocemos. —Alzó otro dedo regordete—. Segundo, ¿saben que la pequeña Holly se ha estado tirando a su entrenador y, por lo que decís, parece que él oculta algo?

Esta vez la expresión de horror apareció en la cara de Anders.

—Un momento, eso es algo muy íntimo, Perry. No sabemos si tiene algo que ver con la desaparición de Barbara.

—Exacto —siguió diciendo Perry—. Por eso tenemos que mencionárselo a la policía. Podría ser importante.

—Tiene razón —le dijo Alicia a Anders—. No es nuestro cometido decidir lo que es o no relevante para la investigación. Y hay algo más que la policía debería saber. —El tercer dedo lo levantó ella—. Que Barbara Parlour era una mujer muy desgraciada antes de su desaparición. Es cierto que la conocíamos poco, pero, contradiciendo lo que dice Arthur, tengo pruebas documentales de que no era un ama de casa satisfecha con su vida.

Alicia le dio la vuelta a la libreta. En la parte de atrás tenía guardado un sobre pequeño. Lo sacó y les mostró la respuesta manuscrita de Barbara a su anuncio del periódico, fechada varias semanas antes. La leyó en voz alta:

—«Querida Alicia:

»Me encantaría unirme a su club. No soy más que un ama de casa aburrida de mediana edad, pero las novelas de misterio me han ayudado a mantener la cordura durante los muchos momentos tristes, incluso trágicos, de mi vida. Tal vez sea porque consigue que relativice mis propios problemas. No sé cómo habría sobrevivido sin autores como P. D. James, Ian Rankin o Agatha Christie. Esta última es mi luz cuando todo se vuelve oscuro, mi final feliz cuando no encuentro ninguno. Me salva todos los días y no sé cómo podría resistir ni un día más sin ella.

»Con cariño,

»Barbara Parlour».

Todos los miembros del grupo se quedaron mirando la carta, sin palabras.

—Había olvidado lo deprimente que era —reconoció Alicia.

—Oh, qué trágico —gimoteó Perry—. Dios santo, pero si esa mujer estaba suplicando que la ayudaran. Ojalá nos hubiéramos dado cuenta antes…

—Escucha, Perry —intervino Lynette—, no podemos asumir la culpa de lo sucedido. Solo la vimos un par de veces. Es su hermano quien debería estar culpándose después de haber estado todo el tiempo la mar de tranquilo, despilfarrando durante años su dinero en un negocio sin futuro. Y ahora que ha desaparecido, está más preocupado por salvar su pellejo y su miserable cafetería que por ella.

—Y también el resto de su familia y amigos —añadió Claire—. ¿Por qué no se preocuparon por ella? No quiero ser mala, pero su hija es una pesadilla, y no parece que le importe lo más mínimo nada de lo

que está pasando. En cuanto a su supuesta amiga Wanda… Se ha desvinculado todo lo que ha podido de ella a la menor oportunidad.

—Sí, ninguno parece sentir empatía por la situación de Barbara —admitió Alicia.

En ese momento oyeron un suave golpecito que llegaba desde la puerta de la tienda. Claire se levantó de un salto, con una sonrisa radiante.

—Tiene que ser Charlie —anunció, apartó las cortinas de terciopelo y cruzó la tienda para ir a abrir.

—Oh, no —exclamó Perry, ruborizándose al instante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alicia.

—¡Nada, chist! —Se encogió y se tapó la cara con una mano.

Anders se quedó mirándolo y después buscó en las caras de los demás.

—¿Quién es Charlie?

—El prometido —susurró Missy—. Ya sabes, ese que no acaba de casarse con ella.

—¡Missy! Eso es muy desagradable —la amonestó Alicia.

Ella levantó ambas manos.

—Cuatro años son cuatro años. Mi prima Linda estuvo prometida durante cuatro años y todo acabó en desastre…

Antes de que pudiera terminar, Claire volvió a aparecer con un hombre alto y delgado que llevaba un traje inmaculado de tres piezas y raya diplomática, con chaleco y un pañuelo de seda asomando por el bolsillo de la chaqueta. Él también debía de tener cierta herencia asiática, y parecía un anuncio andante de la tienda de ropa *vintage*. Alicia entendió inmediatamente de dónde venía su afinidad: los dos eran aficionados a la moda retro. Sonrió muy educadamente a todo el grupo y se pasó una mano por el pelo, que llevaba peinado con un tupé estilo años cincuenta, similar al de Elvis.

—Chicos, este es Charlie Szeto, mi prometido —lo presentó Claire, con la voz un poco jadeante—. Ella es Alicia, la mujer que organizó el club, su hermana Lynette, Anders a su derecha, Perry a su lado y Missy allí, al final.

Todo el grupo saludó y Charlie los miró uno por uno y les sonrió. Cuando llegó a Perry su sonrisa cambió por un instante, solo un segundo, o al menos eso le pareció a Alicia, pero se recuperó tan rápido que no podía estar segura de si habían sido imaginaciones suyas. Sin embargo, el creciente enrojecimiento de la cara de Perry le dio que pensar.

—Perdón por interrumpir vuestra velada —se disculpó Charlie, que no apartaba los ojos de su prometida. Ella negó con la cabeza.

—No pasa nada, ¿verdad que no, chicos? —Los miró con cara de súplica.

—Claro que no —confirmó Alicia—. Es más, ¿por qué no te sientas con nosotros? Nos vendrá bien alguien que nos aporte un nuevo punto de vista.

Sintió una patada por debajo de la mesa y, cuando miró, se encontró con los ojos de Perry, que asomaban entre los dedos de la mano con la que se tapaba la cara, y le estaban lanzando una mirada asesina.

—Oh, no, no puedo —se disculpó Charlie, apartó un poco a Claire de la mesa donde estaban los demás y bajó la voz—. Cariño, tengo que cancelar lo de esta noche. Me ha surgido algo.

—¿De verdad? ¿Otra vez? —Ella parecía muy decepcionada—. Pero si casi hemos acabado la reunión…

—Lo siento, no me queda más remedio, me temo. Miller tiene unos cambios de última hora para el manuscrito de Grayson y debo ponerme con ellos. —Tras lo cual, añadió en un tono de voz aún más bajo, tanto que Alicia tuvo que esforzarse mucho para poder oírlo—: He quedado con Grayson para repasarlos durante la cena. Él solo podía esta noche porque mañana se va a Londres.

Ella ladeó la cabeza, adoptando una expresión de perrito abandonado.

—Puedo ir a cenar con vosotros, no tardaremos…

—No, no —insistió él—. Será aburridísimo. Quédate aquí y sigue con tus cosas. —Se dirigió al grupo con otra sonrisa—. Encantado de conoceros a todos.

Volvió a mirar a Perry durante un segundo, y esta vez Alicia supo con seguridad que no se lo había imaginado. Sin duda ahí había algún tipo de conexión, pero cuando fijó la vista en Perry, él no quiso devolverle la mirada.

Cuando Claire fue a acompañar a Charlie a la puerta, Lynette se levantó para hacer más café y Anders fue a ayudarla. Missy también dejó su silla, porque quería explorar la colección de revistas que había allí cerca, así que Alicia aprovechó la oportunidad y se inclinó hacia Perry.

—¿Quieres contarme qué pasa? —susurró.

Él sonrió con aire inocente.

—No sé a qué te refieres.

Ella sacudió la cabeza.

—Vamos, Perry, por algo soy la fundadora del Club del Crimen. Conoces a Charlie, ¿verdad?

Su sonrisa se volvió pícara.

—Supongo que es una forma de decirlo.

Alicia soltó un resoplido. «Oh, Dios, esto es peor de lo que creía».

—No puede ser, Perry. No me lo creo.

—¿Qué es lo que no te crees? —preguntó Claire, que acababa de cruzar las cortinas. Alicia y Perry se sobresaltaron.

—Oh… Hum… Eh… —balbuceó Alicia.

—Estábamos comentando que no nos podemos creer la cantidad de cosas que la policía no sabe —contestó Perry, que se había recuperado con una rapidez impresionante—. ¿Qué te parece a ti, Missy?

Missy levantó la vista de una edición de *Australian Women's Weekly* de 1953 que estaba leyendo, lo miró sin entender, y al cabo de un momento siguió leyendo. Estaba muy concentrada en la crónica de la coronación de la joven reina Isabel y no se había enterado de nada.

—Pues estoy de acuerdo en que debemos ponerlos al corriente —repuso Claire mirando a Anders, que acababa de sentarse otra vez, con un café con mucha espuma en la mano—. Entiendo tus reservas, Anders, y reconozco que no es agradable ir contando cotilleos sobre la familia de Barbara, pero no sabemos la relevancia que pueden tener. Eso debe decidirlo la policía, no nosotros.

—Está bien —concedió—. Oye, ¿quieres otro café? Lynette es un hacha con esa máquina.

Claire negó con la cabeza y un mechón de pelo brillante se le escapó del moño. Volvió a sentarse en su sitio.

—No, gracias, por ahora tengo pilas para rato. Entonces, Alicia, ¿vas a hacer los honores e irás a hablar con la policía?

Alicia dejó de fulminar con la mirada a Perry y asintió.

—Sí, claro, Claire. Y lo voy a hacer pronto. Ya es hora de que la policía oiga la otra versión de la historia.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, Alicia no pudo evitar pensar que también había otra versión del prometido de Claire, Charlie Szeto, y tenía la horrorosa corazonada de que Perry Gordon sabía algo del tema.

16

Estaba segura de que la echarían de allí al instante, y de que la acompañarían hasta la salida con una sonrisa condescendiente, pero cuando Alicia se presentó en el mostrador de la comisaría de Woollahra al día siguiente por la tarde, la condujeron sin dilación al sorprendentemente cómodo despacho del inspector que estaba a cargo del caso Parlour. Lo reconoció al instante: era el policía que había visto en las noticias, aquel bigote inglés resultaba inconfundible. Cuando entró, él no paraba de acariciárselo.

—Soy el inspector Ward —se presentó y se levantó para estrecharle la mano y señalarle la silla que había al otro lado de su mesa—. Me han dicho que asegura tener información importante sobre el caso Parlour.

De repente se sintió un poco tonta y le dieron ganas de levantarse y salir corriendo de allí. ¿Y si se echaba a reír o, peor aún, la reprendía por hacerle perder su valioso tiempo? Alicia tragó saliva con dificultad y sacó la carta de Barbara. Se la pasó y le explicó quién era y qué papel desempeñaba en la vida de la mujer desaparecida. Él la escuchó atentamente antes de leer la carta y después pulsó un botón que había en su mesa. Alicia hizo una mueca cuando apareció un agente joven con la cabeza afeitada, porque creyó que lo había llamado para que se la llevara de allí, pero el recién llegado se quedó mirando a su jefe con las cejas levantadas.

—Roger, haz una copia de esta carta y después vuelve para asistir a este interrogatorio. Y trae la libreta.

Alicia se quedó sorprendida, para bien. Cuando el policía regresó, se presentó diciendo que era Roger Boyd, el ayudante del inspector, y le dio a ella la fotocopia de la carta de Barbara que acababa de hacer.

—Necesitamos quedarnos con el original —le explicó Ward—. Muy bien, cuéntenos su historia.

Alicia se pasó los diez minutos siguientes contándoles todo lo que sabía, desde la triste primera aparición de Barbara en el club de lectura hasta la extraña reunión en su casa y las cosas en las que se

fijaron cuando estuvieron allí. También les comentó la reticencia de Arthur a tomarse la desaparición de su esposa en serio. Durante todo el relato el inspector no paró de acariciarse el bigote, y el policía más joven no dejó de tomar notas en una gruesa libreta que apoyaba en el regazo.

—Yo lo obligué a llamarlos —afirmó Alicia—. Él no quería hacerlo. En mi opinión, actuaba como si no le preocupara. Ojalá no tuviera que decir esto, pero creo que oculta algo.

—Había una razón para su reticencia —comentó el inspector Ward, y a continuación le preguntó—: ¿La señora Parlour mencionó en alguna ocasión que estuviera planeando hacer un viaje?

—No, al contrario. Esperábamos que apareciera en el club de lectura del domingo pasado. Pidió específicamente elegir el siguiente libro y por eso se suponía que debía llevar unas preguntas preparadas. ¿Por qué iba a insistir en hacerlo si tenía intención de irse a algún lado?

Ward consultó sus notas.

—La asistenta, la señorita Rosa Lopez, nos ha dicho que la señora Parlour salió de su residencia de Woollahra más o menos a las dos de la tarde del sábado y que sus últimas palabras fueron: «Me voy a Londres». ¿A usted nunca le habló de un viaje a Europa?

—Ni una palabra. —Un recuerdo surgió en la mente de Alicia—. Pero, ahora que lo menciona, Wanda me dijo algo parecido. Arthur le había comentado que Barbara tenía intención de ir a Europa. Pero ella me habló de París, aunque nosotras no nos lo creímos.

Ambos policías se miraron y después volvieron a centrarse en Alicia.

—¿Y quién es esa tal Wanda? —preguntó Ward.

—Oh… Eh… Wanda Birchin, una amiga de Barbara. O al menos eso era antes… Al parecer se han peleado, aunque no sé por qué. Pero, bueno, como decía, dudo mucho de que Barbara tuviera intención de viajar a ninguna parte. Acababa de unirse a nuestro club y parecía muy decidida a participar.

—La asistenta no estaba segura de haberlo oído bien, porque se fijó en que su jefa solo llevaba un bolso negro grande, pero no tenía más equipaje.

—También está lo del visón, señor —recordó Roger, y su jefe lo miró con el ceño fruncido.

—¿El visón? —preguntó Alicia, intrigada.

Él suspiró.

—Al parecer, cuando salió de su casa, la señora Parlour llevaba en la mano un abrigo de piel.

—Qué raro, con lo poco que queda para que empiece el verano —comentó Alicia—. Aunque en Londres será casi invierno, claro. Tal vez fuera verdad que tenía intención de viajar allí.

—¿Con un bolso y un abrigo nada más? De todas formas, hemos comprobado todos los vuelos con destino al Reino Unido de los últimos cinco días, y no hay ni rastro de ella. Y en la aduana de Londres tampoco consta ningún registro de su llegada.

—Entonces ¿no tienen nada?

Pareció ofendido por la pregunta.

—En realidad, tenemos a varias personas que aseguran haber visto a la señora Parlour el sábado: aparcó su coche en el Queen Victoria Building, en la ciudad, a eso de las dos y media de la tarde, unos diez minutos después la vieron enviando una carta desde un buzón de Pitt Street y, algo más tarde, entrando en una joyería de Strand Arcade. También la hemos encontrado en un vídeo de una cámara de seguridad, subiéndose otra vez a su coche y saliendo del edificio, pero a continuación desaparece de todos los radares.

—¿Una joyería? —preguntó Alicia.

—Sí. ¿La señora Parlour le mencionó alguna vez a usted, o a alguien de su grupo, que necesitara reparar una joya?

Alicia negó con la cabeza.

—¿Qué clase de joya era? —preguntó.

Entonces fue el inspector quien dijo que no.

—No puedo facilitarle esa información, pero sí le puedo asegurar que tenemos razones para creer que la señora Parlour no ha salido del país ni, como sugiere últimamente la prensa, ha atentado contra su propia vida.

—También está lo del coche abandonado —recordó Alicia.

Él asintió.

—Sí. Lo localizamos el lunes por la noche en la estación de tren de Hornsby. ¿Tiene alguna idea de por qué podría haber ido allí? ¿Sabe si conocía a alguien por esa zona? ¿Alguien de su club vive por allí tal vez?

Alicia se encogió de hombros.

—No, lo siento.

Estaba empezando a sentirse inútil y se preguntó cuánto tardaría el inspector en darse cuenta y mandarla a su casa. Por el momento decidió seguir hablando, con la esperanza de aportar la máxima información posible.

—Barbara pudo aparcar en la estación de Hornsby para tomar un tren —sugirió.

—Es una posibilidad que estamos investigando —comentó el

inspector—. Por desgracia, tras las preguntas pertinentes, nadie recuerda haber visto llegar a la señora Parlour, ni tampoco irse, y las cámaras del lugar están fuera de servicio.

La expresión de su cara le dejó clara a Alicia su opinión sobre aquel fallo de funcionamiento.

—Entonces ¿no hay forma de saber cuándo llegó a la estación?

—Ni si era ella quien conducía el coche —añadió el inspector sacudiendo la cabeza—. Pero no es de eso de lo que quería hablar con usted. Ha dicho que pertenece al club de lectura al que acudía la señora Parlour. Necesito saber de qué libro iban a hablar el domingo en que ella no apareció.

—Oh… *El misterioso caso de Styles*. El primero en el que aparece Poirot.

—¿Está segura?

—Del todo. Es la primera vez que la escritora presenta al personaje del sarcástico belga. La pobre Agatha no esperaba que se hiciera tan popular…

El inspector carraspeó.

—No, quiero decir que si está segura de que aquel era el libro de ese domingo.

—Oh, perdone. Sí, claro, estoy segura. ¿Por qué?

Los policías se miraron de nuevo.

—En el vehículo de la señora Parlour encontramos el abrigo de visón, su carnet de conducir y…

—Pues no creo que dejase esas cosas tiradas por ahí, ¿verdad? ¿No sugiere eso que le ha pasado algo malo?

El inspector ignoró su pregunta y añadió:

—También encontramos esto.

Ward cogió una caja que había junto a su mesa y sacó una bolsa de pruebas de plástico que contenía un libro.

—¿Sabe algo de este título? ¿Tenían intención de hablar de este libro en… sus reuniones?

Le dio la bolsa a Alicia y ella la examinó. A través del plástico grueso vio que el libro se titulaba *El misterio del tren azul*. En la ilustración de la portada había dos revisores contemplando el cuerpo de una mujer, tirada en el compartimento de un vagón, inequívocamente muerta. Era uno de los clásicos de Agatha Christie.

—Es de Agatha Christie, está claro, pero no está en nuestra lista de lecturas —informó Alicia—. No sé mucho de este libro en concreto, no lo he leído, pero supongo que Barbara tendría intención de sugerirlo. ¿Cree que es importante?

Ward recuperó la bolsa y volvió a guardarla en la caja.

—¿Quiere contarme algo más, señorita Finlay?

Alicia dudó. Había pensado en comentarle al inspector Ward que Wanda sospechaba que Arthur estaba coqueteando con la asistenta, pero en el último momento decidió que sería mejor no hacerlo. No tenía pruebas. Además, aquella semana ya la habían llamado cotilla una vez, y no tenía ganas de que volvieran a decírselo. Si la prensa ya se había enterado de sus aventuras, seguro que los policías también estaban al tanto y se habían puesto a investigarlo. Pero había otros dos detalles que, aunque podrían calificarse de cotilleos, ella sabía con seguridad que eran ciertos, y creía que debía contarlos. Inspiró profundamente de nuevo.

—Debería saber que el día en el que hicimos la reunión del club en casa de Barbara, uno de nuestros miembros vio a su hija, Holly, besando al profesor de tenis.

Se sintió avergonzada, como una niña de quince años, y no le habría extrañado que el inspector pusiera los ojos en blanco. Pero él no hizo ningún gesto, así que continuó:

—La hija tiene dieciséis años. El entrenador tendrá unos treinta, diría yo. —Levantó ambas manos—. No estoy diciendo que tenga nada que ver con la desaparición de Barbara, pero me da la impresión de que esos dos están ocultando algo…

Recordó la conversación que Claire y ella habían oído en la pista de tenis, dos días antes, y se la reprodujo a los policías.

Roger, que no había dejado de escribir como un loco, moviendo levemente la cabeza mientras lo hacía, se detuvo y dijo:

—A ver si lo he entendido bien: ¿la hija, Holly, le dice a él: «Tenemos que decírselo, no podemos seguir ocultándolo», y el entrenador le responde: «Ni siquiera puedes demostrar que fui yo»?

Alicia se encogió de hombros.

—Más o menos. Ese era el sentido. Pero, como acabo de decirles, podría ser una conversación sin ninguna malicia, una discusión sobre una raqueta de tenis rota o algo así.

Ward pareció impacientarse y dejó de acariciarse el bigote.

—Ya nos ocuparemos nosotros de decidir si hay o no malicia, gracias, señorita Finlay. ¿Cómo se llama el entrenador?

—Jake Smith. No tengo más datos.

Asintió mirando a Roger, que anotó el nombre.

—¿Algo más?

—Solo un detalle más. Estoy segura de que ya están investigándolo, pero quería hablarles del hermano menor de Barbara.

—¿Niles Blakely? ¿Qué pasa con él?

—Es el beneficiario del testamento de Barbara…

—¿Y cómo sabe usted eso?

Se quedó callada un momento.

—Al parecer lo sabe todo el mundo. Me lo dijo Holly, y después Niles se lo confirmó a mi hermana. Fue justo ayer, cuando fue a verlo a su cafetería.

Ward frunció sus pobladas cejas.

—Parece que los miembros de su club de lectura ya han estado en todas partes.

—Estamos muy preocupados, eso es todo. Se nos ocurrió que tal vez el hermano podría proporcionar alguna pista para localizarla. ¿Están al corriente de sus problemas financieros?

—Sí, gracias. Nosotros también tenemos cierta experiencia investigando. —Se levantó—. No puedo comentar más detalles del caso con usted, señorita Finlay. En esta fase ni siquiera podemos determinar si realmente hay caso. Por lo que sabemos hasta ahora, la señora Parlour podría aparecer sana y salva en cualquier momento.

—Pero no creen que sea eso lo que va a ocurrir, ¿verdad?

El inspector ignoró la pregunta y la acompañó a la puerta. Cuando llegaron a la salida de la comisaría, se detuvo, se dio la vuelta y le dijo, mirándola directamente:

—Señorita Finlay, parece una persona inteligente, pero los miembros de su club de lectura y usted deben tener mucho cuidado. Esto no es una novela de misterio que puedan comentar en el salón, tomando unas tazas de té. Puede que la señora Parlour se haya ido por voluntad propia, pero también es posible que esté en un grave peligro. Yo, personalmente, creo que se dan ciertas circunstancias sospechosas, y en este momento la policía teme seriamente por la vida de esa mujer.

—Soy consciente de ello.

—Por eso les aconsejo que se limiten a lo suyo, que es la ficción, y dejen los delitos de verdad para los expertos. ¿Me ha entendido?

Le prometió que seguiría su consejo, pero lo hizo con los dedos metafóricamente cruzados. A esas alturas no iba a olvidarse de Barbara. Y aunque todavía no conocía demasiado a los demás miembros de El Club del Crimen, estaba segura de que ellos la apoyarían.

* * *

Justo cuando Alicia salía de la comisaría, Arthur Parlour pisaba el *fairway* de su campo de golf favorito. Había conseguido darle esquinazo a la prensa unas horas antes y estaba muy orgulloso de su

astucia, pero mientras caminaba junto al hoyo 5, de camino al 6, con los palos de golf repiqueteando en su bolsa de cuero de diseño de dos ruedas, estaba de mal humor, incluso irascible.

Pensó en la visita que había hecho justo antes de ir al campo de golf y en que no había ido nada bien. «¡Menuda pérdida de tiempo!». Esperaba que ella se alegrara de verlo, porque habían pasado varios días desde la última vez que estuvieron juntos, pero se mostró desagradable con él.

Una desgraciada de primer nivel, eso era lo que había sido, ni más ni menos. Cada vez que lo pensaba se ponía más furioso.

«Pero ¿qué quiere de mí?». Él la necesitaba, seguro que se había dado cuenta. Habían sido unos días horribles, con la prensa acampada en su puerta y los policías acechando como buitres, aparte de que ni siquiera su propia hija se atrevía a mirarlo a los ojos.

Y al final ella también se había vuelto contra él. Aquello lo llenó de ira. Creía que podía confiar en ella. Después de tanto tiempo… Pero estaba claro que no.

Gruñó. Fue con su bolsa hasta el *tee* de salida y la apartó un poco para que el terreno quedara despejado, y así pudiera tener un golpe claro. Sacó la madera 1, frunció el ceño, volvió a meter el palo en la bolsa y a continuación cogió el hierro 9 y lo estudió amorosamente. Era su palo favorito, el de la suerte, en realidad. Últimamente había dado unos cuantos golpes increíbles con ese palo, y también le sirvió para darle una buena sorpresa al viejo Jones, de Contabilidad, durante el último torneo de la empresa. Aquel día Jones miró el hierro y le sugirió que utilizara el *driver*, pero Arthur le demostró, de una forma incontestable, que no podía estar más equivocado.

Se rio entre dientes y acarició el mango del palo, admirando su resplandor. Era uno del juego nuevo que había comprado hacía solo seis meses. Eran palos Callaway, ligeros y aerodinámicos, y le habían costado una pequeña fortuna, pero había sido un dinero bien gastado, hasta el último céntimo. Sabía que eran un poco ostentosos, pero se los merecía. Maldita sea, después de todo lo que había pasado se merecía eso y más. Sacó una pelota y el *tee*, se dirigió al *green*, clavó el *tee* en la densa hierba y colocó la pelota encima.

Dio un paso atrás, miró a lo lejos, en dirección a la amplia calle, y otra vez la pelota. Ajustó el agarre del palo, admirando de nuevo sus líneas plateadas y resplandecientes, colocó los pies y dibujó unos círculos con las caderas. Los repitió otra vez.

Gruñó de nuevo. No había manera de concentrarse.

«Mierda, Barbara se ha ido y me ha destrozado la racha. No voy a conseguir un buen golpe con este humor».

Dejó caer el palo, sacudió los brazos e intentó librarse de todos los pensamientos que tenían que ver con ella. Un leve ruido a su espalda lo pilló desprevenido, y se volvió de repente, con los ojos muy abiertos.

—¡Oh, Dios! Eres tú. Vaya susto me has dado —exclamó, y se relajó visiblemente. Pero al cabo de un instante frunció el ceño—. Pero ¿qué estás haciendo aquí? ¿Es que me has seguido? Será una broma…

Le dio la espalda, sacudiendo de nuevo la cabeza, y miró el *green* sin dejar de fruncir el ceño. Aquel día estaba resultando un desastre en todos los sentidos. «¿Es que uno no puede jugar un rato al golf en paz?».

—Es increíble, por todos los santos —continuó quejándose, con las manos en las caderas—. No tengo tiempo para estas tonterías. No te lo volveré a decir…

Y tenía razón.

Arthur Parlour no volvió a decir nada nunca más. Segundos después, alguien le asestó un golpe en la cabeza con su brillante palo de golf plateado y acabó con él.

17

—Ven, siéntate a mi lado —le propuso Missy mientras apartaba unos cuantos libros para hacerle un hueco a Claire, que acababa de unirse a ellos. Estaban todos arremolinados alrededor de una mesa auxiliar—. Alicia nos estaba contando que ese inspector de policía tan mandón quiere asustarnos para que nos quitemos de en medio.

—¿En serio? —preguntó Claire.

—Sí —afirmó Missy, con los ojos tan abiertos que se veían enormes tras los gruesos cristales de sus gafas.

Eran las 6.30 de la tarde del jueves y se habían adueñado de una sección de la biblioteca, que ya estaba cerrada al público. Todos los miembros del club de lectura se encontraban allí, listos para seguir diseccionando el caso, excepto Anders, que había tenido una urgencia médica.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Claire, y Alicia la puso rápidamente en antecedentes sobre los últimos testimonios de la gente que decía haber visto a Barbara y sobre el libro que se había dejado en el coche.

—Por desgracia, ninguno de nosotros ha leído *El misterio del tren azul* —intervino Missy con una expresión de profunda vergüenza, como si eso supusiera una terrible decepción para su adorada Agatha Christie—. Y el único ejemplar de la biblioteca está prestado. —Pero, de repente, la vergüenza se convirtió en placer—. ¿Y a que no sabes quién se lo llevó? —Antes de que Claire pudiera responder, Missy exclamó con voz aguda—: ¡Barbara! Lo he comprobado. Ese libro que está en poder de la policía, el que encontraron en su coche, tiene que ser el mío. ¿No da un poco de miedo? Bueno, en realidad no es mío, pero ya me entendéis, pertenece a esta biblioteca. El día en que la conocimos me di cuenta enseguida de que la había visto antes, estaba segura de que había estado aquí. —Guardó silencio un momento—. Me pregunto por qué dijo que no… —Se encogió de hombros y sus rizos rojos se bambolearon levemente—. Da igual. Hace unas semanas, antes de que empezáramos con el club, Barbara se llevó unos cuantos

libros…

—Un momento, ¿has dicho *El misterio del tren azul* ? —la interrumpió Claire—. Me suena. Creo que yo sí lo he leído.

—¿Ah, sí? —se interesó Alicia con curiosidad—. ¿Y te acuerdas de qué va? Tal vez haya alguna pista en el libro, o intenta enviarnos un mensaje a través de él. ¿Hay algún suicidio, una mujer maltratada o algo así?

Claire reflexionó un momento.

—Lo de la mujer maltratada no es muy del estilo de la señora Christie, ¿no os parece? Demasiado ordinario. Pero, a ver que piense… —Se apartó el pelo negro de la cara y torció la boca, que había acentuado con un poco de brillo de labios—. Hay un grupo de personas buscando un rubí carísimo con un nombre fabuloso. Todos acaban en el tren del título, el Tren Azul, que viaja a la Riviera Francesa. ¡Oh, me encantaría hacer ese viaje! Si no recuerdo mal, en la historia sale una bailarina de belleza exótica, unos estafadores sin escrúpulos y un impostor, pero no, estoy segura de que no hay mujeres maltratadas. Es un libro fascinante. —Hizo una pausa—. Pero no sé qué relación puede tener esto con todo lo demás. Estoy segura de que si la policía registrara nuestros coches o nuestras casas, encontrarían varios libros de los misterios de Poirot. Todos somos miembros del Club del Crimen, después de todo.

—¡Tienes toda la razón! —Missy, que se había sentado ante un ordenador, empezó a teclear como una loca—. Según este asistente digital que tengo delante, *El misterio del tren azul* se publicó por primera vez en 1928, y posteriormente se ha seguido publicando con cierta regularidad. Hum… esto es interesante. Agatha Christie empezó a escribirlo dos años antes, en 1926… Tardó mucho en terminarlo, más de lo que era habitual en ella. Normalmente lograba concluir un libro por año. Estoy leyendo la descripción… Ah, sí, Claire, el rubí se llamaba «el corazón de fuego». ¿No os encantan las cosas que salían de la imaginación de Agatha? ¿La forma que tiene de convertir un objeto, como una piedra preciosa o un tren, en un personaje?

—Sí, sí, pero ¿qué relación puede tener todo eso con la desaparición de Barbara? —intervino Perry, impaciente.

—Déjame terminar. Bien, según la Wikipedia…

Alicia gruñó.

—Veo que la información proviene de fuentes muy fiables…

—¡Oh, no te quejes! Chist, escucha, tengo una cita interesante de un crítico inglés de novelas de misterio. Sobre ese libro dice, y cito textualmente:

—«Se trata de la historia que menos le gustaba a Christie, con la

que se estuvo peleando antes y después de bla, bla, bla… La ambientación internacional… bla, bla, bla». Y termina: «Aunque hay mejores candidatos a recibir el título de “peor libro de Christie”».

—Oh, a mí no me parece que sea el peor, ni mucho menos —admitió Claire—. Ni se acerca siquiera. En cambio, no me gustó nada *El hombre del traje marrón*, o como se titule.

Entonces se enzarzaron en un largo debate sobre cuál era la novela de Christie que menos les gustaba, hasta que Perry levantó una mano, con gesto cansado.

—Perdonadme, pero tengo una cita para cenar con un bombón dentro de media hora, así que ¿podemos continuar con el tema que nos ocupa, por favor?

—Está bien —dijo Missy—. Entonces, queridos amigos, ¿por qué Barbara dejaría ese libro en particular en su coche antes de desaparecer, nada menos que la novela que menos le gustaba a Agatha Christie? ¿Qué puede significar?

—Permitidme hacer de Anders por un momento y decir: «Probablemente nada» —intervino Claire—. Pero supongo que no está de más que lo tengamos en cuenta.

—Tomo nota —dijo obedientemente Alicia al tiempo que subrayaba el título en su libreta.

De pronto, Lynette se levantó de un salto, con los ojos como platos y la boca abierta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó. Estaba mirando su teléfono móvil, sin dar crédito a lo que aparecía en la pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Missy apartando la vista del monitor que tenía enfrente.

—Estaba mirando las noticias en internet, a ver si había alguna novedad…

—¿Y…? —preguntó Perry, ansioso.

—Arthur Parlour.

—¿Lo han detenido? ¿Ha huido? —insistió Perry.

Lynette volvió a negar con la cabeza, tragó saliva con dificultad, alzó la vista y miró al resto del grupo.

—No os lo vais a creer…

—¿Qué? —gritó Alicia.

—Está muerto. ¡Han encontrado el cadáver de Arthur Parlour!

18

Por primera vez desde que se conocían, los miembros de El Club del Crimen se quedaron sin habla. Lynette, que acababa de soltar la bomba, iba desplazándose por la pantalla de su teléfono para leer el texto de internet, desesperada por descubrir algo más, mientras Missy hacía lo mismo en la pantalla del ordenador. Se puso en pie y se apresuró a encender el televisor de la biblioteca. Alicia cogió el mando a distancia y empezó a cambiar de canal, pero no hubo suerte. La muerte de Arthur no había llegado aún a los medios de comunicación tradicionales.

Al final, fue Perry quien rompió el silencio:

—A la mierda mi cita… —gimoteó, y Claire lo fulminó con la mirada.

Alicia suspiró.

—No me lo puedo creer. Yo… me siento fatal, es horrible.

—¿Por qué? —preguntó Missy—. ¿Qué tiene que ver contigo?

—He estado acosando al pobre hombre durante días, y le dije a la policía que me parecía sospechoso… Pero nunca pensé que fuera a acabar asesinado.

—Un momento, aún no sabemos si lo han asesinado —señaló Claire—. Tal vez se haya suicidado o haya tenido un desafortunado accidente…

—¡Por fin, lo encontré! —exclamó Lynette de pronto, mostrándoles la pantalla de su teléfono—. Es ya una noticia de última hora en internet… Un momento, se está cargando. Vale, aquí dice que creen que el cuerpo de Arthur Parlour apareció hacia el final de la tarde en no sé qué campo de golf… Ah, sí, en el Rose Bay Golf Club… «Con una herida mortal», eso es lo que pone. —Siguió avanzando—. No, no, no dice nada más. Pero eso es sospechoso… A mí no me suena a suicidio.

—¿Dónde has encontrado la noticia? —preguntó Missy, al tiempo que hacía volar los dedos por el teclado en busca de más información.

Lynette le mostró la dirección web.

—Es un portal de noticias fiable, pero acaba de saberse y no tienen muchos detalles. ¿No hay suerte con la televisión, Alicia?

—Nada por ahora.

—Son unos dinosaurios —refunfuñó Lynette mientras buscaba en su navegador.

Alicia seguía sintiéndose mal y castigándose.

—Nosotros pensando que Arthur era un asesino a sangre fría, y de repente aparece muerto. No tiene sentido. Y seguimos sin saber dónde está Barbara.

—Oh, Dios, pobre Holly —recordó Missy—. Es cierto que no es la hija del año, pero aun así… Su madre, desaparecida, y su padre, asesinado.

—Todavía no estamos seguros de que haya sido un asesinato —insistió Claire—. Dice «una herida mortal», así que podría ser un asesinato, pero también un terrible accidente. Quizás lo golpeó una pelota de golf perdida con demasiada fuerza o algo así.

Nadie se creyó aquella hipótesis.

—¿Qué significa esto? —preguntó Perry—. ¿Y qué tiene que ver con la desaparición de Barbara?

Todos se quedaron mirándolo, sin saber qué responder.

—Oh, acabo de encontrar una noticia con la información más completa, chicos —anunció Missy, y todos se acercaron para escucharla mientras leía en voz alta lo que tenía en la pantalla, saltándose algunos detalles básicos que ya conocían todos—: «Arthur Parlour, respetado director de una empresa de inversiones y potencial candidato a ocupar un puesto de responsabilidad en la política estatal, con domicilio en una zona residencial del este de Sídney, bla, bla, bla, alrededor de las cinco de esta tarde ha aparecido muerto en el campo de golf de Rose Bay. Los miembros del equipo de seguridad del club localizaron el cadáver… Hum… Presentaba un golpe en la cabeza, resultado de lo que a estas alturas parece haber sido un ataque fortuito y mortal…».

—¿Ataque? —repitió Alicia—. Eso quiere decir que lo han asesinado.

—Sí, pero ¿un ataque fortuito? —puntualizó Perry—. ¿Es que están sugiriendo, *quelle horreur*, que le ha abierto la cabeza un lunático que pasaba por allí y después lo ha dejado tirado en el césped como si nada? Quiero decir: ¿nadie ha unido los puntos para relacionarlo con el caso de su esposa desaparecida? ¿En serio?

—Calla un momento, Perry, que ya llego a esta parte —lo interrumpió Missy sin dejar de pulsar teclas para desplazarse por el texto de la pantalla—. ¿Por dónde iba…? Ah, sí, aquí… hum… «La

policía no confirma que la muerte de Arthur Parlour esté relacionada con la reciente desaparición de su esposa, Barbara Parlour, de la que no se tienen noticias desde el sábado por la tarde… Pero en esta fase de la investigación, las autoridades no descartan ninguna posibilidad, y solicitan la colaboración de cualquier testigo, etcétera, etcétera».

—Pero ¡qué mentirosos! —exclamó Perry.

—Está claro que consideran que hay una conexión —aclaró Alicia—, solo que no quieren divulgarlo. La cuestión es: ¿qué nos parece a nosotros? ¿Creemos que existe esa conexión entre ambos casos?

Todos asintieron con la cabeza, muy serios.

—Tiene que haberla —respondió Missy—. Es demasiada coincidencia. Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—Tal vez sí que fuera el entrenador de tenis quien mató a Barbara —aventuró Perry—. Después obedeció a Holly, se lo confesó a Arthur y los dos acabaron a golpes. —Se interrumpió al darse cuenta de lo estúpido que sonaba todo—. No… no. ¡Tengo una idea mejor!

—Oh, Dios mío… —exclamó Claire, pero él la ignoró.

—Ha sido el pago de un rescate que ha salido mal. Tiene que ser eso.

—¿Cómo? —exclamó Claire.

—Piénsalo. La familia tiene dinero de sobra. Son los candidatos perfectos. Ella desaparece, él se muestra muy poco comunicativo sobre el asunto, no quiere que se involucre la policía y no hace más que asegurar que ella está bien. Tal vez la secuestraron, pidieron un rescate y le dijeron que no se lo contara a nadie. Y el idiota arrogante pensó que podía pagar el rescate y recuperarla por su cuenta, sin que nadie se enterara. Accedió a un encuentro en el campo de golf y, en vez de a su esposa, lo que se llevó fue un golpe en la cabeza. Y ¡pam!, muerto.

«Como teoría no está mal», pensó Alicia, pero a Claire no le cuadraba en absoluto.

—¿Y por qué el secuestrador no liberó a Barbara? ¿Quieres decir que Jake la secuestró o estás hablando de otra persona? Estoy confundida.

—Tal vez Barbara y Arthur descubrieron la identidad del secuestrador, y por eso ambos tenían que morir. No lo sé, Claire, no tengo todas las respuestas, solo unas teorías estupendas.

Perry se hundió en su asiento, abatido.

—Me encanta cómo funciona tu mente, Perry —reconoció Alicia—. Eres aún más fantasioso que yo.

—Gracias, creo…

—Pero tengo otra teoría que os va a gustar todavía más. —Todos

centraron su atención en Alicia—. Lynette, ¿no has dicho que encontraron el cuerpo de Arthur en el campo de golf de Rose Bay? —Su hermana asintió—. ¿A que no sabéis quién vive justo al lado de ese campo de golf? De hecho, desde su casa se ve el *fairway*.

Claire dio un respingo.

—Oh, sí, claro, ¡Wanda Birchin!

—Exacto, Wanda Birchin. La supuesta ex mejor amiga de Barbara. Y la misma persona que nos dijo que Arthur era un hombre de esos a los que les gustaba juguetear. ¿Y ella cómo lo sabe? ¿Tal vez Wanda sea una más de su larga lista de conquistas? Quizás se trate de una pelea de amantes.

La expresión del rostro de Claire le dejó claro que aquella teoría tampoco le convencía, pero Alicia siguió desarrollándola:

—Para mí tiene todo el sentido. Claire, acuérdate de que Wanda nos contó que Barbara y ella tuvieron una pelea, pero no quiso decirnos por qué. Seguramente Barbara se enteró de que se acostaba con Arthur.

—¡O puede que lo hiciera el marido de Wanda! —gritó de repente Missy, incorporándose a la discusión—. Tiene marido, ¿no?

Claire y Alicia se miraron, desconcertadas. No tenían ni idea. Wanda no lo había mencionado, pero se comportó como una mujer sin obligaciones, lo cual normalmente significaba que había alguien detrás con capital para hacerse cargo de los gastos de la tarjeta de crédito.

—Suponiendo que lo tenga, tal vez el marido de Wanda los pilló in fraganti y se vengó —aventuró Missy—. Es una pena que no sepamos más sobre el marido…

—Lo que sí es una lástima es que no podamos estar seguros de si ella se acostaba con Arthur o no —puntualizó Alicia—. Yo solo estoy fantaseando.

Hundió los hombros y todos se sumieron de nuevo en un deprimente silencio.

De pronto, a Alicia se le ocurrió algo.

—Tengo que hacerle otra visita a Wanda. Para asegurarme.

Lynette frunció el ceño.

—No sé…

—Lo siento, pero necesito que me dé respuestas claras. Me parece que Wanda ha estado jugando con nosotras desde el principio. Fue ella quien me invitó a ir a su casa, ¿os acordáis? Y después nos contó todo eso de la supuesta aventura de Arthur y Rosa. Incluso trató de implicar a Holly en el asunto, diciendo que era violenta. Y lo siguiente que ocurre es que Arthur aparece muerto al lado de su casa. No, esa

mujer tiene que responder a unas cuantas preguntas, y a mí no me da miedo hacérselas.

Se sentó al borde de la silla y juntó las manos como si fuera a rezar.

—Mirad, chicos, sé que todos estáis muy ocupados y que ya hemos invertido mucho tiempo en esto, pero la muerte de Arthur lleva el caso a un nivel totalmente distinto. Creo que debemos implicarnos de lleno si queremos encontrar a Barbara con vida.

—En caso de que aún lo esté —apuntó Perry, con la barbilla apoyada en una mano—. Lo siento, chicos, pero ahora mismo me parece extremadamente improbable. Tenemos que asumir los hechos.

—Sea como sea, viva o muerta, debemos encontrarla —insistió Alicia—. Y si eso implica tener que hacer unas cuantas preguntas difíciles, las haremos. La muerte de Arthur demuestra sin lugar a dudas que algo muy sospechoso está ocurriendo en la mansión de los Parlour. Vamos, chicos, ¿estamos comprometidos con este caso o no?

Miró a cada uno de los miembros del grupo y todos asintieron. Aunque ninguno de ellos conocía bien a esa mujer, sabían reconocer un buen misterio en cuanto lo veían y ninguno de ellos era capaz de resistirse a la tentación de investigar. Y si de paso ayudaban a Barbara, pues mucho mejor.

—Entonces ¿qué sugieres, Poirot? —preguntó Missy.

—«La técnica clásica» —citó, poniendo su mejor acento belga—: «La técnica de la eliminación. Descartaremos a los sospechosos uno por uno. No nos dispersaremos como los cachorros».

Todos se quedaron mirándola, perplejos, y ella se ruborizó.

—Perdonad, no he podido evitarlo. Es una cita de Poirot, de *Tragedia en tres actos*. Lo vi hace poco en la televisión. Lo que quiero decir es que creo que tenemos que centrarnos en una sola línea de investigación y trabajar desde ahí. Necesitamos analizar y descartar a los sospechosos uno por uno. De momento yo empezaré por Wanda, a ver adónde me conduce esta pista.

—Como él está muerto, yo podría volver a casa de Arthur y husmear… —propuso Missy, pero Alicia negó con la cabeza.

—La policía estará allí. No creo que te dejen llegar más allá de la verja de entrada.

—Pues ya iría siendo hora, la verdad —exclamó la bibliotecaria—. Vale, chicos, yo me voy a centrar en lo que mejor se me da. Intentaré localizar algún detalle interesante del libro que encontraron en el coche de Barbara. Y también voy a examinar más detenidamente su ficha de la biblioteca. Tal vez haya alguna pista ahí.

—¿Y eso es legal? —preguntó Claire, y Missy la miró con una

sonrisa traviesa.

—Me parece una gran idea —intervino Alicia, y miró a Claire—. En cuanto a usted, señorita Hargreaves…

Claire alzó sus cejas perfectas.

—¿Sí?

—No te va a gustar lo que voy a decir, pero creo que vas tener que citarte con el tenista seductor para descubrir qué sabe de la familia Parlour y qué clase de relación mantiene con Holly. Y también, si puedes, averiguar de qué hablaban aquel día en la pista de tenis.

Claire gruñó.

—Oh, pero si ese es un golfo de primera…

—Un golfo que se fijó en ti, me temo —insistió Alicia—. Vamos, saca del armario la ropa de tenis. Seguro que merece la pena.

—¡Oh, pues tengo el conjunto perfecto! —exclamó, y de repente pareció entusiasmada—. Vale, pero tendrá que esperar al sábado. No puedo estar cerrando la tienda sin ton ni son cada dos por tres, o acabaré en la ruina.

—¿Y yo? —preguntó Perry, incorporándose en su asiento—. ¿No hay golfos para mí?

Alicia se rio.

—¿Qué te parece si vas a esa joyería de Strand Arcade? Es uno de los últimos lugares donde vieron a Barbara con vida. El inspector Ward insinuó que había llevado algo a reparar, pero no quiso darme detalles. Intenta averiguar de qué se trataba, por si tiene algún significado.

—Una idea excelente. ¿Cómo se llama?

—Oh, maldita sea, Ward no lo dijo. Pero ¿cuántas joyerías puede haber allí? Tampoco es tan grande…

—Supongo que tendré que averiguarlo, pero he de decir lo mismo que Claire: no podré hacer nada hasta el fin de semana. Mi jefe me va a arrancar la piel a tiras si me escapo otra vez del trabajo.

—La verdad es que me parece el momento ideal —contestó Alicia —. Barbara estuvo allí el sábado pasado, así que lo mejor sería hablar con la persona que trabaja en la tienda los fines de semana. Además, ese día es menos probable que esté el dueño, por lo que te resultará fácil sonsacarles algún cotilleo a los empleados. Y podemos volver a reunirnos, digamos… el domingo por la mañana, para poner en común lo que hayamos descubierto. Podemos vernos en mi casa a eso de las diez. Así tendremos oportunidad de dedicarle a Max un poco de atención y posiblemente de degustar las fabulosas tortitas de canela de Lynette… —Se volvió hacia su hermana, preguntándole con la mirada, y esta asintió.

—¡Oh, qué delicia! ¡Estoy salivando solo de pensarlo! —exclamó Missy—. Pero ¿y tú, Lynette? ¿Qué vas a hacer tú, aparte de cocinar como una loca?

—Lo tengo clarísimo —aseguró ella mientras se levantaba, desperezándose—. Voy a hacer otro viajecito al otro lado del puente, a Balmoral Beach. Si no me equivoco, allí hay alguien que debe de estar muy contento por la muerte de Arthur. Así que ha llegado el momento de hacerle otra visita.

19

Si Niles Blakely estaba contento por el reciente fallecimiento de su cuñado, no lo parecía. Tenía el pelo aún más desgreñado que la vez anterior, la arruga que se le formaba entre los ojos aún más profunda y unas ojeras tan oscuras que parecían consecuencia de un puñetazo. Cuando Lynette apareció en la puerta de su cafetería, acompañada por su hermana, quedó claro que no tenía ganas de hablar con ella.

Lynette insistió en ir a ver a Niles esa misma noche y, como no consiguió convencerla de que lo dejara para la mañana siguiente, Alicia cambió de estrategia y logró que accediera a que la acompañase.

—Si piensas presentarte allí tan tarde, iré contigo. Niles podría ser peligroso.

—Lo dudo mucho.

—Lynette, no lo conoces. Además, a mí también se me ocurren unas cuantas preguntas que hacerle. Podríamos matar dos pájaros de un tiro… —Hizo una mueca por lo inadecuado de la metáfora y miró a su hermana con una sonrisa de disculpa.

Al final, las dos se desplazaron desde la biblioteca hasta su casa para dar de comer a un sumamente desatendido Max, recoger una bolsa de magdalenas y subirse al viejo Torana. Así llegarían mucho antes que con el trasporte público.

De camino, Lynette tuvo que arrancarle la bolsa de magdalenas de las manos a Alicia y su hermana gimoteó.

—Lo siento, hermana, pero las magdalenas son una ofrenda de paz para Niles. Tal vez incluso sirvan para soltarle un poco la lengua, si tenemos suerte.

—¿Y qué te hace pensar que estará allí a estas horas? —Alicia miró el reloj del salpicadero. Eran casi las diez de la noche—. ¿No me habías dicho que no servía cenas?

—Tengo una corazonada.

La intuición de Lynette iba bien encaminada. En efecto, Niles aún

estaba en su cafetería de Balmoral, pero el soborno no lo ablandó, y miró las magdalenas de arándanos y chocolate blanco de Lynette como si estuvieran aderezadas con arsénico.

—No, gracias —dijo, rechazándolas, y estuvo a punto de darle en las narices con las puertas correderas de cristal.

Lynette encajó el pie en el umbral y le dedicó la más dulce de sus sonrisas.

—Vamos, Niles. Yo no soy tu enemiga.

—Todo el mundo es mi enemigo, eso es lo que acaba de decirme mi abogado. ¿Te has enterado de lo de Arthur?

—Lo he leído en internet.

—Pues ¡yo no lo hice!

—No te he acusado de ello.

—Sí, pero después de lo que te dije ayer… —No llegó a terminar la frase, pero Linette observó cómo su pálida piel enrojecía de golpe bajo las pecas.

—Eso es justo lo que me hace pensar que no fuiste tú —le explicó ella—. Me dijiste que no tenías motivo para matar a tu hermana, a menos que Arthur apareciera muerto de repente. Seguro que no habrías dicho una cosa así si estuvieras planeando acabar con él, ¿verdad que no?

Él la miró con cautela y después examinó a Alicia, que estaba de pie entre las sombras, en silencio.

—Es mi hermana, Alicia. Las dos pertenecemos al club de lectura de Barbara, así fue como la conocimos. ¿Podemos entrar? ¿Por favor? —Lynette volvió a tenderle las magdalenas—. Están recién hechas y riquísimas. Puedes ofrecérselas a los clientes mañana si quieres. En Mario’s cobramos cinco dólares por cada una.

Él las miró, echó cuentas mentalmente, y al final suspiró, cogió la bolsa y abrió la puerta para que pudieran entrar.

—No puedo ofreceros café. La máquina está apagada. —Dejó las magdalenas sobre el mostrador—. ¿Queréis té o algo frío?

Ellas negaron con la cabeza y los tres se sentaron a una mesa.

—De todas formas, yo no pude matar a Arthur porque estuve en la cafetería toda la tarde. Los policías han pasado por aquí y ya se lo he contado.

—¿Puede corroborarlo alguien? —preguntó Alicia, y él volvió a fruncir el ceño.

—Por desgracia, no. Hoy no he tenido casi ningún cliente, y ayer fue igual. He cerrado pronto, a eso de las cuatro, y he estado casi toda la tarde en la parte de atrás, haciendo cuentas. Ahí es donde estaba a la hora en la que se supone que le dieron el golpetazo en la cabeza a

ese pobre desgraciado.

—¿Y a qué hora fue eso? ¿Lo sabes?

—Según la pasma, encontraron el cuerpo alrededor de las cinco de la tarde, y creen que llevaba muerto, como mucho, una hora o dos. Supongo que tuvo que ser poco después de las cuatro. —Se irguió en su asiento—. Pero no debería estar hablando de Arthur con vosotras.

—Entonces háblanos de tu hermana —sugirió Alicia—. ¿Has recibido una carta suya esta semana?

Tanto Niles como Lynette la miraron perplejos.

—Es que hoy he hablado con el inspector Ward, el policía que lleva el caso…

—Sí, lo conozco. ¿Y qué?

—Ha mencionado que Barbara echó una carta en un buzón de la ciudad el día en que desapareció. Y he pensado que podía ser para ti.

Él negó con determinación.

—Ward ya me lo ha preguntado. No he sabido absolutamente nada de mi hermana desde que desapareció. Ya lo habría mencionado, si así fuera.

—Claro. Pero como le dijiste a Lynette que tu hermana no haría nada sin contártelo a ti antes, se me ocurrió que tal vez ella igual te había escrito para contarte lo que pasaba o cómo se encontraba…

—Pues no. Mirad, no sé qué le ha ocurrido, lo juro por Dios. Ni tengo nada que ver con la muerte de Arthur. No voy a fingir que ese hombre me caía bien, ni que sienta que esté muerto… Era un cerdo, la mayoría de la gente os dirá lo mismo que yo… Pero yo no lo maté. Ni hablar.

Miró con expresión suplicante a ambas hermanas, y Lynette le puso una mano en el hombro.

—Claro, Niles. Teníamos que preguntártelo, por si acaso.

—La verdad es que me estáis haciendo un montón de preguntas muy raras —respondió con aspereza.

—¿Puedo hacerte una más? —insistió Alicia y, como él no dijo nada, añadió—: Es sobre Holly.

Niles levantó la vista.

—¿Holly? ¿La malcriada de mi sobrina? ¿Qué pasa con ella?

—¿Tu hermana mencionó alguna vez que hubiera algo entre su hija y el profesor de tenis?

Pareció perplejo por la pregunta, hasta que apareció un destello de comprensión en su mirada.

—Ah, sí, un capullo que se llama Jack, Jackson, o algo así.

—Jake Smith.

Asintió.

—Sí, eso. Lo vi una vez, en una barbacoa familiar. Intentaba camelarse a Barb, si no recuerdo mal. ¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que lo ha intentado también con Holly? Pero si no es más que una niña…

—Tiene dieciséis años, aunque se comporta como si tuviera veintiséis. Así fue como la describió tu hermana.

—No sé nada sobre Holly y ese profesor de tenis pedófilo, ni recuerdo que mi hermana lo mencionara nunca. Lo único que me dijo sobre Holly fue que era la típica niñita de papá arrogante. No estaban muy unidas, al menos desde que su hija llegó a la pubertad. ¿Qué tiene eso que ver con su desaparición? ¿Creéis que Jake le hizo algo a mi hermana? ¿O a Arthur?

Alicia alzó ambas manos.

—Yo no he dicho eso, solo tenía dudas sobre él, nada más. Y necesitaba saber si Barbara lo había mencionado alguna vez.

Negó despacio.

—Está bien —concluyó Lynette—, creo que será mejor que nos vayamos.

En aquel momento la sorprendida fue Alicia. ¿Lynette la había llevado hasta allí en plena noche para eso? Esas preguntas podían haber esperado sin problema a la mañana siguiente. Antes le había parecido que Lynette tenía un as en la manga, pero al parecer no era así.

—¿Te llevamos a casa, Niles? —se ofreció Lynette, con las llaves del coche de Alicia en la mano.

Él se apresuró a rechazar la oferta:

—No, todavía me quedan cuentas por hacer.

—Pasas mucho tiempo haciendo cuentas… —comentó Lynette. Volvió a sentarse y dejó otra vez las llaves sobre la mesa—. No tienes casa, ¿verdad?

Alicia se quedó más sorprendida por la pregunta que Niles. «Sí que tenía un as en la manga».

—No sé qué quieres decir —respondió, sin emoción en la voz.

—Ayer vi la mochila y el saco de dormir, Niles. Sé que duermes ahí detrás. Y es cierto que los dueños de cafeterías tienen que trabajar después de cerrar, pero tú pasas aquí demasiado tiempo. No puede ser que tengas tantas cuentas que hacer, porque está claro que no vienen muchos clientes.

Él seguía sin decir nada, y entonces Lynette le apretó el hombro e insistió:

—¿Desde cuándo?

Tras unos segundos, él sacudió la cabeza y balbuceó:

—Me echaron de mi apartamento de Surry Hills el lunes por la tarde. Cambiaron las cerraduras, ni siquiera me dejaron sacar mis cosas. Cabrones. No les debía mucho, pero ya sabéis cómo son los caseros. Unos miserables.

—¿Tu hermana era la que se ocupaba de solucionarte esos problemas?

No respondió, pero su expresión avergonzada lo dijo todo.

—¿Y por qué no vendes la cafetería? Así podrías pasar página y librarte de todas las deudas.

Él se encogió de hombros. Apartó la vista, desanimado. Lynette miró a su hermana y le dijo:

—Vámonos, Alicia. Será mejor que dejemos dormir un poco al pobre Niles. —Lo miró de nuevo—. Te deseo mucha suerte en todo, ¿vale?

Él las estuvo observando con expresión triste hasta que salieron y, cuando se fueron, se quedó allí sentado, solo, en medio de su cafetería vacía.

20

Alicia Finlay estudiaba detenidamente el póster desplegable de Lady Gaga que su director artístico acababa de diseñar para la página dieciséis. Estaba un poco borroso y desenfocado, pero eso era lo que pasaba cuando ampliabas una imagen digital para obtener algo que no tenía nada que ver con su finalidad inicial. Tampoco le encantaban los bordes verde lima, pero sabía que a las niñas de doce años les parecerían lo más, y eso era lo único que importaba. Le dio su aprobación y volvió a su mesa.

Era viernes por la mañana y Alicia volvía a tener problemas para concentrarse en el trabajo. Se estaba convirtiendo en una mala costumbre. Ya había acabado la revista de los gatitos, las de ese tipo no solían llevar mucho tiempo de montaje, y había pasado al número especial de una revista con póster interior incluido en la que no lograba centrar su atención, por mucho que lo intentara. Alicia ya había llamado dos veces a la casa de Wanda Birchin y le había dejado mensajes, pero no había servido de nada. Estaba deseando hacer algún progreso en la investigación, pero no sabía hacia dónde tirar. Apartó la silla, se dirigió a la sala de descanso y, ¡oh, sorpresa!, allí estaba Ginny, batiendo leche con intención de conseguir espuma para un capuchino. Cualquier excusa era buena con tal de no estar en su mesa.

—Tienes muy mala pinta —le dijo Ginny a modo de saludo, alzando la voz por encima del ruido del espumador.

—Gracias, Ginny, siempre me haces sentir genial.

—Perdona, chica. ¿Se puede saber qué te ocurre? Últimamente pasas mucho tiempo fuera de la oficina. Como no te andes con ojo, te van a despedir.

—¿Y quién se va a enterar? El jefe supremo está en Londres, ya lo sabes.

Ginny miró a su alrededor.

—Sí, pero Hamish Keener no. Y él se lleva muy bien con los peces gordos. No me extrañaría que se chivara.

—Que se chive si quiere. La revista ya está casi lista. He trabajado

en casa para recuperar el tiempo.

Alicia sacó una taza del armario y se apoyó en el banco de la cocina, a la espera de que Ginny terminara.

—¿Qué es lo que te obliga a pasar tanto tiempo fuera de aquí? No seguirás agobiada por esa tía rara de tu club de lectura que ha desaparecido, ¿verdad?

—Ahora estoy peor, porque su marido acaba de aparecer muerto.

Ginny dio un respingo.

—¡Lo sé! ¡Lo he visto en *Today Show* esta mañana! Andas metida en un misterio muy turbio. Tú y tus clubes de lectura… No tienes un historial muy bueno que digamos: te han echado de uno, ha desaparecido una participante de otro y de repente también su marido aparece muerto.

—No me echaron del club de lectura de los lunes, Ginny. Me largué yo, ¿no te acuerdas?

Pero eso no hacía que se sintiera mejor, así que se dejó caer en el banco de la cocina y suspiró teatralmente.

—¿Por qué no lo dejas en manos de la policía? —sugirió Ginny mientras sacaba el vaporizador de la jarrita plateada de la leche y cogía una cucharilla—. No quiero pincharte la burbuja, amiga, pero es su trabajo, no el tuyo.

Alicia se incorporó y se quedó mirándola fijamente.

—Tienes razón. Oh, Dios mío, ¡tienes toda la razón!

Volvió a meter la taza en el armario, salió disparada hacia su mesa y cogió el bolso.

—Pero ¿adónde demonios vas? —gritó Ginny desde el pasillo, todavía con la jarra de la leche en la mano.

—¡Voy a seguir tu consejo por una vez! —respondió, también a gritos, mientras llamaba al ascensor.

* * *

El inspector Ward le indicó a Alicia que pasara a su despacho y se sentara casi sin mirarla, porque estaba terminando de escribir algo en el ordenador que tenía enfrente. Cuando por fin hubo acabado, se quedó mirándola mientras le daba un tironcito a un extremo de su bigote.

—La investigadora del club de lectura viene a verme de nuevo. ¿Quiere compartir conmigo alguna información más sobre Barbara Parlour?

Ella dejó el bolso en el suelo y negó con la cabeza.

—En realidad, vengo a hablarle de Arthur Parlour.

—Se ha enterado del homicidio, por lo que veo.

—No se habla de otra cosa. Los programas matutinos acampan en la puerta de su casa, intentando conseguir las primeras imágenes de la hija destrozada. Es repugnante.

—Pero ¿no era usted periodista de formación? —preguntó, con un brillo divertido en los ojos.

—Sí, pero no haría algo así, nunca. No hay dinero suficiente que pueda convencerme.

—Me alegro de oírlo. No es algo que nos ayude a hacer nuestro trabajo. Como tampoco lo hacen las interrupciones constantes de la gente de la calle. —En su voz no había ni pizca de diversión.

—Está bien, iré al grano. Solo quería comentarle algo, por si no lo sabe y resulta que es importante. Es sobre Wanda Birchin.

—¿Quién?

—Wanda Birchin, ya sabe, la amiga, o examiga, de Barbara. Se la mencioné el otro día.

—¿Y qué pasa con ella?

—No quiero insinuar que sea sospechosa ni nada…

—Dígalo ya, señorita Finlay. No tengo tiempo para esto.

Ella asintió.

—Perdón, es que Wanda vive justo al lado del campo de golf donde encontraron el cuerpo de Arthur.

Su expresión cambió de repente. Cogió un bolígrafo y se dispuso a anotar algo.

—¿Ha dicho que se llama Wanda Birchill?

—Birchin. Wanda Birchin. —Se lo deletreó, y él apuntó el nombre en una libreta—. No pretendo sugerir que ella tenga algo que ver con todo esto, pero tal vez haya visto u oído algo.

—Mis hombres están interrogando a los vecinos en este mismo momento, mientras hablamos, pero este dato nos será útil. Si no quiere nada más, tengo trabajo que hacer.

—Bueno… —Él la miró, impaciente—. Seguramente debería habérselo mencionado la última vez que vine… —La mirada empeoró —. No soy una persona a la que le gusten los cotilleos, y seguro que ya habrá oído hablar del asunto, pero creo que podría haber algo entre Arthur y su asistenta.

—¿Rosa Lopez? ¿A qué se refiere?

—Puede que Arthur y ella tuvieran una aventura. No sé si es importante, ni si tendrá algo que ver con lo que ha pasado, pero he creído que debía decírselo.

Él suspiró. Era obvio que ya le había llegado ese rumor.

—¿Tiene alguna prueba de la supuesta aventura?

—¿Yo? Oh… eh… no exactamente, pero Wanda lo dejó caer.

—Wanda Birchin de nuevo. ¿Y qué les hace creer a ambas que Arthur y su asistenta mantenían ese tipo de relación?

—Bueno, nada contundente, pero la última vez que estuve allí se notaba que había mucha complicidad entre ellos. Él la llamó «bonita» y… eh… Barbara nos dijo que Rosa solo trabajaba unas horas por la tarde, pero, según parece, últimamente se pasa allí todo el día. O al menos se lo pasaba, antes de que Arthur muriese.

—Tal vez, como su esposa ha desaparecido, Arthur le pidió que fuera más horas para ayudarlo —sugirió el policía.

—Tal vez —concedió ella—. Solo se lo digo para no quedarme con el remordimiento de habérselo ocultado.

—Entonces ¿podría decirse que está descargando su conciencia? Está bien, señorita Finlay, si no tiene nada más que añadir, le reitero que tengo mucho trabajo.

—Claro, claro —dijo ella poniéndose en pie.

Cuando los dos se acercaban a la puerta, él se detuvo de repente y le preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Arthur Parlour?

Alicia lo pensó un instante.

—La última vez que hablé con él fue el lunes por la noche, cuando lo llamé para pedirle los datos de contacto de Wanda. Pero lo vi ese mismo día, unas horas antes, en su casa. Sería un poco más tarde de la una, creo; fue justo cuando llegaron sus agentes para hablar con él. Como le dije, yo lo obligué a que los llamara y denunciara la desaparición de Barbara. Se mostraba muy reticente a comprometerlos, y por eso sospeché de él. Pero ahora que ha aparecido asesinado… ¿Qué tal lo lleva Holly?

—Como cabría esperar. Se ha ido a casa de unos amigos, creo.

—Sé con seguridad que una persona de nuestro club lo vio con vida y en perfecto estado el miércoles, sobre las once de la mañana.

—¿Y quién fue?

—Missy Corner, una bibliotecaria de la ciudad. Fue a casa de Barbara a buscar un libro que había perdido.

Alicia sabía que era mentira, pero había cosas que no podía revelar. En su visita anterior, el inspector ya había pedido a los miembros del club que no se inmiscuyeran.

—Ya veo. ¿A eso de las once ha dicho?

Alicia buscó el número de Missy en su teléfono y se lo dio a Ward.

—Sí, llámela. Ella se lo confirmará.

Ward vaciló.

—Creo que, a estas alturas, ese detalle no aportará nada

esclarecedor, a menos que viera algo sospechoso.

—Me dijo que estuvo a punto de sacarle los ojos a Rosa. —Él enarcó ambas cejas bruscamente y ella se apresuró a añadir—: No en un sentido literal, claro.

Alicia describió brevemente el altercado en la casa de Woollahra y Ward se acarició el bigote mientras le abría la puerta.

—Una discusión con un miembro del servicio no suele desembocar en asesinato, señorita Finlay —afirmó, lanzándole una dura mirada—. Al menos fuera de las páginas de las novelas de Agatha Christie.

21

El sábado por la mañana, cuando Claire Hargreaves entró en las pistas de tenis de Rushcutters Bay, el tiempo seguía un poco tristón. Al ver las nubes de tormenta que cubrían el cielo y amenazaban con lluvia inminente, se cerró un poco la chaqueta Adidas *vintage*. Normalmente no se ponía prendas que dejasen tanta pierna al aire, a Charlie no le gustaba, pero supuso que a Jake Smith sí, y cualquier ayuda sería bienvenida.

Como si se tratase de una señal, justo en ese momento apareció Jake por el lateral de una de las pistas y fue directo hacia ella. Su mirada recorrió las piernas de Claire de abajo arriba y se detuvo en su chaqueta.

—Bonito uniforme —dijo, mientras sus ojos volvían a descender hasta las piernas y se quedaron fijos ahí.

Ella soltó una risita nerviosa.

—Gracias por encontrarme un hueco. Hace años que quería poner a punto mi juego.

—No hay problema. Además, me alegró recibir tu llamada. Tengo la sensación de que el otro día conectamos.

En ese momento la miró a los ojos con una sonrisa torcida en los labios; los nervios de Claire desaparecieron al instante y pasaron a convertirse en indignación y asco. Nunca le habían gustado esa clase de hombres, con sus miradas lascivas y su exceso de halagos. Hasta los ramos de flores le resultaban molestos. Prefería los caballeros reservados, que sabían estar en su sitio, como Charlie.

Pero le siguió la corriente, dedicándole una falsa sonrisa amable, y no dejó de sonreírle durante la media hora de clase que había concertado con él. La verdad era que Claire jugaba muy bien al tenis y no necesitaba clases (había aprendido a jugar en Inglaterra, cuando era pequeña), pero aquel día perdió varios puntos a propósito, y, de vez en cuando, dejó escapar una risita infantil. Pensó que, si quería hacer que aquel hombre comiera de su mano, le vendría bien que él se sintiera superior, pero Jake no se dejó engañar.

—Juegas mejor de lo que parece —comentó al finalizar la clase, después de que ella insistiera en que se tomaran un vaso de Pimm's con limonada en el bar del club de tenis.

Estaban sentados en un amplio balcón, a la sombra, con vistas a las pistas, y únicamente había otras dos mesas ocupadas: en una había una pareja de jóvenes que solo tenían ojos el uno para el otro, y la más alejada la ocupaba un hombre con traje que tenía la mirada fija en un pequeño portátil. Mientras servía la bebida con hielo en los dos vasos y le pasaba uno a Jake, Claire pensó que podría ser el director del club.

—Oh, gracias, Jake. Qué amable por tu parte —respondió, haciendo un esfuerzo para no pestañear con coquetería, porque eso habría sido pasarse—. ¿Cuánto tiempo llevas dedicándote a dar clases de tenis, Jake?

—Unos cuantos años. Barbara fue quien me dio la primera oportunidad. —Guardó silencio un momento—. Oye, menuda impresión lo de Arthur, ¿no?

Ella asintió.

—¿Le dabas clases de tenis a él también?

—No, solo le gustaba el golf. Y por mí, mucho mejor.

—¿No te caía bien?

Él se encogió de hombros, cogió la bebida y le dio un sorbo.

—¿En qué sentido te ayudó Barbara?

—¿Qué?

—Has dicho que ella te dio «tu primera oportunidad».

Jake asintió y se pasó una mano por la nuca. Ella ya conocía la maniobra: era para lucir bíceps, y los suyos eran de un tamaño considerable. No pudo evitar sonreír ante aquel patético intento de llamar su atención. Al ver que sonreía, él se animó y sonrió también. Ella no se había quitado el anillo de compromiso antes de la clase, pero eso no pareció hacerlo vacilar en absoluto, y ella tampoco creía que así fuera. Más bien serviría para alentarlo aún más.

—Sí, es que soy jardinero de oficio… Un trabajo horrible, siempre cavando y rodeado de estiércol y fertilizante, nada divertido. Llevaba varios meses ocupándome del jardín trasero de la casa de Barbara y me fijé en que nunca había nadie en la pista de tenis. Está en un lateral de la casa y es de lo mejorcito, ¿sabes?

—Sí —confirmó Claire, y la sonrisa de Jake se volvió traviesa.

—Claro. Estuviste allí, espiándome.

Espiando a Holly, en realidad, estuvo a punto de decir, pero se mordió la lengua y le devolvió la sonrisa, pícara.

—Un día le pregunté a Barb si jugaba alguna vez. No la había visto

nunca cerca de la pista, y mucho menos jugando. Ella se rio como si fuera la pregunta más loca que había oído en su vida. Me dijo que la pista era solo por las apariencias, que ella no tenía ni idea de tenis y que, aunque le fuera la vida en ello, no lograría darle a la pelota. Me ofrecí a enseñarle y, bueno, el resto es historia.

—¿Y fue entonces cuando empezaste tu negocio?

—Sí, Masters del Tenis, ¿te gusta el nombre?

No, pensó, pero pasó a la siguiente pregunta:

—¿Y cuántos clientes tienes ahora?

Él se paró a pensarlo un momento.

—Unos veinte, más o menos. Barb me ayudó convenciendo a todas las señoras aburridas del club de golf de su zona.

—Ah, las viudas del golf.

Él se rio.

—Más bien las *Mujeres desesperadas.*

Ella enarcó ambas cejas.

—¿En serio? Te han tirado los tejos, ¿eh?

Él se encogió de hombros, indiferente.

—No me parece mal que una mujer mayor y hermosa quiera tener una aventura de vez en cuando.

Claire inspiró profundamente y preguntó:

—¿Y a Barbara? ¿Le apetecía tener una aventura?

La pregunta lo pilló desprevenido, y un siniestro destello iluminó sus ojos azules, pero recuperó la compostura rápidamente y volvió a encogerse de hombros, sin revelar nada.

Ella suspiró.

—¿Y se le daba bien?

Él la miró con incredulidad.

—¿Cómo?

—Que si a Barbara se le daba bien el tenis.

—Ah, sí, bastante bien. Tardó unos meses en aprender, pero al final le cogió el tranquillo. Bueno, no como para inscribirla en Wimbledon, pero era capaz de dar un buen golpe de vez en cuando y se lo pasaba bien jugando. Eso es lo único que busca esta gente rica de la alta sociedad. Aunque la hija es más complicada. Holly no escucha.

—Típico de una niña.

Claire no pretendía incidir en el tema de su edad, pero la palabra «niña» pareció incomodarlo. La sonrisa de adulación desapareció y volvió la siniestra mirada.

—Tiene casi diecisiete años —señaló, muy serio.

—Un poco joven para ti, diría yo.

—Yo le doy clases de tenis, Claire, no salgo con ella.

—¿Ah, no? Porque eso era lo que parecía. —Él la fulminó con la mirada, pero no dijo nada, así que ella se apresuró a añadir—: El domingo de la reunión del club de lectura te vieron besándola, Jake.

Él apartó la vista y sacudió la cabeza, contrariado.

—Dios, es verdad que sois un grupo de metomentodos. ¿Y qué si nos estábamos besando?

—¿Crees que a Barbara le parecería bien?

—¿A Barbara? ¿Y qué tiene que ver ella con eso?

—Es tu jefa, ¿no? Y también la madre de Holly, y conozco a las mujeres como ella: escogen a un abogado respetable para sus criaturas mucho antes de que empiecen en la escuela privada. ¿Crees que vería con buenos ojos que el profesor de tenis estuviera confraternizando con su hija?

Jake entornó los ojos y su voz se volvió gélida.

—Bueno, Barbara ya no está, ¿no? Así que eso es irrelevante.

—Hablas como si estuviera muerta —le replicó Claire.

—¿Es que tú no crees que lo esté?

Claire levantó ambas manos.

—Espero que no.

—¿Por eso me has llamado?

—¿Cómo?

Dio un golpe seco al dejar el vaso sobre la mesa, y la pareja de enamorados, sobresaltada, se volvió para mirarlos. Él se inclinó sobre la mesa y le dijo:

—Vamos, Claire, que no nací ayer. Tú no necesitas clases de tenis. Demonios, podrías darme una buena paliza en la pista cuando te diera la gana.

Ella se ruborizó.

—Solo quería practicar un poco…

—Lo que querías era averiguar cuánto sé acerca de la desaparición de Barbara. ¿Por qué? ¿Es que crees que me pilló con su hijita y le di un golpe en la cabeza o algo así? ¿Y después la enterré… dónde, bajo la pista de tenis? —Sonrió de nuevo, pero esta vez con frialdad. Tenía los puños apretados y los apoyaba en la mesa, como si estuviera a punto de saltar—. Holly tenía razón sobre tu grupito… Pues puedes decirles a los de tu club de lectura que la última vez que vi a Barbara estaba vivita y coleando.

—¿Y eso cuándo fue? —le preguntó, aunque sabía que estaba tentando a la suerte.

El profesor de tenis, tan seductor unos minutos antes, había perdido oficialmente todo su encanto, y de golpe parecía un matón de pueblo, con los ojos entornados y la sonrisa convertida en una mueca.

En ese momento podía imaginárselo cogiendo la raqueta y haciendo algo peligroso con ella. Miró a su alrededor y vio que la pareja había entrado en el club, pero el hombre del traje seguía allí, aunque ya no tenía la vista fija en la pantalla, sino que miraba lo que estaba sucediendo en el balcón, así que se tragó su miedo y aparentó una confianza en sí misma de la que carecía por completo. Tal vez Jake también reparó en la mirada de aquel hombre, porque relajó el tono y las manos y se encogió de hombros, como si nada tuviera importancia.

—Si insistes en saberlo, fue el sábado por la mañana. Tuvimos una clase corta y después me dijo que tenía que dejarlo para ir a prepararse.

—¿Para qué?

Se encogió de hombros otra vez.

—Ni idea. Parecía emocionada, y dijo algo acerca de una lección.

—¿Una lección? ¿En serio? ¿Dónde?

—No lo sé. Murmuró algo entre dientes y me dejó allí, plantado en la pista, así que me fui. Esa fue la última vez que la vi. Ya se lo he dicho a la poli, todo, pregúntales. Me llamaron ayer por la tarde. —Hizo una pausa—. Al parecer alguien les ha estado contando rumores y cotilleos.

Volvió a aparecer aquella mirada gélida, y Claire levantó ambas manos, a la defensiva.

—Oye, yo no le he dicho ni una palabra a la policía. En serio, no he hablado con ellos.

—Sí, ya, bueno. —Se levantó, cogió su raqueta y su gorra—. Ya estoy harto de tanta mierda. No tengo que darte explicaciones, ni a ti ni a nadie. —Miró su enorme reloj deportivo—. Además, tengo una clienta que sí necesita una clase.

—Solo queremos encontrar a Barbara, Jake. Estamos preocupados, nada más.

—Eso es lo que no paráis de decir. Pero, por ahora, el que está muerto es Arthur, no Barbara. —Se agachó, acercó su cara a unos pocos centímetros de la de Claire y le dijo en un susurro—: Tal vez tendríais que haberos preocupado más por él, ¿no se os ha pasado por la cabeza?

Dicho lo cual, le dio la espalda y se alejó.

Claire le dio un largo sorbo a su bebida con la intención de calmar los nervios. Estaba más alterada de lo que creía. El corazón le latía como loco bajo la chaqueta. Jake la había puesto nerviosa; había visto el lado peligroso del profesor de tenis y se alegraba de que el hombre del traje no hubiera abandonado el balcón en ningún momento.

Tal vez las cosas habrían sido diferentes si él no hubiera estado.

Claire sacó el móvil de la bolsa de deportes, respiró profundamente y llamó a Alicia para contarle lo que Jake le acababa de decir. Ella se quedó perpleja.

—¿Qué? ¿Ha insinuado que Barbara podría tener algo que ver con el asesinato de Arthur? ¿Que deberíamos sospechar de ella?

—Eso es lo que parecía.

—¿Te ha dado la impresión de que sabe algo?

Claire miró hacia la pista, donde Jake estaba enseñando a sacar a una mujer de mediana edad con muy poca ropa. Sus risitas de colegiala se oían muy bien desde donde ella estaba.

—La verdad es que no lo sé, Alicia. Pero es un tipo sospechoso y podría haberlo dejado caer a modo distracción, para que no nos centremos en él.

—¿Crees que podría tener algo que ver?

—Quizás. —Le contó lo de su cambio de profesión, de reticente jardinero a profesor de tenis emprendedor—. Me parece que tiene que agradecerle a Barbara casi todas sus clientas, que le pagan un buen dinero. Si lo pilló con Holly, tal vez lo amenazase con llamar a sus amigas del golf, destruir su negocio y dejarlo en la miseria. Una cosa es que el profesor de tenis se acueste con unas cuantas amas de casa aburridas y otra muy distinta que tenga algo con sus preciosas hijas. Está jugando con fuego, y tal vez, solo tal vez, al final fuera Barbara la que se quemó.

—¿Y dónde encaja Arthur en todo esto?

Claire se mordió el labio, intentando encontrarle sentido.

—Quizás lo descubrieron los dos, y él los mató a ambos, pero aún no han encontrado el cadáver de Barbara.

Alicia se estremeció.

—Supongo que es una posibilidad, pero a mí me resulta un poco extrema. Seguro que puede encontrar más amas de casas aburridas a las que dar clase. Aunque Barbara lo amenazase con llamar a sus amigas, él podría procurarse nuevas clientas en otra parte.

Claire suspiró.

—Lo sé, es muy poco probable. Aun así, ese hombre da miedo. Incluso resulta un poco intimidante.

—¿Te ha amenazado?

—No, no ha sido para tanto. Pero su actitud… No le ha gustado que le hiciera esas preguntas, parecía a la defensiva. Aunque me ha revelado otro detalle interesante.

Le contó lo de la clase el día en que desapareció Barbara, y que ella le comentó algo acerca de una lección.

—Hum, eso es interesante. ¿Qué crees que querría decir?

—Ojalá lo supiéramos… Hay demasiadas pistas crípticas que no tienen ningún sentido.

Alicia estuvo de acuerdo, y también se preguntó si sería verdad, o si Jake les estaba dando pistas falsas para desviar su atención. Si así fuera, su conducta sería la propia de un personaje de Agatha Christie.

—Hasta donde yo sé, la policía no tiene constancia de que Barbara se fuera a otra parte, ni de que viera a nadie después de ir a la joyería, o al menos el inspector no me lo dijo —explicó Alicia.

—Oh, madre mía, creo que será mejor que me vaya —respondió Claire en voz baja—. No sé si estoy paranoica, pero ahora mismo Jake me está fulminando con la mirada.

—Sí, sal de ahí, Claire. No sabemos de qué es capaz ese hombre. Y gracias, seguro que no ha sido fácil. Me pregunto qué tal le habrá ido a Perry…

* * *

Perry se lo estaba pasando en grande. Era la 1.22 de la tarde y había encontrado la única joyería que había en Strand Arcade, la zona de tiendas de lujo situada en el centro de la ciudad. Cuando llegó, se apoyó en el mostrador de cristal y fingió ser el asistente personal de Barbara. Hasta el momento, el joven dependiente, un chico bien vestido con una piel espantosa y ojos oscuros, se lo había creído.

—Lo siento, señor, pero terminamos la reparación de la joya y ya no está en la tienda.

Perry fingió sorpresa e indignación.

—¿Qué? ¡No! Tiene que ser una broma, ¡por favor, dígame que es una broma!

—Eh… No, lo siento. La enviamos el martes.

—Oh, Dios mío. —Perry se abanicó con un folleto del mostrador, como si estuviera a punto de desmayarse—. Es increíble… La señora Parlour me dio una orden estricta: debía recogerla yo.

—¿Puede haber sido una confusión?

—¿Una confusión, muchacho? ¡Esto es un desastre!

El dependiente parecía agobiado, sacó un libro de debajo del mostrador y pasó las páginas mientras balbuceaba:

—Yo lo recuerdo muy bien, señor. Ella lo dejó muy claro y nos dio la dirección de envío, se lo puedo asegurar…

—¿Habló con ella usted en persona?

—Sí, fui yo. —Dejó de pasar las páginas y pareció alegrarse—. ¡Aquí está! The Hydro, tal como lo solicitó. Ahí era donde quería que

lo enviáramos y así lo hicimos.

Perry archivó el dato en su memoria, pero sacudió la cabeza.

—¿En serio? ¿The Hydro? ¿Y dio otras instrucciones?

—Solo eso, señor.

—¿Y a qué nombre dijo que la enviaran?

El dependiente estuvo a punto de ponerse a leer en voz alta, pero de repente lo reconsideró y entornó sus ojos oscuros.

—¿Quién me ha dicho usted que era?

—¡Ya se lo he explicado, hombre! Soy el asistente personal de Barbara, Bruno Myers. Yo le hago todos los recados. De hecho, el sábado debería haber traído yo la joya, pero ella tenía que venir a la ciudad de todas formas, así que…

—Eso fue antes de que desapareciera, ¿no? —De repente abrió mucho los ojos, como si estuviera ansioso por enterarse de algún cotilleo.

—Sí, sí, por desgracia fue así. Supongo que la policía habrá hablado ya con usted.

—Sí, señor Myers.

—Bien, bien, pero yo estoy seguro de que va a aparecer en cualquier momento y, cuando lo haga, quiero tener todos sus asuntos en orden. Entre ellos la recogida de esas joyas perdidas.

—Solo había una, señor.

—¿Qué? Oh, es verdad. ¿Podría ver el… eh… el recibo?

El dependiente volvió a entornar los ojos y cerró el libro bruscamente.

—¿Tiene alguna identificación? ¿O una autorización?

El cambio de actitud fue bastante repentino y Perry fingió indignación.

—¡No, no la tengo, pero tampoco la necesito! ¡El joyero al que acudíamos antes, Henri, de Tiffany's, nunca me habría hecho una pregunta tan impertinente! Ya le dije a Barb que debía seguir yendo allí. No tengo ni idea de por qué prefirió venir a esta miserable tienducha.

Se lo estaba inventando todo, por supuesto, pero se puso a observar la joyería con desdén para potenciar el efecto teatral. A esas alturas habían entrado otros clientes, así que el dependiente levantó una mano para intentar calmarlo.

—Siento haberlo ofendido —dijo bajando la voz—, pero ya han pasado por aquí unos cuantos periodistas, a ver si se enteraban de algo, y mi jefe me ha dicho que tengo que comprobar las identificaciones antes de dar cualquier información, ¿sabe? —Se inclinó sobre el mostrador, con aire de conspiración—. Un reportero

incluso dijo que era policía, ¿se lo puede imaginar?

Perry se hizo el sorprendido.

—No, es increíble, venir aquí fingiendo ser otra persona. ¡Alucinante!

—Por eso entenderá, señor, que mi jefe insista en que no divulgue ninguna información personal. Pero puedo asegurarle que todo se ha hecho según lo solicitado. Seguimos las instrucciones de la señora Parlour al pie de la letra y yo no he cometido ningún error. Puede llamar a The Hydro y preguntar allí.

Perry suspiró exageradamente y asintió.

—Está bien. Ya me ocuparé yo de arreglar este lío para que no le salpique.

Y salió de la tienda. Esperó hasta que hubo abandonado la galería comercial y entonces soltó una exclamación de alegría. Fingir ser Bruno, el malhumorado asistente personal, había resultado muy divertido, pero se había quedado con más preguntas que respuestas. Por ejemplo, ¿qué demonios era The Hydro? ¿Y por qué Barbara había pedido que le enviaran allí una joya justo antes de desaparecer?

22

El Club del Crimen se había reunido para el *brunch* del domingo alrededor del baúl que hacía las veces de mesita de café, en el salón de la casa de las hermanas Finlay. Todos estaban disfrutando de las tortitas de canela y especias de Lynette, especialmente Missy. Mucho antes de que la mayoría se hubiera terminado su primera ración, ella ya se había servido tres veces.

—Alicia, ¡eres la mujer con más suerte del mundo, porque compartes casa con una aprendiz de chef! —exclamó con la boca llena —. Ojalá mi madre supiera hacer tortitas, aunque solo fueran medio decentes.

Perry se atragantó, y el café recién hecho que acabada de tomarse salió despedido en todas direcciones.

—¡Dime, por favor, que no sigues viviendo con tus padres! —Lynette le pasó una servilleta y él se limpió con ella las manchas de café de su camiseta blanca, ceñida y sin mangas—. Qué calladito te lo tenías, guapa.

—Oh, no —respondió ella, a la defensiva—. Es que no había salido nunca el tema. Es lo único que puedo permitirme ahora mismo. ¿Tú sabes la miseria que cobro en la biblioteca? Mi madre cree que no me llegaría ni para pagar la factura de la luz de un año con eso. Estoy ahorrando.

—Muy bien hecho —la apoyó Claire, que ese día iba vestida de manera informal, con unos vaqueros oscuros y una camisa vaquera roja y azul, atada por delante con un nudo, y el pelo recogido en dos coletas bajas. Parecía que acabara de salir de una película antigua del Oeste—. Cuando tenía tu edad, estaba deseando irme de casa de mis padres, pero dar el paso resultó difícil y caro.

—Ya. Pues imagínate si tienes que apañártelas sola. Al menos tú tienes a tu prometido para pagar la mitad de las facturas.

—Oh, Charlie y yo no vivimos juntos —explicó Claire.

Sus palabras despertaron el interés de Perry, que dejó de limpiarse las manchas y dijo:

—¿En serio? ¿Y por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca nos ha parecido necesario, supongo. Nos vamos a casar, así que ya viviremos juntos después de la boda.

«Eso si llegáis a casaros», estuvo a punto de decir Perry, pero la expresión de la cara de Alicia hizo que guardara silencio. Se limitó a fruncir los labios y enarcó ambas cejas en un gesto de complicidad. Alicia no había tenido oportunidad de preguntarle a Perry por su relación con el prometido de Claire, y solo de pensar en lo que podía decirle le entraban escalofríos. En cualquier caso, aquel no era un buen momento para preguntar, así que intentó cambiar de tema.

—¿Qué tal os ha ido a todos? ¿Algún avance que queráis contarnos?

Los miembros del club de lectura se turnaron para poner al día a los demás. Lynette les habló de su visita del jueves por la noche a Refugio Playero y les reveló que Niles estaba sin blanca y sin casa.

—Al menos yo no tengo que dormir en el suelo de una cafetería —comentó Missy, mirando a Perry—. Eso es muy deprimente. No sé cómo lo llevaría yo. Y que te echen de tu casa es muuuy desalentador. A una excompañera de la biblioteca la echaron de su casa y se quedó destrozada. Le dejaron todas sus cosas tiradas en la acera, delante de la puerta, ¿os lo podéis creer? Y…

—¿Y qué aspecto tenía Niles? —la interrumpió Anders, en un intento por centrar la conversación y evitar divagaciones.

Alicia se dio cuenta de que Missy se había ofendido un poco por la interrupción y apretaba los labios, como si intentara mantener la compostura.

—Agotado y estresado, como era de esperar —siguió explicando Lynette—. Claire, ¿qué tal te fue a ti con el tenista seductor?

Ella hizo una mueca.

—Al final las cosas se pusieron un poco feas. Creo que no va a intentar seducirme nunca más.

—Charlie se sentirá muy aliviado —comentó Perry con sorna, y Alicia suspiró.

No sabía a qué jugaba, pero tenía la impresión de que era un juego en el que Claire acabaría perdiendo. Le caía bien esa chica y le gustaba que formara parte del club. Tenía una mente muy ágil y no le importaba hacer de abogada del diablo, algo que tanto Perry como ella necesitaban desesperadamente de vez en cuando, para mantenerlos centrados y ponerle límites a su imaginación. No tenía intención de dejar que Perry la espantara, así que podía guardarse sus comentarios impertinentes.

—Cuéntales a los demás lo que pasó, Claire —la animó, ignorando a Perry.

Claire describió su reunión con Jake en el club de tenis y cómo él se volvió bastante siniestro en un abrir y cerrar de ojos.

—¿No se creyó tu historia de que querías mejorar tu tenis? —le preguntó Lynette.

—Ni por un segundo. Aunque debo reconocer que fingir nunca ha sido mi fuerte.

—Pues yo creo que ayer estuve como para ganar un Óscar —intervino Perry—. Engañé completamente al dependiente de la joyería.

Y se puso a hacer una crónica, llena de exageraciones, del rato que pasó en la joyería de la galería comercial.

—¿Y qué es eso de The Hydro? —preguntó Anders.

—Vaya, me suena… —respondió Alicia.

—Existe un Snowy Hydro —comentó Missy—. ¿No es algo que tiene que ver con la generación de electricidad?

—Yo voy un paso por delante de todos vosotros, guapos —se jactó Perry—. Tengo una teoría, ¿queréis oírla?

Todos asintieron, excepto Claire, que frunció el ceño y comentó:

—Tú y tus teorías…

—Bueno, pues creo que Barbara pidió que le grabaran algo en una joya para su amante que, atención, ¡resulta que trabaja en una planta hidroeléctrica! E hizo que se lo enviaran a su oficina, como regalo. Tal vez ella también esté allí, ¡escondida con él! Pero no sé qué empresa puede ser. Lo he buscado en Google, por supuesto, pero hay un montón. Y puede que ni siquiera esté en esta zona.

—Un momento, ¿su amante? —preguntó Anders, que también era especialista en echar jarros de agua fría.

Perry se encogió de hombros.

—¿Y no habías dicho que llevó algo a reparar, no a grabar? —insistió el médico.

—Puede que lo incluyan todo en el mismo apartado. El dependiente con la cara llena de granos no quiso contarme gran cosa, y al final se cerró en banda, la verdad, pero lo que sí sabemos es que era una sola joya. ¿Y por qué pediría que se la enviaran a ese lugar?

—Yo he oído ese nombre antes… —insistió Alicia, mientras le daba un trozo de tortita a Max.

—Sí, acabamos de decir que puede tener relación con el agua y la electricidad… —comentó Lynette, mirando con expresión contrariada: primero a su hermana y después a Max.

—No, no, lo he visto en un anuncio, hace poco. Pero no recuerdo

dónde…

—Si no hubieras bebido tanto vino en tu juventud, ahora tus «células grises» funcionarían mejor —bromeó su hermana, que tuvo que agacharse para esquivar el cojín que Alicia le lanzó.

—Entonces, Perry, ¿el dependiente no te dijo a quién le habían enviado el paquete con la joya? —insistió Anders.

—No, aunque bien que lo intenté, no lo dudéis. Pero dejadme eso a mí. Voy a investigar el asunto a fondo. ¿Quién más? Oh, Alicia, ¿qué tal te ha ido con Wanda?

—No he tenido suerte, por desgracia. No he podido contactar con ella, y por eso fui a la policía otra vez, pero no me hicieron mucho caso. Tengo la sensación de que Wanda está evitando mis llamadas, así que seguramente tendré que presentarme en su casa y obligarla a hablar conmigo. Creo que voy a ir después de nuestra reunión.

—Que vaya alguien contigo —le aconsejó Anders—. Bien, si nadie más tiene algo que contar, quería enseñaros lo que he descubierto.

Parecía muy orgulloso de sí mismo cuando sacó un recorte de periódico arrugado del bolsillo de atrás, lo estiró un poco y lo puso sobre la mesita de café para que todos lo vieran.

—Es del *Herald* del martes —explicó—. Lo vi mientras ayudaba a la recepcionista a recoger unos periódicos viejos en la recepción de la consulta. Es de la sección de clasificados.

—¿Qué pone? —preguntó Claire.

Él empezó a leer:

—«Se buscan amigos y parientes de Rosa Lopez, que residió con anterioridad en Filipinas…».

—¿Rosa? Tiene que ser la asistenta de Barbara, ¿no? —dijo Missy.

—Eso me pareció —respondió Anders, y empezó de nuevo desde el principio—: «Se buscan amigos y parientes de Rosa Lopez, que residió con anterioridad en Filipinas. En caso de conocer a esta persona, escriban al apartado de correos 268, 2001, Sídney».

En ese momento se produjo tal silencio que habría podido oírse un alfiler cayendo al suelo. Incluso Max, que se lo estaba pasando en grande rodeado de toda aquella inesperada compañía, pareció sorprendido y miró a Alicia, después a Lynette y de nuevo a Alicia.

Finalmente, fue esta última quien rompió el silencio.

—Todo esto es tan raro que me he quedado sin palabras. Me pregunto si se referirá a nuestra Rosa y, si es ella, ¿por qué un anuncio en el *Herald*?

—Justo lo que yo pensé —reconoció Anders—. Es muy extraño. Seguimos encontrando unas pistas que no parecen significar ni servir para nada, pero ahí están…

—¡Tal vez sí que sirvan! —exclamó Missy—. Quizás todo encaje al final. Como en una novela de Agatha Christie. Tenemos que mostrarle el anuncio a la policía.

Anders frunció el ceño.

—¿Y para qué? No tiene ninguna relación con el resto del caso.

—Lo que yo no comprendo —dijo Lynette, que había cogido el recorte de periódico y lo estudiaba detenidamente— es por qué Rosa recurriría a los clasificados del *Herald* y a un apartado de correos. Me parece una mujer muy moderna para eso. Missy, ¿no dijiste que la última vez que estuviste allí estuvo mirando su email y que escuchaba música en un iPod?

—¿Es que eso significa que no puede poner un anuncio en un periódico? —replicó Alicia—. Yo me muevo en los dos mundos. Es físicamente posible.

—Sí, pero tú eres rara —contestó Lynette, y Alicia le lanzó otro cojín.

Anders recuperó el recorte antes de que sufriera algún percance y miró a Alicia con una sonrisa traviesa que hizo que se ruborizara.

Y a continuación se volvió hacia Lynette.

—Entonces ¿qué harías tú?

—¡Utilizar internet, por supuesto! Facebook es lo más rápido… Ahí puedes encontrar a todos tus amigos en cinco segundos, como mucho. O escribiría un tuit, o los buscaría en Google. Hoy no hace falta poner un anuncio en un periódico para encontrar a alguien. Esa es una solución muy lenta y anticuada.

—¡Es muy Agatha Christie! —insistió Missy.

Alicia volvió a coger el recorte.

—¿Y por qué no le preguntamos a Rosa? Tal vez haya una explicación completamente razonable. Quizás quiere organizar una reunión familiar y puede que haya gente mayor que no sabe cómo funciona Twitter. —Miró a Anders tras hacer aquel último comentario, esperando haberlo impresionado con su lógica—. ¿Puedo guardarme esto con el resto de mis archivos? —Él asintió—. Por cierto, tengo una tarea para ti, Anders, si te animas.

Esta vez el médico sonrió de oreja a oreja.

—Cualquier cosa. Solo pídemelo.

—Oh, menuda declaración —comentó Perry, y Alicia se ruborizó de nuevo.

—Cállate, Perry. Anders, nos vendría muy bien saber algo más sobre el asesinato de Arthur. Los periódicos no dicen gran cosa y la policía no quiere dar detalles. Me preguntaba si tú tendrías acceso a los informes médicos o algo así.

Él negó con la cabeza, despacio.

—La verdad es que no. Soy médico, pero esas cosas son confidenciales y no puedo acceder a esos informes sin más. Pero… —Se interrumpió y guardó silencio durante unos segundos—. Ahora que lo pienso, puede que haya una forma de saber algo. Sí, sí, sé a quién puedo preguntarle. Georgie, el pibón, es una cotilla monumental. Si circula algún rumor, seguro que ella se habrá enterado.

—Oh, genial —respondió Alicia entusiasmada, a pesar de que, al oír eso de «Georgie, el pibón», le habían entrado ganas de arrancarle el corazón a alguien, aunque no sabía por qué.

Anders miró su reloj y se levantó de un salto, como si le estuvieran ardiendo los pantalones.

—Tengo que salir pitando. Todos los domingos por la mañana va a Bondi a darse un baño.

«Claro, probablemente con un diminuto bikini de hilo. Y seguro que hoy también está allí, esperando a que aparezcas», pensó Alicia.

—Si me voy ya, creo que todavía me da tiempo a llegar antes de que se vaya —siguió explicando Anders—. Fingiré que me he encontrado con ella por casualidad y así no le llamará la atención.

—¡Finge, finge! ¡Y corre! —exclamó Perry, que también se levantó de un salto para animarlo.

—¡Cuéntanos lo que averigües! —gritó Alicia cuando él ya cruzaba la puerta. Después miró al resto de las personas que había en el salón; al menos dos de ellas la miraban con sonrisitas burlonas. Ella ignoró a Perry y a Lynette y continuó—: Vale, pues Anders ya está con lo suyo. Y ahora ¿qué nos queda por tratar?

—Yo tengo una sugerencia —dijo Missy—. Creo que debemos recurrir a la mismísima Agatha Christie.

Claire gimió.

—¿Quieres que hagamos una sesión de espiritismo? —aventuró Perry—. ¿Que despertemos a Agatha de entre los muertos y le preguntemos quién es el asesino?

—¡No, bobo! Quiero decir que tenemos que aprender de ella. ¿No os dais cuenta? Por eso fui a casa de Barbara el otro día. Es como en *Las manzanas*…

Todos la miraron con cara de hastío, pero ella ya estaba acostumbrada y siguió adelante como si nada.

—La novela de Agatha Christie, ¿no la conocéis? La leí hace mucho, y si mis «células grises» no me fallan, recuerdo un momento en el que Poirot dice que, para resolver un crimen, es importante descubrir cómo era la víctima en realidad, con sus cosas buenas y malas. «Siempre debemos volver a la víctima», dice, o algo así. ¿No lo

entendéis? Creo que tenemos que dilucidar quién era en realidad Barbara Parlour.

Todos seguían mirándola sin decir nada, así que se recolocó las gafas con montura de cebra y siguió explicándose:

—Pensadlo, chicos, ¿quién demonios era? Por un lado, nosotros hemos conocido a una mujer muy amable y educada, pero también claramente deprimida, que no parecía capaz de matar ni a una mosca; pero por otro lado sus amigos y familiares la describen como una reina del drama de lo más superficial. —Se detuvo, ligeramente ruborizada—. Perdonad, sé que estoy divagando, pero…

—No, tienes toda la razón —la apoyó Alicia—. Seguramente no será ni lo uno ni lo otro, más bien una cosa intermedia. Las personas muy pocas veces se pueden reducir a los extremos, pero estaría bien averiguar algo más sobre Barbara. Podría sernos de ayuda.

A Claire también le pareció buena idea.

—¿Y cómo lo hacemos ahora que hemos descartado lo de volver a su casa?

—No sé —reconoció Missy—. Pero por eso fui allí y busqué información sobre el libro que encontraron en su coche. ¿Alguna de estas cosas podría decirnos algo de la verdadera Barbara Parlour?

Todos los miembros del grupo miraban a Missy, expectantes, pero ella no tenía respuestas.

Entonces Perry hizo una sugerencia:

—Deberíamos hablar con sus amigas.

—Pero ¿quiénes son sus amigas? —señaló Claire—. Creíamos que Wanda era su mejor amiga, y sin embargo ella lo negó.

—¿Y su hermano? —sugirió Lynette—. Parece ser la persona en la que más confiaba, o al menos eso es lo que él dice. Tal vez debería hacerle otra visita y sonsacarle la verdadera historia de su hermana.

—No te costará localizarlo —bromeó Alicia.

—Cierto, pero tendrá que esperar a mañana. Hoy quiero trabajar en unas recetas.

—¡Muy bien! —exclamó Claire, desperezándose—. De hecho, a todos nos vendrá bien no darle tantas vueltas a este tema y volver a nuestras vidas cotidianas. Sigamos el ejemplo de Poirot y dejemos descansar un poco nuestras neuronas.

—Ojalá pudiera —exclamó Alicia—, pero tengo que hablar con Wanda y no quiero posponerlo más. Voy a ir a su casa en cuanto terminemos la reunión. Creo que oculta algo y tengo intención de averiguar qué es.

23

Wanda Birchin vio a Alicia por la ventana de cristal de su puerta de entrada y volvió sobre sus pasos. Resultaba curioso que los miembros de El Club del Crimen provocaran ese efecto en la gente, se dijo Alicia, y volvió a llamar a la puerta con fuerza.

—¡Vamos, Wanda! —gritó—. Sé que estás en casa. —Silencio total—. Te acabo de ver, Wanda. ¡Por favor, es importante!

Un minuto después se abrió la puerta y apareció Wanda, con otro caftán suelto, pero no tan relajada como en su primera visita.

—¿Qué pretendes? ¿Causarme problemas? —dijo a modo de saludo.

—¿Cómo?

—¡La policía! El inspector me llamó ayer, porque había tenido una agradable conversación contigo, y de repente se le ocurrió hacerme un montón de preguntas que me pillaron desprevenida. ¡Como si yo tuviera algo que ver con esto! Te voy a repetir lo mismo que le dije a la policía: yo no soy amiga de Barbara.

—No, pero sí de Arthur, ¿verdad?

La mujer la fulminó con la mirada.

—No sé qué insinúas.

Los retoques que se había hecho Wanda en la cara impedían que desvelara gran cosa, pero Alicia no le iba a permitir que escurriera el bulto tan fácilmente.

—Te reíste de nosotras cuando vinimos a verte y nos dijiste que no teníamos ni idea. Pues ahora sí que tengo cierta idea, Wanda. —Señaló el interior de la casa—. ¿Puedo pasar? Es importante, de verdad.

Wanda se quedó mirándola un momento, suspiró de una forma muy teatral, y por fin le franqueó la entrada y la acompañó hasta la cocina. Una vez allí le dio la espalda y fue directa al frigorífico.

—¿Vino blanco?

—Un café poco cargado me vendría mejor, gracias.

Ella se rio entre dientes, cogió una cafetera de émbolo y se puso a

preparar café. También sacó dos tazas blancas grandes, leche desnatada y un azucarero.

—¿Qué quería la policía? —le preguntó Alicia.

Wanda apartó los ojos de la cafetera, los fijó en Alicia un instante y, a continuación, volvió a concentrarse en preparar el café.

—Me hicieron un millón de preguntas. «¿Cuándo fue la última vez que vio a Barbara? ¿Y a Arthur? ¿Dónde estaba a tal y tal hora?». Y, por si fuera poco, después se pusieron a darme la lata con la maldita asistenta. Alicia, la verdad es que no puedo saber con seguridad si él se está acostando con esa mujerzuela, solo lo supongo y ya está. Una cosa es sentarnos en mi patio y cotillear un poco con unas copas de por medio y otra muy distinta es ir a la comisaría a hacer acusaciones. ¿Es que no te das cuenta de que podrías buscarle un problema grave a alguien?

—¿Algo más grave que un asesinato? —contraatacó Alicia. Wanda apartó la vista—. No me voy a disculpar por haber informado a la policía de tus sospechas, Wanda. Si Arthur era infiel, eso abre una línea de investigación completamente nueva.

—No entiendo por qué. ¿Leche y azúcar?

—Solo leche, gracias. Me refiero a que Arthur podría haber sido víctima de una amante, o de un marido, por celos. No hay forma de saberlo.

Ella se rio con aquella risa inexpresiva de la ocasión anterior.

—Oh, por Dios, qué melodramática. ¿Qué importancia tiene una aventura entre dos adultos si es de mutuo acuerdo?

—Eso me lo tendrás que decir tú.

Ella se dio la vuelta y miró directamente a Alicia.

—Otra vez… Pero ¿qué estás sugiriendo?

Alicia decidió arriesgarse.

—Tú tenías una aventura con él, ¿verdad? Con Arthur, quiero decir. Por eso te peleaste con Barbara. Te estabas tirando a su marido a sus espaldas.

Wanda vaciló y por fin dijo:

—Dicho así suena muy romántico. Oh, no me mires así. No era a sus espaldas. Ella era consciente de todo o, si no lo era, debía de ser más idiota de lo que yo pensaba.

—¿Eras tú quien llamaba a la casa y colgaba cuando Barbara cogía el teléfono?

Wanda pareció furiosa.

—¿Y por qué demonios iba a hacer eso? No soy una patética colegiala. Arthur y yo éramos dos adultos que se divertían de vez en cuando. —Se quedó en silencio un momento—. Bueno, antes nos

divertíamos… Incluso bromeábamos sobre ello. Fingíamos que íbamos a dejar a nuestros respectivos y tristes cónyuges y a formar una pareja, pero no lo decíamos en serio. Él me engañaría con otra a los diez minutos de formalizarlo. Además, por alguna razón que nadie comprende, Arthur quería seguir con Barbara. Y a mí no me parecía mal ese acuerdo, y a él tampoco. Fin de la historia.

—¿Y le has contado esa versión a la policía?

Ella se volvió hacia los armarios de la cocina.

—Claro que no. No soy idiota.

—Oh, Wanda, tienes que contarles la verdad.

Wanda se volvió bruscamente y le lanzó una mirada feroz.

—¿Qué? ¿Y verme salpicada por todo esto? ¡Ni hablar!

—Pero si no tienes nada que ocultar…

—¡Tengo que ocultarlo todo, tonta! Resulta que tuve la mala suerte de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿A qué te refieres?

Hizo una pausa, le pasó la taza de café a Alicia y suspiró.

—Oh, Dios, ya da igual que te lo cuente. Estuve con Arthur menos de diez minutos antes de que muriera.

Alicia se quedó perpleja.

—Oh, entiendo.

—¡No entiendes nada! Fue algo del todo inocente, pero si la policía se entera de que lo vi ese día intentará cargarme el muerto. Se lo dirán a mi marido y eso acabará con mi matrimonio… O con lo que queda de él. —Miró su taza de café con tristeza—. Grant se pondrá hecho una furia si se entera.

—¿Tu marido? ¿Él no lo sabe?

—¡Por supuesto que no! Yo no soy tan descuidada como Arthur, ni tan promiscua. Aunque estoy segura de que ahora todo saldrá a la luz gracias a ti.

—Oye, que no soy yo la que está siendo infiel. A ver, ¿podemos rebobinar un poco? Has dicho que estuviste con Arthur antes de que lo mataran…

Wanda refunfuñó:

—Eso parece. Pero ¡fue solo un momento! Estaba haciendo su recorrido de golf habitual. Por si no lo habías notado, mi casa está cerca del hoyo cinco, de forma que, cuando iba a jugar, a veces aprovechaba para pasarse por aquí.

—¿Pasarse por aquí? ¿Así lo llaman ahora?

Wanda sonrió, burlona.

—No estuvo aquí más de diez minutos.

—Uno rápido, ya veo.

—¡Oh, vamos, no me valores tan poco! ¡Yo ya no estoy para esas cosas! No hicimos nada. De hecho, para que lo sepas, estaba bastante enfadada con él. Le dije claramente que no viniera. —Dio un sorbo al café—. Lo llamé a su casa después de comer, para ver qué tal estaba. Me dijo que quería pasarse y yo le respondí que ni se le ocurriera, que Grant llegaría pronto a casa ese día. Pero, claro, él me ignoró, apareció de todas formas e intentó seducirme, declarándome su amor incondicional, como siempre. Y yo lo mandé a la mierda.

—¿A qué hora apareció? Exactamente.

—A las cuatro y veinte de la tarde. Lo sé porque me fijé en que solo tenía diez minutos para librarme de él antes de que Grant llegara a casa. Te aseguro que le latía el corazón cuando se fue de aquí. Y además estaba furioso.

Alicia se quedó pensativa.

—¿Estaba por aquí tu marido cuando mataron a Arthur?

—Sí, estaba en casa. ¿Y qué?

Dejó la taza y se quedó mirando a Wanda. «¿No ha sido capaz de unir los puntos ella solita?».

—Perdona que lo mencione, pero ¿no te preocupa que Grant pudiera haber visto a Arthur «intentando seducirte» y decidiera, en un ataque de celos, seguirlo hasta el *green* y matarlo?

—¡Dios mío, tú podrías escribir muy bien una de esas novelas de misterio que tanto te gustan! No, eso es ridículo. Él llegó a casa justo a las cuatro y media, como estaba previsto (siempre es muy puntual; resulta un poco molesto, pero con el tiempo te acostumbras), y no mostró ni la más mínima señal de celos, ni de ira, ni de ninguna otra cosa que alguien pudiera sentir al ver a su mujer besuqueándose con otro hombre. Estaba contento y al parecer se había tomado unas copas en el trabajo. Él y yo nos tomamos un cóctel y cenamos.

—Entonces ¿sabes dónde estuvo en todo momento?

Ella reflexionó un segundo.

—La mayor parte del tiempo, sí. Pero fue a nadar mientras yo calentaba la cena. Florrie había preparado un plato de salmón delicioso…

—¿A nadar?

—Sí, Grant siempre hace unos largos en la piscina por las tardes. Para aliviar el estrés, dice.

—¿Y estás segura del todo de que se bañó esa tarde?

—No estuve al borde de la piscina sujetándole la toalla, si te refieres a eso. Pero volvió resoplando y con la cara roja unos… treinta minutos después.

—Como si acabara de matar a alguien.

Ella soltó una exclamación.

—¡Imposible! Grant no mató a Arthur. No es una especie de psicópata que pueda abrirle la cabeza a alguien con un hierro nueve y después sentarse a cenar conmigo como si nada. Te lo aseguro.

Alicia se quedó mirándola.

—¿Cómo sabes que fue con un hierro nueve?

—¡No lo sé! Lo he dicho por decir.

No quiso insistir y apartó la taza.

—No pretendo agobiarte, Wanda, solo intento poner los hechos en su contexto. Pero no hay forma de que no le cuentes esto a la policía. Explícaselo todo, lo de tu encuentro con Arthur y lo de vuestra aventura.

Ella se negó rotundamente.

—¡No! ¡No lo voy a hacer! Pero ¿quién te ha convertido a ti en juez, jurado y verdugo? Las vidas de la gente son más complicadas de lo que tú crees. Cuando madures por fin, lo comprenderás.

—Tengo treinta años, Wanda, no trece.

—Entonces ¡empieza a comportarte como alguien de esa edad! Mis asuntos son cosa mía y no tienen nada, absolutamente nada que ver contigo, ni con tu maldito club de lectura, ni con nada de esto. Y lo comprobarás pronto, cuando descubran quién mató a Arthur. Y así mi marido seguirá sin enterarse de nada.

—¿Y qué pasa con Barbara? ¿Qué será de ella?

Ella suspiró con impaciencia.

—Mira, lo siento por Barbara. No tengo ni idea de dónde está, de verdad que no. Pero lo siento más por Arthur. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y eso sorprendió mucho a Alicia. Wanda se las enjugó, enfadada—. Vale, le tenía cariño a ese idiota, que me encierren por ello si quieres, pero precisamente por eso no le hice ningún daño, ni a él ni a su mujer. Puedes estar muy segura de que nada de esto tiene que ver conmigo.

—¿Ni con tu marido, Grant?

—¡Con él mucho menos!

—Espero que tengas razón, Wanda —le dijo Alicia mientras se levantaba para irse—. Si no, puede que estés ocultando a un asesino justo delante de tus narices.

Tras pronunciar aquellas palabras, Alicia percibió en Wanda una repentina reacción de miedo que tuvo un leve efecto en la frente normalmente inalterable de Wanda.

24

Mientras Alicia conducía su Torana por las serpenteantes calles de Rose Bay de vuelta casa, empezó a sonarle el móvil. Miró a través del retrovisor por si veía algún coche de policía cerca, y, en cuanto comprobó que no había ninguno a la vista, respondió. Era Anders, y sonaba emocionado.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó ella.

—Genial —respondió. Se oían crujidos al otro extremo de la línea —. A Georgie, el pibón, le siguen gustando tanto los cotilleos como siempre, y ya se había enterado de un montón de cosas. Es increíble esa mujer.

—Habrá que darle las gracias —comentó Alicia con los dientes apretados—. ¿Qué te ha dicho?

—Es una historia un poco larga. ¿Quieres que nos veamos?

El corazón le dio un vuelco.

—Claro, ¿qué te viene mejor?

—¿Qué tal si tomamos una copa? Invito yo.

Miró el reloj del coche. Eran casi las cuatro de la tarde. Una buena hora para mandar a dormir a la aguafiestas que llevaba dentro.

—Genial. ¿Dónde?

—¿Qué tal el Woolly Hotel, que está cerca de tu casa, para que no te cause mucho trastorno?

—Estupendo. ¿Llamo a los demás?

Él dudó un instante.

—Hum... no. Me parece que no es tan importante. No hace falta molestarlos un domingo tan tarde.

No pudo evitar sonreír.

—Vale. Pues te veo allí en unos… diez minutos.

Colgaron y ella bailoteó un poco detrás del volante mientras conducía. ¡Un encuentro a solas con Anders! Lo estaba deseando.

«No empieces a ver cosas donde no las hay», se reprendió a sí misma mentalmente. Es probable que Anders solo quisiera contarle algo que acababa de saber, seguro que todo era muy inocente. Aun

así, mientras seguía avanzando por la carretera en dirección a su casa, no pudo evitar desear que aquello fuera todo menos inocente.

Cuando Alicia entró en el Woolly Hotel, tardó varios minutos en encontrar a Anders porque el bar estaba a reventar. En un pequeño escenario, encajado en un rincón, actuaba un grupo de rock muy popular, y hacía tiempo que no veía unas hordas sudorosas como aquellas llenando la pista de baile y atascando la barra.

«Genial, seguro que esto va a ser muy romántico», pensó.

Unos minutos después vio por fin a Anders, de pie al otro lado de la sala, mirando la actuación del grupo con un leve ceño de confusión y dos copas de vino tinto en la mano. Vestía unos vaqueros negros y una camisa de cuadros remangada, y parecía un pez fuera del agua. Alicia se quedó mirándolo un momento, al tiempo que se preguntaba cómo un hombre tan alto y atlético podía parecer tan frágil e indefenso, y a qué se debería esa impresión que causaba.

Él notó que alguien lo miraba y se volvió. Al verla, el ceño desapareció y miró con una sonrisa encantadora. A Alicia el corazón le dio otro vuelco, esta vez doble, y se dispuso a cruzar entre la multitud para llegar hasta él.

—Es verdad que siempre vienes pronto, tenías razón —vociferó ella en cuanto llegó a su lado, tratando de hacerse oír por encima del ruido.

—Te lo dije, es un defecto que tengo —respondió él sonriente—. Espero que te guste el cabernet sauvignon. He pedido una copa también para ti, porque me ha parecido que nos iba a costar muchísimo alcanzar otra vez a la barra.

—Me encanta, ¡gracias!

—¿Salimos a la parte de atrás? Seguro que allí estaremos más tranquilos.

—Claro.

Alicia le cogió la copa y siguió a Anders, que se estaba abriendo paso entre la gente en dirección al patio trasero. Tenía razón, aquella zona estaba prácticamente desierta gracias a que la música había atraído al interior a la mayoría de la gente. Los dos agradecieron aquella tranquilidad. Allí solo había una pareja, sentada en otra mesa. Ambos tendrían unos sesenta años y daba la sensación de que se estaban aburriendo mucho. La mujer los miró con cara de esperanza; el hombre tosió con fuerza, puso los ojos en blanco y apartó la vista. Estaba claro que no estaban disfrutando de su mutua compañía. Anders eligió una mesa alejada, puso su copa sobre un posavasos y apartó una silla para Alicia.

—¿Quieres empezar tú?

Aquella pregunta la desconcertó. Había desconectado momentáneamente, pensando en que estaba allí, sentada a la mesa de un bar, a solas con el doctor de sus sueños. Bueno, estarían a solas si la pareja mayor se largaba.

—¿Cómo? —preguntó pestañeando con coquetería, sin el menor atisbo de vergüenza.

—He llamado antes a tu casa —le explicó él— y he hablado con Lynette. Me ha dicho que habías ido a casa de Wanda, que pensabas acusarla de habernos ocultado información y que te habías presentado allí completamente sola.

Alicia se ruborizó.

—¡Ah, sí, Wanda Birchin, claro! —Le dio un sorbo rápido al vino para ganar tiempo y centrarse—. Bueno, es que tenía la sensación de que la señora Birchin sabía más de lo que nos contó. Y estaba en lo cierto. Wanda tenía una aventura con Arthur Parlour desde hacía tiempo.

—¿De verdad?

—Me parece que ahora no suena muy serio, más bien se veían de vez en cuando, entre hoyo y hoyo, ya sabes por dónde voy. Ella vive pegada al club de golf, así que era muy fácil para ambos. Pero lo más importante es que Wanda vio a Arthur solo unos minutos antes de que muriera.

Él abrió sus ojos marrones de par en par.

—¿Qué? ¿Estuvieron juntos?

—Wanda me ha dicho que no pasó nada, que su marido estaba a punto de llegar a casa y que echó a Arthur. E insiste en que estaba en perfectas condiciones cuando se fue.

—¿Y tú la crees?

—Sí, me parece que sí.

—Pues a mí me suena todo muy sospechoso. ¿Lo sabe la policía?

—Aún no. Espero que les cuente la verdad. Le he dado hasta el final del día para hablar con ellos, o seré yo quien llame al inspector Ward. Creo que le entraron ganas de matarme cuando se lo planteé.

Anders dejó la copa sobre la mesa y frunció el ceño.

—Ten cuidado, Alicia. Esto no es un juego.

—Eso es justo lo que me dijo el amable inspector. No te preocupes, Wanda Birchin es como una de *Las esposas de Stepford*, pero de mediana edad. Es inofensiva.

—Si es como *Las esposas de Stepford*, entonces no puede decirse que sea inofensiva precisamente… ¿Es que no has visto la película?

Ella se rio.

—Bah, Wanda no mataría ni a una mosca. Pero no puedo decir lo mismo de su marido.

—¿Es celoso?

—No he tenido oportunidad de conocerlo, pero ella parece aterrada ante la posibilidad de que se entere de su aventura. Aunque supongo que yo también lo estaría si hubiera estado acostándome con alguien y ocultándoselo a otra persona. Es una conducta más bien lamentable.

Anders se atragantó con el vino y derramó un poco de líquido rojizo en la pechera de la camisa.

—¡Mierda! —exclamó, y Alicia se levantó de un salto para coger unas servilletas de una mesa auxiliar, donde también almacenaban la cubertería. Se las pasó y él se limpió.

—Perdona, qué torpe soy.

—¿Estás bien? Das la impresión de haber visto un fantasma.

Alicia había detectado un destello de emoción en sus ojos segundos antes de que se atragantara. «¿Qué sería?», se preguntó. «¿Culpa? ¿Vergüenza?». Era lo mismo que había visto en la cara de Perry la primera vez que se reunió el club de lectura, como si estuviera ocultando algo, una cosa de la que no se sentía muy orgulloso.

«Oh, Alicia, qué melodramática eres», se dijo. Procuró refrenar su imaginación desbocada mientras observaba cómo Anders se limpiaba la camisa con gesto nervioso.

Entonces Alicia rozó levemente la mano del doctor con la suya, para intentar que se calmara.

—No te preocupes por la mancha, Anders. Estamos en un bar de mala muerte. Tampoco es que vaya a aparecer la reina de un momento a otro para pasar revista a las tropas.

Ambos se rieron, y la ocurrencia de Alicia rebajó la tensión considerablemente. La pareja de sesentones que había en la otra mesa se quedó mirándolos mientras Anders hacía una bola con las servilletas empapadas y la tiraba a un cubo que había allí cerca.

—La verdad es que odiaba esta camisa —comentó—. Mi mujer me la regaló…

Se interrumpió, y se puso rojo como un tomate; parecía sentirse inquieto de nuevo.

—¿Estás casado? —En cuanto Alicia oyó lo que Anders acababa de decir, estuvo a punto de levantarse de un salto, sorprendida y confusa por aquella confesión involuntaria. Estaba segura de que, en su presentación, durante la primera reunión del club, él había dicho que estaba soltero.

¿Es que lo había entendido mal?

«¿O mintió?», se dijo.

Anders balbuceó.

—Oh… no… Bueno, sí… Es que…

Alicia se quedó mirándolo fijamente.

—O estás casado o no lo estás, Anders. Es muy simple. —Intentó reírse y fingir que no tenía importancia.

—La verdad es que no es tan simple.

Apartó la vista, pero antes de que le diera tiempo a hacerlo, ella captó esa misma expresión de antes, de culpa, o de vergüenza, no sabría describirlo con exactitud.

No era fruto de su imaginación, ahí había algo raro. «¿Le habrá sido infiel a su pareja, como Wanda? ¿O quizás es eso lo que pretende?».

Anders tomó un buen trago de vino y estuvo a punto de acabarse la copa. Volvió a dejarla en la mesa, pero esta vez la sujetó cuidadosamente con ambas manos, como si temiera que se le cayera y lo manchara de nuevo.

—Perdona, ¿te importa si cambiamos de tema? No te he llamado para hablar de eso.

Ella lo miró, confundida. El corazón estaba a punto de estallarle.

—Creía que…

—¿Qué?

—Nada, perdona, una tontería. Al parecer no te entendí bien… Pero, bueno, no es asunto mío. Tampoco es que tú y yo… —Dejó la frase en el aire, y notó que él no apartaba sus ojos castaños de ella—. Da igual —concluyó, desesperada por cambiar de tema—. Entonces ¿cómo te fue con tu amiga? —Estaba hundida. Y un poco aturdida. Pero, por encima de todo, se sentía idiota.

—¿Con quién?

—Con el pibón. —De repente su voz sonó tensa, y aquel cambio pilló desprevenido a Anders.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que no puedo quedarme mucho rato, así que mejor vayamos al grano. ¿Qué te ha contado tu amiga Georgie?

—Oh… hum… sí. Ya te he dicho que la encontré. Todavía estaba en la playa de Bondi, tomando el sol…

—Sí, bueno, suéltalo ya. —Alicia no estaba de humor para oír más detalles sobre las mujeres de la vida de Anders.

—Vale. Pues sí que le había llegado algún que otro cotilleo. ¿Quieres que te lo explique en lenguaje sencillo?

—Sí.

—Según sus fuentes, y me consta que son fiables, Arthur murió de

un traumatismo causado por un objeto contundente en la parte de atrás de la cabeza. La hipótesis es que se lo produjo un palo de golf.

—¿Un hierro nueve? —preguntó, ansiosa.

—Lo siento, pero no me ha dado tantos detalles. ¿Por qué lo preguntas?

—Da igual, sigue.

—No tengo mucho más que contar. No presentaba heridas defensivas. El forense tiene la sospecha de que lo atacaron por sorpresa, porque no han hallado ninguna prueba de que respondiera al ataque.

—Entonces tampoco habrá ADN bajo las uñas.

Él estuvo a punto de soltar una carcajada.

—No.

—Bueno, Agatha Christie resolvía los misterios en una época anterior al ADN, así que ahora nos toca a nosotros hacer lo mismo.

Él fue a decir algo más, pero se lo pensó.

—¿Qué? —lo animó ella.

—Es que… También quería hablar contigo de algo un poco… delicado. Por eso te he pedido que vinieras.

—¿Ah, sí?

—Estoy preocupado.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

—Tengo mis dudas sobre si deberíamos seguir entrometiéndonos en todo este asunto. El Club del Crimen en general, quiero decir.

Ella notó una creciente sensación de temor.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no montamos el club para esto, ¿verdad? Se suponía que era por diversión, para hablar de novelas de misterio una vez cada quince días. Yo no contaba con que acabaríamos interrogando a asesinos de la vida real, ¿sabes?

Alicia sintió que se le empezaba a despertar el genio. Aquel encuentro no estaba resultando en absoluto como esperaba. Primero Anders le confesaba que tenía por ahí una enigmática esposa y, a continuación, empezaba a poner excusas con la intención de abandonar el club.

—Nadie te ha obligado a investigar, Anders. Puedes dejarlo cuando quieras.

Intentó que su voz sonara indiferente, pero no lo consiguió. Anders se quedó mirándola y frunció el ceño. Ella tomó otro trago de vino para tranquilizarse. Se sentía una imbécil. Hasta ese momento, Alicia había pensado que los miembros del club disfrutaban de aquel proceso tanto como ella, y había supuesto que todos estaban comprometidos

con la investigación. Pero no cabía ninguna duda de que se había equivocado.

Él le dijo en tono amable:

—No es eso lo que quería decir, Alicia.

—Entonces ¿qué es?

—Lo único que digo es que estoy preocupado…

—Pues ¡deja de preocuparte, Anders! No es tu problema. Búscate otro club de lectura, uno en el que te diviertas de lo lindo. Puede que incluso encuentres uno en el que no tengas que comprometerte con nada, y así no te veas en la necesidad de arriesgarte lo más mínimo.

Sabía que aquel comentario era ridículo y totalmente injustificado, pero ¿qué sabía ella de ese hombre y de su vida? Al percibir el dolor y la confusión que aparecieron reflejados en el rostro del médico, a Alicia se le hizo un nudo en el estómago. Se sentía fatal y sin energía, así que optó por apartar la copa de vino y levantarse.

—Perdona, Anders, no debería haber dicho eso. Es que estoy cansada. Tengo que irme.

—Pero ¿qué…? ¿Adónde vas? —Se puso de pie con torpeza.

—No pasa nada, es que tengo que ir a alquilar un DVD antes de que cierren. —Se detuvo y se volvió—. Está claro que tú no quieres investigar más, pero yo sí, y además se me ocurre algo que podría ser de ayuda.

—Alicia, no me estás entendiendo…

Ella levantó una mano.

—Déjalo, de verdad. No importa. Tienes razón. No estaba previsto que acabáramos relacionados con personas desaparecidas y asesinatos. Mierda, incluso han atropellado a Missy... Eso no tenía que haber pasado. Se suponía que era solo por diversión. Y si tú no te estás divirtiendo, es normal que quieras irte. —Lo miró y esbozó una sonrisa forzada—. Gracias por el vino.

Y salió a toda prisa por una puerta lateral que daba a la calle. Anders se quedó allí plantado, viéndola marcharse, y se le cayó el alma a los pies. Se sentía confuso y agobiado. Se dejó ir en el asiento y contempló con tristeza su copa de vino vacía.

Lo había estropeado todo, pero a conciencia.

Detrás de él, la pareja mayor lo miraba con la boca abierta, sin molestarse en ocultarlo, encantados por aquel inesperado espectáculo que les acababan de proporcionar.

* * *

Unas horas más tarde, sentada en su salón, mientras se tomaba un

chocolate con Lynette al lado, Max roncaba a sus pies y la lluvia caía a mares al otro lado de las ventanas, Alicia se puso a ver una versión cinematográfica antigua de *Las manzanas* de Agatha Christie. Aún estaba dolida por lo que le había dicho Anders, y seguía confusa y enfadada, sobre todo consigo misma. Había sido una estupidez por su parte fantasear sobre tener una relación con ese hombre. «Pero ¿qué sé de él en realidad?».

Y había sido aún más estúpido por su parte asumir que todos los miembros del club de lectura querían invertir su valioso tiempo libre investigando la desaparición de una mujer a la que apenas conocían. Anders tenía razón. Se habían apuntado únicamente para compartir su afición por unas lecturas ligeras. Esperar algo más de ellos era pura fantasía. Hablaría con los demás miembros la próxima vez que se reunieran. Tal vez hubiera alguien más que pensara como el doctor.

Puede que fuera necesario incluir una cláusula de cancelación.

Apartó de su mente la imagen de la cara triste y preocupada de Anders y puso toda su atención en la película. Intrigada por lo que había dicho Missy sobre la necesidad de concentrarse en la víctima, había decidido alquilar aquella película para escuchar la cita de Poirot a la que había aludido la bibliotecaria. Habría sido mejor consultar el libro, pero era domingo por la noche, la biblioteca estaba cerrada y, llegados a ese punto, el tiempo resultaba esencial. Seguramente la versión cinematográfica le serviría para lo que necesitaba.

La adaptación era entretenida, y las hermanas Finlay se dejaron llevar por la trama hasta tal punto que, cuando por fin se pronunció la frase que esperaban, casi se la pierden. Uno de los personajes principales, una escritora de misterio que se llamaba Ariadne Oliver, está criticando a la niña asesinada cuando se interrumpe de pronto y le pregunta a Poirot si no es un poco cruel por su parte hablar así de ella. Él la mira con su típica cara inexpresiva y afirma: «En el caso de un asesinato no es cruel decir cómo era la víctima».

—¡Ajá! —gritó Alicia, y cogió el mando a distancia para rebobinar. Las dos la escucharon de nuevo, y siguieron adelante para oír la frase que recordaba Missy—: «La personalidad de la víctima es la clave de muchos asesinatos».

Cuando terminó la película, Lynette se sentó en el borde del sofá y miró a su hermana.

—Pero ¿en qué nos ayuda esto? ¿Qué sentido tiene?

—Como dijo Missy, lo cierto es que no conocemos a la víctima en absoluto. Una persona nos dice que era una pesadilla de mujer y otra que era una santa. Creo que lo que Poirot intenta decir aquí es que es importante saber toda la verdad sobre la víctima para resolver su

asesinato, su desaparición o lo que sea. Piensa en Arthur, por ejemplo. Bueno, no lo asesinaron porque fuera un hombre encantador, eso seguro, más bien lo contrario, y está claro que no ayudaría a los investigadores juzgar mal su carácter. Si queremos descubrir la verdad, tenemos que destaparla y enfrentarnos a ella tal cual es, sin tapujos. Lo más probable es que alguien se hartara de la conducta condescendiente de Arthur, de sus aventuras o de cualquier otra cosa que desconocemos.

—Pero… si fue un ataque al azar, o un robo… —empezó a decir Lynette.

—Estaríamos ante un caso totalmente distinto, desde luego. Pero cuando asesinan a alguien a sangre fría, normalmente existe una buena razón, y muchas veces es porque alguien le guarda rencor. Parece claro. Ahí tendríamos el motivo. ¿Qué pudo hacer Arthur que molestara tanto a alguien como para que le diera con un palo de golf en la cabeza? Y, lo que es más importante, ¿qué es lo que ha hecho Barbara?

Lynette volvió a acomodarse en el asiento y se quedó pensativa.

—Tal vez ella no haya hecho nada. Es posible que simplemente estuviera en medio.

—¿En medio para quién? —preguntó Alicia—. Por eso necesitamos averiguar más cosas sobre ella. ¡Hemos estado distraídos todo el tiempo! Missy puede ser muy irritante a veces, por su forma de divagar, pero en este caso ha dado en el clavo. No conocemos a Barbara Parlour de nada. ¿Cómo podríamos? La hemos visto dos veces, y apenas unas horas. Solo hemos visto lo que ella ha querido mostrarnos. Pero ¿quién es Barbara? ¿Qué hizo para provocar su desaparición? ¿Y qué sabemos, por cierto, de los demás miembros del club de lectura? De cualquiera de ellos. Son un poco… no sé… raritos. Es como si todos ocultaran algo…

Lynette la miró muy confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, mira a Perry. Tiene algo en contra de Claire, está claro, pero solo Dios sabe qué. Me da mucho miedo preguntar. Y Claire… ¿cuál es su historia? A mí me parece un poco obsesa del control. ¿Y por qué no se casa con su prometido? En cuanto a Missy… diréis lo que queráis, pero que alguien intente atropellarte con un coche no es algo que pase todos los días. ¿De qué iba eso? Y mejor que no empiece con el maldito Anders… Primero nos dice que está soltero y después resulta que no.

—¿No está soltero?

—No, mierda, no lo está. Está casado. ¡Hala, ya lo he dicho!

Lynette se quedó mirando fijamente a su hermana.

—¿Estás bien?

—Claro que estoy bien, ¿por qué no iba a estarlo? ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Vale, relájate un poco. —Lynette levantó ambas manos, pidiendo calma—. Es que yo pensaba que tú y él… ya sabes.

—¡No! Nada de nada.

—Bueno, si tú lo dices…

Lynette no pudo acabar la frase porque sonó el teléfono, que estaba en el otro extremo de la habitación. Alicia se sobresaltó, miró el aparato y después a su hermana. Eran algo más de las 11.00 de la noche. Demasiado tarde para una llamada de cortesía. Lo primero que pensó fue que sería Anders anunciando que dejaba el club de lectura. «Pues ¡que se vaya con viento fresco!». Pero el simple hecho de pensarlo le hizo sentir una presión en el pecho. Después se le ocurrió que podría haberles pasado algo terrible a sus padres o a su hermano. «¿Un allanamiento violento en la casa de Cairns donde viven? ¿Un accidente de coche tal vez?». El corazón le dio un vuelco.

—Ya lo cojo yo —dijo Lynette tranquilamente, porque las llamadas a una hora tan tardía no la alteraban tanto como a su hermana—. ¿Dígame?

Escuchó unos segundos, abrió mucho los ojos y empezó a chasquear los dedos y a señalar algo que había en la mesita del café.

Alicia sacudió la cabeza.

—¿Qué? —preguntó en voz muy baja, sin entender.

—¡El mando a distancia! —pidió Lynette, cubriendo el micrófono con una mano—. ¡Pon la ABC!

Alicia hizo lo que le pedía mientras Lynette seguía al teléfono. Era un boletín especial de noticias donde aparecía una reportera con mala cara, de pie, bajo un paraguas, delante de la mansión de los Parlour, en Woollahra. Sonaba ansiosa.

—Sí, James —decía—, exacto. Por desgracia no sabemos nada más en este momento, pero los mantendremos informados.

La imagen cambió y apareció un hombre bien arreglado en un plató.

—Gracias, Verity. Hablábamos con Verity Velour, informando desde Woollahra. Cuando nos lleguen nuevos detalles sobre esta historia, les iremos informando. Ahora pasemos a las noticias de economía. El ASX 100…

Alicia puso el televisor en silencio y miró a su hermana, que seguía hablando por teléfono y sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? ¿En serio? ¡Oh, Dios mío! Alicia estuvo con ella hace solo

unas horas… Sí, sí… Vale, díselo a los demás y… Oh, claro, tenemos que reunirnos. A ver si puede ser mañana… Muy bien…. ¿Ah, sí? Fantástico, te lo agradezco. ¿Tienes los números de todos? Genial, vale… Sí, te vemos entonces. Gracias, Missy. Adiós.

Colgó y miró a su hermana, que tenía los ojos muy abiertos.

—No me digas que han encontrado el cadáver de Barbara.

—No, no, nada de eso. —Lynette se sentó de nuevo, todavía perpleja.

—¿Qué pasa entonces?

—Es Arthur.

—¿Qué ocurre ahora?

—Han detenido a alguien por su asesinato.

Alicia se relajó un poco.

—Genial. ¿A quién?

—A Wanda Birchin. —Lynette cerró los ojos y apretó los párpados, a la espera del grito de su hermana, que no tardó en llegar.

—¡No puede ser! —exclamó Alicia—. ¿Por qué? ¿Cuándo?

—No sabemos mucho. Missy lo acaba de oír en las noticias. Han dicho que la han llevado a la comisaría para interrogarla.

—Y todos sabemos que esa es la forma que tiene la policía de decir que la han detenido. ¡Aaaaayyy! No me lo puedo creer. Se lo habrá contado todo a la policía, como le dije que debía hacer. ¡Oh, Dios, me siento fatal!

—Ni se te ocurra —la regañó Lynette—. No la estarían reteniendo si no tuviera nada que ver con esto. Habrán registrado su casa y habrán encontrado algo. O tal vez haya confesado.

—No me lo creo.

—Quizá fue un accidente o es cómplice del asesinato y está encubriendo a su marido.

—Hum… tal vez. Aun así, no puedo evitar sentirme fatal. Maldita sea, estaba segura de que era inocente. Creía que confesaría la aventura, y eso tal vez terminara con su matrimonio, pero ahí se acabaría todo.

Entonces pensó en lo que Anders le había dicho, y cayó en la cuenta de que había pasado la tarde en casa de una asesina. Él no estaba exagerando.

—No conoces a Wanda de nada —comentó Lynette, leyéndole el pensamiento—. Es justo lo que acabas de decir, y tenías razón. En este asunto todos somos casi unos extraños. Aparte de ti y de mí, ninguno de nosotros conoce de verdad a los demás, y de Wanda, Barbara o Arthur sabemos aún menos. Piénsalo, solo has visto a Wanda… ¿cuántas? ¿Dos veces?

—Pero siempre crees que saldrá a relucir el instinto, que verás una señal clara o algo así. Sin embargo, ella nunca me pareció una asesina, eso es todo. Me pregunto qué habrán descubierto.

Lynette le cogió el mando a distancia y empezó a cambiar de canal, intentando encontrar más noticias.

—Alicia, si unes los puntos, tiene sentido. Piénsalo. Sabemos que tenía una aventura con Arthur. También somos conscientes de que él no quería que saliera a la luz ni el más mínimo escándalo que pudiera estropear su campaña política, porque él mismo se lo dijo a Missy. Entonces ¿por qué iba a ir a casa de Wanda para intentar algo con ella en ese preciso momento? Sabía que la prensa estaba pendiente de él, sería una estupidez. Tal vez Wanda mintió sobre lo sucedido aquella tarde. Quizás Arthur fue a su casa para romper con ella y no lo aceptó. Tal vez se puso tan furiosa que lo mató en un momento de locura… O tal vez mató a Barbara primero, para poder estar con él, y, cuando Arthur se enteró, se enfrentó a ella y Wanda lo mató también. Puede que por eso fuera a verla aquel día. —Se interrumpió—. Dios, ya empiezo a sonar como Perry y como tú.

Alicia dejó escapar un largo y triste suspiro, aunque hacía rato que no escuchaba a su hermana. Estaba recordando otra frase de la película que acababan de ver, otra de las perlas de sabiduría del incomparable Poirot: «La sombra del pecado es muy alargada».

Y, en ese momento, se preguntó cuál de los pecados de Wanda Birchin había vuelto para ajustarle las cuentas.

25

El primer día de aquella semana amaneció perfecto: el sol calentaba y corría una suave brisa; por eso las dos hermanas Finlay no estaban de humor para trabajar. Nunca les apetecía cuando hacía tan buen tiempo, pero les costaba aún más después de lo que había ocurrido la noche anterior. ¿Cómo se iban a concentrar en algo tan banal como el trabajo?

Lynette ya se había rendido y había decidido tomarse la mañana libre. Se había puesto un vestido de tirantes cortísimo de color amarillo y unas sandalias de cuña increíblemente altas, y acababa de colgar el teléfono tras hablar con su jefe, que no estaba muy contento, cuando apareció su hermana para desayunar.

—Vas a llegar tarde a trabajar —murmuró Alicia mientras se preparaba un cuenco de cereales.

Había dormido muy mal esa noche: no había parado de dar vueltas y de revolverse por la culpa y la ira que sentía. Culpa por haber obligado a Wanda a acudir a la policía e ira porque esa mujer le había mentido en la cara, descaradamente y varias veces.

Y también estaba la incómoda conversación con Anders. No hacía más que reproducirla mentalmente una y otra vez. «¿Lo que ha dicho significa que ya no sigue formando parte de El Club del Crimen? ¿Y por qué nos contó a todos que estaba soltero si no era cierto?».

«Puede que Anders y su mujer estén separados», se dijo, esperanzada. El día en que celebraron la reunión del club de lectura en su casa no vio ninguna señal de que allí hubiera ninguna mujer. «Y si es eso, ¿por qué no lo explicó tal cual? ¿Por qué no quiso aclararlo?». Sintió una presión en el pecho que ya empezaba a ser habitual en ella. Tal vez Anders quisiera reconciliarse con su mujer, quizás seguían enamorados. Alicia sintió un escalofrío e intentó borrar todo aquello de su mente.

—Le acabo de decir a Mario que no cuente conmigo esta mañana —anunció Lynette, interrumpiendo sus pensamientos—. No le ha hecho ninguna gracia, claro, pero que se aguante. ¡Nadie va a impedir

que vaya a ver a Niles otra vez!

—¿Ni que te des un bañito en la playa de Balmoral, ya que estás allí? —preguntó Alicia, señalando el tirante del bikini que asomaba por debajo del vestido de su hermana.

—¿Por qué no? Si todo este horrible asunto ha servido para algo, Alicia, ha sido para enseñarnos que hay que disfrutar de la vida mientras podamos. ¿Quieres venir tú también? Después podemos ir a comer pescado con patatas. Hay un restaurante estupendo por la zona.

Alicia llenó el cuenco con muesli y leche, se dejó caer en uno de los taburetes de la cocina y se dispuso a desayunar.

—Lo siento, pero tendrás que ir sola. Yo quiero volver a la mansión...

—¿A la de Barbara? Pero si habíamos acordado no acercarnos por allí.

—Eso fue antes de que Wanda asesinara a Arthur. Ahora tengo que ir para comprobar si se nos ha escapado algo. Además, quiero ver si está Rosa, para preguntarle por ese anuncio tan extraño del periódico.

Se metió una cucharada de muesli en la boca y miró el cuenco con cara triste.

—¿Estás bien? —preguntó Lynette, entornando los ojos—. Tienes una pinta espantosa.

—Vale, gracias, Lynny.

—Perdona, pero pareces agotada, y anoche estabas muy rara. ¿Quieres contarme qué te pasa?

—Estoy bien. He dormido mal, nada más.

—Has estado dándole vueltas al caso, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

—Algo así.

—Pues entonces es normal que no duermas bien.

—Lo sé, ya lo sé.

Lynette cogió el bolso y unas gafas de sol enormes. Se las puso y se agachó para acariciar a Max.

—Me voy, tengo trabajo que hacer.

—Sí, seguro que tanta natación te deja agotada —bromeó Alicia—. Prométeme que tendrás cuidado.

—Te lo prometo —aseguró Lynette cuando salía por la puerta para dirigirse a la parada de autobús.

El trayecto entre Woolloomooloo y Balmoral era largo y exigía dos cambios de autobús como mínimo, pero Lynette iba bien preparada. Se había llevado un ejemplar de *Asesinato en el Orient Express* de

Agatha Christie para leerlo durante el viaje. Lo habían elegido para el club de lectura del siguiente domingo y, aunque no estaba segura de si llegaría a celebrarse la reunión, se había propuesto leérselo por si acaso. Habían pasado muchos años desde la última vez que Lynette hizo aquel accidentado viaje en tren con Poirot y sus doce irascibles sospechosos, y no recordaba bien los detalles.

Había pensado en ver la película para ponerse al día (la fabulosa versión de Albert Finney con el elenco de estrellas del Hollywood clásico, entre las que se encontraban Lauren Bacall, Ingrid Bergman y Sean Connery), pero como sabía que las adaptaciones cinematográficas nunca eran totalmente fieles a la historia original, cambió de idea. Además, ¡era un club de lectura al fin y al cabo!

Cuando el autobús de Lynette enfiló el último tramo, que transcurría junto al paseo marítimo de Balmoral, llevaba viajando más de una hora, pero estaba tan enfrascada en la novela que casi ni se había dado cuenta. En su lectura se había encontrado con otra cita clásica de Poirot que le hizo pensar en el caso de Barbara Parlour. Tras inspeccionar el compartimento del hombre asesinado y descubrir el pañuelo con la inicial bordada, el limpiapipas, un reloj de oro (parado, muy convenientemente, a la supuesta hora del asesinato) y otros objetos interesantes, el detective decía: «No podemos quejarnos de no tener pistas en este caso. Las hay en abundancia y de toda clase».

Igual que en el caso de Barbara, pensó Lynette, e hizo una anotación en el margen. Dejó el libro y reflexionó sobre ello. Había un montón de pistas que parecían complicar el caso (lo que estaba escrito en la pizarra de la cocina de Barbara, todos los objetos que encontraron en su coche), pero ninguna tenía sentido. Se preguntó, igual que Poirot en el libro, si sería algo deliberado.

—¡Última parada, señora! —gritó el conductor del autobús desde la parte delantera, y Lynette lo miró, sobresaltada. El autobús estaba vacío y aparcado junto a la acera.

—¡Oh, perdón! —respondió, metió el libro en el bolso y se levantó para bajarse.

Saltó a la acera, miró alrededor, se situó y empezó a recorrer el paseo marítimo en dirección a Refugio Playero.

Estaba a reventar cuando llegó, como cabía esperar en un día de clima tan apacible, y Niles iba corriendo de acá para allá como un loco. Lynette buscó a la camarera que le había dicho que a veces contrataba para que lo ayudase, pero estaba claro que ese día se las tenía que apañar solo.

—Hoy no tengo tiempo para ti —exclamó con los dientes apretados cuando pasó por su lado, de camino a la máquina de café—. Esto es

un caos.

Ella entró en la cafetería, dejó su bolso en la parte de atrás y cogió un delantal que vio colgado de un gancho.

—Vale, ¿por dónde empiezo?

Él levantó la vista del café que estaba preparando, sorprendido.

—¿Me vas a ayudar?

—Ya te he dicho que eso es lo que pretendo, ayudarte. Antes que nada, vamos a despejar esto un poco. ¿Ya están atendidas todas las mesas de la terraza?

—Las mesas tres y seis están esperando. Y los clientes no parecen contentos.

—Pues ¡eso va a cambiar dentro de un instante!

Él le lanzó una libreta para las comandas y un lápiz, y ella salió a la terraza.

Treinta minutos después, Lynette se dio cuenta de que la cafetería se iba a quedar sin suministros en un abrir y cerrar de ojos, porque faltaban, por ejemplo, servilletas o sobrecitos de azúcar, y no había encontrado nada en el almacén.

—¡Mierda! Fui a comprar de todo ayer —contestó Niles cuando ella le preguntó—. Pero aún no he tenido tiempo de sacarlo del coche. —Buscó las llaves, que guardaba bajo el mostrador—. ¿Te importa? Es un BMW viejo que está aparcado detrás.

Ella cogió las llaves, cruzó la cocina a todo correr e ignoró la mirada hostil del cocinero, que se estaba peleando con una sartén y unos huevos. Cuando llegó a la puerta trasera vio el BMW negro. Se acercó para sacar las cajas del maletero y una alarma empezó a sonar en su cabeza, pero en ese momento no tenía tiempo para prestarle atención. Necesitaba volver enseguida para atender a las hordas hambrientas. Cogió las cajas y las metió dentro.

Veinte minutos más tarde, las cosas se calmaron un poco por fin. La hora punta del desayuno había pasado y la mayoría de los clientes estaban apurando sus cafés antes de irse al gimnasio, al club de *bridge* o a dondequiera que fueran los ricos ociosos que no tenían que preocuparse por el dinero para pagar el alquiler. Lynette entró en la cocina con una bandeja de platos y tazas sucios.

—Déjalos por ahí, los fregaré luego —le indicó Niles—. Y gracias.

—No me des las gracias todavía. Las cosas se volverán a complicar a la hora de la comida, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Ya he llamado a Annie. Llegará enseguida.

—Bien, entonces tú y yo podemos sentarnos y charlar un rato.

Él la miró con aire preocupado, pero no dijo nada. Cuando llegó la joven camarera, con toda la pinta de que él la había sacado

literalmente de la cama, Niles preparó *caffè latte* para Lynette y para él, se sentó con ella a una mesa del fondo y dejó escapar un largo suspiro de cansancio.

—Ya has visto el problema de este negocio. Un día sufres la sequía y, al siguiente, una inundación. Y parece que siempre se pone a llover cuando no tengo personal.

—Con este tiempo tan bueno, Niles, ¿no habías previsto que vendría mucha gente?

Él se encogió de hombros. Estaba claro que no tenía visión para ese negocio y que probablemente evitaba incorporar más personal para ahorrar. Pero Lynette decidió no insistir, porque esa no era la razón por la que estaba allí. Le preguntó por Barbara.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber cómo es.

—Me habías dicho que la conocíais.

—Eso creíamos, pero me pregunto si hay otro lado de Barbara que nosotros no hemos visto.

Tomó un sorbo de café, que le abrasó la lengua, y lo dejó a un lado para que se enfriara un poco. Estuvo a punto de decirle a Niles que el *caffè latte* no debería estar tan caliente, pero se contuvo una vez más. No había forma de salvar a aquel hombre de su propia incompetencia.

—Nos hemos dado cuenta de que la gente describe a tu hermana de formas muy diferentes —continuó—. Por eso me pregunto si se comportaba de la misma forma con nosotros, en el club de lectura, que con otras personas en su vida cotidiana.

Él pareció confundido y se frotó los ojos cansados.

—Solo quiero saber cómo es de verdad, Niles. No la versión edulcorada y retocada. Quiero saber quién es la verdadera Barbara Parlour. Háblame de ella.

Él dejó de frotarse los ojos y reflexionó un momento.

—Mi hermana era... es... —Se quedó callado un momento y de repente pareció destrozado—. Dios, ya no sé ni cómo hablar de ella. ¿Crees que está bien?

Ella se encogió de hombros. No podía ofrecerle consuelo, porque ella no tenía nada claro.

—Mejor empiezo otra vez. Barbara es una buena persona, solo que ha tomado malas decisiones en la vida.

—¿Arthur Parlour fue una de ellas?

—En efecto. Se supone que no se debe hablar mal de los muertos, pero ese hombre era un capullo integral. Lo único que le importaba era codearse con lo mejorcito de la sociedad. Ya te dije que quería meterse en política, ¿no? —Ella asintió—. Habría estado en su salsa

rodeado de todos esos gilipollas. Además, le ponía los cuernos. Y eso la volvía loca.

—¿Le pegó alguna vez?

Niles pareció desconcertado.

—Dios, no. Yo le habría reventado la cara si se le llega a ocurrir hacerlo. —Se dio cuenta de lo que había dicho y guardó silencio—. Pero ¡no lo hice! Nunca lo toqué…

—Sí, lo sé, ya hemos hablado de eso. —No tenía tiempo para aguantar su discurso de víctima inocente, el mar que había al otro lado de aquellas paredes la estaba esperando—. Entonces ¿por qué siguió con Arthur si le estaba siendo infiel?

—No tenía otra opción. Nosotros no somos gente de dinero, ¿sabes? Hemos tenido una vida dura. Ninguno de los dos tenemos muchos estudios, no fuimos a la universidad, y sé con toda seguridad que Barbara no tiene intención de volver a trabajar. Tuvo muchos empleos antes: relaciones públicas, actriz, redactora… Pero prefiere ser una señora sin obligaciones. —Había cierto desdén en su voz—. Supongo que todo era más fácil si seguía con él. Tenía la mansión, unos ingresos fijos y todo eso.

—¿Y no podía pedirle el divorcio, quedarse con la mitad de su dinero y rehacer su vida en otra parte?

—¿Y a qué se iba a dedicar? Además, tenía que pensar en Holly.

—Pero Holly ya es casi una adulta, tiene dieciséis años. Se las apañaría.

—No lo sé. —Vaciló antes de responder—. Mi hermana arrastraba una especie de… amargura, creo que puede describirse así. Siempre estaba furiosa con Arthur, pero, no sé…

—¿Qué, Niles? ¿A qué te refieres exactamente?

—Nadie se puede enterar de que he dicho esto.

Lynette levantó ambas manos.

—¿Ves una grabadora en alguna parte? ¿O una cámara? No soy periodista, Niles, ya te lo he dicho. Solo una amiga.

—Lo sé. Mira, quiero a mi hermana y le debo muchísimo, no me malinterpretes, pero a veces me pregunto si la verdadera razón por la que me ayudaba prestándome dinero era para fastidiar a Arthur. Ella siempre se aseguraba de que él se enterara. Se lo restregaba a menudo. Supongo que lo que quiero decir es que el odio que mi hermana sentía por su marido la animaba, le daba una razón para vivir, ¿sabes? No tenía nada más que ese odio. Y la cafetería, claro.

—¿Y Arthur no ponía objeciones a que utilizara su dinero para pagar tus facturas?

Él se masajeó la arruga que se le formaba entre las cejas.

—Tampoco tenía elección. Supongo que era su forma de pagar por sus pecados.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Estás diciendo que tu hermana disfrutaba despilfarrando el dinero de Arthur? ¿Y que lo hacía para mortificarlo?

Dejó de masajearse y se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí. Recuerdo que una vez se compró un anillo con un rubí gigante, una piedra horrorosa, de un rojo tan intenso que parecía casi negro, con un engarce de oro muy ostentoso. Cuando se lo vi y le pregunté por él, ella se rio y me dijo que ni siquiera le gustaban los rubíes, que solo lo quería para hacerle daño a Arthur. Como ya te he dicho, quiero a mi hermana, pero no se puede decir que sea una santa, sin duda. —Niles la miró con sus ojos cansados, suplicantes, y añadió—: ¿Crees que está bien? ¿Que sigue viva, quiero decir?

Era la segunda vez que se lo preguntaba, y, de repente, Lynette sintió lástima por él y apoyó una mano sobre las suyas.

—No lo sé, Niles, de verdad. Me gustaría decirte que sí, pero no tengo ni idea. Por eso estoy aquí. ¿Hay alguna cosa más que puedas contarme sobre tu hermana? ¿Cualquier detalle que pueda ser de utilidad?

Lo pensó unos minutos, dejando vagar la mirada por la terraza de la cafetería, que estaba empezando a llenarse otra vez.

—No se me ocurre nada.

—Está bien. Si te acuerdas de algo, tienes mi número. No importa si es una cosa insignificante, tú llámame, ¿vale?

—Vale. Oye, tengo que volver al trabajo.

—Sí, te dejo con ello.

—Espera, ¿cuánto te debo? Por tu ayuda esta mañana.

Metió la mano en el bolsillo, como si fuera a sacar la cartera, pero ella hizo un gesto para indicarle que lo dejara.

—No seas tonto. Me vale con que me invites al café. ¿Te parece bien?

Él asintió, juntó las manos como si fuera a rezar, en un gesto de agradecimiento, y se apresuró a salir para atender a un cliente. Lynette recogió sus cosas y se fue a la playa.

El sol ya calentaba bastante cuando Lynette extendió la toalla sobre la ardiente arena blanca y se quitó el vestido, dejando al descubierto el bikini de cuadros rosas y blancos que llevaba debajo. Varios hombres se volvieron para mirarla, atraídos por su piel de color café con leche y sus piernas largas y esbeltas, pero Lynette no se dio ni cuenta. Nunca

prestaba atención al efecto que causaba en los hombres, a no ser que fueran mayores, ricos y estuvieran dispuestos a convertirla en su «princesa» y colocarla en un pedestal. Si se daba el caso, sí que respondía con una amplia sonrisa, sacudía el pelo rubio sedoso y se acercaba a hablar con ellos.

Lynette esperaba una adoración total por parte de los hombres con los que salía. El problema, al menos en opinión de su hermana mayor, era que eso no duraba mucho. Con el tiempo, el hombre mayor y rico dejaba de tratar a Lynette como a un miembro de la realeza y empezaba a verla como el ser humano normal y corriente que era, y entonces ella se indignaba y lo dejaba por otro hombre mayor, rico y con ganas de subirla al pedestal. Y así se perpetuaba el círculo vicioso.

Sin embargo, en aquel momento no había lugar para los hombres en la mente de Lynette. Se embadurnó de crema solar y se fue a dar un chapuzón. El agua estaba buenísima. Se tumbó boca arriba, flotando sobre las olas, se puso a pensar en lo que acababa de decirle Niles y llegó a una conclusión. Había otro lado de Barbara Parlour, uno más oscuro y retorcido, que evidentemente no les había mostrado en el club de lectura. Delante de ellos siempre parecía amable, nerviosa y vulnerable.

«Como una víctima».

Pero Niles describía a una mujer que sabía muy bien lo que quería y que ejercía el control. «Y a la que le gusta jugar con la gente», pensó. De hecho, ¿no había dicho que había sido actriz en el pasado? Eso encajaba con algo que habían dicho de Barbara tanto Arthur como Wanda: los dos la habían descrito como una reina del drama.

Lynette se incorporó, sobresaltada, y estuvo a punto de chocar con un chico que practicaba *bodyboard* muy cerca de ella y se la estaba comiendo con los ojos.

¿Barbara había estado representando un papel cuando asistió a El Club del Crimen? ¿Estaba ocultando su verdadera forma de ser? ¿Actuando como una persona distinta, que no tenía que ver con quien en realidad era? Y si era así, ¿por qué? Cuando Lynette salió del agua, volvió a su toalla y se tumbó a secarse, no pudo evitar preguntarse a quién (o qué) estaba tratando de ocultar Barbara Parlour con tanto esfuerzo.

Una hora después, cuando Lynette recogía sus cosas para irse, oyó el ruido de unas llaves en su bolso. Se quedó sorprendida. No se había llevado el coche de Alicia y las llaves de su casa no hacían tanto ruido. Introdujo la mano y se dio cuenta de que se había guardado las llaves

del coche de Niles por error en su bolso después de ir a por las cajas. Gruñó, porque no estaba de humor para otra sesión de autocompasión y caras de pena, pero volvió a regañadientes a la cafetería. De camino, la alarma que había estado sonando en alguna parte de su cabeza aumentó de intensidad.

Cuando por fin se detuvo a escucharla, se paró en seco, dio un respingo y sacudió la cabeza.

«No puede ser».

Lynette dio la vuelta a la cafetería para ir al aparcamiento que había detrás, examinó detenidamente el BMW de Niles y no pudo evitar otra exclamación. Era de un color oscuro, llevaba los cristales tintados y tenía varias abolladuras en un lado y unos arañazos en la pintura que dejaban claro que había chocado con algo.

O con alguien.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y entonces recordó las palabras de Missy tras el atropello con fuga de unas semanas atrás: «Solo vi que era un BMW de color oscuro. Ya sabéis, ¿no? Esos que llevan las ventanillas tintadas. Mi madre las llama “ventanillas de traficante”...».

—¡Anda!, pero ¡si sigues aquí! —exclamó Niles desde la puerta de la cocina. Lynette se dio la vuelta y vio que la estaba observando, con las manos en los bolsillos y una expresión inescrutable en la cara.

—Perdona, se me ha olvidado devolverte las llaves —balbuceó, con el corazón martilleándole en el pecho. Se las lanzó desde donde estaba.

Él las atrapó con una mano.

—Gracias. ¿Te vas ya?

Ella asintió, vaciló e inspiró profundamente. Si no se lo preguntaba, Alicia jamás se lo perdonaría.

—¿Qué le ha pasado a tu coche? —preguntó señalando las abolladuras del lateral e intentando que sonara como una pregunta sin importancia.

Él se encogió de hombros.

—Ni idea. Me lo encontré así.

—¿De verdad? —El tono despreocupado de su voz se volvió suspicaz.

—Sí, en serio. ¿Por qué? —En su mirada había algo oscuro.

—¿No te golpeaste accidentalmente con algo... o con alguien?

Él la atravesó con la mirada.

—Claro que no. Lo recordaría, ¿no te parece? ¿Adónde quieres llegar?

—Es que me extraña que tu coche tenga esas abolladuras y tú no sepas cómo ha pasado —dijo Lynette procurando que pareciera un

mero comentario.

—Está claro que algún idiota me lo habrá rozado cuando estaba aparcado y luego no quiso dejar los datos de su seguro —contestó, molesto—. No es culpa mía.

«No, nunca es culpa tuya», pensó ella. Lynette estudió su rostro, pero no pudo deducir nada de su expresión. ¿Parecía culpable o solo confundido?

Decidió dejarlo por el momento; no estaba segura de cómo encajaba aquel detalle con la muerte de Arthur y la desaparición de Barbara. ¿Por qué demonios iba a hacerle daño Niles a la pobre Missy? ¿Y qué podía tener eso que ver con cualquiera de las dos cosas? Lynette no paraba de darle vueltas a todo, y ya le había dado demasiadas, así que decidió dejarlo estar.

Además, por muy agotado que pareciera Niles, era más fuerte que ella. Estaba segura.

Se despidió haciéndole un gesto con la mano, dio media vuelta y lo dejó allí plantado, mirando su coche con curiosidad. Mientras se alejaba, Lynette no pudo evitar preguntarse si Niles Blakely era tan inocente como pretendía parecer.

26

Aquel mismo lunes por la mañana, cuando Alicia llegó al trabajo, tarde, ya había tomado una decisión que la sorprendió. No iría a Woollahra, tampoco hablaría con Rosa Lopez, ni haría nada que tuviera que ver con Barbara Parlour ni con su marido infiel asesinado. No. Iba a hacer lo mismo que Claire y Lynette: tomarse un merecido descanso.

Tal vez Anders tuviera razón, por muy molesta que hubiera sido su forma de explicarlo. Alicia se lo estaba tomando demasiado en serio. Le vendría bien distanciarse para ganar un poco de perspectiva. Además, se le estaba empezando a acumular el trabajo en la revista.

Cuando pasó por delante de la mesa de recepción, saludó con la mano a Ginny, que estaba flirteando con un repartidor con el uniforme elástico de la empresa Deliverit, Express! Llevaba el casco de la bici en una mano y estaba guardando su contacto en el móvil con la otra. Ginny respondió con un movimiento de cabeza al saludo de su compañera, que se fue directa a su mesa. Parecía claro que Ginny no dejaba pasar ninguna oportunidad.

«Seguro que ella no perdería el tiempo pasándolo mal por un médico casado», pensó.

Cuando su ordenador cobró vida, Alicia vio un flujo aparentemente infinito de emails atascando su bandeja de entrada. Decidió ignorarlos y se puso a trabajar en los últimos flecos de la revista de Lady Gaga. Intentó encontrar unos cuantos titulares ingeniosos, pero resultaba difícil combinar frases geniales con una estrella del pop tan superficial. Tuvo que esforzarse para que su tono no sonara sarcástico.

«De Gaga para Gaga» ya estaba muy visto y no le parecía que nadie fuera a entender todos los posibles significados de *The Lady is a Tramp*. Suspiró y siguió devanándose los sesos...

Dos horas y una cantidad infinita de signos de exclamación después, dejó a un lado la portada y decidió mirar el correo. Pensó que era

mejor vaciar un poco la bandeja de entrada antes de que rebosara, y fue descartando mensajes como si estuviera eligiendo entre la carroña, buscando los bocados más sabrosos e ignorando la basura.

Le llamó la atención el email número veintiuno. Era del editor inglés, que había tenido una idea para su siguiente proyecto y quería consultársela. Abrió el email, pero solo fue capaz de leer la primera frase.

«Como estáis a punto de empezar el verano allí, ¿qué te parecería hacer un especial sobre balnearios y spas?», decía.

Cuando lo leyó, todas las buenas intenciones de Alicia se desvanecieron.

Se arrellanó en su silla, con los ojos como platos, cerró el correo, cogió su bolso y salió por donde había entrado por la mañana. Ginny se reía como una tonta por algo que había dicho el mensajero, al que, obviamente, le daba igual el significado de la palabra «exprés» que aparecía en el nombre de su empresa. «¿O será que ya no es el mismo mensajero de antes?», se preguntó Alicia mientras se despedía de Ginny con la mano, asombrada por el éxito que tenía la recepcionista.

—¿Y adónde vas ahora? —gritó ella desde su mesa, pero no había tiempo para explicaciones.

Gracias al email de su editor, Alicia había recordado por fin dónde había visto antes lo de The Hydro y por qué le sonaba. Tenía que ir a casa de los Parlour cuanto antes.

De camino a Woollahra, Alicia llamó a su hermana, que también estaba viajando, pero en su caso de regreso desde la playa de Balmoral.

—Es solo para que sepas adónde voy —explicó Alicia—. Hoy he ido al trabajo en coche, no tenía fuerzas para soportar el transporte público, así que voy conduciendo hacia la mansión.

Miró hacia abajo, se examinó los muslos y frunció el ceño. Últimamente les había prestado muy poca atención. Tal vez le vendría bien renovar la suscripción del gimnasio.

—Muy bien —dijo Lynette, aunque la línea se entrecortaba un poco —, pero ¿por qué no te acompaña alguien? Llama a Anders.

—¿A Anders? ¿Por qué? —Sintió que se le erizaba el vello—. No necesito que venga conmigo un hombre para protegerme.

—Tranquila, fiera. Solo lo decía porque pensé que así sería más divertido. Me parecía que Anders y tú erais... bueno... ya sabes...

—Pues no —negó rotundamente—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no hay nada entre nosotros? Está casado.

—Sí, pero, en cuanto a eso, creo que lo has entendido todo mal…

—No. —Procuró que el tono de su voz sonara más relajado—. Me lo dijo él ayer mismo. Además, tampoco es que le interese este tema.

—¿Qué tema?

—La investigación. Barbara Parlour. Creo que quiere dejar el club.

—¿En serio? Pues yo habría dicho justo lo contrario.

—Ya somos dos. Oye, ¿qué tal te fue con Niles? —Quería cambiar de asunto. El comportamiento de Anders era algo que en ese momento le daba igual.

—Ha sido muy interesante, la verdad. —Lynette le repitió lo que le había contado Niles sobre su hermana y el rencor que le guardaba a su marido—. Pero hay otra cosa importantísima que tengo que contarte.

—Pues date prisa, porque ya casi he llegado.

—Vale, vale —respondió Lynette, bajando la voz como si quisiera evitar que los demás pasajeros del autobús la oyeran—. ¿Te acuerdas de lo que dijo Missy la semana pasada sobre el atropello con fuga?

—¿Missy? ¿Qué tiene que ver Missy con Niles?

—Sígueme la corriente. ¿Te acuerdas de lo que dijo o no?

—Sí, dijo que algún idiota con un BMW oscuro se subió a la acera y la obligó a apartarse, ¿por qué?

—Conozco a un idiota con un BMW negro. Y tiene un montón de abolladuras.

—¡Oh, Dios mío! ¿Niles?

—Eso es.

Alicia se quedó pensativa un momento.

—Pero… ¿por qué querría hacerle daño a Missy? No tiene lógica. Por lo que sabemos, ni siquiera se conocen.

—Buena pregunta, pero yo no tengo ni idea —reconoció Lynette con un suspiro—. Oye, cuanto más lo pienso, más me parece que tiene que ser una coincidencia. Muy extraña, eso seguro, pero deberíamos tenerlo presente…

—Dios, mi libreta se va a convertir en una novela llena de ridículas «notitas» que no parecen llevar a ninguna parte. Te dejo, que casi he llegado. Seguro que hay policías por todas partes y no quiero que me multen por hablar por el móvil mientras conduzco.

—Está bien. Pero ten cuidado, Alicia, ¿vale?

Se lo prometió, colgó y empezó a buscar aparcamiento.

En contra de lo que había supuesto Alicia, cuando llegó pudo comprobar que no había ningún movimiento cerca de casa de los Parlour. Solo se veía una cinta muy fina de color azul y blanco. Hasta

los equipos de los medios de comunicación habían desaparecido. Sintió un gran alivio, se dirigió a la puerta principal y tocó el timbre. De pronto sintió una repentina punzada de pánico.

Se imaginó que Arthur le abría la puerta, con una herida sangrante en la cabeza, el ceño fruncido y gritándole de nuevo por inmiscuirse en su pulcra y perfecta vida. Alicia sintió cómo de nuevo le asaltaba un profundo remordimiento. «¿Qué le he hecho a ese pobre hombre? ¿Por qué no lo dejé en paz? ¿Seguiría con vida si lo hubiera hecho?».

Pero, para su enorme sorpresa, un segundo más tarde, fue Holly quien abrió la puerta. Aunque estaba vivita y coleando, aquel día Holly iba vestida como una muerta viviente: llevaba un top y unos *leggins* con un tutú encima, todo negro, y calzaba unas enormes botas con plataformas del mismo color. Llevaba los ojos maquillados con un grueso delineador, también negro (tanto negro llamaba la atención, cualquiera se daría cuenta). También se había aplicado un tinte negro con reflejos morados en el pelo oscuro, y unos mechones grasientos le caían sobre la cara. Alicia también observó que en el brazo llevaba un tatuaje mal dibujado de una diminuta cruz negra que no le había visto antes. O estaba de luto riguroso o se había vuelto emo de la noche a la mañana, pero, sea lo que fuera, aquel estilo no le pegaba nada.

Alicia sintió un súbito dolor en el corazón por esa pobre chiquilla confundida.

—Hola, Holly —la saludó, procurando no quedarse mirando fijamente su trasformación gótica—. Siento lo que le ha pasado a tu padre.

—¿De verdad? —contestó Holly torciendo levemente el labio superior—. Creía que ibas a por él.

—¡Ni mucho menos! Solo intentaba encontrar a tu madre, nada más. ¿Qué tal lo llevas? Me habían dicho que estabas en casa de una amiga.

—¡Ni de coña! La madre de Heidi la trata como si fuera una niña, estoy mucho mejor aquí. Además, ya tengo dieciséis, así que puedo vivir sola.

—¿No está Rosa?

—Sí, seguro… Se largó hace días.

—¿Ah, sí? ¿Y eso no te parece raro?

—No. ¿Por qué iba a quedarse en esta casa? Está maldita.

—¿Y quién se va a ocupar de ti? Bueno, ya sé que puedes cuidarte sola, pero…

Ella hizo una mueca.

—Harriet, la hermana de mi padre, ya está de camino. Viene desde Adelaida. Qué pereza.

—Seguro que es lo mejor.

—No me da miedo quedarme sola ahora que han atrapado a la asesina, ya debes de saberlo.

—Sí, lo he oído. Wanda Birchin, al parecer. Si es que fue ella…

—¡Claro que sí! La policía me dijo que había huellas dactilares de mi padre por toda la casa de Wanda, y además han encontrado las huellas de ella en el palo de golf con el que lo mataron. No se puede engañar al CSI.

—¿Qué clase de palo de golf era? —preguntó Alicia.

—¿Qué?

—¿Era un hierro nueve?

El modo en el que Holly la miró decía claramente «esta tía es una lunática».

—¿Y a quién le importa eso? No sé cuál era, pero lo mató… —En ese momento tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para contener un sollozo, porque estaba decidida a no llorar delante de la aburrida amiga de su madre—. Yo siempre pensé que esa Wanda de la cara tiesa no era de fiar. Cuando venía por aquí actuaba muy raro con papá.

—He oído que llamó a tu casa el día en que murió tu padre. Después de la hora de comer, pero no sé exactamente cuándo. ¿Contestaste tú?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Para eso tenemos a Rosa. Bueno… la teníamos.

—Entonces ¿Rosa aún estaba aquí aquel día?

—No lo sé. —Cerró los ojos rodeados por unas pestañas negras con pegotes de rímel—. Pero ¿a ti qué te importa todo eso?

—Mira, Holly, no quiero engañarte ni cotillear. De verdad que quiero ayudar, es lo que queremos todos los del club de lectura de tu madre. Somos buena gente y queremos localizarla. Tú también quieres encontrar a tu madre, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —Se sorbió los mocos con fuerza—. Creía que solo estaba siendo cruel con nosotros. Pero, ahora, después de que papá haya aparecido…

Ya no pudo contener la avalancha por más tiempo y se echó a llorar entre grandes sollozos, muchos mocos y profundos suspiros. Alicia no pudo evitar abrazarla, y la niña no intentó zafarse. Ella se consideraba adulta, pero lo cierto era que Holly seguía siendo muy infantil. Cuando aún estaba pasándolo mal por la desaparición de su madre, la muerte de su padre le había provocado un tremendo shock.

Ni sus fanfarronadas adolescentes ni el atuendo gótico podían convertirla en lo que no era.

Al cabo de unos minutos, Holly se apartó, muy avergonzada, y miró a su alrededor, como si le preocupara que alguien la hubiera visto.

—¿Puedo entrar? —le preguntó Alicia—. Aquí dentro hay algo que necesito ver. Y te prometo que es para ayudar a tu madre.

Holly se limpió la nariz con una mano y dejó que entrara. Alicia fue directa a la cocina y al frigorífico cubierto de imanes con publicidad que había visto el día en que Barbara fue la anfitriona de la primera reunión oficial de El Club del Crimen.

Y encontró justo lo que esperaba. Uno de los imanes era de un spa de lujo que se llamaba The Hydro Majestic y estaba en las Montañas Azules, al noroeste de Sídney. Lo despegó de la nevera y lo estudió.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que está pasando? —preguntó Holly al tiempo que se lo arrancaba de las manos.

—¿Sabes si tu madre conoce a alguien en ese spa, The Hydro Majestic?

Ella se encogió de hombros.

—Suele ir a The Golden Door, en el norte, en Queensland. Lo que nunca entenderé es por qué necesita ir a un spa a descansar si se pasa el día sin hacer nada.

Holly guardó silencio, se mordió el labio y se tragó otro sollozo. Criticar a su madre no era tan divertido desde que la pobre mujer había desaparecido.

—¿Dónde estará? —gimoteó otra vez—. ¿Adónde puede haber ido?

Alicia le cogió la mano y se la estrechó.

—No lo sé, Holly, pero tengo la corazonada de que en este lugar está la clave. ¿Puedo llevármelo?

Holly se encogió de hombros y le devolvió el imán. Alicia estaba a punto de darse la vuelta cuando algo más le llamó la atención. Algo que ya no estaba.

—¿Dónde están las fotos de tu madre, Holly? —preguntó.

La niña miró la puerta de la nevera y abrió mucho los ojos. La colección de fotos familiares seguía en su sitio, pero solo quedaban las de Arthur y las de Holly cuando era pequeña. No había ninguna de Barbara.

—Qué raro. No sé qué habrá pasado con las fotos de mamá...

—¿Se las llevó cuando se fue aquel sábado?

Holly negó con determinación.

—No, estoy segura de haberlas visto después, porque estaba tan cabreada con ella que estuve a punto de arrancarlas y romperlas... —Debió de darse cuenta de la expresión asombrada de Alicia—. Pero yo no he sido. ¡No las he tocado, lo juro!

—¿Quién ha sido entonces? ¿Tu padre?

Se encogió de hombros una vez más.

—Puede que también estuviera enfadado y no deseara tenerla a la vista.

—Tal vez, pero le dijo a mi amiga Missy que quería que tu madre volviera a casa con vosotros para estar «en el lugar que le corresponde»; entonces ¿por qué iba a quitar sus fotos? —Se le ocurrió algo de repente—. ¿Puede ser que alguien se las diera a la policía o a la prensa para que las usaran para identificarla?

Holly lo pensó.

—No sé. Yo no se las he dado a nadie, ni las he visto en las noticias.

Alicia tuvo que reconocer que tampoco las había visto. Las fotos de Barbara que habían aparecido en las noticias de la televisión sin duda eran de algún antiguo álbum familiar, de 1982 por lo menos.

—¿Te importa que mire en el salón?

Alicia fue hacia la otra estancia sin esperar una respuesta, y en cuanto entró soltó una exclamación. Allí también faltaban varias fotos de Barbara; no estaban en la repisa de la chimenea, ni en la mesita auxiliar. Su trofeo de tenis tampoco se veía por ninguna parte. Entonces se fijó en el retrato familiar que había sobre el enorme piano y se quedó petrificada. En vez de aquella foto tan artificial de tres personas que fingían ser felices, allí solo quedaba la parte en la que aparecía Arthur con su hija. Alicia se acercó para verla mejor y lo que descubrió le pareció aún más extraño.

Habían recortado a Barbara de la foto enmarcada con muy poco cuidado, todavía se veían un trozo de su hombro y parte del pelo rubio decolorado.

Pero alguien había recortado y eliminado el resto.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Holly, que apareció detrás de ella mordiéndose las uñas—. ¡Qué yuyu! Es como si alguien hubiera querido borrarla de esta casa.

—Eso es justo lo que parece —comentó Alicia y, a continuación, le preguntó—: ¿Cuándo fue la última vez que Rosa estuvo en la casa?

—¿Rosa? Eh… no sé… La policía vino el jueves por la noche para contarme… eh… lo de… lo de papá.

—¿Y Rosa estaba aquí entonces, Holly?

—No, ya se había ido.

Alicia parpadeó varias veces.

—Entonces ¿cuándo se fue Rosa? —Holly se encogió de hombros —. Es muy importante, Holly, piensa. Empecemos por el principio. ¿A qué hora llegaste a casa el jueves, el día en que murió tu padre?

—Vale, vale, relájate un poco. Vamos a ver, fui al colegio y volví a eso de las dos. Tenemos un descanso después de comer. Y Rosa estaba aquí. Acababa de hacer palomitas y me dio un cuenco. No sé qué pasó después, porque yo subí a mi habitación, encendí el ordenador y me puse con mis cosas. Papá también estaba en casa cuando yo llegué, pero me dijo que se iba a jugar al golf y que nos veríamos a la hora de la cena. No pensé que pudiera pasar algo así...

Alicia necesitaba que la niña no se distrajera.

—¿Y cuándo volviste a ver a Rosa?

Lo pensó.

—Eh... cuando bajé a ver *Neighbours* en la tele grande.

—¿Y a qué hora lo ponen? ¿A eso de las cinco?

—Más o menos. Papá no estaba, pero Rosa sí. Cuando bajé me dijo que tenía que irse, que tenía un problema familiar o no sé qué otra excusa. Llevaba una maleta y comprendí al momento que se largaba para siempre. Estaba claro que iba a pasar, antes o después. Como somos una familia maldita con la madre desaparecida...

Alicia la agarró por los hombros para evitar otro ataque de llanto.

—Holly, este detalle es importantísimo. Dime: ¿sabes si Rosa estuvo en casa antes de que empezara *Neighbours*, a las cuatro en punto o a las cuatro y media de la tarde? ¿La viste o la oíste entre las dos, cuando subiste a tu cuarto, y las cinco, cuando bajaste a ver la tele?

Holly la miró muy alarmada y contuvo un sollozo.

—¡No lo sé! ¡Te juro que no! Ya te he dicho que estaba en mi cuarto y tenía puestos los auriculares porque estaba escuchando iTunes. Y bajé justo cuando *Neighbours* acababa de empezar. ¿De qué va todo esto? ¿Por qué me estás haciendo todas esas preguntas sobre Rosa?

Alicia le apretó los hombros a Holly.

—No estoy segura, Holly, pero si Rosa vuelve, llama a la policía, ¿entendido?

Los ojos de Holly se llenaron de miedo y volvió a parecer una niña de doce años. Alicia miró su reloj. Era la hora de comer. Tenía que sacar a Holly de la casa, por precaución.

—¿No tendrías que estar en el colegio a esta hora? —preguntó.

—Sí, se supone.

—Pues te vendrá bien ir, será una buena distracción para olvidarte un poco de todo esto. Seguro que te sientes muy sola con toda la casa únicamente para ti. Te convendría ver a tus amigas.

Holly lo pensó y encogió un hombro.

—Jake me dijo que iba a venir... pero eso fue hace varias horas. —

Se sorbió la nariz—. Ha estado ignorando mis llamadas y mis mensajes, pensé que… Bueno, que…

Dejó la frase sin terminar. Alicia la llevó hasta el sofá y la obligó a sentarse.

—¿Qué está pasando entre vosotros? —le preguntó con voz tranquila. Ella miró hacia otro lado.

Alicia decidió que había llegado la hora de obtener unas cuantas respuestas claras, así que insistió:

—Resulta bastante obvio que vosotros dos tenéis un lío.

—¡No es un «lío»! —exclamó—. Tampoco es que estemos comprometidos ni casados con nadie, así que no es eso. Además, él me quiere.

Alicia sintió que se le rompía el corazón al ver a aquella adolescente tan confundida. Estuvo a punto de decirle que ese iba a ser el primero de una larga lista de desengaños amorosos en su vida, pero se mordió la lengua.

—Siento tener que decirte esto, Holly, pero Jake Smith solo se quiere a sí mismo. Será mejor que no esperes que él venga a rescatarte.

—¡No lo estoy esperando! —Parecía indignada, pero, a la vez, en aquellos ojos demasiado maquillados y perfilados de negro se percibía una gran indefensión.

—El día en que estuvimos aquí Claire y yo os vimos en la pista de tenis, estabas discutiendo con Jake, ¿por qué os peleabais?

Holly apoyó las manos sobre el vientre en un acto reflejo, sus mejillas regordetas enrojecieron y Alicia por fin lo comprendió.

—Oh, ya veo —dijo con un hilo de voz baja—. Estás embarazada.

Holly apartó las manos y frunció el ceño.

—¡No! Bueno… ya no. Creía que sí, porque… tenía un retraso.

—Entonces ¿estabais discutiendo sobre eso? Tú querías que Jake le contara a tu padre que estabas embarazada y que el bebé era suyo.

—Pero ¡él no quiso! ¡Dijo que no podía saber que el niño era suyo! ¡Como si yo fuera un putón! Pero no importa, porque ya no quiere saber nada de mí. Creí… Pensaba que me quería…

Volvió a sollozar inconsolablemente y Alicia permaneció sentada junto a ella unos minutos, esperando a que se calmara.

—Te voy a decir una cosa: el mundo se divide entre buenos tíos y capullos —le explicó a la adolescente, que no paraba de llorar—, y Jake entra dentro de la segunda categoría. Antes ya era de esa especie, y seguirá siéndolo. Estás mucho mejor sin él.

Ella se sorbió la nariz con fuerza.

—Eso es lo que me dijo mi madre.

—¿Tu madre sabía lo de…?

—¡Ni de coña! —Parecía muy avergonzada; se limpió las lágrimas —. Bueno, no lo sé… tal vez sospechara algo, no estoy segura. Pero yo no quería que ella se enterase. Por eso fui a ver a un médico que no era la doctora de toda la vida. Es el médico al que va mi amiga Sara, tiene la consulta en el centro. Es muy guay.

De repente Alicia entendió algo más, pero no quiso interrumpir a Holly y la dejó continuar.

—No podía ir a ver a la doctora de mi madre porque es una imbécil entrometida. Me habría delatado, seguro, porque se lo cuenta todo a mi madre. Pero creo que mamá lo adivinó de todas formas. Me dijo que Jake no era… lo bastante bueno, que no era «responsable». Y yo le dije que se fuera a la mierda. —Empezaron a caerle lágrimas por la cara de nuevo—. ¡La última vez que vi a mamá le grité! No fue papá quien se peleó con mi madre el día en que desapareció, como dicen todos los programas de la tele. ¡Fui yo! ¡Yo discutí con ella! —Tragó saliva con dificultad—. Papá no lo contó porque quería protegerme. Era un buen hombre, no se merecía… —No pudo terminar, y empezó a sollozar de nuevo.

Alicia esperó unos minutos, cogió a la jovencita de la mano y la obligó a ponerse de pie.

—Vamos, hay que volver al colegio. Sube a tu cuarto, ponte el uniforme y yo te llevo. Hasta el álgebra tiene que ser mejor que quedarte aquí sentada y triste todo el día.

Para sorpresa de Alicia, Holly hizo lo que le había pedido, y al cabo de diez minutos reapareció con un uniforme arrugado, cuya falda le quedaba muy corta y dejaba al descubierto demasiado muslo, y la mochila colgada de un hombro. Se había recogido el pelo negro en una coleta alta muy tensa, se había quitado el pendiente de la nariz y se había tapado el tatuaje, porque con toda seguridad debían de estar prohibidos en la escuela privada para pijos a la que iba.

Veinte minutos después, Alicia dejó a Holly en el colegio y se dirigió a la comisaría de Woollahra. Acababa de resolver el caso de la muerte del marido de Barbara, y estaba segura de que la policía se había equivocado por completo.

27

En su tercera visita a la comisaría de Woollahra, a Alicia no la recibieron tan bien como esperaba. En lugar de conducirla directamente al despacho del inspector Ward, salió a recibirla su ayudante, Roger, quien, tras cruzar la atestada comisaría, la acompañó hasta su mesa, muy desordenada y cubierta de papeles. Le indicó que se sentara y se quedó mirándola, sin duda intentando parecer duro. Pero no le salía muy bien. Roger tenía una cara infantil y resultaba enternecedor, hasta se le formaban unos diminutos hoyuelos en las mejillas que no concordaban con la imagen que pretendía dar. Lo de hacer de poli malo no era su fuerte.

—Tengo que hablar con el inspector Ward. Es urgente —le aseguró Alicia—. Es sobre Arthur Parlour.

Roger la miró con arrogancia y sonrió ampliamente.

—Vamos un paso por delante de usted, Alicia. Ya tenemos bajo custodia a Wanda Birchill.

—¡Es Birchin! ¡Wanda Birchin! Dios, pero ¿qué les pasa a todos? Si tienen intención de encerrarla y tirar la llave, al menos podrían aprenderse su nombre. Pero bueno, da igual, porque no fue ella.

Él la miró entornando los ojos.

—Lo digo en serio, Roger. Han detenido a la mujer equivocada. Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta?

Él asintió, vacilante.

—¿A Arthur lo mataron con un hierro nueve?

—¿Cómo?

—Le dieron un golpe en la cabeza, ¿no? ¿Fue con un hierro nueve, ese tipo de palo de golf?

—¡Ajá! —El ayudante sonrió con insolencia de nuevo—. No. Fue con un *putter*.

—Me lo temía —aseguró Alicia, y esa respuesta borró la sonrisa de su cara—. Vamos, Roger, tiene que llevarme ante su jefe. Sé quién mató a Arthur Parlour y no fue Wanda Birchill. ¡Birchin, quiero decir! ¡Demonios, ya me lo ha pegado!

* * *

El Club del Crimen estaba reunido en el restaurante The Orient Express, en Potts Point, un local que habían elegido tanto por su nombre como por su deliciosa cocina tradicional china. La comida era sensacional, y así tenía que ser, ya que aquello era una especie de cena de celebración. Gracias a su instinto, Alicia había ayudado a resolver el misterio del reciente asesinato de Arthur. Por desgracia, Barbara seguía desaparecida, así que no podían descorchar aún el champán.

Habían detenido a Rosa Lopez por el asesinato de Arthur Parlour y liberaron a Wanda Birchin, que ya debía de haber regresado a su casa para lamerse las heridas y enfrentarse a la furia de su marido celoso. Seguro que también había puesto una imagen de la cara de Alicia en una diana en alguna parte. La fundadora del club aún se sentía muy culpable, pero el chardonnay barato y las palmaditas en la espalda de sus compañeros la estaban ayudando a olvidarlo todo rápidamente.

—Alicia Finlay, eres increíble —exclamó Claire, que aún jadeaba levemente, nada más sentarse. Cogió los palillos y empezó a examinar la comida. Había pato con la piel crujiente, ternera con jengibre, cerdo cocinado dos veces y una gran bandeja de entrantes variados. La dueña de la tienda *vintage* había llegado un poco tarde y comentó algo sobre una «riña» con su prometido, pero nadie quiso ahondar en el tema, ni siquiera Perry, que casi nunca podía resistirse a un cotilleo.

Había sido una semana muy ajetreada para los investigadores aficionados, y todos estaban empezando a notar el malestar creciente de sus parejas, sus compañeros de piso, de trabajo u otras personas cercanas. En cuanto a Alicia, no estaba segura de si Max estaría dispuesto a perdonar a sus dueñas. Desde hacía unos días, ni siquiera los premios caseros lograban contentarlo.

Anders también llegó tarde y eligió la silla más alejada de Alicia. A ella le sorprendió verlo. Lo saludó con cierta tirantez y volvió a centrarse en el resto del grupo. Estaba de muy buen humor y no quería que nada le estropeara la noche.

—¿Cómo supiste que fue Rosa quien acabó con él? —preguntó Claire mientras acercaba los palillos a un rollito de primavera vegetariano.

Alicia tragó el trozo de ternera con jengibre que tenía en la boca y le explicó cómo lo dedujo.

—Fueron las fotos y el trofeo que faltaban, Claire. Missy estuvo a punto de descubrirlo el otro día, cuando fue a casa de Barbara de

improviso y todos nos enfadamos con ella. Nos contaste que te pareció que faltaba algo, Missy.

—¡Oh, Dios mío, es cierto! —exclamó la bibliotecaria—. No sabía qué era, pero estaba segura de que algo no encajaba. ¿Crees que ya entonces habían retirado todas las cosas de Barbara? ¿De verdad?

—No estoy segura, pero es probable que Rosa ya hubiera empezado a quitarlas, una por una y poco a poco, para que nadie se diera cuenta. Era su forma de limpiar aquel lugar de todo lo que tuviera que ver con «la maldita esposa». Unos días después, ya no quedaba ni rastro de ella.

—¿Y por qué no dijo nada Arthur?

—Probablemente ni se percató. Holly no se había fijado —apuntó.

—Pero qué deprimente... —comentó Perry, señalando con una vieira—. Y pobre Barbara, no me extraña que estuviera suplicando que alguien la ayudara. ¡Su familia es un horror!

—Pues una parte de esa familia ha fallecido, Perry, y la otra se ha quedado huérfana —señaló Claire.

—Eso no cambia nada —respondió él al tiempo que se llevaba el molusco a la boca.

—Perry tiene razón —apoyó Lynette—. Como decía Poirot, no es cruel decir cómo era la víctima. De hecho, es lo mejor que se puede hacer para atrapar al asesino. Missy también dio en el clavo con eso. Analizar con sinceridad el carácter de la víctima nos ayudó a explicar cómo acabó con la cabeza abierta.

—En efecto —la apoyó Perry, mirando a Claire con sorna—. Si Arthur no hubiera sido tan cabrón con Rosa, y también con su propia mujer, y no se hubiera acostado con todo lo que se movía, probablemente seguiría vivito y coleando ahora mismo.

—Tener aventuras no es algo loable —le replicó Claire, tensa—, pero no justifica un asesinato. Ni mucho menos.

—Chicos, ¿podemos retomar el tema? —propuso Alicia mirando a Anders de reojo. El médico aún no había dicho ni una palabra. Tenía la vista fija en la mesa mientras masticaba, y parecía perdido en sus pensamientos. Alicia apartó la mirada—. Creo que los acontecimientos se sucedieron de la siguiente forma, y me parece que la policía está de acuerdo conmigo: obviamente, Arthur tenía una aventura con Rosa; eso podemos darlo por sentado, teniendo en cuenta su historial. Por eso, cuando Barbara desapareció, a Rosa le pareció la situación ideal. Probablemente asumió que así tendría a Arthur para ella sola y podría dejar de ser la criada y adoptar el papel de señora de la casa. De hecho, nosotros nos dimos cuenta de ello: de repente estaba allí a todas horas, no llevaba el delantal, iba muy sexy y actuaba como si

estuviera en sus dominios. Y ahora sabemos que también estaba deshaciéndose de todo lo que recordaba a Barbara. Ella fue la que recortó su imagen de las fotos familiares. Y estoy segura de que disfrutó haciéndolo. —Se volvió para mirar a Missy otra vez—. También fuiste tú quien se fijó en ese detalle y nosotros no le dimos importancia.

Missy la miró a su vez, sin entender.

—¿Te acuerdas de lo que nos contaste de la suegra de tu hermana? ¿La que entró en su casa y se apropió prácticamente de todo?

—Oh, sí, Mildred... —recordó Missy—. Fue a cuidar a mis sobrinos solo un fin de semana, pero al poco tiempo actuaba como si se hubiera mudado a la casa de forma permanente, e incluso cambió la emisora de radio y los muebles de sitio. Me pareció que Rosa estaba haciendo lo mismo. Actuaba como la señora de la casa, pero Arthur no tenía intención de permitírselo. Yo fui testigo de cómo le decía que volviera a lo suyo. No sé si utilizó estas palabras, pero eso era lo que quería decir.

—¡Exacto! Y comentaste que a ella no le gustó.

—Era obvio que no.

—Seguramente fue entonces cuando Rosa se dio cuenta de que Arthur no se iba a casar con ella, con independencia de lo que a Barbara le pasara. Debió de entender que siempre la vería como un miembro del servicio, como un cero a la izquierda.

Perry volvió a mirar a Claire con su característica sonrisa burlona.

—¿Ves? Un capullo integral. Entonces ¿Rosa lo siguió al campo de golf?

—Sí. Sabemos que Wanda llamó a Arthur la misma tarde del asesinato, unas horas antes. La policía me ha confirmado que la llamada se hizo a las dos y media de la tarde. Holly estaba en su cuarto, oyó sonar el teléfono, pero no fue a cogerlo. Supongo que fue Rosa quien contestó y después se quedó escuchando a hurtadillas la conversación entre Arthur y Wanda. Así se enteró de que él quería verse con Wanda cuando fuera al campo de golf, esa tarde. Rosa se puso furiosa. Tal vez pensara que, con Barbara fuera de juego, ella sería la única. Fuera como fuese, siguió a Arthur hasta el campo de golf y después lo vio ir a casa de Wanda.

—Pero ¿no te dijo Wanda que no pasó nada entre ellos esa tarde? —preguntó Lynette.

—Sí, pero le daría un beso a Wanda, por lo menos, y seguramente Rosa lo vio. Y lo peor fue que presenció cómo le declaraba su amor incondicional y le pedía que dejara a su marido. No lo decía en serio, claro; Wanda me dijo que siempre decían esas cosas, pero que no era

más que un juego entre ellos.

—Pero Rosa no lo sabía.

—Exacto.

Lynette llamó a una camarera para pedir más arroz.

—¿Queréis algo más, ya que está aquí la camarera?

—Yo quiero más vino —dijo Anders, que no había pronunciado ni una palabra desde que llegó.

—¡Y más wontón! —pidió Perry justo a tiempo, cuando la camarera ya se alejaba—. ¡Es que están deliciosos!

—Rosa debió de ver lo que pasaba entre Wanda y Arthur y se puso hecha una furia —prosiguió Alicia—. Entonces siguió a Arthur hasta el *fairway*, puede que se enfrentara a él, o tal vez lo pilló desprevenido, que es lo más probable, y le atizó un buen golpe en la cabeza con el *putter*.

—¿No fue el hierro nueve entonces? —preguntó Anders, y ella lo miró, perpleja.

—No, por eso empecé a sospechar que Wanda era inocente. Ella mencionó el hierro nueve y me pareció que lo hizo de una forma totalmente espontánea. Me dijo que era una suposición, nada más, y yo la creí. Si lo hubiera hecho ella, habría sabido que fue con un *putter* y se le habría escapado. Eso me dio que pensar. Después reflexioné sobre las fotos que ya no estaban en la nevera, el trofeo que había desaparecido y la extraña foto familiar recortada en casa de Barbara. Y fue entonces cuando se me ocurrió la idea: la única persona que tenía acceso a todo ello era Rosa.

—Bueno, también está Holly —replicó Perry.

—No te ha caído bien desde el principio, ¿verdad? —intervino Anders.

—Y tú has salido siempre en su defensa —repuso Alicia con las cejas enarcadas—. ¿Quieres explicarnos la razón?

Él se revolvió en su asiento y no se atrevió a mirarla a los ojos.

—No, prefiero no hacerlo.

—Porque tiene que ver con la confidencialidad médico-paciente, ¿verdad? —Se quedó mirándola fijamente, sorprendido—. Holly me lo contó ayer, Anders. Estaba embarazada de Jake, o al menos lo estuvo unas semanas, hasta que sufrió un aborto espontáneo.

—¿De verdad? —preguntó Claire—. ¿Sobre eso discutían en la pista de tenis?

—Sí. Holly quería decírselo a su padre y Jake no creía que el bebé fuera suyo.

—¡Cerdo! —gritó Missy.

—La estabas tratando, ¿verdad? —le preguntó Alicia a Anders

sosteniéndole la mirada, y este pareció sentirse aliviado, como si hubiera estado cargando con un gran peso durante demasiado tiempo y por fin se hubiese librado de aquella carga—. Holly me dijo que fue a ver a un médico de la ciudad. Eras tú. Por eso reconociste a Barbara en la primera reunión del club. Enseguida noté que estabas ocultando algo. Y cuando nos reunimos en su casa se te veía nervioso.

—No quería encontrarme con la pobre Holly. Lo último que necesitaba ella era que su médico apareciera en su casa. Por suerte no llegamos a cruzarnos.

—La verdad es que sí —precisó Alicia—. Holly te vio en el patio, y cuando volvió a entrar en la cocina le gritó a su madre. Entonces no entendí de qué hablaba, pero lo que pasó fue que creyó que su madre te había llevado allí a propósito, para presionarla, supongo.

Anders sacudió la cabeza.

—Dios, yo no me enteré de nada. Pobre chica. No debería haber ido a aquella reunión, tenía que haber guardado las distancias, procurar no invadir su intimidad.

—Pero ¿cómo sabías que Barbara era la madre de Holly si nunca la habías visto? —le preguntó Missy mientras rebañaba los últimos granos de arroz de un cuenco.

—Cuando traté a Holly, ella me explicó que a sus padres su situación les parecería algo terrible, y después vi sus nombres en las páginas de sociedad.

—¿Y por qué no nos contaste todo esto? —exigió saber Perry.

Anders miró al resto de los presentes, que estaban desconcertados.

—Lo siento, chicos, pero no podía. Va en contra de mi juramento...

Perry parecía contrariado.

—Estábamos hablando de un asesinato, Anders. Creo que el juramento hipocrático no se puede aplicar a esos casos.

—Si hubiera creído que Holly tenía algo que ver con todo esto, habría dicho algo, os lo aseguro. Pero me daba pena la pobre chiquilla. No es más que una niña agobiada y confusa que buscaba amor en un aprovechado que la trató muy mal. Cuando por fin reunió el valor suficiente para venir a verme, estaba muy estresada. Y lo hizo en secreto. No podía ir por ahí traicionando su confianza y contándoselo a todo mi grupo del club de lectura.

Perry resopló, pero Alicia comprendió al médico. En realidad, se había visto entre la espada y la pared.

—Me hago cargo, Anders —concedió, indulgente —. Yo tampoco me podía creer que Holly hubiera matado a su padre. Niles nos había dicho que era una auténtica niña de papá. No encajaba.

Lynette ya se había cansado de aquel tema.

—Chicos, yo lo siento por Holly, de verdad, pero Alicia, ¿no acabas de decir que al final todo fue una falsa alarma?

Esta vez respondió Anders.

—Estuvo embarazada, pero durante poco tiempo. El estrés de todo lo que estaba ocurriendo le pasó factura, como era de esperar.

—Qué pena —insistió Lynette—. Pero ¿podemos volver a Rosa, por favor? Todavía me quedan unas cuantas preguntas. Por ejemplo, ¿cómo supiste que siguió a Arthur hasta el campo de golf?

Su hermana tomó un sorbo de vino.

—Como ya he contado, fue Rosa quien respondió al teléfono esa tarde cuando Wanda llamó, y entonces se enteró de que Arthur planeaba ir a jugar al golf. Pero lo más relevante era que no tenía coartada. Nadie podía confirmar su paradero en la hora crítica, cuando mataron a Arthur, a eso de las cuaro y media de la tarde.

La camarera apareció con un cuenco humeante de arroz en una mano y la botella de vino en la otra. Despejaron un poco la mesa para que ambas cosas cupieran, y la chica se fue a por los wontón.

—¿Alguien más quiere vino? —preguntó Anders, y unos cuantos levantaron sus copas para que se las rellenara. Él lo hizo, le dio un buen trago al sémillon, y miró a Alicia enarcando una de sus pobladas cejas castañas—. Basándome en lo que has dicho —intervino—, parece que la policía detuvo a Rosa y liberó a Wanda así, sin pensárselo dos veces. No quiero ser grosero, Alicia, pero unas cuantas felices coincidencias no son precisamente un arma humeante en la mano. Todos estos detalles solo pueden calificarse de pruebas circunstanciales.

Ella lo fulminó con la mirada. «Así es como quieres jugar, ¿eh?».

—Sí, Anders —respondió, cortante—. Soy consciente de que eso no basta para condenar a una persona, no soy idiota. Recortar una foto familiar no incrimina a nadie, y la policía no estaba dispuesta a aceptar mi palabra sin más. Y encima el inspector Ward cree que soy una entrometida y un verdadero grano en el culo. —Miró a Anders muy fijamente—. Pero la policía ya iba tras el rastro de Rosa.

Algunos miembros del grupo miraron a Anders y después a Alicia, preguntándose qué estaba pasando allí, así que ella volvió a centrar su atención en los demás y rebajó el tono.

—La verdad es que, aparte de las huellas dactilares de Wanda en el palo de golf (ella lo justificó diciendo que debió de tocarlo sin darse cuenta cuando él pasó por su casa, de camino al campo de golf), también encontraron huellas de Rosa por todas partes. No le dieron importancia al principio porque, bueno, era la asistenta y no resultaba extraño que sus huellas aparecieran en los palos de golf, sobre todo si

era ella quien se encargaba de limpiarlos y guardarlos.

—¿Y por qué empezaron a sospechar de Rosa así, de repente? —preguntó Missy sirviéndose un wontón de los que acababan de traer.

Perry pellizcó los palillos de ella con los suyos y le quitó el cuenco, sonriendo con malicia.

—El punto clave fue que, más o menos cuando yo hablaba con Roger (es un amigo que tengo en la comisaría de policía), su jefe, el inspector Ward, acababa de recibir las imágenes de la cámara de vigilancia del aparcamiento del club de golf —explicó Alicia—. En ellas se veía salir a una persona que se parecía mucho a Rosa, justo a la hora del asesinato, a las cuatro y treinta y siete, para ser exactos.

Tras aquella revelación, miró de nuevo a Anders.

—¡Bingo! —exclamó Missy muy emocionada.

—Exacto. Eso, junto con las pruebas de que tenían una aventura (al parecer, cuando la detuvieron, en el teléfono de Rosa encontraron un montón de mensajes subidos de tono que le había enviado Arthur), proporciona el motivo, los medios y la oportunidad.

—¡La santísima trinidad! —sentenció Claire aplaudiendo con júbilo.

Lynette se revolvió en su asiento.

—Pero lo que sigo sin entender es dónde encaja Niles en todo esto.

Alicia se encogió de hombros.

—No encaja en ninguna parte. Es totalmente inocente. Al menos, en lo que respecta a la muerte de Arthur.

—Entonces ¿por qué atropelló a Missy?

—¿Qué? —gritó Missy, y Lynette alzó una mano para tranquilizarla.

—He sido un poco melodramática. Probablemente no haya sido más que una extraña coincidencia. —Les contó lo de las abolladuras que había visto en el viejo BMW negro de Niles—. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que se trata de una casualidad. Bueno, habrá más de un BMW viejo y con abolladuras en esta ciudad, ¿no? Si no es así, entonces nada tiene sentido.

Como Missy seguía mirándola, sin acabar de dar crédito, Lynette añadió:

—¿Por qué demonios Niles querría hacerte daño, Missy? Si ni siquiera te conoce, ¿no?

—No, no lo he visto en mi vida —reconoció.

Lo que acababa de decir Lynette pareció tranquilizarla un poco, y decidió darle un trago al vino mientras reflexionaba sobre ello.

Por fin Anders se acomodó en su asiento y dijo:

—Las chicas Finlay han resultado ser unas detectives excelentes.

Sobre todo, tú, Alicia. Espero que estés muy orgullosa.

—Bueno, no lo he hecho sola —respondió ella—. Todos podemos darnos una palmadita en la espalda. Ha sido un triunfo de todo el equipo.

Anders volvió a tomar la palabra.

—Cierto, pero, dicho esto, y aunque no quiero ser un aguafiestas...

—Pero seguro que lo serás —lo interrumpió Perry fulminándolo con la mirada.

—Sí, lo siento, pero me temo que debo serlo. ¿Qué hay de la pobre Barbara?

Todo el grupo miró a Alicia, esperando que ella también tuviera respuestas para ese enigma, pero lo único que pudo hacer fue mostrarles las palmas vacías de sus manos y hundirse un poco más en su asiento, presa del desánimo.

—Lo siento, chicos, pero no tengo ni idea.

28

—¡Rosa asesinó a Barbara! —aseguró Perry con mucho dramatismo —. Tuvo que ser así. Lo que hizo demuestra que era capaz de cualquier cosa con tal de tener a Arthur para ella sola. Secuestró a Barbara para quitársela de en medio y después se la cargó y escondió su cuerpo en alguna parte, probablemente cerca de la estación de Hornsby.

—Seguro que la policía también lo cree, y por eso la están interrogando —dijo Alicia sin demasiada convicción—. Pero yo no lo tengo tan claro.

—¿Por qué? —insistió Perry—. Tenemos una prueba irrefutable de que Rosa tiene un carácter violento. Me alegro de no haber dejado caer migas en la alfombra cuando estuvimos en casa de Barbara —bromeó, aunque no pudo reprimir un escalofrío.

Alicia negó con la cabeza.

—Lo sé, y sería perfecto poder adjudicárselo a Rosa. Pero Roger me ha dicho que ella no ha reconocido su culpabilidad en ese asunto y que se niega rotundamente a confesar que ha tenido algo que ver con lo de Barbara. Insiste en que no tiene ni idea de dónde está. Y, aunque no sabría decir muy bien por qué, la creo.

—Si es así, y no es que yo pueda confirmarlo o desmentirlo —apuntó Anders—, entonces volvemos a la casilla de salida.

Todos se quedaron allí sentados durante varios minutos, bebiendo vino en silencio, desanimados. Sus ganas de celebración se habían evaporado.

—Tal vez tengamos que aceptar que nunca sabremos qué le ha sucedido a Barbara —concluyó Anders—. Quizás sea cierto que Rosa la mató, pero puede que no lo confiese nunca. O tal vez Arthur tuvo algo que ver, pero con su muerte se llevó a la tumba el secreto que intentamos desvelar.

—Pero qué optimista estás esta noche —refunfuñó Perry.

—Lo siento, pero debemos centrarnos en los hechos. Puede que hayamos llevado esta búsqueda hasta el límite de nuestras

posibilidades, compañeros.

Miró uno por uno a todos los que estaban alrededor de la mesa y ellos asintieron. Todos excepto Alicia. No estaba dispuesta a rendirse todavía y la enfurecía que Anders intentara que los demás lo hicieran.

—Anders, ya lo hemos hablado, si quieres dejarlo...

—Solo quería decir que...

Ella levantó ambas manos y miró al resto del grupo, que en ese momento estaba frunciendo el ceño y preguntándose qué demonios les pasaba a esos dos.

—Mirad, si alguien más quiere irse, este es un buen momento. No tenéis obligación de participar en la investigación *amateur* que estamos realizando. Nunca la habéis tenido. Y es evidente que no os unisteis al club de lectura para esto. —Miró a Anders un segundo y después a los demás—. Pero yo creo que aún podemos encontrar a Barbara. Nos quedan varias pistas importantes que no hemos analizado.

—¿Como cuáles? —preguntó Lynette.

—Como la carta desaparecida.

Alicia sabía que eso era agarrarse a un clavo ardiendo, pero no podía dejarlo correr, y menos en ese momento, cuando tenía el presentimiento de que estaban muy cerca.

—¿Qué carta? —preguntó Perry y se tapó la boca con la mano para ocultar un bostezo.

—¿Os acordáis de que la policía dijo que Barbara envió una carta desde un buzón de Pitt Street el día en que desapareció? ¿Qué pondría en esa carta? ¿Y qué tiene que ver con todo esto? No lo hemos averiguado.

—Podría ser una factura o algo igual de aburrido, sin relación alguna con el caso —sugirió Claire.

—¡O una nota de suicidio! —repuso Perry.

—Imposible —replicó Lynette—. Niles me dijo que ella no se suicidaría, que le habría dado algún indicio a él antes de hacerlo, porque se lo contaba todo.

—Tal vez intentó contárselo —insistió Perry—. Puede que eso fuera lo que había escrito en la carta desaparecida.

—¿Y por qué Niles no nos lo dijo? ¿Ni tampoco a la policía? Alicia se lo preguntó expresamente, y él respondió que su hermana no le había enviado nada.

Alicia se sentó al borde de su silla.

—No, no, dijo que no había recibido nada. No es lo mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lynette, pensativa—. Ah, claro, eso significa que no ha podido recibir la carta. ¡No me puedo creer

que no nos hayamos dado cuenta de ese detalle antes!

Los otros miembros del club miraron primero a una hermana y después a la otra, sin entender, y entonces Alicia se explicó:

—Vieron a Barbara echando una carta en un buzón el sábado, el día en que desapareció, ¿no? Pero todos sabemos que Correos no funciona los fines de semana. Así que el buzón no se vaciaría hasta el lunes. Teniendo en cuenta cuándo salió la carta en realidad...

—¡No pudo llegar al buzón de Niles hasta el martes como muy pronto! —interrumpió Lynette—. Pero a Niles lo echaron de su piso un día antes, el lunes. Y seguro que no ha vuelto por allí desde entonces. Nos dijo que el casero había cambiado las cerraduras, así que es muy probable que ni siquiera hubiese podido entrar en el edificio para recoger el correo. La carta aún puede estar en su buzón, esperando a que alguien la encuentre. Y tal vez contenga todas las respuestas.

Todos empezaron a hablar a la vez, muy animados, con un entusiasmo renovado de una forma casi milagrosa. Todos menos Anders, que estaba apoyado en el respaldo de su silla, bebiendo el vino despacio y con cara triste.

—Necesitamos ver esa carta —exclamó Alicia por encima del alboroto.

—Voy a llamar a Niles ahora mismo —propuso Lynette mientras cogía su bolso—. Para que vaya y la recupere.

Mientras Lynette buscaba su teléfono, localizaba el número de Refugio Playero y salía para hacer la llamada, los demás miembros del club siguieron hablando, entusiasmados, entre tragos de vino y bocados de lo que quedaba en sus platos. Lynette volvió a los pocos minutos, pero su expresión no auguraba nada bueno.

—¿Queréis las noticias buenas o las malas?

—¡Las dos! —gritó Missy.

—Las buenas son que teníamos razón: Niles no ha pasado por su casa a recoger el correo desde que lo echaron. Las malas son que su excasero es muy eficiente y hoy ha llamado a Niles para decirle que iba a reenviarle su correo a la cafetería.

A Alicia se le cayó el alma a los pies.

—¿Lo que estás diciendo es que la carta ahora mismo estará por ahí, en alguna parte, a merced del correo tradicional?

Lynette asintió con tristeza.

—Supongo. Le he pedido a Niles que llame a su casero inmediatamente para saber si ya ha reenviado las cartas, pero no creo que haya muchas esperanzas.

Volvió a sentarse y se puso a masticar un brote de alfalfa que le quedaba en el plato, abatida. A los pocos minutos, su teléfono emitió

un pitido y ella vio de qué se trataba.

—Es un mensaje de Niles —anunció, y tocó la pantalla para abrirlo —. Mierda. Le ha reenviado el correo esta mañana y no llegará a Balmoral hasta mañana por la tarde, con suerte. También dice que el casero no recuerda si había alguna carta de Barbara. No se fijó.

Todos refunfuñaron a la vez.

—Pero qué frustrante es todo esto —se lamentó Claire—. Ahora empatizo mucho más con Hércules Poirot y Jane Marple. Investigar es agotador.

—Y ya que estamos hablando de cabos sueltos… —intervino Anders de repente—. No llegamos a descubrir por qué Rosa puso aquel clasificado en el periódico. ¿A alguien se le ocurre algo?

Alicia se quedó mirándolo, perpleja. No sabía por dónde coger a ese hombre. De repente parecía frío como el hielo y, al cabo de un momento, ardía.

—Tienes razón, Anders, ¿cómo encaja eso? —preguntó Lynette—. Es curioso que tengamos todas estas pistas que parece que no nos llevan a ninguna parte. Antes le comentaba a Alicia que esta situación me recuerda a una frase que acabo de leer en *Asesinato en el Orient Express*.

—¿Ah, sí? —preguntó Missy, intrigada.

—Ya sabéis el argumento: están en un tren y Poirot descubre el cuerpo de un hombre, al que han asesinado en su compartimento asestándole doce puñaladas. Mira por allí y encuentra un montón de pistas junto al cadáver: un pañuelo con una inicial bordada, un limpiapipas, una carta quemada… todas esas cosas. Y dice algo así como: «Hay pistas en abundancia y de toda clase por aquí». —Guardó silencio un momento—. Se me ha ocurrido esta mañana. Este caso es igual: hay demasiadas pistas. Y nos están confundiendo.

—Tal vez estén ahí para eso —sugirió Missy.

—Hablando de pistas —intervino Perry—. Tampoco seguimos la de la joya que llevó a reparar. Esa que envió a alguien que trabaja en The Hydro o algo así.

—¡Ah, The Hydro! —exclamó Alicia, dejando la copa en la mesa con tanta brusquedad que estuvo a punto de derramar su contenido—. ¡Oh, Dios mío! ¡Con todo lo de Rosa se me había olvidado por completo!

Se agachó, cogió el bolso que había metido debajo de la silla y, tras unos segundos de espera, les mostró el imán con publicidad de The Hydro Majestic.

—Según pone aquí, es un spa de lujo —les explicó—. Holly me ha dicho que no es el sitio al que suele ir su madre. Iba a buscarlo en

Google en el trabajo, pero se me pasó.

—Ah, me acuerdo de ese sitio —dijo Claire—. Es un impresionante resort con spa que está en las Montañas Azules. No lo mencioné el otro día, cuando estábamos hablando de The Hydro, porque creía que estaba cerrado.

—Y ¿entonces por qué lo anuncian? —preguntó Alicia—. Este imán no parece viejo, y mira aquí, Claire, en la base. Dice: «Reserva ya».

—Vamos a averiguarlo —dijo Lynette, le cogió el imán a Claire y tecleó el nombre en su teléfono. Buscó en internet y empezó a examinar los resultados—. Sí, aquí está. Y tiene pinta de ser de lo más pijo.

Les mostró el teléfono para que pudieran ver en su diminuta pantalla la imagen de un impresionante hotel blanco. Alicia se levantó y miró por encima del hombro de su hermana mientras esta leía el contenido de la página para averiguar algo más.

—Dice que lo han reformado. Volvió a abrir hace tan solo un mes.

Alicia se tapó la boca con la mano.

—¡Oh, Dios mío! ¡Eso es! ¡Cómo no lo he visto antes! ¿Tienes el teléfono de contacto, Lynette?

—Espera, que lo busco. —Pulsó un enlace y apareció el teléfono y la dirección.

Alicia cogió su móvil y marcó el número, mientras el resto del grupo la miraba con la boca abierta, sin saber muy bien qué pasaba, pero hipnotizados de todas formas. Incluso Anders parecía haber revivido y había dejado de aferrarse a su copa de vino como si fuera un salvavidas.

—Buenas tardes, The Hydro Majestic, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo una voz masculina muy amable desde el otro extremo de la línea.

—Hola —respondió Alicia la mar de contenta, guiñándoles un ojo a los demás—. Estoy buscando a Barbara Parlour.

Perry dio un respingo, Anders entornó los ojos y los demás se quedaron perplejos.

—¿Perdón? —respondió la voz.

—¿Podría ponerme con la habitación de Barbara Parlour, por favor?

Alicia cruzó los dedos y esperó.

29

La mayoría de los miembros del club ya habían abandonado el restaurante, deseosos de llegar a sus casas y prestarles algo de atención a sus seres queridos. Solo quedaban Missy, que estaba recogiendo sus cosas, Lynette, que contaba el dinero de los comensales, amontonado frente a ella, y Alicia, con los codos apoyados en la mesa, la cabeza entre las manos y una expresión de derrota en el rostro.

—¿Qué esperabas? —le preguntó Lynette dándole un suave codazo—. ¿De verdad creías que Barbara estaba pasando el rato en un spa de lujo, ajena al hecho de que se ha organizado un dispositivo de búsqueda internacional para encontrarla? Eso sin contar con lo de su marido muerto y su hija huérfana.

Alicia gimió.

—Vale, vale, era un poco descabellado, lo sé, pero podría ser.

—¿Cómo podría pasar eso, Alicia?

Entonces, Missy, que acababa de levantarse para irse, dijo, como si fuera lo más normal del mundo:

—Pues le pasó a Agatha Christie. —Se quedó callada y soltó una risita—. Ya estoy divagando otra vez sobre Agatha Christie. Bueno, chicas, animaos. Os veo...

Alicia se incorporó.

—¿Qué acabas de decir, Missy?

Missy se paró en seco y la miró, algo ruborizada.

—Oh, perdona. He dicho que eso fue justo lo que le ocurrió a Agatha Christie. Hace como un millón de años, claro.

Al percatarse de que las dos hermanas la miraban perplejas, añadió:

—¿No habéis oído esa historia? ¿La de su desaparición en la vida real? Estuvo en paradero desconocido durante una semana, más o menos. Hay un libro muy bueno sobre ese episodio en la biblioteca. Se titula *Missing for Seven Days* o algo así. Tiene todos los detalles jugosos...

—Cuéntanos qué le pasó —la interrumpió Alicia—. A Agatha. Me suena, pero vagamente.

Missy dejó el bolso en la mesa y volvió a sentarse.

—No me extraña, porque fue un gran enigma en su momento. E implicaba a la mismísima reina del misterio. ¡Nadie podría haber imaginado una historia mejor! En 1925 más o menos, Agatha Christie salió un día de su casa, cogió el coche y desapareció. Nadie sabía adónde había ido. Al parecer solo llevaba un abrigo y el bolso, nada más, y la policía sospechaba que podría haber sido asesinada. Se organizó una búsqueda espectacular para encontrar su cuerpo. Todo el mundo asumió que su marido infiel, Archie Christie, la había asesinado y había arrojado su cuerpo a un lago. La policía incluso lo dragó en busca del cadáver, ¿os lo podéis creer?

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Lynette, muy interesada.

—Pues resultó que estaba escondida en un spa de lujo, donde se había registrado con otra identidad. Ella aseguró que tenía amnesia o algo parecido, pero nunca pudo confirmarse, y Agatha no quiso hablar de ello. Así que sigue siendo un misterio.

—Dios, me suena mucho, sí que conocía esa historia —dijo Alicia—. Pero no me acordaba de los detalles.

—Un momento —intervino Lynette—. ¿Y qué estaba haciendo allí si en realidad no tenía amnesia?

—Personalmente creo que quería darle una lección a su marido infiel.

—A ver si lo he entendido bien —recapituló Lynette—. ¿Estás diciendo que Agatha Christie desapareció en la vida real, estuvo alojada en un hotel durante una semana y nadie se dio cuenta de que era ella? Perdona, Missy, pero me parece imposible. Era una escritora muy famosa ya en vida.

—Su nombre era conocido —puntualizó Missy—. Pero ten en cuenta que eso sucedió antes de internet, de los programas de cotilleo de la televisión y todo lo demás. A las celebridades, sobre todo a los escritores, la gente no los reconocía tan fácilmente. No había un millón de fotos de su cara por todas partes. No es como hoy en día, que todo el mundo sabe cómo es J. K. Rowling. Además, se registró con otro nombre, ¿eh?

—¡Eso es! —exclamó Alicia—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —Miró a Missy y le preguntó—: ¿Sabes qué nombre utilizó Agatha?

—¿En el spa? No me acuerdo, no. —Guardó silencio un momento—. Es una pena que Barbara haya desaparecido. Seguro que ella lo sabría. Cuando miré su ficha de la biblioteca el otro día, vi que había sacado precisamente ese libro, *Missing for Ten Days*, o como sea que se

llame, hace cosa de un mes, antes de que empezáramos con el club. Seguro que tendrá la historia fresca en la mente.

La cara de estupor de Alicia era digna de un cuadro.

—¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío, oh, Dios mío! —gritó, y tanto los empleados del restaurante como el resto de los clientes se quedaron mirándola—. ¿Ha devuelto el libro?

—Sí, ¿por qué?

Alicia miró su reloj, cogió el bolso y se puso en pie de un salto.

—¡Vamos, tenemos que irnos!

—¿Irnos? ¿Adónde? —preguntaron Missy y Lynette al unísono.

—¡A la biblioteca, adónde va a ser! ¡Necesitamos ese libro, y cuanto antes, mejor!

30

Diez minutos después, las tres mujeres estaban delante de la biblioteca donde trabajaba Missy. Ella tenía las llaves en la mano y una profunda arruga en la frente.

—No puedo creerme que me hayas convencido para hacer esto —le dijo a Alicia, que estaba dando golpecitos con el pie en el suelo, impaciente—. Geraldine me arrancará la piel a tiras si se entera de que he estado aquí a esta hora. ¡Son las once menos cuarto de la noche! Una cosa es que nos quedemos un rato después de cerrar; puedo fingir que lo hice para ponerme al día con el registro, no siempre acabo el trabajo a tiempo... Pero ¿abrir tan tarde? No sé cómo voy a explicar esto, y mi jefa ya lleva tiempo tratando de librarse de mí.

—Merecerá la pena a largo plazo, te lo prometo —insistió Alicia—. Y te lo agradezco de verdad, Missy.

—¿Y no podemos esperar a mañana?

—No, imposible. Necesito ese libro sobre Agatha Christie ahora mismo. ¿No te das cuenta? Lo ha estado siguiendo como si fuera un guion. Pero no me acuerdo de los detalles.

Missy no tenía ni idea de a qué se refería Alicia, pero a pesar de todo sacó las llaves y abrió. Entró corriendo, desconectó la alarma y dejó pasar a las hermanas.

—¡Ya sé que dije que había que volver a Agatha Christie, pero no me refería a hacerlo literalmente! —Alicia sonrió al oírla—. No voy a encender las luces, porque se ven desde la calle, pero... —Fue hasta una sala del fondo y accionó un interruptor—. Así tendremos luz suficiente para arreglárnoslas. Vale, rápido, queridas. Se titula *Missing for Ten Days, Ten Days Missing* o algo por el estilo. Estoy casi segura de que está con los libros de consulta... —Fue a la sección correspondiente—. Tampoco voy a encender los ordenadores, porque entonces me pillan seguro. Vamos a buscarlo, seguro que no nos costará dar con el libro.

—¿No sabes el nombre del autor? —preguntó Lynette.

—¡Normalmente sí sé esas cosas! Lo tengo en la punta de la lengua, pero tanta emoción me ha dejado el cerebro hecho papilla... No importa, lo encontraremos. Es un libro bastante pequeño, con la tapa blanca y una foto de Agatha. —Se quedó parada y soltó una de sus risitas—. Pero ¡qué tonta! Estará en la C de Christie. ¡No estoy en plenas facultades esta noche!

Recorrió a toda prisa el pasillo y empezó a examinar la estantería de la letra C. No tardaron en oír el gritito que emitió Missy, que se arrepintió al instante.

—¡Aquí está! —susurró a continuación, sacó el libro y se lo enseñó.

Se titulaba *Eleven Missing Days: The Agatha Christie Mystery*, y lo había escrito un tal C. G. Johnson. Era un libro de pocas páginas, dedicado solo a ese momento específico de la vida de Agatha Christie.

—No tardarás mucho en leerlo —le comentó Lynette a su hermana, al tiempo que se lo arrebataba a Missy de las manos y le echaba un vistazo rápido—. ¿Qué pretendes encontrar, Alicia?

—Más pistas —respondió, y miró a Missy—. ¿No tienes que rellenar una ficha para que quede constancia de que nos lo hemos llevado?

—¡Ni hablar! Quedaría registrada la hora, y entonces sí que me metería en un buen lío. No, yo no sé nada; te lo llevaste sin permiso en algún momento del día, y nada de esto ha tenido que ver conmigo. Devuélvelo discretamente y nadie se dará cuenta.

Le quitó el libro a Lynette y al cabo de un segundo lo dejó en manos de Alicia, como si fuera una patata caliente.

—Por mí no hay problema —aceptó Alicia—. Vámonos ya. Tengo mucho que leer.

Unas horas más tarde, cuando Missy iba de camino a casa y Lynette estaba a punto de acostarse, Alicia entró en su habitación, se puso el pijama, se metió en la cama y empezó a leer. La historia que se desplegó ante sus ojos le pareció fascinante.

Y al mismo tiempo le provocó una oleada de ira.

31

Un agradable trayecto en tren unía Central Station, en el centro Sídney, con las Montañas Azules. Alicia apenas tardó dos horas en llegar a Medlow Bath, el lugar donde se encontraba el majestuoso The Hydro Majestic Hotel. Se había llevado con ella el libro *Eleven Missing Days* para entretenerse, pero no pudo evitar ponerse a pensar en Anders y en la visita que le había hecho horas antes.

El médico había aparecido esa mañana, poco antes de las ocho. Las dos hermanas estaban despiertas y arreglándose, cuando oyeron que alguien llamaba a la puerta con decisión. Lynette se estaba preparando para ir a trabajar, porque no podía tomarse más días libres esa semana si quería sobrevivir, pero Alicia ya había llamado a Ginny para decirle que no iría a la oficina. Había llegado la hora de acabar con ese misterio de una vez por todas.

—¡Alicia! ¡Ha venido Anders a verte! —gritó Lynette desde el piso de abajo.

Alicia estaba junto al lavabo, cepillándose los dientes, y levantó la cabeza bruscamente. Terminó lo más rápido que pudo, estudió su reflejo en el espejo, se pasó una mano por el pelo alborotado y bajó las escaleras. Anders estaba esperando junto al primer peldaño, con su cuerpo larguirucho apoyado en la pared y una bolsa de deporte a sus pies. La miró con una sonrisa tímida y ella intentó devolvérsela, pero todavía estaba dolida por lo de la noche anterior.

—¿Tienes un minuto? —preguntó él.

Ella miró su reloj.

—Unos veinte antes de tener que irme corriendo. Voy a coger un tren.

—No necesito más tiempo —le aseguró él, y ambos se dirigieron al interior de la casa.

Alicia cruzó el salón y salió al diminuto patio. Aunque decir diminuto era quedarse corto; era minúsculo. Pero a Alicia le encantaba. Tres de sus lados estaban cerrados por altos muros de ladrillo, cubiertos por una frondosa mezcla de buganvillas fucsias y

parras de un verde fosforescente. Había dos sillas de madera junto a una mesa de mimbre en descomposición, que estaba cubierta de velas de citronela, libros y revistas. De un gancho que había en una de las paredes colgaba una hamaca de rayas, que acumulaba un poco de moho, a la espera de que la extendiesen. Cuando la desplegaban, ocupaba todo el espacio, pero merecía la pena si no estorbaba a nadie, porque tumbarse en ella era como estar flotando. Alicia escogió una de las sillas, le señaló la otra a Anders y él se sentó.

No había ninguna duda de que iba vestido para trabajar, con un traje azul oscuro elegante y entallado y una camisa blanca perfecta. Llevaba una corbata de color gris acero con el nudo flojo, que seguramente se ajustaría en otro momento. Se pasó una mano por el pelo, que él también llevaba despeinado, y la miró inquieto.

—He venido a pedirte disculpas.

—No es necesario... —empezó a decir Alicia, pero él la interrumpió.

—No, déjame hablar, por favor, Alicia. Hay unas cuantas cosas que necesito decirte. ¿Me prometes que me dejarás acabar?

Ella asintió y se arrellanó en su silla.

—Lo que intentaba decir en el bar el domingo... Lo hice fatal. Me armé un lío tremendo...

—Anders...

—¡Eh! Me has prometido que me dejarías terminar.

Alicia hizo el gesto de cerrarse los labios con una cremallera y él esbozó una sonrisa.

—No era mi intención decir que ya no quería seguir formando parte del club de lectura. ¡Dios! Pero ¡si me encanta! Hacía años que no me lo pasaba tan bien. Sé que suena horrorosamente mal, porque lo siento por los Parlour, pero lo que quiero decir es que, desde que estoy participando en este club, he vuelto a la vida.

Ella asintió. Para Alicia también era así.

Él volvió a sonreír.

—La verdad es que Missy y Perry me ponen de los nervios la mayor parte del tiempo, pero no quiero dejarlo. Ni mucho menos. —Inspiró profundamente—. Lo que intentaba decir, con tan poco acierto, era que estaba preocupado por ti.

—¿Por mí? ¡Oh, perdón! —Se tapó la boca con la mano. Se le había olvidado que no debía decir nada.

—Sí, por ti. Tú eres quien ha cargado con la mayor parte del peso de esta investigación, y me preocupaba que acabaras sufriendo por ello. —La miró a los ojos, y a ella le pareció percibir en su mirada una intensidad desconocida hasta entonces—. Cuando llamé a tu casa el

otro día y Lynette me dijo que habías ido a ver a Wanda para acusarla de Dios sabe qué, me agobié muchísimo. Ojalá me hubieras pedido a mí, o alguna otra persona, que te acompañara. Podía haber sido peligroso. Sí, es cierto que al final Wanda no tenía nada que ver, pero incluso la policía pensó en su momento que ella era la asesina. Debes tener más cuidado, pararte a pensar y no lanzarte sin más. Se supone que esto tiene que ser divertido, no algo que ponga tu vida en peligro. Eso era lo que quería decir, aunque lo expresé de la peor manera posible...

Sacudió la cabeza y le dedicó otra de esas sonrisas que tenían la capacidad de dejarla sin aliento, pararle el corazón y hacer que necesitara ir directa a darse una ducha fría. Alicia levantó una mano, como si pidiera permiso para hablar. Él se lo concedió con una sonrisa.

—Anders, en primer lugar, no hace falta que te disculpes...

—No, tú...

Ella lo señaló con un dedo.

—¡Eh! ¡Ahora me toca hablar a mí, así que calladito!

Él sonrió de nuevo y guardó silencio.

—Reconozco que en el bar no te dejé terminar lo que estabas diciendo. Salté a la yugular sin previo aviso. Lo entendí todo mal y lo siento.

Él asintió en señal de que aceptaba su disculpa.

—Pero —añadió— no es necesario que sufras por mí. Agradezco tu preocupación, de verdad, pero no me va a pasar nada.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo sé porque, igual que tú siempre eres el primero en llegar a todas partes, yo soy la primera que ve el peligro, aunque en realidad no haya ninguno. —Suspiró—. A decir verdad, suelo verlo cuando no lo hay. —Él la miró, confundido—. Es difícil de explicar, pero dejémoslo en que tengo una mente muy oscura. Pregúntale a Lynette. Soy de las que ven el vaso medio vacío y piensan que alguien es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Es mi mayor defecto. Siempre espero lo peor de las personas y de las situaciones. Seguro que no corro el menor riesgo de ponerme en peligro, porque lo preveo mucho antes de que llegue a presentarse.

Anders se quedó mirándola con los ojos entornados bajo su indomable flequillo.

—No entiendo qué quieres decir, pero prométeme que tendrás cuidado —concluyó.

—Te lo prometo. No me pasará nada. Y, en cualquier caso, ¿por qué estás tan preocupado por mí de todas formas? ¿Es que te parezco

una mujer indefensa?

Él se rio.

—Más bien al contrario.

—Bueno, pues entonces ¡deja de agobiarte! Eres peor que mi madre, y a ella la tengo a dos mil kilómetros de distancia. Sé cuidarme sola, Anders.

—Lo sé, lo sé, pero es que... Me importas, nada más.

Ella sintió una presión en el pecho, se quedó sin aire y se enfadó consigo misma, porque él tenía esposa y era ella quien debería importarle. Alicia miró el reloj.

—Tendría que irme pitando.

—Es que... bueno... hay otra cosa...

—¿Sí?

—Quería hablarte de mi mujer.

Ella levantó una mano.

—Oye, no es asunto mío...

—Necesito contártelo. Por favor.

Alicia asintió, volvió a acomodarse y esperó a que él ordenara sus pensamientos. Justo en ese momento, Lynette se asomó por la puerta corredera.

—Hola, chicos. Perdonad que interrumpa esta conversación tan profunda e importante, pero necesito hablar un segundo con Alicia —anunció.

Anders la miró con curiosidad mientras Alicia se levantaba e iba al encuentro de su hermana.

—¿Has sabido algo más de Niles? —le preguntó.

Lynette asintió, sonriendo abiertamente.

—Justo como dijiste, me lo ha confirmado. Niles le prestó el coche a su hermana. El último día en que vio a Barbara, el martes. Ella fue en su coche a la cafetería, pero fingió que no le funcionaba bien y le pidió prestado el BMW a su hermano para «hacer unos recados». O eso le dijo. Se lo llevó una hora más o menos, según dice él. Así que pudo hacerlo sin problemas.

Alicia sonrió.

—¡Lo sabía! Por fin encajan las piezas.

—Pero ¿por qué...?

—Luego te lo explico, te lo prometo. Debo volver al patio. —Señaló con la cabeza a Anders, que estaba sentado en silencio, mirándolas a través de la puerta de cristal.

—Vale. De todas formas me tengo que ir, porque ya llego tarde. Y a ti te va a pasar lo mismo si no te espabilas. —Se dieron un abrazo rápido—. Prométeme que tendrás mucho cuidado. Y que me llamarás

en cuanto regreses.

—Prometido.

—Buena suerte —le deseó Lynette señalando al hombre que la esperaba en el patio.

Alicia le dedicó una sonrisita burlona, volvió con Anders y se sentó de nuevo frente a él. El doctor esperó hasta que oyó que Lynette cerraba la puerta y reanudó la conversación.

—Estamos separados —aclaró por fin—. Mi mujer, Vanessa, y yo. Se ha ido de casa.

—Oh. —Alicia no sabía cómo sentirse ante aquella información. Las separaciones podían resultar muy complicadas. Y a veces también acababan en reconciliación.

—No vamos a volver —siguió diciendo, como si le hubiera leído la mente—. Se ha acabado, es definitivo. Créeme… —Vaciló—. Dios, esto suena como el argumento de una película mala de Gwyneth Paltrow. Por eso no quería hablar del tema en el bar. Me resulta penoso.

—¿El qué?

—Encontré a Vanessa en la cama… —Hizo una pausa—. Mi hermano y ella…

De repente no se atrevía a mirarla a los ojos, pero ella percibió igualmente su vergüenza por la tensión de su mandíbula y porque tenía los hombros hundidos. Parecía destrozado, humillado, a la defensiva, y ella en ese momento quiso acercarse y abrazarlo.

Pero lo que hizo fue cubrirle una mano con la suya.

—¿Tu mujer se estaba acostando con tu hermano? —le preguntó, y él asintió—. Lo siento mucho. ¿Y cuándo te enteraste?

—Hace tres meses.

«Oh, la cosa es reciente», pensó y se sintió mal por él y también por ella. El doctor no estaría en condiciones de acercarse a ninguna mujer en un momento como ese. ¿Y cómo iba a hacerlo? Esa era la peor traición de todas.

—¿Y ellos…?

—¿Si siguen juntos? Sí. Y aún hay una vuelta de tuerca más. Está embarazada.

—Oh, Dios.

Anders miró hacia otro lado, muerto de vergüenza, pero enseguida logró mirarla de nuevo.

—No es algo de lo que me guste hablar, por eso no te lo quise contar en el bar. Pero debería haberlo hecho, lo siento. Es que me resulta muy humillante, y además ha destrozado a mi familia, la ha partido en dos, como te puedes imaginar. Yo… te agradecería que no se lo contaras a nadie del club.

—Claro que no. —Sonrió comprensiva—. Gracias por contármelo.

Él asintió y se levantó.

—Bueno, no te entretengo más. Has dicho que debías coger un tren. ¿Adónde vas?

Alicia dudó. Quería contarle adónde iba y explicarle lo que había descubierto la noche anterior, pero supuso que intentaría convencerla de que no fuera. O peor aún, querría ir con ella. Y no quería compañía. En ese momento no. Necesitaba aclarar las cosas en su cabeza. E ignorar su consejo.

—Te lo explicaré en otro momento —respondió por fin y lo acompañó a través de la casa hasta la puerta.

Él la miró con suspicacia, pero no insistió.

—Vale, hablamos luego.

—Claro —le aseguró, y recibió una sonrisa luminosa como compensación.

Alicia no pudo evitar sonreír para sí en su asiento, sin dejar de mirar por la ventanilla, mientras el tren ascendía por la montaña hacia Medlow Bath. Intentó apartar a Anders de su mente, pero no pudo, y se sintió feliz y aliviada. No solo la tranquilizaba saber que quería seguir en el club, sino que también se alegraba de que le hubiera contado lo de su esposa. No sabía lo que él significaba para ella, ni lo que él sentía, pero abría una puerta que había creído completamente cerrada. «Tal vez el buen doctor y yo tengamos una oportunidad después de todo».

—¡Ya basta! —se dijo en voz alta, y un pasajero se quedó mirándola.

Ella lo ignoró y siguió disfrutando de las vistas y sonriendo.

Cuando el tren llegó a la estación de Medlow Bath, Alicia aparcó por fin todos los pensamientos sobre Anders, cogió el bolso y se apeó. Miró a su alrededor y se encaminó hacia el sur por Great Western Highway, en dirección a Bellevue Crescent. Al cabo de unos minutos, se encontró ante un enorme hotel de color blanco pegado a una ladera, que parecía uno de esos bellos edificios antiguos de Hollywood. Inspiró profundamente, entró en el vestíbulo y sonrió.

Fue como si hubiera viajado atrás en el tiempo, hasta la época de la mismísima Agatha Christie. O incluso antes, a los días de Jane Austen.

El nombre The Hydro Majestic le iba que ni pintado a aquel lugar con suelos de mármol, gruesas alfombras, extravagantes arcos y cúpulas *art déco*. En sus inicios fue un humilde hotel en una casa

eduardiana que se convirtió en el primer resort hidropático de Australia, allá por 1904, y alcanzó todo su esplendor en la Segunda Guerra Mundial, cuando pasaba por ser uno de los hoteles más lujosos del país. No tardó en convertirse en el refugio favorito de primeros ministros, cantantes de ópera e incluso del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle. Con el tiempo y el abandono, su belleza se fue empañando, y en los últimos años se había ido desmoronando hasta convertirse en una ruina.

Pero, en ese momento, a Alicia le quedó claro que la reciente reforma le había devuelto la gloria de otros tiempos. Tenía un magnífico salón de baile, salas de reuniones, comodísimos salones, un spa, un restaurante resplandeciente con techos dorados y una cafetería. Ella lo ignoró todo y fue derecha al mostrador de recepción, donde la atendió una recepcionista que sonreía educadamente.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—Hola. Busco a Teresa Neele.

La recepcionista miró su pantalla y escribió algo en el teclado. Sin dejar de sonreír, dijo:

—Lo siento, pero parece que no tenemos registrado a nadie con ese nombre. ¿Me lo puede deletrear, por si acaso?

Lo hizo, pero la respuesta del ordenador fue negativa. Alicia se desinfló, y tuvo la sensación de que el corazón le había dejado de latir. «Mi teoría se acaba de ir al traste», pensó.

Teresa Neele era el nombre que Agatha Christie había utilizado en el Hydropathic Hotel de Harrogate, el lugar donde se escondió en diciembre de 1926 durante once largos días, mientras toda Inglaterra la buscaba y contenía la respiración al pensar en su destino.

También era el nombre que usó la escritora en un misterioso anuncio que puso en un periódico mientras estaba escondida. El anuncio decía: «Se buscan amigos y parientes de Teresa Neele, que residió con anterioridad en Sudáfrica. En caso de conocer a esta persona, escriban al apartado de correos R702, *The Times*, EC4, Londres». Una réplica prácticamente exacta del anuncio que Anders encontró, excepto por el nombre de Rosa Lopez y la referencia a Filipinas.

De pronto cayó en la cuenta y su corazón volvió a latir. «Pero ¿cómo he podido ser tan idiota?». Volvió a mirar a la recepcionista.

—¿Y hay alguna Rosa Lopez?

La mujer sonrió, esta vez sin tanta amabilidad, y volvió a mirar la pantalla. Unos segundos después asintió.

—Sí, hay una Rosa Lopez alojada aquí. ¿Quiere que llame a su habitación?

—No hace falta —dijo Alicia—. Sé dónde encontrarla. Habitación cinco, ¿verdad?

La recepcionista volvió a mirar la pantalla y pareció sorprendida; Alicia se lo tomó como una confirmación y se fue, cruzando el vestíbulo, hacia una zona donde había un cartel con la palabra «Habitaciones».

Llamó con fuerza a la puerta de la habitación número 5. Nadie respondió. Volvió a llamar, pero no hubo suerte. Alicia no estaba dispuesta a darse por vencida, y mucho menos después de todo el trabajo que le había costado llegar hasta allí. Volvió al vestíbulo y miró en dirección a la espaciosa cafetería que había a un lado. Eran poco más de las diez de la mañana y aún se oía el repiqueteo de la vajilla de porcelana. Una buena hora para tomarse un té.

«Muy apropiado», pensó.

Nada más entrar en la cafetería la vio, sentada sola a una mesa de un rincón, junto a un gran ventanal. Inspiró profundamente de nuevo, le hizo un gesto negativo a la camarera y se dirigió a la mesa.

—Hola, Barbara —saludó—. Estaba segura de que te encontraría aquí.

32

Barbara Parlour alzó la vista del libro que estaba leyendo, sobresaltada, y por un momento pareció que también sufría de amnesia, porque miró a Alicia como si fuera la primera vez que la veía, pero un instante después su cara delató que la había reconocido.

—¡Oh, Alicia Finlay! Qué sorpresa encontrarte aquí. —Sonrió como si estuviera saludando a una amiga de toda la vida, y le señaló la silla que tenía al lado—. ¿Quieres sentarte conmigo? Acabo de pedir un té Darjeeling. Mucho más suave que el English Breakfast. Ni siquiera necesita leche.

Alicia se quedó mirándola, desconcertada por su reacción. «Vale, así es como va a ir la cosa, ¿no?».

Se sentó, y la otra mujer dejó su libro a un lado y llamó a la camarera. Pidió otro té, y ambas permanecieron unos minutos mirándose sin decir nada.

Aquel día, Barbara tenía una apariencia totalmente distinta a la de la persona que Alicia había conocido. Se había puesto reflejos dorados más claros en el pelo rubio ceniza, que llevaba completamente peinado en una melena corta con mucho volumen que le enmarcaba la cara, vestía una blusa de seda de un rojo intenso, de su cuello colgaba un collar de cuentas rojas y verdes y se había puesto un pintalabios rojo oscuro que trasmitía seguridad y confianza; la antítesis de la Barbara tímida del club de lectura.

A su lado tenía una bandeja de tres pisos con unos *cupcakes* muy delicados, delicias turcas cubiertas de azúcar glas, *scones* con una buena capa de nata y sándwiches de salmón ahumado y alcaparras. Le ofreció uno a Alicia, pero ella negó con la cabeza.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Barbara por fin.

El tono de su voz también transmitía una plena seguridad en sí misma. No quedaba nada de su habitual nerviosismo.

—Me ha llevado un tiempo, obviamente, pero al final he conseguido descifrarlo todo.

—Pues había dejado pistas de sobra. La verdad es que creía que lo

conseguiríais más rápido. ¡Tú y tu grupito no estáis a la altura de Hércules Poirot!

Alicia frunció el ceño y notó que su enfado iba en aumento, pero se contuvo. Esperó a que llegara el té antes de volver a hablar.

—Nos has involucrado en una búsqueda muy entretenida, Barbara. Ahora todos nos sentimos un poco imbéciles, la verdad, y también estamos bastante cabreados. —Barbara pareció sorprendida al oír aquellas palabras—. Pero ¿en qué estabas pensando? ¡Estábamos preocupados por ti! Creíamos que alguien te había secuestrado, o algo peor. Incluso sospechamos del pobre Arthur...

—¡Nada de pobre Arthur! —exclamó con rencor.

—Está muerto, Barbara.

Ella miró por la ventana las hermosas vistas de las montañas. El día estaba despejado y se veía la formación rocosa de Las Tres Hermanas, e incluso más allá. Por fin volvió a fijarse en Alicia.

—Sí, ya me he enterado. Pero esa no era mi intención.

—¿Que no era tu «intención»? —Alicia no daba crédito ante la absoluta falta de emoción que mostraba aquella mujer—. Le dieron un golpe en la cabeza. Y tu hija está destrozada.

—Oh, Holly sobrevivirá —le aseguró, restándole importancia, y a continuación cogió su taza y dio un largo sorbo, con parsimonia.

Alicia sacudió la cabeza, atónita. Aquella mujer era un monstruo, pero si le gritaba no conseguiría las respuestas que quería. Así que se calmó y siguió preguntando:

—¿Has hecho todo esto solo para vengarte de Arthur?

Barbara tomó otro sorbo de té y se encogió de hombros.

—Podía resultar encantador cuando quería, pero Arthur Parlour era un cerdo. Ha tenido aventuras y me ha engañado casi desde el principio. No hacía ni dos semanas que habíamos vuelto de nuestra luna de miel cuando ya encontré pintalabios en el cuello de su camisa. —La miró, y esbozó una sonrisa amarga—. Qué tópico.

—¿Y por qué no te divorciaste?

—No me lo permitió. Me dijo que eso reduciría sus posibilidades de ascender en el trabajo. Y, más adelante, que podría influir negativamente en sus aspiraciones políticas.

Alicia frunció el ceño.

—Eso es absurdo. No estamos en 1926, Barbara. Hoy en día a nadie le importa que alguien esté divorciado. Además, podías haberlo dejado. Pero no querías, ¿verdad? Como nos dijo tu marido... —Hizo una pausa y estuvo a punto de echarse a reír—. ¡Demonios, nos lo dijo todo el mundo! Wanda, Holly, incluso tu propio hermano. Todos nos dijeron que eres la reina del drama, Barbara, que te encanta. Y no los

creímos. Los miembros de nuestro club de lectura te defendimos. Peleamos por ti con uñas y dientes. Dime, Barbara, ¿disfrutabas sabiendo que todos estábamos preocupados por ti y poniendo todo nuestro empeño en encontrarte? ¿Pensaste en algún momento en tu hija?

Alicia vio fuego en los ojos de Barbara y frunció el ceño.

—¡Deja de hablar como si fuera una santa! Holly nunca se ha preocupado por mí, ¿por qué iba a hacerlo yo por ella?

—Porque eres su madre, Barbara. Se supone que tú eres la adulta. O al menos eso creía yo.

—Tú no me conoces —exclamó dejando la taza sobre el platillo con tanta fuerza que varias personas se volvieron a mirar. Inspiró profundamente, tratando de calmarse—. Lo único que quería era darle un toque de atención a mi marido. —Sus ojos volvieron a iluminarse y su estado de ánimo mejoró—. Leí un libro sobre Agatha Christie y su desaparición, y me enteré de que sirvió para darle un susto de muerte a su marido. Y pensé: «Pero ¡qué gran idea! Desapareceré un tiempo, a ver si se da cuenta siquiera». —Sonrió—. ¡Agatha Christie tiene la culpa! Ella fue la que me metió la idea en la cabeza. Si no hubiera leído aquel libro...

—¿Por eso intentaste atropellar a la pobre Missy?

Barbara dejó de sonreír.

—¿Cómo?

—Sé que fuiste tú quien intentó atropellar a Missy con el BMW.

Miró a ambos lados.

—No sé de qué hablas. Pero si ni siquiera tengo un BMW. En cuanto a Missy, ¿por qué iba yo a...?

—Oh, vamos, Barbara, no mientas. Reconociste a Missy el primer día, en cuanto entraste en la reunión del Club del Crimen. O más bien ella te reconoció a ti de la biblioteca y eso te disparó todas las alarmas. Me di cuenta al momento. ¿Por qué lo hiciste?

Obviamente, Barbara estaba luchando con su conciencia, o con lo poco que quedaba de ella, y se mantuvo en silencio, así que Alicia continuó, desesperada por conseguir que se lo contara todo.

—Sabemos cómo lo hiciste, Barbara. Tu hermano tiene un BMW. Lynette lo vio hace unos días en la cafetería, y uno de los laterales estaba lleno de abolladuras. Te lo prestó el martes, antes de que nos reuniéramos en tu casa. Fue el día en que atropellaron a Missy. Niles ya nos ha confirmado todos estos detalles, no te molestes en negarlos. Fingiste que tu coche estaba averiado, cogiste el BMW que, muy convenientemente, tiene los cristales tintados, y cruzaste otra vez el Harbour Bridge. Esperaste al descanso para comer de Missy, que ya

sabías que era a mediodía porque ella nos lo dijo en la primera reunión del club, la que celebramos en mi casa. E intentaste matarla.

—¡No! No, solo quería hacerle daño, nada más.

—¿Por qué?

Barbara suspiró, puso las dos manos encima de la mesa y se examinó sus largas uñas pintadas. Parecía que le habían hecho la manicura hacía poco.

—Tienes razón. Me sorprendió ver a Missy en la primera reunión en tu casa. La probabilidad era mínima, pero... Ella me reconoció al instante, claro, de la biblioteca, y yo entré en pánico, pensando que miraría mi ficha y descubriría que saqué ese maldito libro, el que trata de la desaparición de Agatha Christie, y entonces sumaría dos y dos y todo quedaría al descubierto demasiado pronto. Necesitaba ganar algo de tiempo.

Alicia buscó en su bolso, sacó *Eleven Missing Days* y lo dejó sobre la mesa, delante de Barbara. La otra mujer sonrió y lo cogió.

—Sí, es este. —Lo hojeó con una leve sonrisa en los labios—. Resulta irónico. Fui a una biblioteca que estaba lejos de mi zona, y aun así me habéis pillado. —La sonrisa desapareció—. Pero eso era lo único que pretendía, créeme. No quería matarla, de verdad que no. Solo esperaba que se rompiera una pierna o se torciera un tobillo y no pudiera ir a la siguiente reunión del club. Quería asustarla para mantenerla alejada hasta que pudiera poner en funcionamiento mi plan.

—¿Por eso te uniste al Club del Crimen? Querías que nos viéramos arrastrados a participar en tu plan. ¿Por qué? ¿Supusiste que seríamos gente curiosa que no se podía resistir a un misterio?

—¡Exacto! Necesitaba a alguien que reparase en mi desaparición. No podía confiar en Arthur, porque seguro que él tardaría semanas en denunciarla. Y la factura de este spa alcanzaría cifras estratosféricas. —Se rio, y una vez más Alicia tuvo la impresión de que no sentía la más mínima vergüenza—. Llevo un montón de tiempo preparando esto, incluso pensé en incluir a mi hermano en el plan, pero no se puede confiar en él. Entonces vi tu estúpido anuncio en el periódico. ¡No sabes lo emocionada que estaba! Me lo pasé muy bien escribiéndote aquella carta tan sentimentaloide y deprimente. Sabía que te tragarías mi historia y que mi repentina desaparición despertaría tu interés y no podrías evitar investigarla.

Alicia frunció el ceño, porque no sabía si aquello había sido un cumplido o una crítica.

—Estábamos realmente preocupados, Barbara. Todos hemos invertido muchas horas en intentar encontrarte. Hemos dejado de

atender a nuestros amigos, parientes y trabajos. —Se detuvo, tomó un sorbo de té e intentó serenarse—. Entonces el número del centro de acogida para mujeres maltratadas de la pizarra… ¿Lo escribiste para que lo viéramos? ¿Para darnos la impresión de que Arthur era peligroso?

—Sí, lo hice, y no me arrepiento. Sabía que Holly ni se fijaría. Si la casa ardiera, tampoco se daría cuenta. ¿No lo ves? Necesitaba que vosotros os implicarais. Por eso insistí en hacer la reunión del club en mi casa. Necesitaba dejar unas cuantas pistas. Sabía que os llamarían la atención esas cosas y confiaba en que se las mencionaríais a la policía o, aún mejor, a la prensa. Quería que Arthur se llevara un buen susto, que sospecharan de él, que lo interrogaran y que lo acusaran de haberse librado de mí. Quería darle una lección.

—Ah —exclamó Alicia—. A eso te referías el día en el que desapareciste, cuando le dijiste a Jake, el profesor de tenis, algo sobre una lección. Hablabas de Arthur. —Barbara asintió con arrogancia—. Pero creo que has ido demasiado lejos.

—¡Se lo merecía! Se ha portado muy mal conmigo. Necesitaba aprender esa lección.

—Nunca te ha pegado, ¿no es así? —Ella negó con la cabeza—. ¿Y el pañuelo para taparte el cuello, aquel estado de nerviosismo cuando él estaba cerca?

—Todo fingido. Actué en alguna que otra obra de teatro en mis tiempos, ¿sabes?

Barbara se sonrojó por el orgullo, y a Alicia le pareció tan repugnante que sintió un deseo enorme de levantarse y quitarle las ganas de seguir comportándose de aquel modo. Pero se limitó a decir:

—Lo sé. Esa pista se nos pasó a todos al principio, aunque era muy evidente. Todo el mundo nos dijo que eras una reina del drama, pero no nos lo tomamos al pie de la letra. Tengo que admitir que se te da bien, nos engañaste a todos. Nos creímos que eras una víctima, una persona indefensa e infeliz.

—¡Ja! ¡No me lo puedo creer! —exclamó agitando un sándwich de salmón en el aire.

—Oye, ¿y la misteriosa llamada que recibiste el día de la reunión del club? Esa que vimos Lynette y yo, en la que colgaron cuando lo cogiste…

—Fui yo misma. —El enrojecimiento de orgullo de sus mejillas fue en aumento—. Llamé con mi móvil desde el dormitorio mientras vosotras sacabais la limonada de la nevera. Un detalle muy inteligente, ¿verdad?

—¿Y lo de sugerir *El misterioso caso de Styles* para la reunión de ese

domingo? ¿Fue deliberado?

Asintió con una sonrisa.

—¡Reconócelo! ¡Os lo puse muy fácil! Dejé clarísimo que Arthur era un cerdo. Solo me faltó escribirlo con unas letras enormes en el cielo. Por eso no me puedo creer que os haya llevado tanto tiempo resolverlo. —Al ver la cara de desprecio que puso Alicia, se apresuró a añadir—: Tenía que hacer todo eso, ¿no lo ves? Necesitaba que vierais que Arthur me estaba siendo infiel. No sabía cómo demostrároslo, así que pensé: ¿qué mejor forma de hacerlo que mediante una serie de misteriosas llamadas de alguien que cuelga en cuanto responde la esposa? Y, además, es verdad que nunca ha parado de ponerme los cuernos.

—Lo sé, Barbara. Eso fue lo que lo mató, ya lo sabes.

Volvió a apartar la mirada y se recreó en el paisaje montañoso, como si estuviera de vacaciones, disfrutando de las vistas, sin más.

—¿Y el anuncio del periódico con el llamamiento para parientes y amigos de Rosa Lopez? ¿También fuiste tú?

Volvió a mirar a Alicia.

—Claro. Agatha Christie hizo lo mismo. Aunque utilizó el nombre de Teresa Neele, por supuesto.

—¿Y la joya que enviaste desde la joyería de Strand Arcade?

—Otra pista. Agatha llevó a reparar un anillo y se lo envió a Teresa Neele, al Hydropathic Hotel, en Harrogate. A la habitación número cinco. ¡Qué suerte he tenido al poder conseguir el mismo número de habitación que Agatha! Eso no lo podía prever. Quería seguir al pie de la letra los pasos de Agatha, ¿sabes? Y, ya que estaba, divertirme un poco. Tardé semanas en pensarlo todo, maquinarlo y planearlo. Por eso no podía permitir que Missy estropeara el juego demasiado pronto. Si mencionaba el libro en la siguiente reunión del club, todo resultaría demasiado obvio. Necesitaba que funcionara. Me lo pasé en grande durante las semanas que dediqué a planificarlo. ¡Tenía que funcionar! —En ese momento reparó en el desdén con el que Alicia, incapaz de reprimirse por más tiempo, la miraba, y añadió—: ¡Tenía intención de regresar! Claro que sí. Volvería como si nada hubiera pasado, igual que Agatha, y entonces Arthur quedaría fuera de toda sospecha. Y estaba segura de que, tras mi regreso, valoraría un poco más mi presencia. Sé que suena un poco inmaduro, pero a Agatha Christie le funcionó.

—Hum... No, no le funcionó, Barbara.

—¿Cómo?

Alicia le cogió el libro y le mostró el último capítulo.

—Es cierto que, cuando Agatha desapareció durante once días, a su

marido, Archie, lo acusaron de haberla asesinado, y que todos los titulares airearon su adulterio, pero después, cuando la encontró en un spa y ambos volvieron a casa con el rabo entre las piernas, todo aquello resultó ser la gota que colmó el vaso para él. A partir de entonces, apenas fue capaz de mirarla a la cara, y poco después Archie se divorció de Agatha y se casó con Nancy. No hubo final feliz para su matrimonio. —Cerró el libro—. Ni tampoco lo habrá para ti, Barbara.

Ella suspiró y cogió una delicia turca.

—Oh, bueno, la verdad es que no terminé el libro. Me aburrí… —Se metió el dulce en la boca y empezó a masticar—. Pero he conseguido lo que pretendía. El nombre de Arthur ha quedado manchado. Es el único final feliz que yo necesito.

Alicia sintió náuseas.

—Ha quedado más que «manchado», Barbara. Tu marido está muerto. Lo han asesinado.

—Pero ¡yo no lo hice! He oído que han detenido a Rosa por el crimen. ¿Quién podía prever que era una asesina, además de una zorra traidora? Sabía que se acostaba con él. Bueno, acostarse es mucho decir, más bien echaban algún que otro polvo rápido en la despensa, en el baño o bajo la pérgola. Una conducta repugnante y adolescente. Eran peores que Holly y Jake.

Alicia enarcó ambas cejas.

—Ah, sí —siguió diciendo Barbara—, lo suyo también lo sabía, pero esos dos eran un ejemplo de discreción en comparación con mi marido y su putita. Al menos ellos tenían la decencia de intentar ocultar que estaban liados. Pero Arthur y Rosa no. ¡Oh, no, iban alardeando! Él la llamaba su «princesa», su «preciosa princesa filipina». Decía que yo era poco más que una criada inútil, que no sabía cocinar siquiera y que para qué le valía. Los dos se reían de mí. Ambos, todo el tiempo. Los oía, riéndose a mis espaldas. Pues ¡a ver quién se ríe ahora! Yo tenía la reputación de Arthur en mis manos. El poder era mío. Cuando me fui, todo empezó a ir cuesta abajo para él.

—Quería que volvieras, ¿sabes?

—Bien. Así tenía que ser. —Se incorporó, se sentó en el borde de la silla y Alicia vio por primera vez un atisbo de duda en sus ojos—. ¿Lo dices en serio? ¿Lo dijo? —Alicia asintió—. Bueno, pues tenía intención de volver, tienes que creerme, Alicia. Ni siquiera pretendía quedarme tanto tiempo, solo iba a estar fuera unos días… Le escribí una carta a mi hermano y le dije dónde estaba. No entiendo por qué no lo ha contado. Es muy raro.

—Niles no recibió la carta, Barbara. Lo echaron de su apartamento antes de que le llegara. No tiene ni idea de dónde estás. La policía

también ha sospechado de él, y su cafetería está a punto de hundirse. Está desesperado.

Barbara se quedó boquiabierta.

—Por eso no ha dicho nada… —Se acomodó de nuevo en su silla, se quedó pensando un momento y por fin cogió un *scone*, se lo metió en la boca y masticó. La nata le manchó los labios—. En cualquier caso —continuó, sin dejar de masticar—, de eso no tengo yo la culpa. Yo le escribí, se lo expliqué, no podía saber que la carta no le llegaría.

Lo dijo como si eso fuera suficiente para mitigar su culpa.

—Pero ¡no basta con eso! —gritó Alicia, incapaz de seguir controlando su enfado—. ¡Podrías haber llamado! Haber contactado con la policía. ¿Por qué no diste señales de vida cuando encontraron el cadáver de Arthur en el campo de golf? ¿Por qué no volviste para acompañar a tu hija durante aquel horror? Está sola, Barbara. Y hecha una piltrafa, un completo desastre, y tu hermano también.

Algunos clientes se quedaron mirándolas, pero a Alicia no le importaba, y Barbara no se dio ni cuenta.

—¡Iba a volver! —insistió—. Voy a… Dejo el hotel mañana, ¡pregúntale a la recepcionista! —Se limpió los labios con una servilleta.

—Ya era hora.

—Yo… entré en pánico, eso es todo. Creí… que tal vez la policía sospecharía de mí. No sé si tengo coartada para la hora en la que mataron a Arthur. Me pasé la mayor parte del día haciendo turismo, sola. Pero bueno, ahora que han detenido a Rosa…

—¿Te parece que puedes volver tranquilamente y fingir que no ha pasado nada?

Alicia tuvo otro violento ataque de náuseas. Mientras veía a aquella «ama de casa aburrida» hincharse a dulces, ajena a todo el dolor y los problemas que había causado, entendió que a Barbara Parlour le había salido todo extraordinariamente bien. Había logrado la venganza definitiva: su marido mujeriego estaba muerto, su reputación había quedado destruida y la amante estaba encerrada por su asesinato. Si lo hubiera planeado, no podría haberle ido mejor. Alicia se preguntó si Barbara sabría lo de la aventura que tenían Arthur y Wanda. No pensaba mencionárselo, pero, en cualquier caso, Wanda también había salido perjudicada en el proceso, con su reputación hundida y su matrimonio destrozado.

Apartó la taza y se levantó. Acababa de comprender que Arthur, Rosa y Wanda no eran las verdaderas víctimas de todo aquello, igual que Archie Christie tampoco lo fue cuando Agatha desapareció, muchas décadas atrás. En ambas historias había una niña que se vio

atrapada en medio de todo. ¿Alguno de esos supuestos «adultos» se había parado a pensar en cómo afectaría a sus hijos el modo en el que se habían comportado?

—¿Ya te vas? ¿Tan pronto? —le preguntó Barbara, realmente sorprendida.

¿De verdad creía que Alicia se iba a quedar allí, sentada cómodamente, tomando té Darjeeling y disfrutando de las vistas? Sacudió la cabeza, porque ya no tenía nada más que decir. Recogió el libro, volvió a guardarlo en su bolso y se fue. Toda la ira y el asco que sentía empezaron a aflorar justo en ese momento.

Cuando salió del majestuoso hotel y enfiló el camino de vuelta a la estación de tren, las palabras de Hércules Poirot resonaron en su cabeza:

«La sombra del pecado es muy alargada».

A largo plazo, ¿qué efecto tendría todo aquello en la ya de por sí problemática Holly Parlour? Ese sería el verdadero legado de la farsa mortal que Barbara Parlour había ideado.

TERCERA PARTE

Eran las 2.10 de la tarde del domingo. Iba a dar comienzo la tercera reunión oficial de El Club del Crimen, y sus miembros se estaban acomodando en las sillas del sombreado jardín trasero de la elegante casa adosada de Perry. Acababa de reformarla y, a diferencia de los otros adosados más antiguos de Surry Hills, aquel era luminoso y abierto, gracias a unos tragaluces situados estratégicamente y a una pared de cristal en la parte de atrás que tenía unas vistas estupendas del pequeño pero exuberante jardín. Allí Perry había dispuesto una variedad de aperitivos y bebidas, entre las que había gintonics y ponche de frutas.

No se veía por ninguna parte a su compañero de piso, el «escritor cachondo» del que les habló en la primera reunión, y cuando Alicia le preguntó por él, Perry dejó escapar un suspiro muy teatral.

—Jonathan está en el Reino Unido, trabajando en el diseño de la cubierta de su nuevo libro.

—Qué suerte —comentó ella.

—No lo sabes bien —respondió él, y desapareció en el interior de la cocina, así que no le dio tiempo a preguntar nada más.

Alicia miró a Lynette, que ya se había enterado de todo, y le dijo:

—Luego te cuento.

Varios miembros del club habían traído sus ejemplares del libro que tocaba ese día, *Asesinato en el Orient Express*, pero antes de empezar a diseccionarlo tenían que hablar del asuntillo de la reaparición de Barbara Parlour. A nadie le interesaba la ficción cuando había un misterio de la vida real sobre el que cotillear.

A aquellas alturas todos sabían que Alicia había localizado a Barbara, sana y salva, pero a algunos de ellos todavía les quedaban muchas preguntas por hacer, y se arremolinaban alrededor de Missy, que estaba hojeando *Eleven Days Missing*, el libro que sirvió para encajar finalmente todas las piezas del puzle.

—A ver si lo he entendido bien —empezó a decir Perry, que todavía le estaba dando vueltas a todo el asunto—. ¿Barbara fingió su

desaparición y dejó un montón de pistas para llamar nuestra atención y que nos animásemos a investigarla? ¿Y la idea se le ocurrió leyendo este libro sobre Agatha Christie?

—Sí —confirmó Missy—. Por eso hizo todas esas cosas tan extrañas, como llevar el anillo a reparar y pedir que se lo enviaran al hotel en el que se alojaba. Es lo mismo que hizo Agatha hace décadas. Solo que, en el caso de Barbara, envió el anillo a nombre de Rosa Lopez, la amante de su marido, mientras que Agatha mandó el suyo a nombre de la amante de Archie. Supongo que fue para que sospecháramos de Rosa. Pero sí, como ha dicho Alicia, siguió el guion casi al pie de la letra. Fijaos en esto... —Missy abrió el libro por una página marcada—. Según dice aquí, Agatha Christie dejó su alianza en el dormitorio y después salió de la casa, tras decirle a la criada que se iba a Londres.

—¡Ah! ¿Por eso Barbara le mencionó a Rosa que se iba a Londres? —apuntó Claire.

—Exacto. Una pista falsa perfecta. Agatha también se llevó un abrigo de pieles y un bolso grande negro, pero no tenía equipaje. Se fue en su coche, que más tarde apareció abandonado cerca de una cantera.

—Y, en nuestro caso, Barbara se llevó un abrigo de pieles, tampoco tenía equipaje y dejó su coche cerca de una estación de tren —confirmó Lynette.

—Es cierto que reprodujo la historia casi al milímetro —comentó Anders, que parecía impresionado—. Seguro que necesitó muchísimo tiempo para planificarlo.

—Lo que me resulta aún más asombroso —confesó Alicia— es que a Barbara Parlour le haya ocurrido exactamente lo mismo que le sucedió a Agatha Christie.

—¿A qué te refieres?

—A la carta que le escribió a su hermano. En 1926, justo antes de desaparecer, Agatha Christie le escribió una carta a su cuñado para decirle que sufría de los nervios y que se iba a descansar a un spa de Yorkshire. Pero él no se tomó la carta en serio y, al parecer, incluso la quemó, así que no pudieron utilizar su contenido para encontrarla.

—Oh, ya veo —intervino Claire—. Es algo parecido a lo que le ha pasado a Barbara. Le escribió a su hermano, pero la carta se perdió por el camino.

—Ya le ha llegado —informó Lynette—. Hablé con Niles hace unos días, y teníamos razón. En su carta, Barbara le dice que está triste y que se va a ir un tiempo a un hotel de las Montañas Azules. Pero como la carta no llegó a su destinatario, no le sirvió a nadie para nada.

—Sobre todo a Arthur y a Holly —comentó Alicia.

—En cualquier caso, Niles parece sentirse tremendamente aliviado por el hecho de que su hermana haya reaparecido de una pieza, aunque eso signifique que no va a heredar. Puede que no sea tan malo como creía. Ah, y me jura una y otra vez que no tenía ni idea de que Barbara hubiera utilizado su coche para atropellarte, Missy. Su hermana se lo pidió prestado poniéndole una excusa y él nunca sospechó nada. Dice que ni siquiera se fijó en las abolladuras hasta pasados uno o dos días, y por eso dio por sentado que se las habían hecho en el aparcamiento de la cafetería.

Ella frunció el ceño.

—No sé si creérmelo...

—Hablando de coches, ¿tenía algún significado el libro que Barbara dejó en su Mercedes antes de desaparecer? —preguntó Claire —. Ya sabéis, la novela de Poirot, *El misterio del tren azul*. ¿Fue algo deliberado?

—¡Oh, sí! —exclamó Missy, buscando de nuevo algo en el libro que había estado hojeando mientras hablaban—. Caí en ello hace días, pero no le di importancia. Ese era el libro que Agatha había empezado a escribir más o menos en la época en la que desapareció. Normalmente acababa las novelas en cuestión de meses, pero este tardó más en concluirlo, y ahora sabemos por qué: en aquella época tenía problemas matrimoniales. Obviamente Barbara lo dejó a modo de pista, pero no supimos unir los puntos.

—Ahora parece todo tan obvio que me siento un poco tonta —reconoció Alicia.

Anders frunció el ceño.

—Ni hablar. Fue bastante irracional por su parte pensar que conoceríamos todos los detalles de la desaparición de Agatha Christie hace noventa años, y a partir de ahí conseguiríamos sumar dos y dos. De hecho, me ha dejado perplejo el ver que al final lo habéis conseguido. Yo no lo habría logrado nunca. Jamás.

—Somos El Club del Crimen, Anders —proclamó Missy, pero él siguió negando con la cabeza—. A mí me mortifica no haber mirado su ficha de la biblioteca antes —confesó.

—En cualquier caso, habría dado igual —razonó Alicia—, porque lo que ella esperaba era que su hermano recibiera la carta unos días después, y entonces se acabaría todo el lío. Lo único que quería de nosotros era que alertáramos a la policía de su desaparición, para poner a Arthur bajo sospecha. Por eso fingía estar tan nerviosa cuando él estaba cerca, y nos hizo pensar que le pegaba con su forma de actuar y con lo del pañuelo en el cuello. Sabía que éramos la clase de

personas que se fija en esas cosas, y que recurriríamos a la policía. Y hay que reconocerle el mérito, porque tenía razón. Si no hubiera sido por nosotros, Arthur seguramente no habría llegado a decir nada, no habría llamado a la policía, la historia nunca habría salido a la luz y su reputación no habría quedado destruida.

—Y seguramente aún seguiría vivo —concluyó Claire ladeando la cabeza.

—Eso no podemos saberlo, Claire —discrepó Lynette—. Tal vez la desaparición de Barbara solo aceleró lo que iba a suceder de todas formas. A Rosa Lopez había que darle de comer aparte, y Arthur no podía seguir ocultando eternamente su lío con Wanda. Al final se habría enterado y hubiera ido a por él de todas formas.

Alicia se estremeció.

—Supongo que nunca lo sabremos. Pero sí hay una cosa que sé con seguridad: que Barbara jura que ella no quería ver a Arthur muerto, que esa no era su intención. Asegura que solo quería darle una lección.

—¡Que le cuente eso al juez! —exclamó Perry mientras pasaba un plato con quesos y aceitunas.

Anders asintió.

—Sí, a mí me suena a excusa. Ella nos arrastró a todos, incluidos su familia y la policía, a una búsqueda inútil, y debería recibir un castigo por ello.

—Y sin duda tendrá su merecido —confirmó Alicia—. Roger me ha dicho que Ward está considerando presentar cargos por haberle hecho perder su valioso tiempo a la policía.

—¿Y qué pasa con nuestro valioso tiempo? —preguntó Perry, que en ese instante le estaba tendiendo el plato a Alicia.

—Nosotros no teníamos la obligación de investigarlo —les recordó ella mientras cogía una aceituna—. La culpa es nuestra por ser tan cotillas.

Claire se levantó para servirse un ponche.

—Pues yo no pienso disculparme por haber intentado encontrar a Barbara. La verdad es que, hasta donde nosotros sabíamos, se trataba de una mujer maltratada y triste, y una potencial víctima de secuestro.

—¡Ojalá hubiera sido verdad! Y, ya puestos, también podrían haberla torturado un poco —deseó Perry con los dientes apretados. Era obvio que le iba a costar un tiempo perdonar todo aquello—. Oye, ¿y qué tal está la señorita Holly?

Alicia torció la boca.

—No lo sé. Llamé a su casa ayer para ver qué tal estaba, pero había salido con unas amigas. Hablé con su tía Harriet, la hermana de

Arthur, que la ha estado cuidando. Me dijo que a Holly la ha aliviado el que su madre esté viva, pero que está furiosa con ella. En este momento no quiere dirigirle la palabra, y la verdad es que la comprendo.

—Pobre chiquilla —se lamentó Perry, pero al cabo de un segundo cambió de tercio dando unas palmadas—. Bueno, grupito, Barbara Parlour ya nos ha robado demasiado tiempo. Pasemos a ocuparnos del siguiente libro del club de lectura. ¡Ya es hora de que nos zambullamos en la ficción otra vez!

—¡Eso, eso! —lo secundó Anders.

—Pero antes de pasar al libro —intervino Alicia— tengo que haceros una pregunta muy importante. —Todos se quedaron mirándola—. ¿Qué tal os sentís en el club de lectura?

En las caras de los miembros del club solo vio incertidumbre.

—Me refiero a que, bueno, estáis todos aquí y yo os lo agradezco, pero si alguien cree que esto ha sido demasiado y quiere abandonar el club, lo comprenderé y no os guardaré ningún rencor.

Algunos miembros se rieron, y Perry le dio una suave palmadita en el hombro.

—¡No seas tonta, chica! Es verdad que llevamos un rato quejándonos de Barbara, pero lo cierto es que no había experimentado tantas emociones en tan poco tiempo desde que vi a Kylie Minogue en el Mardi Gras. Claro que queremos continuar, al menos yo sí. Pero sin la bruja de Barbara, por supuesto. ¡Después de haberse comportado de esa forma tan espantosa está vetada de por vida!

Todos asintieron sin dudar y miraron sonrientes a Alicia. Cuando vio la sonrisa de Anders, sintió que el corazón se le aceleraba bajo la blusa de algodón.

Se agachó para sacar el libro del bolso y de paso ocultar que se estaba poniendo colorada.

—Está bien. En ese caso, tengo una nueva directriz que añadir a la lista.

Todos volvieron a mirarla, desconcertados.

—Séptima: Todo el mundo debe presentarse a las reuniones lo más puntualmente posible. ¡No queremos más misterios hasta dentro de una buena temporada!

Todos se echaron a reír, abrieron *Asesinato en el Orient Express* y empezaron a hablar de libro.

Tres horas más tarde, cuando los miembros del club ya recogían los libros y se reunían junto a la puerta del jardín, a punto de despedirse,

Perry tiró de Lynette y de Alicia e hizo que volvieran a entrar.
—¿Debería decirle algo a Claire? —les preguntó.
Lynette se quedó mirándolo con una expresión de pánico en el rostro.
Alicia miró a su hermana y después a Perry, porque no sabía de qué estaban hablando. Pero enseguida lo comprendió.
—¿Te refieres a su prometido? —Él asintió—. ¡Ni hablar! ¡No, no, no! Aquí no —dijo en voz baja—. Y menos así. Se morirá de vergüenza. No querrá volver a verte. Ni a los demás tampoco. ¡Nos odiará!
—¿Qué? ¿Por decirle la verdad y salvarla de un destino peor que el matrimonio? —Perry se rio entre dientes—. Lo que hace Charlie está poniendo en peligro su salud, ¿lo sabías? Tengo que decírselo.
—Mira quién fue a hablar —le espetó Alicia, y Perry y Lynette la miraron sin entender a qué se refería—. Perry, hacen falta dos para ciertas cosas. Debería darte vergüenza.
—Pero ¿de qué estás hablando? —preguntó Lynette.
—De Perry y de Charlie —contestó.
—¿Perry y Charlie? —insistió Perry con el ceño fruncido—. ¿No pensarás que yo… que Charlie y yo…? —El ceño se convirtió en una mueca de horror—. Chicas, puede que últimamente esté muy desesperado, pero no voy por ahí tonteando con los prometidos de otras, y mucho menos si son seudoheteros que no se atreven a salir del armario. ¿Por quién me tomas? ¡Tengo mis principios, guapa!
Se sentó en el sofá con un resoplido y Lynette miró a su hermana.
—Ay, Alicia, no has entendido nada. Perry no tiene un lío con Charlie. Con quien está liado el prometido de Claire es con Jonathan, su compañero de piso.
—¿Con Jonathan?
—Sí, Jonathan Grayson, el escritor. Ese con el que Charlie ha estado trabajando en su manuscrito.
Alicia se dejó caer en una silla.
—Oh, Dios mío. Perdona, Perry, me he equivocado de pleno…
—¿En qué te has equivocado? —preguntó Claire, que tenía una asombrosa habilidad para aparecer en los momentos más inoportunos. Llevaba el brillante pelo negro envuelto en un pañuelo de seda de Hermès, un bolso de mano bajo el brazo y su rostro irradiaba serenidad—. Vamos, chicos, estamos todos fuera esperando para despedirnos. ¿Por qué seguís aquí?
Alicia la miró sin saber qué decir, aunque tampoco tuvo oportunidad de abrir la boca, porque Perry se levantó de un salto, cogió a Claire de las manos y la condujo hasta el sofá.

—Tengo malas noticias para ti, guapa, y me parece que ya es hora de que te las dé.

Ella los miró sin entender de qué iba todo aquello, primero a Perry y después a Alicia y a Lynette. Las dos intentaron esbozar una sonrisa tranquilizadora, pero ambas tenían la impresión de que nada podría ayudarla a encajar bien la noticia que estaban a punto de darle. Perry le apretó las manos para obligarla a mirarlo.

—Es sobre tu prometido.

—¿Charlie? ¿Qué pasa con él?

Perry inspiró profundamente.

—Te cuento esto porque soy tu amigo, solo por eso, ¿vale? —Inspiró de nuevo—. Él no es quien tú crees.

Ella parpadeó varias veces, y finalmente le entró la risa.

—Oh, parece otra trama de Agatha Christie. ¡Espera, no me lo digas! ¡Es un espía, un agente de la CIA!

Perry negó con la cabeza, compungido.

—Ojalá fuera eso. Es mucho peor, o al menos para ti lo será, me temo. —Guardó silencio un instante y, a continuación, soltó la bomba—: Es gay.

Al principio, Claire no pareció haber caído en lo que Perry acababa de decir, porque siguió mirándolo como si estuviera esperando algo más, muy tranquila. Pero un momento después, cuando caló lo que acababa de decir, debió de ser para ella como una bofetada en la cara, porque se levantó de un salto, se llevó una mano a la mejilla y los ojos se le llenaron de ira.

—¿Qué acabas de decir?

—Lo siento, Claire, pero sé con total seguridad que Charlie es gay.

La mujer se quedó con la boca abierta.

—¡Eres increíble! —exclamó—. Primero intentas convertir a Anders. Por cierto, ¡tu forma de flirtear con él es escandalosa! ¿Y ahora Charlie? ¿Es que no tienes límite? —Se puso una mano en la cadera y añadió—: No todos los hombres son de tu equipo, ¿sabes? Algunos aman a las mujeres, por muy sorprendente que te pueda parecer.

Perry suspiró.

—No dudo de que te quiera, Claire, pero también quiere a mi compañero de piso, me temo. O al menos se lo demuestra siempre que puede. —Perry hizo una mueca. No pretendía explicarlo de una forma tan grosera—. Solo te lo digo porque creo que tienes derecho a saberlo. Tu prometido es un farsante.

Se acomodó en el asiento y suspiró de nuevo. Lynette se acercó a Claire.

—Lo siento, Claire, pero tiene razón. Al menos en parte. Está claro que Charlie es bisexual. Aunque tal vez ya lo sabías…

—Pero ¿cómo te atreves? —exclamó ella mirando a Lynette—. Charlie es mi prometido. ¡Mi prometido! —Guardó silencio un instante y tragó saliva con dificultad—. Es mi alma gemela, somos perfectos el uno para el otro. Perfectos…

Se dirigió a la puerta, como si estuviera a punto de huir. Esta vez fue Alicia quien se le acercó, la sujetó del brazo y tiró de ella hacia el interior.

—Escucha a Perry, Claire. Seguro que no quieres oír lo que tiene que decirte, pero es importante.

La ira que se veía en sus ojos era enorme, pero en ellos también empezó a asomar la sombra de una duda, que al final acabó imponiéndose. Entró de nuevo en el salón y se sentó frente a Perry, con las manos entrelazadas en el regazo, esforzándose por no mirar a nadie en concreto con sus hermosos ojos felinos. Alicia se volvió hacia Perry y asintió. Él carraspeó y comenzó a hablar.

—Claire, cuando te conocí en casa de las hermanas Finlay, en la primera reunión del Club del Crimen, citaste una frase de tu prometido, Charlie. Era una frase que yo le había oído a otro Charlie hacía muy poco tiempo: «Puedes ser la rosa entre dos espinas».

—¿Y qué? —replicó ella con el ceño fruncido, alzando los ojos hacia el techo—. Tiene que haber muchos Charlies que digan esa misma frase. Esto es ridículo.

—Deja que termine —murmuró Alicia. Claire la miró un instante y volvió a apartar la vista.

—Aquel día, más tarde, dijiste que Charlie trabajaba en el sector editorial, y entonces fue cuando empecé a darle vueltas, porque el Charlie que yo conozco, al que le había oído decir esa misma frase, también trabaja en una editorial. —Levantó una mano para indicarle que esperase antes de decir nada—. El Charlie que yo conozco llevaba tiempo viéndose con mi compañero de piso, un novelista en ciernes que se llama Jonathan Grayson. Son amantes desde hace unos meses. —Esperó un momento, para darle tiempo a que asimilara la información, y la observó en busca de señales de angustia. Pero Claire no reaccionó de ninguna manera, se limitó a mantener la misma expresión ausente, así que Perry continuó—: Deseé estar equivocado, Claire, de verdad. Solo había visto al amante euroasiático de mi compañero de piso una vez, cuando dijo en broma aquella frase que citaste al salir por la puerta de mi casa, una mañana muy temprano. Hablaba de una reunión que tenían Jonathan, un editor literario llamado Miller y él. ¿Te suena? —Algo cruzó la cara de Claire, como si

lo que acababa de oír le encajara, pero siguió sin mirarlo. Perry siguió hablando—: Solo he vuelto a ver a Charlie una vez, Claire: en tu tienda, la tarde en que nos lo presentaste como tu prometido. Y él también me reconoció, estoy seguro. Rompió con Jonathan esa misma noche, justo antes de que mi compañero de piso se fuera a Inglaterra a ver los diseños para la cubierta de su nuevo libro. No le dijo por qué. No hacía falta, al menos yo no necesitaba explicaciones. Pero a Jonathan le sentó muy mal. Él tampoco sabía nada. Os ha estado engañando a los dos.

Claire, que ya no pudo aguantar más, rompió a llorar, y Alicia y Lynette corrieron a su encuentro para tratar de consolarla, aunque sabían que no serviría de nada. Perry le acercó una caja de pañuelos de papel, pero Claire ya estaba sacando de su bolso un pañuelo de algodón con un borde de encaje y sus iniciales bordadas.

Justo en ese momento entraron Missy y Anders, sin duda aburridos de esperar tanto rato fuera, pero antes de que pudieran decir nada Lynette se levantó y volvió a sacarlos de allí, dejando a Alicia y a Perry consolando a la chica que sufría.

—Mi vida era perfecta —decía Claire entre sollozos—. Tenía mi preciosa tienda y mi novio ideal. Hasta mi madre le había dado su aprobación, y eso que ella nunca aprueba a nadie. Íbamos a comprarnos un apartamento en Elizabeth Bay, uno de esos de estilo *art déco* tan bonitos, ¿sabéis cuáles digo? —Los dos asintieron y ella siguió mirándolos con aire nostálgico—. Lo conocí en la tienda. Entró buscando un sombrero de fieltro y pensé que era único. Y no flirteó conmigo como hacen tantos tíos... Dios, ¿cómo no me di cuenta antes?

Alicia negó con la cabeza.

—Que no flirteara contigo y que vista bien no lo convierte automáticamente en gay —dijo ella, aunque Perry puso los ojos en blanco, porque evidentemente no estaba de acuerdo.

—Fue tan educado y tan caballeroso...

—Fue eso, y todas las demás cosas que las mujeres esperamos de un hombre, porque todas leemos demasiadas novelas —concluyó Alicia—. Parecía el hombre de tus sueños, Claire. Pero no lo era. No lo es.

Claire asintió, y al cabo de unos minutos se sonó la nariz con mucha delicadeza y se enjugó las lágrimas.

—Tengo que darte las gracias, Perry. —Lo miró tímidamente—. Reconozco que sospechaba algo, claro. ¿Cómo no iba a sospechar? Pero no quería verlo, todavía no, eso es todo. —Se sorbió la nariz—. Todas esas noches que se quedaba a trabajar hasta tarde, «corrigiendo pruebas», esas cenas que se alargaban «hablando de la campaña de

marketing». ¡Ja! Sospechaba, claro que sospechaba... —Tragó saliva con dificultad—. Pero si ya resulta difícil aceptar que tenga una aventura con otra mujer... imagínate con un hombre. Es que es... ¡repugnante! —Se interrumpió y miró a Perry, avergonzada—. Perdona, no quería decir que tú... que ser gay sea repugnante... Yo... Lo que quería decir es que la traición resulta aún peor.

Él le estrechó la mano.

—Claro, guapa, lo comprendo. Te ha mentido a ti, a Jonathan, y también se está mintiendo a sí mismo. No sé cuál de esas mentiras es peor, pero lo que tengo claro es que no se merece tus lágrimas, Claire. Lo sabes, ¿verdad?

Ella sorbió de nuevo, se limpió la nariz suavemente con el pañuelo y asintió. Y después, sin que nadie se lo esperase, soltó una risita infantil.

—Missy tenía razón —reconoció, ya más sosegada—. Cuatro años es demasiado tiempo, es un compromiso ridículo. ¡Debería haberme dado cuenta a los dos años! —Se rio de nuevo—. Esa mujer sabe más de la naturaleza humana de lo que estamos dispuestos a reconocer.

En eso todos estuvieron de acuerdo.

—¿Estás bien? —le preguntó Alicia, ayudándola a incorporarse.

—Oh, sí —contestó Claire, y a continuación guardó el pañuelo en el bolso y se recolocó el que llevaba en la cabeza—. Ningún simple mortal será capaz de destruirme. ¡Ni siquiera ese tal Charlie como se llame!

Dicho lo cual, salió del salón con la cabeza alta y el futuro ya descongelado, porque no tenía que seguir esperando a un hombre que nunca tendría. La vida de Claire volvía a estar en sus manos, y eso le daba mucha libertad, o al menos eso le parecía a ella.

Alicia la vio marcharse, y en cuanto se hubo ido le dio un abrazo a Perry.

—Lo has hecho bien. Y has sido muy valiente.

—¿Es posible que me debas una disculpa? —dejó caer él, haciendo un mohín.

Ella se rio.

—Sí, siento mucho, muchísimo haber pensado algo tan desagradable de ti. Según parece, Charlie Szeto y Barbara Parlour no son tan distintos. Ambos son expertos en engañar a todos los que les rodean.

—A todos no —puntualizó él, entrelazó su brazo con el de Alicia y ambos salieron—. Menos mal que estamos tú y yo, querida. ¡El mundo estaría hecho un lío sin nosotros!

* * *

Esa noche, cuando se preparaban para irse a dormir, Lynette interceptó a Alicia en las escaleras y le preguntó:

—¿Estás bien? Has tenido dos semanas moviditas. Y no me refiero solo a Barbara Parlour.

Alicia asintió.

—Estoy bien, gracias, Lynny. Agotada, pero me alegro de que por fin todo haya terminado. Barbara es una mala persona, pero resulta un alivio que esté viva, aunque solo sea por Holly. En cuanto a Charlie Szeto, ¡adiós muy buenas! —Suspiró—. Es terrible lo que le ha pasado a Claire, pero, como ella misma ha dicho, sobrevivirá y saldrá reforzada de esta experiencia.

—¿Y qué pasa con el bueno del doctor? —Lynette enarcó ambas cejas, burlona.

—¿Qué quieres que pase?

—¿Hay algo entre vosotros? Resulta bastante obvio que le gustas. ¿Vais a dar el paso o seguirás haciéndote la tímida hasta que llegues a la mediana edad?

Alicia soltó una carcajada.

—No sé lo que pasa con Anders, la verdad. Estoy abierta a lo que surja, y se lo he dicho. Diría que no queremos precipitarnos, sino ver qué pasa. Acaba de sufrir una ruptura matrimonial terrible.

No le había contado a Lynette los detalles más escabrosos. No le gustaba tener secretos con su hermana, pero Anders le había suplicado que no lo revelara, y ella había respetado su deseo.

Por suerte, su hermana no era tan curiosa como ella y se conformó.

—Vale —fue lo único que dijo, y cambió de tema—: Oye, otra cosa. Estaba pensando en empezar el libro para la siguiente reunión del Club del Crimen. —Sacó un ejemplar de bolsillo muy gastado de *Un gato en el palomar*, la novela que había elegido Missy para la ocasión—. Lo he encontrado en nuestra estantería. Se me había olvidado que lo teníamos. ¿Quieres leerlo tú o puedo ponerme yo con él?

Alicia se pasó una mano por el pelo rubio desaliñado y bostezó.

—Empieza tú, Lynette. Creo que voy a descansar de misterios por esta noche. Me parece que a mis «células grises» les vendrá bien un descanso.

—¡Que duermas bien! —le dijo Lynette, y se fue hacia su dormitorio.

—Pero avísame cuando lo acabes —gritó Alicia desde el suyo—. ¡Mañana será otro día!

Ambas se echaron a reír y se desearon buenas noches.

Fin

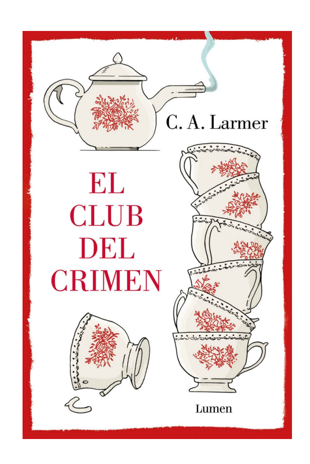
Agradecimientos

Quiero darle las gracias en especial a Sophie Hamley, que fue la primera que se arriesgó conmigo y me animó a echar a volar.

Gracias a Elaine Rivers, la mejor lectora beta que una escritora podría desear, porque es todo positividad y comentarios útiles y no se le escapa nada.

Y, para acabar, gracias como siempre a Christian, que me anima y fomenta mi creatividad, incluso cuando el dinero escasea y los niños se comportan de forma caótica.

Descubre la serie de *cosy crime* más divertida del momento, número uno en ventas y ganadora del Premio Mystery and Mayhem Chanticleer, por una «verdadera sucesora de Agatha Christie». (*Espace Culturel*)



Alicia Finlay decide abandonar su aburrido club de lectura y crear uno nuevo dedicado en exclusiva a su género favorito: las novelas de misterio. Tras un arduo proceso de selección, los siete elegidos del Club del Crimen —una despistada bibliotecaria, una dueña de tienda de ropa vintage, un paleontólogo, un apuesto doctor especializado en venenos, una rica ama de casa y la propia hermana de Alicia— no quieren perder ni un segundo para zambullirse en sus libros preferidos. Sin embargo, pronto tendrán que enfrentarse a un caso real: uno de ellos será víctima de un intento de asesinato y otro desaparecerá. Nadie mejor que el Club del Crimen para acometer esta investigación, y no hay ayuda más valiosa que la de sus detectives de cabecera. De la mano de inolvidables personajes como Hércules Poirot o Miss Marple, estos ávidos lectores se lanzarán a la calle, decididos a encontrar las claves que solo un verdadero amante del suspense podría descifrar.

La crítica ha dicho:

«Pura ficción detectivesca. Larmer es una verdadera sucesora de Agatha Christie. La historia es magnífica, todos los personajes son únicos y aportan muchísimo a la historia. Me lo he pasado muy bien leyéndolo y estoy deseando empezar la siguiente entrega».
Espace Culturel

«Un verdadero flechazo. Una serie que seguiré muy de cerca».
Cultura

«C. A. Larmer ha creado una atractiva historia con una investigación vinculada a un episodio de la vida de Agatha Christie, [con] una galería de personajes interesantes [y] dos hermanas cuya dinámica funciona a la perfección [...]. Con espacio para los placeres de la vida, la gastronomía y el amor, esta es una historia que se lee con placer [...]. Una primera entrega cautivadora».
Le Littéraire

«¡La estoy disfrutando muchísimo! [Es] adictiva [...], la novela perfecta para relajarse, [una historia] que te empuja a volver a zambullirte en la divina Agatha Christie».
Librairie Zannini

«Leerla es un auténtico placer, [...] recuerda a aquellas queridas novelas policiacas de la infancia».
Ma(g)ville

«A los amantes del cosy crime y de Agatha Christie: esta novela está hecha para vosotros».
Les lectures de Stefa

«Pura ficción detectivesca. Larmer es una verdadera sucesora de Agatha Christie. La historia es magnífica, todos los personajes son únicos y aportan muchísimo a la historia. Me lo he pasado muy bien leyéndolo y estoy deseando empezar la siguiente entrega».
Espace Culturel

Christina (C. A.) Larmer nació en Papúa Nueva Guinea y ha vivido y trabajado en Sídney, Londres, Los Ángeles y Nueva York. Periodista, editora y escritora, ha colaborado con las revistas australianas *Cleo*, *TV HITS* y *B*, y, con posterioridad, con *The Herald* y *Australia Women's Weekly*. Es autora de cuatro series de misterio: *The Ghostwriter Mystery*, *The Sleuths of Last Resort*, *The Posthumous Mystery* y *El Club del Crimen*, cuya primera entrega homónima publica Lumen en 2023, seguida por la segunda entrega, *Crimen a bordo del SS Orient*, en 2024. Es autora asimismo de otras dos novelas: *After the Ferry: A Gripping Psychological Novel* y *An Island Lost*. Actualmente vive en una granja en ruinas en la costa este de Australia con su marido e hijos y, que se sepa, hasta la fecha no ha asesinado a nadie.



Título original: *The Murder Mystery Book Club (Book 1)*

Primera edición: noviembre de 2023

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Laurent Ribet

ISBN: 978-84-264-2650-5

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice